Irvin D.
Yalom
El problema de Spinoza



El 10 de mayo de 1940, las tropas nazis de Hitler invaden los Países Bajos. Desde febrero de 1941, a cargo del cuerpo de la expedición encargado del expolio, el Reichsleiter Rosenberg se apresura en llegar a Ámsterdam para confiscar la biblioteca de Spinoza. ¿Qué misteriosa fascinación puede ejercer, tres siglos después, la obra del filósofo judío sobre el ideólogo nazi Rosenberg? ¿Quién fue aquel hombre, excomulgado en 1656 por la comunidad judía de Ámsterdam y expulsado de su propia familia? A

través de una figura como Spinoza, Yalom utiliza los recursos de análisis psicológico y de la intriga para hablar del miedo, de Dios y la fe. En la línea de su bestseller *El día que Nietzsche lloró*, esta nueva novela de Irvin Yalom, a la vez incisiva y palpitante, nos mantiene en vilo frente a la gran incógnita que plantea El problema de Spinoza.



Irvin D. Yalom

El problema de Spinoza

ePub r1.0

Epicureum 31.03.14

Título original: *The Spinoza Problem*
Irvin D. Yalom, 2012
Traducción: José Manuel Álvarez-Flórez
Diseño de cubierta: Album / akg-images / Electa

Editor digital: Epicureum
ePub base r1.0

Para Marilyn

Prólogo

Spinoza me ha intrigado durante mucho tiempo, y he deseado a lo largo de los años escribir sobre ese valiente pensador del siglo XVII, tan solo en el mundo (sin familia, sin comunidad) autor de libros que cambiaron verdaderamente el mundo. Se anticipó a la secularización, al Estado democrático liberal y al auge de las ciencias naturales, y preparó el camino para la Ilustración. El hecho de que fuese excomulgado por los judíos a los

veinticuatro años de edad y censurado durante el resto de su vida por los cristianos era algo que siempre me había fascinado, tal vez debido a mis propias tendencias iconoclastas. Esta extraña sensación de parentesco con él la reforzaba además el saber que Einstein, uno de mis primeros héroes, era un spinoziano. Cuando Einstein hablaba de Dios, hablaba del Dios de Spinoza, un Dios equivalente del todo a la Naturaleza, un Dios que incluye toda sustancia y un Dios «que no juega a los dados con el universo», con lo que quería decir que todo lo que pasa, sin excepción, sigue las ordenadas leyes de

la Naturaleza.

Creo también que Spinoza, como Nietzsche y Schopenhauer, en cuyas vidas y en cuya filosofía he basado dos novelas anteriores, escribió muchas cosas que son muy importantes para mi campo de actividad, la psiquiatría y la psicoterapia; por ejemplo, que las ideas, los pensamientos y los sentimientos están causados por experiencias previas, que hay que estudiar desapasionadamente las pasiones, que entender las cosas nos conduce a su superación. Deseaba, por ello, celebrar sus aportaciones a través de una novela de ideas.

Pero ¿cómo escribir sobre alguien que llevó una vida tan contemplativa, con tan pocos acontecimientos externos? Fue extraordinariamente reservado y se mantuvo invisible como persona en sus escritos. Yo no contaba, pues, con ningún material del que se presta habitualmente a la narración: no había dramas familiares, ni relaciones amorosas, celos, anécdotas curiosas, riñas, enemistades o reuniones sociales. Tenía una abundante correspondencia, pero después de su muerte sus colegas, siguiendo instrucciones suyas, eliminaron casi todos los comentarios personales de sus cartas. No, no había

mucho drama externo en su vida. La mayoría de los estudiosos consideran a Spinoza un alma plácida y dulce... algunos comparan su vida con la de los santos cristianos, algunos le comparan incluso con Jesús.

Así que decidí escribir una novela sobre su *vida interior*. Ahí era donde mi experiencia personal podría ayudar a contar la historia de Spinoza. Después de todo, era un ser humano y debía haber lidiado por tanto con los mismos conflictos humanos básicos que me atribulaban a mí y a los muchos pacientes con los que he trabajado durante décadas. Había debido tener una

fuerte reacción emotiva al verse excomulgado, a los veinticuatro años de edad, por la comunidad judía de Ámsterdam, un edicto irreversible que obligaba a todo judío, incluidos los miembros de su familia, a apartarse de él para siempre. Ningún judío volvería a hablarle, a tener relaciones con él, a leer sus escritos o a acercarse a menos de cuatro metros y medio de su presencia física. Y, por supuesto, nadie vive sin una vida interior de fantasías, sueños, pasiones y anhelo del amor. Aproximadamente una cuarta parte de la obra más importante de Spinoza, la *Ética*, está dedicado a «superar la

servidumbre de las pasiones». Yo, como psiquiatra, estaba convencido de que no podría haber escrito esa parte a menos que hubiera pasado por una lucha consciente con sus propias pasiones.

Sin embargo, me mantuvo desorientado durante años el no poder encontrar la historia que una novela exige... hasta que una visita a Holanda cinco años atrás lo cambió todo. Había ido allí a dar clases y, como parte de mi retribución, solicité y se me concedió un «día Spinoza». El secretario de la Asociación Spinoza holandesa, y destacado filósofo spinoziano, accedió a pasar un día conmigo visitando todos los

lugares importantes de Spinoza: sus casas, su tumba y la atracción principal, el Museo Spinoza de Rijnsburg. Fue allí donde tuve una epifanía.

Entré en el museo de Rijnsburg, a unos cuarenta y cinco minutos en coche de Ámsterdam, lleno de expectativas, buscando... ¿qué? Tal vez un encuentro con el espíritu de Spinoza. Tal vez una historia. Pero al entrar en el museo me sentí inmediatamente decepcionado. Dudé de que aquel exiguo museo pudiese acercarme más a Spinoza. Los únicos artículos remotamente personales eran los 151 volúmenes de la biblioteca del filósofo y acudí rápidamente a ellos.

Mis anfitriones me concedieron acceso libre y cogí un libro del siglo XVII tras otro, oliéndolos y sopesándolos, emocionado por tocar objetos que habían tocado en tiempos las manos de Spinoza.

Pero mi anfitrión no tardó en interrumpir aquel ensueño:

—Por supuesto, doctor Yalom, sus posesiones (la cama, la ropa, los zapatos, las plumas y los libros) fueron subastados después de su muerte para pagar los gastos del entierro. Los libros se vendieron y se dispersaron pero, afortunadamente, el notario hizo una lista completa de ellos antes de la

subasta, y doscientos años después un filántropo judío reunió la mayoría de los títulos, las mismas ediciones de los mismos años y ciudades de publicación. Así que la llamamos la Biblioteca de Spinoza, pero es en realidad una reproducción. Sus dedos nunca tocaron esos libros.

Dejé la biblioteca y me paré a mirar el retrato de Spinoza que había colgado en la pared y no tardé en sentirme fundido en aquellos ojos ovalados, de gruesos párpados, inmensos, tristes. Era casi una experiencia mística... algo raro en mí. Pero entonces mi anfitrión dijo:

—Tal vez no lo sepa usted, pero eso

no es *en realidad*un retrato de Spinoza. Es sólo una imagen de la imaginación de algún artista, extraída de unas cuantas líneas de una descripción escrita. Si hubo retratos de Spinoza hechos durante su vida, no ha sobrevivido ninguno.

«Tal vez un relato sobre lo increíblemente esquivo del personaje», me planteé.

Mientras examinaba el aparato de pulir lentes de la segunda habitación (que no era tampoco el suyo, como indicaba la placa del museo, sino otro similar) oí que en la biblioteca uno de mis anfitriones mencionaba a los nazis.

Volví allí.

—¿Cómo? ¿Estuvieron aquí los nazis? ¿En este mismo museo?

—Sí, varios meses después de la *blitzkrieg* de Holanda, soldados del ERR llegaron aquí con sus grandes limusinas y lo robaron todo, los libros, un busto y un retrato de Spinoza, todo. Luego sellaron y expropiaron el museo.

—¿ERR? ¿Qué significan esas letras?

—*Einsatzesitab Reichsleiter* Rosenberg. El comando del dirigente del Reich Alfred Rosenberg... el principal ideólogo antisemita nazi. Era él quien estaba al cargo de las operaciones de saqueo cultural del Tercer Reich, y el

ERR saqueó toda Europa siguiendo sus órdenes... primero, sólo las cosas de los judíos y luego, en una etapa posterior de la guerra, todas las cosas de valor.

—¿Es decir que a Spinoza le quitaron por dos veces estos libros? —pregunté—. ¿Quiere decir que esos libros tuvieron que comprarse de nuevo y que se reconstruyó la biblioteca por segunda vez?

—No... milagrosamente estos libros sobrevivieron y volvieron a traerse aquí después de la guerra, a falta de sólo unos cuantos.

—¡Asombroso! —«Aquí hay una historia», pensé—. Pero ¿por qué se

molestó Rosenberg por estos libros? Sé que tienen un modesto valor, al ser del siglo XVII y hasta más antiguos, pero con que hubiesen entrado en el Rijksmuseum de Ámsterdam y se hubiesen llevado un Rembrandt, valdría cincuenta veces más que toda esta colección...

—No, ésa no es la cuestión. El dinero no tenía nada que ver. El ERR tenía un interés misterioso por Spinoza. En su informe, el oficial al mando de la operación añadió una frase significativa: «Se trata de obras antiguas valiosas, de gran importancia para la investigación del problema de Spinoza». Puede ver el

informe en la red, si quiere... está en los documentos oficiales de Núremberg.

Me quedé asombrado

—¿«Investigación del problema de Spinoza»? No entiendo. ¿Qué quería decir? ¿Cuál era el problema de Spinoza para los nazis?

Mis anfitriones se encogieron de hombros y alzaron las palmas de las manos a la vez, como un dúo de mimo.

—¿Quieren decir que debido a ese problema de Spinoza protegieron estos libros en vez de quemarlos como quemaron tantos en Europa?

Asintieron.

—Y ¿dónde estuvo guardada la

biblioteca durante la guerra?

—Nadie lo sabe. Los libros simplemente se esfumaron durante cinco años y volvieron a aparecer en 1946, en una mina de sal alemana.

—¿Una mina de sal? ¡Asombroso! —Cogí uno de los libros (un ejemplar de la *Ilíada* del siglo XVI) y dije, mientras lo acariciaba—: Así que este viejo libro de historias tienen su propia historia que contar.

Mis anfitriones me llevaron a ver el resto de la casa. Había llegado en un momento propicio: pocos visitantes habían visto la otra mitad del edificio, pues había estado ocupado durante

siglos por una familia de clase obrera. Pero el último miembro de esa familia había muerto recientemente y la Sociedad Spinoza había adquirido rápidamente la propiedad y estaba empezando por entonces la reconstrucción para incorporarla al museo. Sorteé los escombros de la construcción en mi recorrido por una modesta cocina y un salón, y subí luego una escalera estrecha y empinada que conducía a un dormitorio pequeño y sencillo. Examiné rápidamente aquella modesta habitación y, cuando empezaba a bajar otra vez por la escalera, mis ojos captaron una grieta, de 60 por 60

centímetros, en un rincón del techo.

—¿Qué es eso?

El viejo encargado subió unos cuantos escalones para mirar y me dijo que era una trampilla que conducía a un pequeño espacio en el desván donde habían estado ocultas durante la guerra, por el peligro de los nazis, dos judías, una madre ya mayor y su hija.

—Las alimentamos y cuidamos de ellas.

Una tormenta de sangre y fuego en Europa... Cuatro de cada cinco judíos holandeses asesinados por los nazis... Sin embargo en el piso de arriba de la casa de Spinoza, ocultas en un desván,

dos judías habían estado devotamente cuidadas durante la guerra. Y abajo, el pequeño museo Spinoza había sido saqueado, precintado y expropiado por el comando de Rosenberg, porque su biblioteca podría ayudar a los nazis a resolver «su problema de Spinoza». ¿Y cuál era su problema de Spinoza? Me pregunté si aquel nazi, Alfred Rosenberg, habría estado buscando también, a su manera, por sus propias razones, a Spinoza.

Había entrado en el museo con un misterio y salía de allí con dos.

Poco después, empecé a escribir.

1. Ámsterdam-abril de 1656

Cuando los últimos rayos de luz desaparecen del agua del Zwanenburgwal, Ámsterdam echa el cierre. Los tintoreros recogen las telas de color magenta y carmesí que han puesto a secar en los muros de piedra del canal. Los comerciantes enrollan sus toldos y cierran sus puestos de la calle. Unos cuantos obreros que regresan a casa se paran a tomar un bocado con una

ginebra en los puestos de arenques del canal y luego siguen su camino. Ámsterdam se mueve lentamente. La ciudad aún lleva luto, aún está recuperándose de la peste que, hace sólo unos meses, mató a una persona de cada nueve.

A unos metros del canal, en el número 4 de la Breestraat, un arruinado y algo borracho Rembrandt Van Rijn da la última pincelada a *Jacob bendice a los hijos de José*, estampa su nombre en la esquina inferior derecha, tira la paleta al suelo y se vuelve para bajar por la estrecha escalera de caracol. La casa, destinada a convertirse tres siglos

después en un museo y un monumento conmemorativo dedicado a él, es en ese día testigo de su vergüenza. Hormiguean en ella los licitadores que esperan la subasta de todas las propiedades del pintor. Malhumorado, empuja a los mirones que hay al final de la escalera, cruza la puerta de entrada, aspira el aire impregnado de sal y se dirige con paso vacilante hacia la taberna de la esquina.

En Delft, 70 kilómetros al sur, inicia su ascensión otro pintor. Johannes Vermeer echa un último vistazo a su nuevo cuadro, *La alcahueta*. Lo examina a derecha e izquierda. Primero, la prostituta con una chaqueta de un

glorioso amarillo. Bien. Bien. Un amarillo que reluce como luz del sol bruñida. Y el grupo de hombres que la rodean. Excelente... cada uno de ellos podría fácilmente salir caminando del lienzo e iniciar una charla. El pintor se inclina, acercándose más para captar la mirada pequeña pero penetrante del joven de fatuo sombrero. Vermeer asiente a su yo en miniatura. Muy complacido, estampa su nombre en la esquina inferior derecha con un floreo.

También en Ámsterdam, en el número 57 de la Breestraat, a sólo dos manzanas de los preparativos de la subasta de la casa de Rembrandt, un

comerciante de veintitrés años (nacido sólo unos días antes que Vermeer, al que admiraría pero nunca llegaría a conocer) se dispone a cerrar su tienda. Parece demasiado bello y delicado para ser un tendero. Sus rasgos son perfectos, su piel aceitunada impecable, los ojos oscuros, grandes y sensibles.

Echa un último vistazo alrededor: muchas estanterías están tan vacías como sus bolsillos. Los piratas interceptaron su último cargamento proveniente de Bahía, y no tiene ni café ni azúcar ni cacao. La familia Spinoza mantuvo durante una generación un próspero negocio de ultramarinos al por

mayor, pero ahora los hermanos Spinoza (Gabriel y Bento) se ven reducidos a llevar una pequeña tienda. Bento Espinoza, al aspirar el aire polvoriento, identifica, con resignación, los fétidos excrementos de rata que acompañan al olor de los higos secos, las uvas pasas, el jengibre escarchado, las almendras y los garbanzos, así como los aromas acres de los vinos españoles. Sale fuera e inicia su pelea diaria con el candado herrumbroso de la puerta de la tienda. Lo sobresalta una voz familiar que habla en un engolado portugués.

—¿Eres tú Bento Spinoza?

Spinoza se vuelve para mirar a los

dos desconocidos, unos hombres jóvenes y cansados que parecen haber llegado de un largo viaje. Uno es alto, con la cabeza grande y recia, que le cuelga hacia delante como si fuese demasiado pesada para mantenerla derecha. Su ropa es de buena calidad pero está sucia y arrugada. El otro, que viste unas ropas andrajosas de campesino, se mantiene detrás de su compañero. Tiene el pelo largo y enmarañado, ojos oscuros, una barbilla firme y una nariz poderosa. Se mantiene muy tieso. Sólo se le mueven los ojos, con movimientos bruscos, como de sapo asustado.

Spinoza les responde con un cauto asentimiento.

—Me llamo Jacob Mendoza —dice el más alto de los dos—. Tenemos que hablar contigo. Éste es mi primo, Franco Benítez, al que acabo de traer de Portugal. Mi primo —Jacob coge del hombro a Franco— está en crisis.

—Ya —contesta Spinoza—. ¿Y?

—En una crisis grave.

—Ya. ¿Y para qué me buscáis a mí?

—Nos han dicho que tú nos puedes prestar ayuda. Tal vez seas el único...

—¿Ayuda?

—Franco ha perdido la fe. Duda de todo. De todo los ritos religiosos. De la

oración. Hasta de la existencia de Dios. Está siempre asustado. No duerme. Habla de matarse.

—¿Y quién os ha engañado enviándolos aquí? Yo sólo soy un comerciante que lleva un pequeño negocio. Y no demasiado próspero, como veis —Spinoza señala la ventana polvorienta a través de la cual se ven los estantes medio vacíos—. Nuestro director espiritual es Rabí Morteira. Tenéis que acudir a él.

—Llegamos ayer y esta mañana salimos para hacer exactamente eso. Pero nuestro casero, un primo lejano, nos aconsejó que no lo hiciéramos.

«Franco no necesita un juez sino alguien que le ayude», dijo. Nos explicó que Rabí Morteira es severo con los que dudan, que cree que a todos los judíos de Portugal que se convirtieron al cristianismo los espera la condenación eterna, aunque lo hiciesen forzados a elegir entre la conversión y la muerte. «Para lo único que servirá ir a ver a Rabí Morteira —dijo— será para que Franco se sienta peor. Id a ver a Bento Spinoza. Él sabe mucho de estas cosas.»

—¿Qué historia es esa? Yo soy sólo un comerciante...

—Según él, si no te hubieses visto obligado a hacerte cargo del negocio

por la muerte de tu hermano mayor y de tu padre, habrías sido el próximo gran rabino de Ámsterdam.

—He de irme. Tengo una reunión a la que debo asistir.

—¿Vas a ir al servicio del sabbat en la sinagoga? ¿Sí? Nosotros también. Llevo a Franco porque debe volver a su fe. ¿Podemos ir contigo?

—No, yo voy a otro tipo de reunión.

—¿Qué otro tipo de reunión? —pregunta Jacob, pero luego cambia inmediatamente de actitud—. Perdona. No es asunto mío. ¿Podemos vernos mañana? ¿Estarías dispuesto a ayudarnos en el sabbat? Esta permitido,

porque es un *mitsvá*. Te necesitamos. Mi primo está en peligro.

—Qué extraño. —Spinoza mueve la cabeza—. Nunca había oído una petición como ésta. Lo siento, pero estáis equivocados. Yo no puedo ayudaros.

Franco, que había estado mirando al suelo mientras Jacob hablaba, alza la vista y pronuncia sus primeras palabras:

—Yo pido poco, sólo hablar unas palabras contigo. ¿Te niegas a ayudar a otro judío? Es tu deber con un viajero. Tuve que huir de Portugal lo mismo que tuvieron que huir tu padre y tu familia, para escapar de la Inquisición.

—Pero qué puedo yo...

—Mi padre pereció en la hoguera hace sólo un año. ¿Por qué crimen? Encontraron páginas de la Torá enterradas en el patio de atrás de nuestra casa. Al hermano de mi padre, el padre de Jacob, lo quemaron poco después. Tengo una pregunta. ¿Qué mundo es éste en el que un hijo ha de soportar el olor de la carne de su padre ardiendo? ¿Dónde está el Dios que creó esa clase de mundo? ¿Por que permite esas cosas? ¿Me culpas tú por preguntar eso? —Franco mira fijamente a los ojos a Spinoza unos instantes y luego continúa—: Un hombre que se llama «bendito»,

Bento en portugués y Baruch en hebreo... ¿va a negarse hablar conmigo?

Spinoza asiente solemnemente.

—Hablaré contigo, Franco. ¿Mañana a mediodía?

—¿En la sinagoga? —pregunta Franco.

—No, aquí. Venid a verme aquí, a la tienda. Estará abierta.

—¿La tienda? ¿Abierta? —exclama Jacob—. ¿El sabbat?

—Mi hermano menor, Gabriel, es el que representa a la familia Spinoza en la sinagoga.

—Pero la sagrada Torá —insiste Jacob, ignorando los tirones que le da en

la manga Franco— dice que Dios quiere que no trabajemos en el sabbat, que debemos pasar el día santo rezándole y cumpliendo los *mitsvás*.

Spinoza se vuelve hacia él y le habla suavemente, como un maestro a un joven estudiante:

—Dime, Jacob, ¿tú crees que Dios es todopoderoso?

Jacob asiente.

—¿Que Dios es perfecto, completo en sí mismo?

Jacob asiente de nuevo.

—Entonces seguro que estarás de acuerdo en que, por definición, un ser perfecto y completo no tiene

necesidades, ni insuficiencias ni carencias ni deseos. ¿No es así?

Jacob piensa, vacila y luego asiente receloso. Spinoza aprecia indicios de una sonrisa en los labios de Franco.

—Entonces —continúa—, considero que Dios no tiene ningún deseo sobre cómo le glorifiquemos, o incluso sobre si lo hacemos o no. Permíteme, pues, Jacob, amar a Dios a mi manera.

Franco abrió mucho los ojos y se volvió a Jacob como diciendo: «Ves, ves. Éste es el hombre que yo busco».

2. Reval, Estonia-3 de mayo de 1910

Hora: cuatro de la tarde

Lugar: un banco del pasillo principal junto a la entrada del despacho del director Epstein de la Petri-Realschule

En el banco espera, inquieto, Alfred Rosenberg, de dieciséis años, que no sabe muy bien por qué ha sido llamado al despacho del director. Tiene un torso

enjuto y fuerte y de rasgos marcados, ojos de un gris azulado y una cara teutónica bien proporcionada; le cuelga sobre la frente un bucle de cabello castaño en la posición adecuada. No hay ojeras oscuras rodeando sus ojos... vendrán más tarde. Mantiene alta la barbilla. Aunque su actitud puede que sea desafiante, los puños, que abre y cierra sin parar, indican miedo.

Se parece a todos y a nadie. Ya es casi un hombre, con toda una vida por delante. Dentro de ocho años viajará de Reval a Múnich y se convertirá en un activo periodista antisemita y antibolchevique. Dentro de nueve, en un

acto del Partido de los Trabajadores Alemanes, oirá un discurso apasionante de un nuevo miembro, un veterano de la primera guerra mundial llamado Adolf Hitler, e ingresará en el partido poco después de él. Dentro de veinte años posará la pluma y sonreirá triunfalmente cuando termine la última página de su libro *El mito del siglo XX*. Destinado a convertirse en un éxito, venderá un millón de ejemplares. Aportará gran parte de las bases ideológicas del partido nazi y ofrecerá una justificación para aniquilar a los judíos europeos. Dentro de treinta años sus hombres irrumpirán en un pequeño museo

holandés de Rijnsburg y confiscarán la biblioteca personal de 151 volúmenes de Spinoza. Y dentro de treinta y seis años sus ojos de profundas ojeras mirarán desconcertados y dirá que no con la cabeza cuando el verdugo estadounidense le pregunte en Núremberg: «¿Quiere decir unas últimas palabras?».

El joven Alfred oye el rumor de unas pisadas que se acercan por el pasillo y al ver a Herr Schäfer, su tutor y profesor de alemán, se pone de pie rápidamente para saludarlo. Herr Schäfer se limita a fruncir el ceño y a mover la cabeza lentamente mientras pasa y abre la

puerta del director. Pero cuando va a entrar, vacila, se vuelve hacia Alfred y, en un tono que no deja de ser amistoso, le susurra:

—Rosenberg, me decepcionó usted, nos decepcionó a todos, con su falta de juicio en ese discurso suyo de anoche. Una falta de juicio que no va a borrar el hecho de que haya sido elegido delegado de clase. Aun así, sigo creyendo que no carece usted de cualidades prometedoras. Se va a graduar dentro de unas semanas. Procure no portarse ahora como un necio.

¡El discurso electoral de la noche anterior! «Oh, así que era eso.» Alfred

se da una palmada en la cabeza. «Claro... por eso me han dicho que venga aquí.» Aunque estaban presentes casi todos los cuarenta alumnos de su clase (principalmente alemanes bálticos con unos cuantos rusos, estonios, polacos y judíos), Alfred había dirigido su discurso de campaña exclusivamente a la mayoría alemana y había conmovido su espíritu hablando de la misión que tenían como depositarios de la noble cultura germana. «Mantened nuestra raza pura —les había dicho—. No la debilitéis olvidando nuestras nobles tradiciones, aceptando ideas inferiores, mezclándoos con razas inferiores.» Tal

vez debería haberse parado ahí. Pero se dejó llevar. Tal vez hubiese ido demasiado lejos.

Interrumpen su ensueño la inmensa puerta de tres metros de altura al abrirse y la voz tonante del director Epstein:

—Entre, por favor, señor Rosenberg.

Alfred entra y ve a su director y a su profesor de alemán sentados a un extremo de una sólida mesa de madera, larga y oscura. Alfred siempre se siente pequeño en presencia del director Epstein, de un metro ochenta de estatura, que con su apostura señorial, sus ojos penetrantes y su barba tupida y bien cortada es la encarnación de la

autoridad.

El director Epstein indica a Alfred que se siente en una silla que hay al otro extremo de la mesa. Es notoriamente más pequeña que las dos de alto respaldo. El director aborda el asunto directamente, sin perder el tiempo:

—Así que yo, Rosenberg, soy de ascendencia judía, ¿verdad? Y mi mujer también es judía, ¿eh? Y los judíos son una raza inferior y no deberían enseñar a los alemanes, ¿verdad? Y, supongo, que no deben ser ascendidos a un cargo directivo, ¿verdad?

Ninguna respuesta. Alfred se encoge, procura hundirse más en la silla, baja la

cabeza.

—Rosenberg, ¿he expuesto correctamente su posición?

—Señor... bueno, señor, hablé demasiado precipitadamente. Quiero decir que esos comentarios que hice sólo tienen un valor general. Era un discurso electoral, y hablé de ese modo porque era lo que ellos querían oír.

Alfred ve por el rabillo del ojo que Herr Schäfer se hunde en la silla, se quita las gafas y se frota los ojos.

—Ah, ya veo. Así que habló usted de un modo general. Pero ahora estoy aquí, delante de usted, ya no es algo general sino particular.

—Señor, yo sólo digo lo que piensan todos los alemanes. Que debemos preservar nuestra raza y nuestra cultura.

—¿Y en cuanto a mí y a los judíos?

Alfred baja la cabeza de nuevo y no dice nada. Quiere mirar fuera, por la ventana que queda a mitad de la mesa, pero alza la vista, temeroso, hacia el director.

—Sí, claro, no puede contestar. Tal vez le suelte la lengua que le diga que mi linaje y el de mi esposa son alemanes puros, y que nuestros antepasados vinieron a los estados bálticos en el siglo XIV. Más aún, somos luteranos devotos.

Alfred asiente lentamente.

—Sin embargo usted nos llamó «judíos» a mi esposa y a mí —continúa el director.

—Yo no dije eso. Sólo dije que había rumores...

—Rumores que usted se alegró de poder propagar, para su provecho personal en las elecciones. Y dígame, Rosenberg, ¿en qué hechos se basan esos rumores? ¿O es algo que flota simplemente el aire?

—¿Hechos? —Alfred mueve la cabeza—. Bueno... ¿tal vez su apellido?

—¿Así que Epstein es un apellido judío? Todos los Epstein son judíos, ¿no

es así? ¿O el cincuenta por ciento? ¿O sólo algunos? ¿O tal vez sólo uno de cada mil? ¿Qué le han indicado sus doctas investigaciones?

Ninguna respuesta. Alfred mueve la cabeza.

—¿Quiere decir que, pese a la formación en ciencias y en filosofía que ha recibido en nuestra escuela, usted nunca piensa en cómo sabe lo que sabe? ¿No es ésa una de las lecciones importantes de la Ilustración? ¿Ha sido un fallo nuestro? ¿O nos ha fallado usted a nosotros?

Alfred parece anonadado. Herr Epstein tamborilea con sus dedos en la

gran mesa, luego continúa:

—¿Y su apellido, Rosenberg? ¿Es también su apellido un apellido judío?

—Estoy seguro de que no.

—Yo no estoy tan seguro. Déjeme que le dé algunos datos sobre los apellidos. En el periodo de la Ilustración, en Alemania... —El director Epstein hace una pausa y luego exclama —: Rosenberg, ¿sabe usted qué fue la Ilustración y cuándo fue?

Mirando a Herr Schäfer y con una súplica en la voz, Alfred contesta mansamente:

—En el siglo XVIII y... y fue la edad... ¿la edad de la razón y de la

ciencia?

—Sí, eso es. Muy bien. Veo que los esfuerzos de Herr Schäfer no han sido inútiles del todo en su caso. A finales de ese siglo, se aprobaron normas en Alemania para transformar a los judíos en ciudadanos alemanes, y se les obligó a elegir apellidos alemanes y a pagarlos. Si se negaban a pagar, podían recibir apellidos ridículos, como Schmutzfinger o Drecklecker. La mayoría de los judíos accedieron a pagar por un apellido más bonito o más elegante, como una flor (Rosenblum, por ejemplo) o nombres asociados de algún modo con la naturaleza, como Greenbaum. Fueron

más populares aún los apellidos de castillos nobles. Por ejemplo, el castillo de Epstein tenía connotaciones aristocráticas y pertenecía a una gran familia del Sacro Imperio Romano y lo eligieron muchos judíos que vivían en sus proximidades en el siglo XVIII. Hubo también algunos que pagaron sumas menores por apellidos judíos tradicionales como Levy o Cohen.

»En cuanto al apellido de usted, Rosenberg, es también un apellido muy antiguo. Pero a lo largo del último siglo ha cobrado una nueva vida. Se ha convertido en un apellido judío muy común en la Patria, y le aseguro que si

va usted allí, si va, sorprenderá miradas y oirá risillas y rumores sobre los antepasados judíos de su familia. Dígame, Rosenberg, cuando suceda eso, ¿qué hará usted?

—Seguiré su ejemplo, señor, y hablaré de mis antepasados.

—Yo he hecho personalmente una investigación genealógica de mi familia que se remonta varios siglos atrás. ¿La ha hecho usted?

Alfred niega con la cabeza.

—¿Sabe usted cómo hacer esa investigación?

Otra negación.

—Entonces uno de sus proyectos de

investigación antes de graduarse tendrá que ser aprender los datos necesarios para ese tipo de investigación y luego efectuar una sobre su propia familia.

—¿Uno de mis proyectos, señor?

—Sí, tendrá usted dos tareas asignadas con la finalidad de disipar todas mis posibles dudas sobre su aptitud para graduarse en esta escuela, y para ingresar en el Instituto Politécnico. Después de nuestra charla de hoy, Herr Schäfer y yo decidiremos el otro proyecto.

—Sí, señor. —Alfred va dándose cuenta de lo precario de su situación.

—Dígame, Rosenberg —continúa el

director Epstein—, ¿sabía usted que había estudiantes judíos en la reunión de anoche?

Un leve asentimiento de Alfred.

—¿Y consideró usted —pregunta el director Epstein— sus sentimientos y su reacción ante sus palabras de que los judíos eran indignos de esta escuela?

—Yo creo que mi primer deber es con la Patria y proteger la pureza de nuestra gran raza aria, la fuerza creadora de toda civilización.

—Rosenberg, las elecciónes han terminado. Ahórreme los discursos. Responda a mi pregunta. Le pregunté sobre los sentimientos de los judíos de

su audiencia.

—Yo creo que si no tenemos cuidado, la raza judía acabará con nosotros. Son débiles. Son parasitarios. El enemigo eterno. La antiraza para la cultura y los valores arios.

El director Epstein y Herr Schäfer, sorprendidos por la vehemencia de Alfred, intercambian miradas de preocupación. El director Epstein sondea más a fondo.

—Parece que quiere usted rehuir la pregunta que le he hecho. Déjeme que pruebe con otro enfoque. ¿Los judíos son una pequeña raza débil, parasitaria e inferior?

Alfred asiente.

—Entonces, dígame, Rosenberg, ¿cómo puede una raza débil como ésa amenazar a nuestra poderosa raza aria?

Cuando Alfred intenta formular una respuesta, Herr Epstein continúa:

—Dígame, Rosenberg, ¿ha estudiado usted a Darwin en las clases de Herr Schäfer?

—Sí —responde Alfred—. En la clase de historia de Herr Schäfer y también en la de biología de Herr Werner.

—¿Y qué sabe usted de Darwin?

—Sé lo de la evolución de las especies y lo de la supervivencia del

más apto.

—Ah, ya, la supervivencia del más apto. Habrá leído usted, claro, todo el Antiguo Testamento en nuestra clase de religión, ¿verdad?

—Sí, en la clase de Herr Müller.

—Entonces, Rosenberg, consideremos el hecho de que casi todos los pueblos y culturas descritos en la Biblia se han extinguido. ¿No es así?

Alfred asiente.

—¿Puede usted nombrar alguno de esos pueblos extintos?

Alfred recita:

—Fenicios, moabitas... y edomitas. —Alfred mira hacia Herr Schäfer, que

asiente.

—Muy bien. Pero todos ellos han muerto y desaparecido. Salvo los judíos. Los judíos sobreviven. ¿No diría Darwin que los judíos eran los más aptos de todos? ¿Me entiende usted?

Alfred responde con la rapidez del rayo:

—Pero no por su propia fuerza. Han sido parásitos y han impedido a la raza aria ser más apta aún. Sobreviven sólo chupándonos la fuerza y el oro y la riqueza.

—Ah, no juegan limpio —dice el director Epstein—. Usted sugiere que la justicia figura en el gran plan de la

naturaleza. En otras palabras, que el noble animal, en su lucha por la supervivencia, no debería utilizar ni el camuflaje ni el sigilo del cazador, ¿verdad? Extraño, no recuerdo que se hable de la justicia en la obra de Darwin.

Alfred guarda silencio, desconcertado.

—Bueno, eso no importa —dice el director—. Consideremos otra cuestión. Estará usted de acuerdo sin duda, Rosenberg, en que la raza judía ha producido grandes hombres. Piense que, Jesús, Nuestro Señor, era judío.

Alfred contesta de nuevo

rápidamente:

—He leído que Jesús nació en Galilea, no en Judea, donde estaban los judíos. Aunque algunos galileos llegaron a practicar el judaísmo, no tenía ni una gota de auténtica sangre israelita en sus venas.

—¿Qué? —El director Epstein alza las manos y se vuelve a Herr Schäfer y pregunta—: ¿De dónde proceden esas ideas, Herr Schäfer? Si fuese un adulto, le preguntaría que había estado bebiendo. ¿Es eso lo que enseña usted en su clase de historia?

Herr Schäfer niega con la cabeza y se vuelve hacia Alfred.

—¿De dónde ha sacado usted esas ideas? Dice usted que lo leyó, pero no ha sido en los libros de mi clase. ¿Qué está usted leyendo, Rosenberg?

—Un noble libro, señor. *Fundamentos del siglo XIX*.

Herr Schäfer se da una palmada en la frente y se hunde en su asiento.

—¿Qué es eso? —pregunta el director Epstein.

—El libro de Houston Stewart Chamberlain —dice Herr Schäfer—. Es un inglés, yerno de Wagner. Escribe historia imaginativa, es decir, una historia que él se va inventando sobre la marcha. —Se dirige a Alfred—. ¿Cómo

dio usted con el libro de Chamberlain?

—Leí un poco de él en casa de mi tío y luego fui a comprarlo a la librería del otro lado de la calle. No lo tenían pero lo encargué. He estado leyéndolo este último mes.

—Me gustaría que se mostrase tan entusiasta con los libros de clase —dice Herr Schäfer, indicando las estanterías de libros encuadernados en piel que se alinean en la pared del despacho del director—, ¡aunque sólo fuera con uno de ellos!

—Señor Schäfer —pregunta el director—, ¿conoce usted la obra de ese Chamberlain?

—Todo lo que podría querer conocer yo a cualquier pseudohistoriador. Se trata de un divulgador de Arthur Gobineau, el racista francés cuyos escritos sobre la superioridad básica de las razas arias influyeron en Wagner. Tanto Gobineau como Chamberlain hacen afirmaciones extravagantes sobre el liderazgo de los arios en las grandes civilizaciones griega y romana.

—¡Ellos fueron grandes! —interviene de pronto Alfred—. Hasta que se mezclaron con razas inferiores... con los ponzoñosos judíos, los negros, los asiáticos, y entonces todos las

civilizaciones decayeron.

Tanto el director Epstein como Herr Schäfer se sorprenden ante el hecho de que un estudiante se atreva a interrumpirles. El director mira a Herr Schäfer como si fuese responsabilidad suya.

Herr Schäfer traslada la culpa a su alumno:

—Ojalá hubiese mostrado ese fervor en clase. ¿Cuántas veces se lo he dicho, Rosenberg? Parecía usted muy poco interesado en su formación. ¿Cuántas veces intenté animarle a participar en nuestras lecturas? Y de pronto aquí está usted, revolucionado por un libro.

¿Cómo podemos interpretar esto?

—Tal vez se deba a que nunca había leído ley un libro como ése... ¡un libro que dice la verdad sobre la nobleza de nuestra raza, que explica que intelectuales y estudiosos han descrito erróneamente la historia como el progreso de la humanidad, cuando lo cierto es que fue nuestra raza la que creó la civilización en todos los grandes imperios! No sólo en Grecia y Roma, sino también en Egipto, Persia, hasta en la India. Y todos esos imperios se desmoronaron cuando nuestra raza fue contaminada por razas inferiores del entorno.

Alfred mira al director Epstein y añade con todo el respeto posible:

—Si me permite, señor, ésta es la respuesta a su pregunta anterior. Por eso no me preocupa herir los sentimientos de un par de estudiantes judíos, ni de los eslavos, que son también inferiores, aunque no estén tan organizados como los judíos.

El director Epstein y Herr Schäfer intercambian de nuevo miradas, dándose cuenta por fin de la gravedad del problema. No se trata de una simple travesura ni de un adolescente impulsivo.

—Rosenberg —dice el director

Epstein—, aguarde usted fuera por favor. Tenemos que hablar en privado.

3. Ámsterdam-1656

Al oscurecer, en el sabbat, la Jodenbreestraat se llenaba de judíos. Llevaban todos su libro de oración y una bolsita de terciopelo con el chal de oración. Todos los sefardíes de Ámsterdam se ponían en marcha en dirección a la sinagoga, salvo uno. Después de cerrar la tienda, Bento se quedó parado en el escalón de la puerta, echó un largo vistazo a la corriente de sus compatriotas, inspiró profundamente y se zambulló en ella, pero caminando

en dirección opuesta. Evitaba las miradas de todos y murmuraba palabras tranquilizadoras para aliviar el apuro que sentía. «Nadie se fija, nadie se preocupa. Lo que importa es la buena conciencia, no la mala fama. He hecho esto muchas veces.» Pero su acelerado corazón se mostraba invulnerable a las débiles armas de la racionalidad. Luego intentó bloquear el mundo exterior, sumergirse en el interior y distraerse maravillándose de aquel curioso duelo entre la razón y la emoción, un duelo en el que la razón resultaba siempre derrotada.

Cuando disminuyó la multitud, siguió

su camino con más tranquilidad, girando a la izquierda en la calle que bordeaba el canal Konings, camino de la casa y la clase de Franciscus Van den Enden, un excelente profesor de latín y de cultura clásica.

Aunque el encuentro con Jacob y Franco había sido un hecho notable, en la tienda de ultramarinos de Spinoza había tenido lugar un encuentro aún más memorable varios meses atrás, cuando había entrado en ella por primera vez Franciscus Van den Enden. Bento, mientras caminaba, se entretenía recordando aquel encuentro. Los detalles se conservaban en su mente con

absoluta claridad.

Víspera de sabbat, casi está anocheciendo, un hombre de mediana edad, corpulento, elegantemente ataviado, de porte distinguido, entra en su tienda e inspecciona las mercancías. Bento está demasiado absorto escribiendo una anotación en su diario para darse cuenta de que ha entrado un cliente. Por último, Van den Enden tose cortésmente para indicar su presencia y luego comenta, en un tono firme pero que no deja de ser amable:

—Joven, no estará usted demasiado

ocupado para atender a un cliente, ¿verdad?

Bento deja caer la pluma a media palabra y se levanta inmediatamente.

—¿Demasiado ocupado? Nada de eso, señor. Es usted el primer cliente del día. Por favor, perdone mi distracción. ¿En qué puedo servirle?

—Querría un litro de vino y quizá, dependiendo del precio, un kilo de aquellas uvas pasas del tarro de abajo.

Mientras Bento coloca un peso de plomo en un platillo de la balanza y utiliza una gastada paleta de madera para añadir las pasas al otro platillo hasta equilibrarlos, Van den Enden

añade:

—Pero he interrumpido su escritura. Qué experiencia tan agradable y fuera de lo común... No, más que fuera de lo común, digamos singular, entrar en una tienda y encontrarse con un joven dependiente tan absorto en lo que escribe que no se da cuenta de que llegan clientes. Siendo como soy un profesor, suelo tener la experiencia contraria. Sorprendo a mis alumnos no escribiendo, ni pensando, cuando deberían hacerlo.

—El negocio no va bien — contesta Bento—. Así que me paso las horas aquí sentado, sin nada qué hacer más que

pensar y escribir.

El cliente señala el diario de Spinoza, abierto aún por la página en que había estado escribiendo.

—Déjeme hacer una conjetura sobre lo que escribía. Yendo mal el negocio, sin duda está usted preocupado por la suerte de su inventario. Anota usted gastos e ingresos en su diario, hace un presupuesto y enumera posibles soluciones. ¿He acertado?

Bento, que se ha ruborizado, pone el diario boca abajo.

—A mí no hay nada que se me oculte, joven. Soy un espía magistral, y sé guardar secretos. Y también pienso

pensamientos prohibidos. Además, soy maestro de retórica y puede estar seguro de que sería capaz de mejorar sus escritos.

Spinoza alza su diario para que lo vea y pregunta, esbozando una sonrisa:

—¿Qué tal es su portugués, señor?

—¡Portugués! Ahí me gana usted, joven. Sé holandés. Y francés, inglés y alemán. Latín y griego. Hasta un poco de español, y una pizca de hebreo y arameo. Pero portugués no. Su holandés hablado es excelente. ¿Por qué no escribe en holandés? Seguro que nació usted aquí.

—Sí. Mi padre emigró de Portugal

cuando era un niño. Aunque utilizo el holandés en mis relaciones comerciales, no me siento del todo cómodo escribiendo. A veces escribo también en español. Y he estudiado a fondo el hebreo.

—He ansiado siempre leer las escrituras en su idioma original. Desgraciadamente los jesuitas sólo me dieron conocimientos muy escasos de hebreo. Pero aún no ha respondido usted a mi pregunta sobre lo que escribía.

—Su conclusión de que escribía presupuestos para mejorar las ventas se basa, supongo, en mi comentario de que va mal el negocio. Una deducción

razonable, pero en este caso, totalmente errónea. Mi pensamiento raras veces se detiene en el negocio, y nunca escribo sobre eso.

—Admito mi error. Pero antes de pasar más allá, a lo que escribe, permítame por favor una pequeña digresión, un comentario pedagógico. Se trata de un hábito difícil de evitar. El uso que hace usted de la palabra «deducción» es incorrecto. El proceso de ir estableciendo observaciones particulares para construir una conclusión racional, en otras palabras, construir hacia arriba, hasta la teoría, partiendo de observaciones discretas, se

llama «inducción», mientras que la deducción empieza con una teoría a priori y razona hacia abajo, hacia una serie de conclusiones.

Van den Enden, al ver que Spinoza asiente pensativo, tal vez agradecido, continúa.

—Si no era sobre el negocio, joven, ¿sobre qué escribía entonces?

—Sólo sobre lo que veo al otro lado de la ventana de mi tienda.

Van den Enden se vuelve hacia la calle, siguiendo la mirada de Bento.

—Ve usted, la gente no para. Corren de aquí para allá todo el día, toda la vida. ¿Persiguiendo qué? ¿Riquezas?

¿Fama? ¿Los placeres de los apetitos? Es indudable que esos fines constituyen errores.

—¿Por qué?

Bento ha dicho ya todo lo que deseaba decir pero, envalentonado por la pregunta de su cliente, continúa:

—Esos objetivos se reproducen. Cuando se alcanza uno de ellos se generan necesidades adicionales. Así que siempre hay que correr, siempre hay que buscar, ad infinítum. El camino verdadero hacia la felicidad imperecedera tiene que estar en otra parte. Eso es lo que yo creo y sobre lo que escribo.— Bento se ruboriza

intensamente. Nunca ha compartido con nadie esos pensamientos.

La expresión del cliente indica que siente gran interés. Posa su bolsa de compra, se acerca más, mira a Bento a la cara.

Aquel fue el momento... el momento de los momentos. A Bento le encantó aquel momento, aquella mirada de sorpresa, aquel interés nuevo y mayor y aquella atención que se reflejaban en la cara del desconocido. ¡Y qué desconocido! Un emisario del gran mundo exterior no judío . Un hombre que

era sin lugar a dudas importante. Le resultaba imposible revivir aquel momento sólo una vez. De manera que la reimaginaba una segunda y luego, a veces, una tercera y una cuarta vez. Y cada vez que la visualizaba, se le llenaban los ojos de lágrimas. Un profesor, un hombre de mundo distinguido interesándose por él, tomándolo en serio, pensando quizá: «Este joven es extraordinario».

Bento se apartó sin esfuerzo de aquel momento decisivo y prosiguió su evocación de aquel primer encuentro.

El cliente insiste:

—Dice usted que la felicidad imperecedera se encuentra en otra parte. Hábleme sobre esa «otra parte».

—Sólo sé que no se halla en objetos perecederos. No se halla fuera, sino dentro. Es el pensamiento el que determinará lo que es temible, desdeñable, deseable o inestimable, y es por tanto el pensamiento, y sólo el pensamiento, el que se debe modificar.

—¿Cómo se llama usted, joven?

—Bento Spinoza. En hebreo mi nombre es Baruch.

—Y en latín su nombre es Benedictus. Un nombre magnífico, «bendito». Yo soy Franciscus Van den Enden. Dirijo una academia de estudios clásicos. Spinoza, dice usted... hummm, del latín *spina* y *spinosus* que significan respectivamente «espina» y «lleno de espinas».

—De *espinhosa,* en portugués —dice Bento, asintiendo.

—Esa clase de preguntas que usted se hace pueden resultar espinosas para instructores doctrinarios y ortodoxos. —Van den Enden frunce los labios en una sonrisa pícara—.Dígame, joven, ¿ha sido usted una espina en el costado de

sus maestros?

Bento sonríe también.

—Sí, fue así una vez. Pero ahora me he distanciado de ellos. Limito mi espinosidad a mi diario. La clase de preguntas que me hago no son bienvenidas en una comunidad supersticiosa.

—La superstición y la razón nunca han sido buenas compañeras. Pero tal vez yo pueda presentarle a usted algunos compañeros de mentalidad parecida. Aquí tengo, por ejemplo, un hombre al que debería usted conocer. —Van den Enden busca en su bolsa y extrae un viejo volumen, que entrega a Bento—.

Se llama Aristóteles, y este libro contiene su investigación sobre ese tipo de preguntas que usted se hace. También él consideró el pensamiento y la voluntad de perfeccionar nuestra capacidad de razonar como el proyecto humano supremo y único. La *Ética a Nicómaco* debería ser una en sus próximas lecturas.

Bento se acerca el libro a la nariz y aspira su aroma antes de abrir las páginas.

—Sé de este hombre y me gustaría conocerle. Pero no podríamos conversar. No sé nada de griego.

—Entonces el griego debería formar

parte también de su instrucción. Después de que haya dominado usted el latín, por supuesto. Qué lástima que sus ilustrados rabinos sepan tan poco de la cultura clásica. Su perspectiva es tan limitada que a menudo olvidan que también los no judíos se dedican a la búsqueda de la sabiduría.

Bento contesta inmediatamente, asumiendo su condición judía, como hace siempre que se ataca a los judíos.

—Eso no es verdad. Tanto Rabí Menassch como Rabí Morteira han leído a Aristóteles en latín. Y Maimónides le consideraba el más grande de los filósofos.

Van den Enden se yergue.

—Bien dicho, joven, bien dicho. Con esa respuesta ha aprobado usted ya mi examen de ingreso. Tal lealtad a sus viejos maestros me impulsa a hacerle una invitación oficial para estudiar en mi academia. Es hora ya de que no sólo sepa usted de Aristóteles, sino que lo conozca personalmente. Yo puedo ponerle al alcance de su entendimiento, junto con el mundo de camaradas suyos como Sócrates y Platón y muchos otros.

—Sí, pero ¿el asunto del pago? Ya le he dicho que el negocio va mal.

—Llegaremos a un acomodo. Por una parte, veremos qué clase de

profesor de hebreo es usted. Tanto mi hija como yo deseamos mejorar nuestro hebreo. Y podemos descubrir otras formas más de trueque. De momento, sugiero que añada usted un kilo de almendras a mi vino y a las pasas... y no me las dé de esas tan resecas del tarro de abajo, probemos esas otras más gordas de la estantería de más arriba.

Este recuerdo de la génesis de su nueva vida era tan persuasivo que Bento siguió varias manzanas más allá de su destino sumido en su ensueño. Cayó en la cuenta de ello con un sobresalto, se

detuvo, se orientó enseguida y volvió sobre sus pasos hasta la casa de Van den Enden, un edificio estrecho de cuatro plantas que daba al canal Singel. Mientras subía las escaleras hasta la última planta, donde se daban las clases, Bento fue parando como siempre en cada descansillo y atisbando en las zonas domésticas. Se tomó poco interés por el complejo embaldosado de la primera planta, con su cenefa de piezas de Delft, de molinos de viento en azul y blanco.

En la segunda los acres aromas a chucrut y a curry le recordaron que se había olvidado una vez más de comer y

de cenar.

En la tercera no se entretuvo a admirar el arpa resplandeciente y los tapices que colgaban allí sino que se deleitó, como siempre, con los muchos cuadros al óleo que llenaban las paredes. Pasó varios minutos contemplando un cuadro pequeño de un barco varado en la orilla y tomó nota cuidadosa de la perspectiva que aportaban las figuras grandes de la costa y las dos más pequeñas de la proa de la embarcación, una de pie y la otra, más pequeña aún, sentada, y lo encomendó todo a la memoria con el fin de hacer después una copia al carbón aquella

noche.

En la cuarta planta le recibieron Van den Enden y seis jóvenes alumnos de la academia, uno que estudiaba latín y cinco que habían avanzado ya hasta el griego. Van den Enden inició la velada, como siempre, con un dictado en latín que los estudiantes debían de traducir unos al holandés y otros al griego. Con la esperanza de inyectar pasión por el dominio de nuevos idiomas, Van den Enden enseñaba a partir de textos que pudiesen interesar y divertir. Ovidio había sido el texto de las últimas tres semanas y aquella noche Van den Enden leyó una parte de la historia de Narciso.

Spinoza, a diferencia de los otros estudiantes, mostraba muy poco interés por las historias de metamorfosis fantásticas. Pronto se hizo obvio que él no necesitaba ninguna diversión. Tenía, por el contrario, una pasión por aprender y una aptitud pasmosa para el lenguaje. Aunque Van den Enden se había dado cuenta inmediatamente de que Bento tenía que ser un estudiante extraordinario, seguía asombrándose de su capacidad para captar y retener todos los conceptos, todas las generalidades y todas las singularidades gramaticales antes de que la explicación hubiese salido de labios del maestro.

Los ejercicios diarios de latín los supervisaba la hija de Van den Enden, Clara María, una muchacha cuellilarga y larguirucha de trece años de sonrisa seductora y columna vertebral torcida. Clara era también un prodigio con los idiomas y demostraba desvergonzadamente su facilidad para hacerlo a los otros estudiantes, cambiando de lengua una y otra vez. Bento se había quedado atónito al principio: uno de los dogmas judíos que nunca había puesto en duda era la inferioridad de las mujeres, que tenían derechos inferiores e intelectos inferiores. Aunque Clara María le tenía

asombrado, acabó considerándola una rareza, un fenómeno extraño, una excepción a la norma de que la inteligencia de la mujer no era igual a la del hombre.

Después de que Van den Enden abandonó la habitación con los cinco alumnos que estudiaban griego, Clara María comenzó, con una gravedad casi cómica en una treceañera, a explicar a Bento y a un estudiante alemán, Dirk Kerckrinck, sus ejercicios de vocabulario y declinación. Dirk estaba estudiando latín para poder ingresar en la escuela médica de Hamburgo. Después del ejercicio de vocabulario

Clara María pidió a Bento y a Dirk que tradujesen al latín un poema holandés popular de Jacob Cats sobre la conducta apropiada de las jóvenes solteras, que leyó en voz alta de una forma encantadora. Sonrió, se levantó e hizo una reverencia cuando Dirk, al que se unió rápidamente Bento, aplaudió su recitado.

La parte final de la velada era siempre para Bento el punto culminante. Todos los alumnos acudían al aula más grande, la única con ventanas, a escuchar la disertación de Van den Enden sobre el mundo antiguo. Su tema de aquella noche era la idea griega de

democracia, en su opinión la forma más perfecta de gobierno, a pesar de que (aquí miraba a su hija, que asistía a todas sus disertaciones) confesó que «la democracia griega excluía al cincuenta por ciento de la población, es decir a las mujeres y a los esclavos». Y continuó diciendo:

—Consideren la posición paradójica de las mujeres en el drama griego. Por una parte, las mujeres griegas tenían prohibido asistir a las representaciones, aunque, en época posterior, en siglos más ilustrados, se les permitía ir al anfiteatro. Pero sólo podían sentarse en las partes desde las que peor se veía el

escenario. Y piensen, sin embargo, en las mujeres heroicas del teatro griego, mujeres de acero, protagonistas de las tragedias más grandes de Sófocles y Eurípides. Permítanme que les describa brevemente tres de los personajes más formidables de toda la literatura: Antígona, Fedra y Medea.

Después de la presentación, durante la que pidió a Clara María que leyese varios de los pasajes más potentes de *Antígona* en griego y en holandés, pidió a Bento que se quedase unos minutos después de que los otros se fuesen.

—Tengo un par de cuestiones que discutir con usted, Bento. Primero,

¿recuerda mi oferta en nuestro encuentro inicial en su tienda? Mi oferta de presentarle a pensadores afines... —Bento asintió y Van den Enden continuó—: No lo he olvidado, y empezaré a cumplir aquella promesa. Sus progresos en latín han sido soberbios, y pasaremos ya al idioma de Sófocles y Homero la semana que viene. Clara María lo iniciará en el aprendizaje del alfabeto griego. Además, he elegido textos que deberían tener un especial interés para usted. Trabajaremos con pasajes de Aristóteles y Epicuro que abordan los mismos temas en los que usted dijo estar interesado durante nuestro primer

encuentro.

—¿Se refiere usted a mis anotaciones del diario sobre objetivos perecederos e imperecederos?

—Justamente. Como un paso para el perfeccionamiento de su latín, le sugiero que empiece a escribir sus anotaciones en ese idioma.

Bento asintió.

—Y una cuestión más —continuó Van den Enden—. Clara María y yo estamos listos para iniciar nuestro aprendizaje del hebreo bajo su tutela. ¿Está usted dispuesto a empezar la semana que viene?

—Con mucho gusto —respondió

Bento—. Me proporcionaría un gran placer y me permitiría también pagar la deuda que tengo con ustedes.

—Entonces tal vez sea hora de pensar en métodos pedagógicos. ¿Tiene usted experiencia como profesor?

—Hace tres años Rabí Morteira me pidió que le ayudara a enseñar hebreo a los estudiantes más jóvenes. He anotado muchísimas ideas sobre las dificultades del hebreo y tengo la esperanza de escribir algún día una gramática hebrea.

—Magnífico. Puede estar seguro de que contará con unos alumnos aplicados y atentos.

—Casualmente —añadió Bento—

tuve una extraña petición esta tarde. Dos hombres atribulados acudieron hace unas cuantas horas a mí pretendiendo que les sirviese como una especie de asesor.

Bento procedió a relatar los detalles de su encuentro con Jacob y Franco.

Van den Enden escuchó atentamente y, cuando Bento terminó, dijo:

—Añadiré una palabra más a sus deberes de vocabulario de latín esta noche. Anote, por favor: *caute*. Puede usted suponer el significado por el español *cautela*.

—Sí, «precaución», *cuidado* en portugués. Pero ¿por qué *caute*?

—En latín, por favor.

—*Cur caute?*

—Tengo un espía que me cuenta que a sus amigos judíos no les gusta que estudie conmigo. No les gusta nada. Y no les gusta el que usted se distancie cada vez más de su comunidad. *Caute*, hijo mío. Procure no darles más motivos de queja. No confíe a ningún desconocido sus dudas y pensamientos más profundos. La próxima semana veremos si Epicuro puede ofrecerle algún consejo útil.

4. Estonia-10 de mayo de 1910

Después de que Alfred se fuera, los dos viejos amigos se levantaron y se estiraron. La secretaria del director Epstein dejó en la mesa una bandeja con un *strudel* de nueces y manzana. Se sentaron después y lo comieron silenciosamente mientras ella les preparaba el té.

—¿Así que ésta es la cara del futuro, Hermann? —dijo el director Epstein.

—No es un futuro que yo quiera ver. Me alegro de que haya té caliente... ese muchacho me ha dejado helado.

—¿En qué medida deberíamos estar preocupados por él, por su influencia en sus compañeros de clase?

Pasó una sombra por el pasillo, un estudiante, y Herr Schäfer se levantó para cerrar la puerta, que había quedado entornada.

—He sido su tutor desde que empezó, y ha asistido a muchas de mis clases. Pero curiosamente, no lo conozco en absoluto. Como ves, hay en él algo mecánico y como distante. Veo a los chicos enzarzados en conversaciones

animadas, pero Alfred nunca participa. Es como si se mantuviese escondido.

—No se ha escondido mucho durante los últimos minutos, Hermann.

—Eso es completamente nuevo. Por eso me sorprendió. Vi un Alfred Rosenberg diferente. Lo de leer a Chamberlain le ha envalentonado.

—Tal vez eso tenga su lado positivo. Tal vez pueda haber aún otros libros que puedan inflamarle de una forma distinta. Pero ¿dices que no es, en general, un amante de los libros?

—Es extraño, pero no resulta fácil contestar a eso. A veces creo que le encanta la idea de los libros, o el aura, o

quizá sólo las cubiertas de ellos. Se dedica a menudo a desfilar por la escuela con un montón de libros bajo el brazo... Hauptman, Heine, Nietzsche, Hegel, Goethe. A veces su pose es casi cómica. Es una manera de exhibir su intelecto superior, de presumir de que elige libros que están por encima de lo popular. He dudado a menudo que se lea realmente esos libros. Hoy no sé lo que pensar.

—Esa pasión por Chamberlain... —comentó el director—. ¿Ha mostrado interés por otras cosas?

—Ésa es la cuestión. Siempre mantiene muy controlados sus

sentimientos, aunque recuerdo un relampagueo de emoción con nuestra prehistoria. En unas cuantas ocasiones he llevado a pequeños grupos de alumnos a participar en unas excavaciones arqueológicas al norte de la Iglesia de San Olai. Rosenberg siempre se ofreció voluntario. En una de ellas ayudó a desenterrar útiles de la Edad de Piedra y un hogar prehistórico, y estaba emocionado.

—Extraño —dijo el director mientras repasaba la ficha de Alfred—. Decidió venir a nuestra escuela en vez de ir al instituto, donde podría haber estudiado cultura clásica y luego podría

haber hecho literatura o filosofía en la universidad, que parece ser lo que le interesa. ¿Por qué va a la Politécnica?

—Creo que son razones económicas. Su madre murió cuando era muy pequeño y su padre tiene tisis, y trabaja sólo esporádicamente como empleado de banco. El nuevo profesor de arte, Herr Purvit, le considera un dibujante razonablemente bueno y le ha animado a seguir la carrera de arquitecto.

—Así que se mantiene distante de los otros —dijo el director cerrando la ficha de Alfred—. Sin embargo ganó en las elecciones. ¿Y no fue también delegado de la clase hace un par de

años?

—Eso tiene poco que ver en mi opinión con la popularidad. Los estudiantes no respetan el cargo, y los chicos populares en general evitan ser delegados de clase por las tareas que implica y porque exige prepararse para ser el orador en la ceremonia de graduación. No creo que los otros chicos se tomen a Rosenberg en serio. Nunca lo he visto en medio de un grupo o bromeando con otros. Lo más frecuente es que sea objeto de sus burlas. Es un solitario, siempre andando sólo por Reval con su cuaderno de dibujo. Así que no me preocuparía

demasiado por la posibilidad de que difundiese aquí esas ideas extremistas.

El director Epstein se levantó y se acercó a la ventana. Fuera había árboles de hojas anchas, el nuevo follaje primaveral, y, más allá, blancos y majestuosos edificios con tejados de ladrillos rojos.

—Háblame más de ese Chamberlain. Mis intereses como lector estaban en otra parte. ¿Cuál es la amplitud de su influencia en Alemania?

—Aumenta deprisa. Alarmantemente deprisa. Su libro se publicó hace unos diez años y su popularidad sigue aumentando. He oído que se han vendido

ya cien mil ejemplares.

—¿Tú lo has leído?

—Empecé pero perdí la paciencia enseguida y el resto me limité a hojearlo. Muchos de mis amigos lo han leído. Los historiadores serios comparten mi opinión... lo mismo que la Iglesia y, por supuesto, la prensa judía. Sin embargo muchas personas prominentes lo ensalzan... el káiser Guillermo, Theodore Roosevelt... y muchos periódicos extranjeros destacados han hecho recensiones positivas de él, algunos incluso entusiastas. Chamberlain utiliza un lenguaje elevado y pretende dirigirse a

nuestros impulsos más nobles. Pero yo creo que alienta los más bajos.

—¿Cómo explicas su popularidad?

—Escribe persuasivamente. E impresiona a los incultos. Puedes encontrar en cualquier página citas que suenan a muy profundas de Tertuliano o de san Agustín, o tal vez de Platón o de algún místico indio del siglo VIII. Pero es sólo una apariencia de erudición. En realidad lo único que ha hecho ha sido espigar citas del pasado, no relacionadas entre sí, para apoyar sus ideas preconcebidas. Contribuye a su popularidad, sin duda, su reciente matrimonio con la hija de Wagner.

Muchos lo ven como el heredero del legado racista de Wagner.

—¿Coronado por Wagner?

—No, no llegaron a conocerse. Wagner murió antes de que Chamberlain cortejara a su hija. Pero Cosima Wagner le ha dado su bendición.

El director se sirvió más té.

—Bueno, nuestro joven Rosenberg parece tan absolutamente embelesado con el racismo de Chamberlain que no será fácil apartarlo de él. Pero, si te pones a pensarlo, ¿qué adolescente impopular, solitario y un poco inepto no ronronearía de placer al enterarse de que es de una raza superior? Que sus

ancestros fundaron las grandes civilizaciones... especialmente un muchacho que no ha tenido madre que lo admire, cuyo padre está a un paso de la muerte, cuyo hermano mayor está enfermo, que...

—Ay, Karl, oigo los ecos de ese visionario del que usted se ha vuelto tan devoto, ese doctor Freud vienés, que también escribe persuasivamente y que también se sumerge en los clásicos, aflorando luego siempre con una cita sustanciosa sujeta entre los dientes.

—Mea culpa. Confieso que sus ideas me parecen cada vez más razonables. Por ejemplo, acabas de

decir que se han vendido cien mil ejemplares del libro antisemita de Chamberlain. De esas legiones de lectores, ¿cuántos lo desdeñan como tú? ¿Y cuántos quedan electrizados por él, como Rosenberg? ¿Por qué el mismo libro produce una variedad tan grande de reacciones? Tiene que haber algo concreto en el lector que le haga lanzarse a abrazar un libro. Su vida, su psicología, su imagen de sí mismo. Tiene que haber algo acechando en lo profundo de la mente (o como dice ese Freud del «inconsciente») que hace que un lector determinado se enamore de un escritor determinado.

—¡Un debate esencial para nuestra próxima discusión de sobremesa! Entre tanto mi pequeño alumno, Rosenberg, estará, sospecho, nervioso y sudando ahí fuera. ¿Qué haremos con él?

—Sí, estábamos olvidándonos de eso. Le prometimos tareas y necesitamos encontrar alguna. Tal vez estemos excediéndonos. ¿Es posible asignarle una tarea que pudiese ejercer una influencia positiva en las pocas semanas de que disponemos? Veo tanto rencor en él, tanto odio hacia todo lo que no sea el fantasma del «verdadero alemán»... Creo que necesitamos apartarnos de las ideas y llevarle a algo tangible, algo que

pueda tocar.

—De acuerdo. Es más difícil odiar a un individuo que a una raza —dijo Herr Schäfer—. Tengo una idea. Conozco un judío que tiene que importarle. Hagámosle entrar otra vez y le asignaré su primera tarea.

La secretaria del director Epstein se llevó los platos del té e hizo entrar a Alfred, que volvió a ocupar su asiento al final de la mesa.

Herr Schäfer llenó lentamente su pipa, la encendió, aspiró, exhaló una nube de humo y empezó:

—Rosenberg, tenemos que hablar de unas cuantas cuestiones más. Ya veo

cuáles son sus sentimientos sobre los judíos en términos raciales amplios, pero tiene que haberse cruzado con judíos buenos. Sé casualmente que usted y yo hemos tenido el mismo médico personal, Herr Apfelbaum. He oído que le ayudó a usted a nacer.

—Sí —dijo Alfred—. Ha sido mi médico durante toda mi vida.

—Y ha sido también íntimo amigo mío todos estos años. Dígame, ¿es él ponzoñoso? ¿Es un parásito? No hay nadie en Reval que trabaje más que él. Cuando usted era un niño de pecho, vi con mis propios ojos cómo trabajaba día y noche intentando salvar a su difunta

madre de la tuberculosis. Y me han dicho que lloró en su funeral.

—El doctor Apfelbaum es un buen hombre. Nos prodiga siempre buenos cuidados. Y siempre le pagamos, por otra parte. Pero puede haber judíos buenos. Eso ya lo sé. No digo ninguna cosa mala de él como persona, sólo de la semilla judía. Es indudable que todos los judíos llevan las semillas de una raza odiosa y que...

—Vaya, esa palabra de nuevo, «odiosa» —le interrumpió el director Epstein, esforzándose por contenerse—. Oigo hablar mucho de odio, Rosenberg, pero no oigo nada sobre el amor. No

olvide que el amor es el centro del mensaje de Jesús. No sólo hay que amar a Dios sino al prójimo como a uno mismo. ¿No ve usted cierta contradicción entre lo que lee en Chamberlain y lo que oye sobre el amor cristiano todas las semanas en la iglesia?

—Yo no voy a la iglesia todas las semanas, señor. He dejado de ir.

—¿Y qué piensa su padre de eso? ¿Qué pensaría Chamberlain?

—Mi padre dice que nunca ha puesto un pie en una iglesia. Y tanto Chamberlain como Wagner afirman que la doctrina de la Iglesia nos debilita a

menudo más que fortalecernos.

—¿No ama usted al Señor, a Jesús?

Alfred hizo una pausa; percibía trampas por todas partes. Aquél era un terreno traicionero: el director se había referido ya a sí mismo como un luterano devoto. La seguridad residía en mantenerse con Chamberlain, y se esforzó por recordar las palabras de su libro.

—Yo, como Chamberlain, admiro muchísimo a Jesús. Chamberlain dice que es un genio moral. Tenía una fuerza y un valor muy grandes, pero por desgracia sus doctrinas fueron judificadas por Pablo, que convirtió a

Jesús en un hombre sumiso y resignado. Todas las iglesias cristianas muestran cuadros o vidrieras de Jesús crucificado. Ninguna muestra imágenes del Jesús fuerte y valiente, el Jesús que se atrevió a desafiar a los rabinos corruptos, ¡el Jesús que expulsó él solo a los mercaderes del templo!

—Así que Chamberlain ve a Jesús el león, no a Jesús el cordero.

—Sí —dijo Rosenberg, envalentonado—. Chamberlain dice que fue una tragedia que Jesús apareciese en el lugar y en la época que lo hizo. Si hubiese predicado al pueblo alemán o, por ejemplo, al pueblo indio, sus

palabras habrían tenido una influencia completamente distinta.

—Volvamos a mi pregunta anterior —dijo el director, que se dio cuenta de que había emprendido un camino equivocado—. Se trata de una cuestión muy simple: ¿a quién ama usted? ¿Quién es su héroe? ¿Aquel al que usted admira por encima de todos los demás? Además de ese Chamberlain, quiero decir.

Alfred no tenía una respuesta inmediata. Reflexionó antes de contestar.

—Goethe.

Tanto el director Epstein como Herr Schäfer se enderezaron un poco en sus asientos.

—Interesante elección, Rosenberg —dijo el director—. ¿Es elección suya o de Chamberlain?

—De ambos. Y creo que es también la elección de Herr Schäfer. Él alabó a Goethe en nuestra clase más que a ningún otro.

Alfred miró a Herr Schäfer buscando confirmación y obtuvo un cabeceo afirmativo.

—Y dígame, ¿por qué Goethe? —preguntó el director.

—Es el genio alemán eterno. El más grande de todos los alemanes. Un genio como escritor y en la ciencia, y en el arte y en la filosofía. Es un genio en más

campos que ningún otro.

—Una respuesta excelente —dijo el director Epstein, súbitamente estimulado —. Y creo que se me acaba de ocurrir el proyecto perfecto para usted antes de su graduación.

Los dos profesores conferenciaron en privado, cuchicheando suavemente entre ellos. El director Epstein salió de la habitación y volvió poco después con un libro grande. Schäfer y él se inclinaron sobre el libro y los dos estuvieron recorriendo páginas varios minutos buscando en el texto. El director, después de anotar algunos números de página, se volvió a Alfred.

—Éste es su proyecto. Tiene que leer, muy cuidadosamente, dos capítulos, el catorce y el dieciséis, de la autobiografía de Goethe, y anotar todas las frases que se refieran a su propio héroe personal, un hombre que vivió hace mucho tiempo llamado Spinoza. Seguro que le agradará esta tarea. Será gozoso para usted leer algo de la autobiografía de su héroe. Usted ama a Goethe, y supongo que le interesará saber lo que dijo sobre el hombre al que él amaba y admiraba. ¿De acuerdo?

Alfred asintió, recelosamente. Estaba perplejo por el buen ánimo del director, sospechaba alguna trampa.

—Así que —continuó el director— dejemos muy claro en qué consiste la tarea, Rosenberg. Tiene usted que leer los capítulos catorce y dieciséis de la autobiografía de Goethe y copiar todas las frases que él escribió sobre Benedicto Spinoza. Debe hacer tres copias, una para usted y una para cada uno de nosotros. Si comprobamos que se salta usted alguno de los comentarios sobre Spinoza, se le exigirá que haga el trabajo completo de nuevo hasta que lo haga bien. Le veremos dentro de dos semanas. Entonces leeremos su trabajo y discutiremos todos los aspectos de su lectura. ¿Está claro?

Otro cabeceo de asentimiento.

—Señor, ¿puedo hacer una pregunta? Antes dijo usted que dos tareas. He de hacer la investigación genealógica, he de leer dos capítulos y he de escribir tres copias del material sobre Benedicto Spinoza.

—Así es—dijo el director—. ¿Y su pregunta?

—Señor, ¿no son tres tareas en vez de dos?

—Rosenberg —intervino Herr Schäfer—, seríamos indulgentes aunque le asignásemos veinte tareas. Decir que su director no es adecuado para su cargo porque es judío es motivo suficiente

para expulsarle de cualquier escuela aquí, en Estonia, o en la Patria.

—Sí, señor.

—Un momento, Herr Schäfer, puede que el chico tenga un poco de razón. La tarea de Goethe es tan importante que quiero que la haga con mucha minuciosidad. —El director Epstein se volvió hacia Alfred—. Está usted excusado del proyecto genealógico. Concéntrese plenamente en las palabras de Goethe. Se acabó la reunión. Le veremos a usted aquí dentro de dos semanas exactamente. A la misma hora. Y no se olvide de entregarme el día anterior sus copias de la tarea escrita.

5. Ámsterdam-1656

—Buenos días, Gabriel —dijo Bento cuando oyó que su hermano estaba lavándose para asistir a los servicios del sabbat.

Gabriel se limitó a responder con un gruñido pero volvió a entrar en el dormitorio común y se sentó pesadamente en la imponente cama de cuatro columnas que compartían. La cama, que ocupaba casi toda la habitación, era el único legado familiar de su pasado.

Su padre, Miguel, había dejado todas las posesiones de la familia a Bento, el hijo mayor, pero las dos hermanas impugnaron el testamento de su padre basándose en que Bento había decidido no ser un auténtico miembro de la comunidad judía. Aunque el tribunal judío había fallado en su favor, Bento sorprendió luego a todo el mundo al dejar inmediatamente las propiedades de la familia a sus hermanos, conservando sólo una cosa: la cama de cuatro postes de sus padres. Después de que sus dos hermanas se casaran, él y Gabriel se quedaron solos en la magnífica casa blanca de tres plantas

que la familia Spinoza tenía alquilada desde hacía ya décadas. Quedaba enfrente del Houtgracht, cerca de los cruces de calles más concurridos del barrio judío de Ámsterdam, a una manzana justo de la pequeña sinagoga Beth Jacob y las aulas adjuntas.

Luego Bento y Gabriel habían decidido, con pesar, mudarse. Sin sus hermanas, la vieja casa era demasiado grande y estaba demasiado poblada de imágenes de los muertos. Y era también demasiado cara... la guerra anglo-holandesa de 1652 y las capturas por los piratas de los barcos que venían de Brasil habían sido desastrosas para el

negocio de importación de Spinoza, obligando a los hermanos a alquilar una casa pequeña a sólo cinco minutos andando de la tienda.

Bento miró detenidamente a su hermano. Cuando Gabriel era niño, la gente solía llamarle «el pequeño Bento», porque tenían la misma cara oval, larga, los mismos ojos penetrantes de búho, la misma nariz potente. Ahora, sin embargo, el Gabriel totalmente formado pesaba dieciocho kilos más que su hermano mayor, era doce centímetros y medio más alto y mucho más fuerte. Y su mirada no parecía perderse ya en la lejanía.

Los dos hermanos estaban sentados uno al lado del otro en silencio. A Bento le encantaba el silencio y se sentía a gusto compartiendo las comidas con Gabriel o trabajando los dos juntos en la tienda sin intercambiar una palabra. Pero aquel silencio era agobiante y engendraba pensamientos sombríos. Bento pensó en su hermana Rebeca, que en el pasado había sido siempre locuaz y expansiva. Ahora también ella le ofrecía silencio y apartaba la vista cuando lo veía.

Y también estaban silenciosos todos los muertos, todos los que habían muerto acostados en aquella misma cama: su

madre, Ana, que había muerto diecisiete años atrás, cuando él tenía apenas seis; su hermano mayor, Isaac, hacia seis años; su madrastra, Esther, hacía tres; y su padre y su hermana Miriam, hacia sólo dos años los dos. De sus hermanos (aquella pandilla ruidosa llena de vida que jugaba y se peleaba y se reconciliaba y lloraba por su madre, y que lentamente pasó a querer a su madrastra) sólo quedaban Rebeca y Gabriel, que se estaba alejando rápidamente de él.

Contemplando el rostro pálido e hinchado de Gabriel, Bento rompió el silencio:

—¿Dormiste mal otra vez, Gabriel? Noté que te movías.

—Sí, otra vez. ¿Cómo voy a poder dormir, Bento? Ya no hay nada que esté bien. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué se puede hacer? No soporto este problema que hay entre nosotros. Mira, esta mañana, yo me visto para el sabbat. Brilla el sol por primera vez en la semana, hay un poco de cielo azul arriba, y yo debería sentirme alegre, como todo el mundo, como nuestros vecinos de un lado y de otro. En vez de eso, como mi propio hermano... perdóname, Bento, pero explotaré si no hablo. Mi vida es una desgracia por

causa tuya. No siento ningún gozo yendo a mi sinagoga con mi gente para rezar a mi Dios.

—Me duele saber eso, Gabriel. Yo quiero que seas muy feliz.

—Una cosa son las palabras y otra los hechos.

—¿Qué hechos?

—¿Qué hechos? —exclamó Gabriel—. Y pensar que durante tanto tiempo, durante toda mi vida, creía que tú lo sabías todo. A cualquier otro que hiciese esa pregunta, le diría: «bromeas», pero sé que tú nunca bromeas. Aunque estoy seguro de que sabes a qué hechos me refiero.

Bento suspiró.

—Bueno, empecemos con el hecho de rechazar las costumbres judías, y rechazar incluso a la comunidad. Y luego el hecho de no honrar el sabbat. Y apartarse de la sinagoga y no hacer prácticamente ninguna donación este año... ésa es la clase de hechos a los que me refiero.

Gabriel miró a Bento, que permanecía callado.

—Te daré más hechos, Bento. Anoche, sin ir más lejos, el hecho de que rechazaras ir a la cena del sabbat en casa de Sara. Sabes que voy a casarme con ella, y que no unirás a las dos

familias negándote a celebrar con nosotros el sabbat. ¿Te haces cargo de cómo me sienta eso? ¿Y a nuestra hermana Rebeca? ¿Qué excusa podemos dar? ¿Podemos decir que nuestro hermano prefiere las lecciones de latín con su jesuita?

—Gabriel, es mejor para la digestión de todos que yo no vaya. Lo sabes muy bien. Sabes que el padre de Sara es supersticioso.

—¿Supersticioso?

—Quiero decir «extremadamente ortodoxo». Ya has visto cómo mi presencia le incita a la disputa religiosa. Y has visto cómo cualquier respuesta

que yo ofrezco no hace más que sembrar más discordia y más dolor para ti y para Rebeca. Mi ausencia sirve a la causa de la paz... no me cabe la menor duda de eso. Mi ausencia significa paz para ti y para Rebeca. Pienso en eso cada vez más.

Gabriel niega con la cabeza.

—Bento, ¿te acuerdas de que, cuando yo era niño, a veces me asustaba porque creía que iba a desaparecer el mundo cuando cerrase los ojos? Tú me corregiste. Me tranquilizaste hablándome de la realidad y de las leyes eternas de la naturaleza. Sin embargo ahora tú cometes el mismo error. ¿Acaso

crees que la discordia por Bento Spinoza desaparece cuando él no está presente para verlo?

»Anoche fue doloroso —continuó Gabriel—. El padre de Sara inició la comida hablando de ti. Estaba furioso una vez más porque desdeñaste nuestro tribunal y llevaste tu pleito al tribunal civil holandés. Dijo que no había constancia de que ningún otro hubiese ofendido al tribunal rabínico de ese modo. Es casi un motivo de excomunión. ¿Es eso lo que quieres tú? ¿Un *hérem*? Bento, nuestro padre está muerto; nuestro hermano mayor está muerto. Tú eres el cabeza de familia. Sin embargo

los ofendes a todos al recurrir al tribunal holandés. ¡Y en qué momento además! ¿No podrías al menos haber esperado hasta después de la boda?

—Gabriel, lo he explicado una y otra vez, pero tú no me has escuchado. Óyelo de nuevo, para que conozcas bien todos los hechos. Y, sobre todo, procura entender, por favor, que yo me tomo mi responsabilidad contigo y con Rebeca seriamente. Considera mi dilema. Nuestro padre, bendito sea, fue generoso. Pero erró en el juicio cuando garantizó una deuda que tenía la afligida viuda Henriques con el usurero Duarte Rodríguez. Su marido, Pedro, había sido

sólo un conocido de nuestro padre, ni siquiera un pariente ni, que yo sepa, un amigo íntimo. Ninguno de nosotros lo conoció jamás ni tampoco a ella, y es un misterio por qué nuestro padre decidió salir garante por esa deuda. Pero ya sabes cómo era él... cuando veía a la gente sufrir, acudía a ayudar con ambas manos sin pensar en las consecuencias. Cuando la viuda y su único hijo murieron el año pasado por la peste, dejando la deuda sin pagar, Duarte Rodríguez (ese judío piadoso que se sienta en la *bimá* de la sinagoga y que posee ya la mitad de las casas de la Jodenbreestraat) intentó endosarnos la

deuda a nosotros y presionó para ello al tribunal rabínico, exigiendo que la pobre familia Spinoza pagase la deuda de alguien a quien ninguno de nosotros había conocido siquiera.

Bento hizo una pausa.

—Tú sabes esto, Gabriel, ¿verdad que lo sabes?

—Sí, pero...

—Déjame acabar, Gabriel. Es importante que sepas bien todo esto. Puedes ser algún día el cabeza de familia. El asunto es que Rodríguez presentó la cuestión al tribunal judío, varios de cuyos miembros quieren complacer a Rodríguez, que es el

principal donante de la sinagoga. Dime, Gabriel: ¿iban a querer ellos incomodarle? El tribunal decidió casi inmediatamente que la familia Spinoza debía asumir toda la deuda. Y es una deuda que agotará los recursos de nuestra familia durante el resto de nuestras vidas. E incluso peor, decidieron que la herencia que nos dejó nuestra madre se destinase a pagar la deuda a Rodríguez. ¿Entiendes todo esto, Gabriel?

Tras un asentimiento renuente de su hermano, Spinoza continuó.

—Así que hace tres meses recurrí a la justicia holandesa porque es más

razonable. Por un lado, el nombre de Duarte Rodríguez no tiene ningún poder sobre ella. Y las leyes holandesas dicen que el cabeza de familia debe tener veinticinco años para que se le pueda considerar responsable de una deuda de ese género. Como yo aún no tengo esos años, nuestra familia se puede salvar. No tenemos por qué asumir las deudas de nuestro padre, y, más aún, podemos recibir el dinero que nuestra madre nos dejó. Y en cuanto a vosotros, me refiero a ti y a Rebeca... tengo intención de entregaros toda mi parte. Yo no tengo familia y no necesito dinero.

»Y una última cosa —continuó—.

Sobre el momento elegido. Como cumplo los veinticinco antes de la fecha de vuestra boda, tenía que actuar ya. Ahora dime, ¿te das cuenta de que actúo responsablemente por el bien de la familia? ¿Acaso no valoras la libertad? Si yo no hubiese hecho nada, habría significado la servidumbre para todos nosotros durante toda nuestra vida. ¿Quieres tú eso?

—Yo prefiero dejar las cosas en manos de Dios. No tienes ningún derecho a desafiar las leyes de nuestra comunidad. Y en cuanto a la servidumbre, la prefiero al ostracismo. Además, el padre de Sara no habló sólo

de lo del pleito. ¿Quieres saber qué más dijo?

—Creo que necesitas contármelo.

—Dijo que el «problema de Spinoza», como dice él, podría remontarse muchos años atrás. A tu impertinencia cuando te preparabas para el *bar mitsvá*. Recordó que Rabí Morteira te puso por encima de todos los demás estudiantes. Que pensaba en ti como su posible sucesor. Y luego tú dijiste que la historia bíblica de Adán y Eva era una «fábula». El padre de Sara dijo que, cuando el rabí te reprendió por negar la palabra de Dios, tú respondiste: «La Torá es confusa, porque si Adán fue

el primer hombre, ¿con quién se casó entonces su hijo Caín?». ¿Dijiste tú eso, Bento? ¿Es verdad que dijiste que la Torá era «confusa»?

—Es verdad que la Torá llama a Adán «el primer hombre». Y es verdad que dice que su hijo Caín se casó. Es indudable que tenemos derecho a hacernos la pregunta obvia: si Adán fue el primer hombre, ¿cómo podía haber entonces alguien con quien se casase Caín? Este asunto (se llama la «cuestión de los preadamitas») ha sido analizado en los estudios bíblicos durante un millar de años. Así que si me preguntas si es una fábula debo contestar sí... no

cabe duda de que esa historia es sólo una metáfora.

—Tú dices eso porque no lo entiendes. ¿Acaso tu sabiduría sobrepasa la de Dios? ¿No sabes que hay razones por las que no podemos saber y debemos confiar en nuestros rabinos para que ellos nos interpreten y aclaren las escrituras?

—Esa conclusión es maravillosamente conveniente para los rabinos, Gabriel. Los profesionales de la religión han procurado siempre, a través de los siglos, ser los únicos intérpretes de los misterios. Les es muy útil.

—El padre de Sara dijo que esa insolencia de poner en entredicho la Biblia y a nuestros dirigentes religiosos es ofensiva y peligrosa no sólo para los judíos sino también para la comunidad cristiana. La Biblia también es sagrada para ellos.

—Gabriel, ¿tú crees que deberíamos abandonar la lógica, abandonar nuestro derecho a preguntarnos y a razonar?

—Yo no discuto tu derecho personal a la lógica y tu derecho a dudar de la justicia rabínica. No estoy discutiendo tu derecho a dudar de la santidad de la Biblia. Ni siquiera pongo en entredicho, en realidad, tu derecho a irritar a Dios.

Eso es asunto tuyo. Tal vez sea una enfermedad tuya. Pero nos perjudicas a tu hermana y a mí al hacer públicas esas opiniones tuyas.

—Gabriel, la conversación sobre Adán y Eva con Rabí Morteira tuvo lugar hace más de diez años. Después de eso dejé de hacer públicas mis opiniones. Pero hace dos años hice el voto de regir mi vida de una forma santa, lo que incluye no volver a mentir nunca más. Así que, si me preguntan mi opinión, la expondré verazmente... y por eso no quise ir a cenar con el padre de Sara. Pero, sobre todo, Gabriel, recuerda que somos almas separadas.

No te confunden a ti conmigo. No te consideran responsable de las aberraciones de tu hermano mayor.

Gabriel salió de la habitación moviendo la cabeza y murmurando:

—Mi hermano mayor habla como un niño.

6. Estonia-1910

Tres días más tarde, pálido y agitado, Alfred fue a hablar con Herr Schäfer.

—Tengo un problema, señor —empezó mientras abría su cartera y extraía la autobiografía de setecientas páginas de Goethe, con varios trozos de papel toscamente cortados sobresaliendo de ella.

Abrió por el primer marcador y señaló en el texto.

—Señor, Goethe menciona aquí, en esta línea, a Spinoza. Y luego de nuevo

aquí, un par de líneas después. Pero luego hay varios párrafos en los que su nombre no aparece y no puedo saber si habla de él o no. La verdad es que no puedo entender la mayoría de lo que dice. Es muy difícil. —Pasa las páginas y señala otro pasaje—. Aquí sucede lo mismo. Menciona a Spinoza dos o tres veces, luego hay cuatro páginas en que no lo menciona. Yo creo, que no está claro si habla de Spinoza o no. Está hablando también de alguien llamado Jacobi. Y esto sucede en cuatro sitios más. Yo entendí *Fausto* cuando lo leímos en su clase, y comprendí *Las cuitas del joven Werther*, pero en este

libro hay páginas y páginas que no puedo entender.

—Es mucho más fácil leer a Chamberlain, ¿verdad? —Herr Schäfer lamentó inmediatamente su sarcasmo y se apresuró a añadir, en un tono más amable—: Sé que no puede usted entender todas las palabras de Goethe, Rosenberg, pero tiene que darse cuenta de que ésta no es una obra rigurosamente organizada, sino una serie de reflexiones sobre su vida. ¿Ha llevado alguna vez usted mismo un diario o escrito sobre su propia vida?

Alfred asintió.

—Hace un par de años, pero sólo

durante unas cuantas semanas.

—Bueno, considere esto algo parecido a un diario. Goethe escribía tanto para sí mismo como para el lector. Confíe en mí, cuando se haga mayor y sepa más sobre las ideas de Goethe, entenderá y apreciará más sus palabras. Déjeme el libro.

Después de examinar las páginas que Alfred había marcado, Herr Schäfer dijo:

—Comprendo el problema. Lo que plantea usted es razonable, y tendré que revisar la tarea asignada. Recorramos juntos estos dos capítulos. —Sus cabezas se aproximaron.

Estuvieron los dos un buen rato mirando el texto y Herr Schäfer anotó en un cuaderno una serie de números de página y de líneas.

Luego entregó el cuaderno a Alfred y dijo:

—Tome, esto es lo que tiene que copiar. Recuerde, tres copias escritas con letra clara y legible. Pero hay un problema. Esto tiene sólo veinte o veinticinco líneas, así que es una tarea mucho más corta de la que le asignó en principio el director, así que dudo que vaya a darse por satisfecho. Debe hacer usted algo más: memorizar esta versión reducida y recitarla en nuestra reunión

con el director Epstein. Creo que eso le parecerá aceptable.

Unos segundos más tarde, percibiendo una sombra de ceño en la cara de Alfred, Herr Schäfer añadió:

—Alfred, aunque no me gusta este cambio que se ha producido en usted, ese disparate de la superioridad racial, piense que aún estoy de su parte. En los últimos cuatro años ha sido un alumno bueno y obediente... aunque, como le he dicho a menudo, podría haber sido más aplicado. Sería trágico que echara usted a perder sus futuras posibilidades no graduándose. —Dejó que Alfred asimilará esto—. Ponga todo su corazón

en esta tarea. El director Epstein querrá algo más que un simple copiar y recitar. Esperará que entienda usted lo que lea. Así que aplíquese, Rosenberg. Yo, por mi parte, deseo verle graduado.

—¿Tengo que entregarle aún mi copia a usted antes de hacer las otras dos?

Herr Schäfer se sintió descorazonado ante la respuesta mecánica de Alfred, pero se limitó a decir:

—Si sigue usted las instrucciones que anoté en su cuaderno, no será necesario.

Cuando Alfred se iba ya, Herr

Schäfer le llamó de nuevo.

—Rosenberg, hace un momento, me ofrecí a ayudarle y dije que había sido usted un buen estudiante y que quería que se graduase. ¿No tiene nada que decir a eso? Después de todo, he sido su profesor durante cuatro años.

—Sí señor.

—¿Sí señor?

—No sé qué decir.

—Esta bien, Alfred, puede usted irse.

Herr Schäfer llenó su cartera de trabajos de alumnos aún por leer, apartó a Alfred de su mente y, en vez de pensar en él pensó en sus dos hijos, en su mujer

y en la cena de *spaetzle* y *verivorst* que ella le había prometido para aquella noche.

Alfred salió de allí en un estado de confusión respecto a la tarea asignada. ¿Había empeorado las cosas? ¿O había conseguido un respiro? Después de todo le resultaba fácil aprender cosas de memoria. Le gustaba memorizar pasajes de obras de teatro y discursos.

Dos semanas después Alfred estaba sentado a un extremo de la larga mesa del director Epstein, esperando instrucciones del director, que parecía

aquel día más grande y más fiero que nunca. Herr Schäfer, mucho más pequeño, la expresión seria, indicó a Alfred que iniciara su recitación. Tras echar un último vistazo a su copia de las palabras de Goethe, Alfred se puso de pie y anunció: «De la autobiografía de Goethe» e inició el recitado:

—«La mente que tan decisivamente operó sobre mí y ejerció una influencia tan grande en toda mi forma de pensar fue Spinoza. Después de haber buscado en vano por el mundo un medio de cultivar mi extraña naturaleza, vine a hallar por fin la *Ética* de ese hombre. Encontré allí un sedante para mis

pasiones; pareció abrir ante mí un panorama amplio y libre, por encima del mundo material y mortal».

—Así pues, Rosenberg —interrumpió el director—. ¿Qué es lo que Goethe tomó de Spinoza?

—Bueno, ¿fue su ética?

—No, no. Dios mío, ¿es que no entendió usted que la *Ética* es el título del libro de Spinoza? ¿Qué es lo que dice Goethe que tomó de ese libro? ¿Qué cree usted que quiere decir él con «un sedante para mis pasiones»?

—¿Algo que le calmó?

—Sí, eso es parte del asunto. Pero ahora siga... esa idea volverá a aparecer

muy pronto.

Alfred recitó para sí un momento con objeto de poder retomar el hilo y luego empezó:

—«Pero lo que me unió especialmente a Spinoza fue el interés sin límites que brillaba...».

—Desinterés..., no interés —gritó el director Epstein, que estaba siguiendo cada palabra de la recitación en las notas—. «Desinterés» significa no estar vinculado emocionalmente.

Alfred asintió y continuó:

—«Pero lo que me unió especialmente a Spinoza fue el desinterés sin límites que brillaba en

cada frase. Aquella maravillosa expresión: "El que ama a Dios rectamente no debe desear que Dios le ame a él a cambio", con todas las premisas en las que se apoya y todas las consecuencias que se siguen de ella, llenaron toda mi capacidad de pensamiento».

—Ése es un pasaje difícil —dijo el director—. Déjeme explicarle. Goethe está diciendo que Spinoza le enseñó a liberar su mente de la influencia de otros. A buscar sus propios sentimientos y sus propias conclusiones, y luego actuar de acuerdo con ellos. En otras palabras, deja que tu amor fluya, y no

dejes que se vea influido por la idea del amor que debes recibir a cambio. Podríamos aplicar esa misma idea a los discursos electorales. ¿Haría Goethe un discurso basado en la admiración que obtendría de otros? ¡Por supuesto que no! Y no diría tampoco lo que otros querrían que dijese. ¿Comprende? ¿Capta esa idea?

Alfred asintió. Lo que de verdad entendía era que el director Epstein sentía un profundo resentimiento hacia él. Esperó hasta que el director le indicó con un gesto que siguiera:

—«Además, no es posible negar que las uniones más íntimas se producen

entre los opuestos. La calma de Spinoza, que todo lo ponía en orden, se hallaba en franca contradicción con mi actividad, que todo lo desordenaba. Su método matemático era lo opuesto a mis sentimientos poéticos. Su forma disciplinada de pensar me convirtió en su discípulo apasionado, su más resuelto adorador. Mente y corazón, entendimiento y sentimiento, se buscaban entre sí con una afinidad inevitable, y se producía así la unión de las naturalezas más diferentes».

—¿Sabe usted lo que quiere decir Goethe con eso de las dos naturalezas diferentes, Rosenberg?—preguntó el

director Epstein.

—Creo que quiere decir la mente y el corazón...

—Exactamente. ¿Y cuál es Goethe y cuál Spinoza?

Alfred le miró desconcertado.

—¡Esto no es sólo un ejercicio de memoria, Rosenberg! Quiero que comprenda usted esas palabras. Goethe es un poeta. Así que ¿qué es él, mente o corazón?

—Es corazón. Pero también tenía una mente grande.

—Oh, sí. Ahora comprendo su confusión. Pero aquí Goethe está diciendo que Spinoza le ofrece un

equilibrio que le permite reconciliar su pasión y su imaginación exaltada con la calma y la razón necesarias. Y por eso Goethe dice que es «el más resuelto adorador» de Spinoza. ¿Comprende usted?

—Si señor.

—Ahora continúe.

Alfred vaciló, con signos de pánico en los ojos.

—Me he perdido. No estoy seguro de dónde estamos.

—Esta usted haciéndolo bien —intervino Herr Schäfer, intentando tranquilizarle—. Sabemos que es difícil recitar de memoria con tantas

interrupciones. Debe consultar sus notas para encontrar por dónde iba.

Alfred hizo una profunda inspiración, examinó brevemente sus notas y continuó:

—«Algunos han presentado a este hombre como un ateo y le han considerado reprobable, pero luego admiten también que era un hombre tranquilo y reflexivo, un buen ciudadano, una persona comprensiva. De manera que los críticos de Spinoza parecen haber olvidado las palabras del Evangelio: "Por sus frutos los conoceréis"; pues, ¿cómo puede surgir de unos principios reprobables una vida

que satisfaga a los hombres y a Dios? Aún recuerdo la calma y la claridad que me embargaron cuando me puse a leer por primera vez las páginas de la *Ética* de este hombre notable. Así que recurrí de nuevo a aquella obra a la que tanto debía, y una y otra vez fluyó sobre mí el mismo aire de paz. Me entregaba a la lectura y pensaba, cuando miraba dentro de mí, que nunca había visto el mundo con tanta claridad».

Alfred hizo una profunda expiración cuando terminó la última línea. El director le indicó que tomara asiento y comentó:

—Su recitado ha sido satisfactorio.

Tiene usted una buena memoria. Examinemos ahora su comprensión de esta última parte. Dígame, ¿piensa Goethe que Spinoza es un ateo?

Alfred negó con la cabeza.

—No he oído su respuesta.

—No señor —dijo Alfred elevando la voz—. Goethe no piensa que Spinoza fuese ateo. Pero otros pensaban que lo era.

—¿Y por qué Goethe discrepaba de ellos?

—¿Por su ética?

—No, no. ¿Se ha olvidado usted ya de que *Ética* es el título del libro de Spinoza? Le pregunto de nuevo, ¿por

qué discrepaba Goethe de los críticos de Spinoza?

Alfred tembló y se quedó callado.

—Dios Santo, Rosenberg, mire sus notas —dijo el director.

Alfred repasó el último párrafo y aventuró:

—¿Porque era bueno y vivía una vida que complacía a Dios?

—Exactamente. En otras palabras, lo que importa no es lo que uno cree o dice creer, sino cómo vive. Ahora, Rosenberg, una última pregunta sobre este pasaje. Díganos de nuevo, ¿qué tomó Goethe de Spinoza?

—Dijo que experimentó una

sensación de paz y de serenidad. Dice también que vio el mundo más claramente. Ésas fueron las dos cosas principales.

—Exactamente. Sabemos que el gran Goethe llevó un ejemplar de la *Ética* de Spinoza en el bolsillo durante un año. Imagínese eso... ¡un año entero! Y no sólo Goethe, sino muchos otros grandes alemanes, como Lessing y Heine, hablaron también de la claridad y la calma que les infundió la lectura de ese libro. Quién sabe, puede llegar un momento en la vida de usted en que también necesite la calma y la claridad que ofrece la *Ética*. No le pediré que lea

ese libro ahora. Es usted demasiado joven para entender su significado. Pero quiero que prometa que lo leerá antes de que cumpla los veintiún años. O tal vez debería decir que lo lea cuando sea usted mayor de edad. ¿Me da su palabra de buen alemán de que lo hará?

—Sí señor, tiene usted mi palabra. —Alfred habría prometido leer toda una enciclopedia en chino para librarse de aquella inquisición.

—Ahora, pasemos al punto neurálgico de su trabajo. ¿Tiene usted perfectamente claro por qué le asignamos esta tarea?

—Bueno, no señor. Creo que fue

sólo porque dije que admiraba a Goethe más que a ningún otro.

—Sí, claro, eso es parte del asunto. Pero, supongo que comprendió usted cuál era mi objetivo real...

Alfred le miró con los ojos en blanco.

—Lo que le pregunto es ¿qué significa para usted que el hombre al que *usted* admira por encima de todos los demás elija a un judío como el hombre al que *él* admira por encima de todos los demás?

—¿Un judío?

—¿No sabía usted que Spinoza era judío?

Silencio.

—¿No se ha molestado usted en informarse sobre él en estas dos últimas semanas?

—Señor, yo no sé nada sobre ese Spinoza. Eso no era parte de mi trabajo.

—¿Y así se evitó, gracias a Dios, dar el temible paso de aprender algo extra? ¿Es así, Rosenberg?

—Déjeme que se lo expliqué de este modo —intervino Herr Schäfer—. Piense en Goethe. ¿Qué habría hecho él en esta situación? Si a Goethe le hubiesen pedido que leyese la autobiografía de alguien desconocido para él, ¿qué habría hecho Goethe?

—Se habría informado sobre esa persona.

—Exactamente. Eso es importante. Si usted admira a alguien, lo emula. Lo utiliza como guía.

—Gracias, señor.

—Pero, aún debe contestar a mi pregunta —dijo el director Epstein—. ¿Cómo explica usted la admiración sin límites y la gratitud de Goethe hacia un judío?

—¿Sabía Goethe que era judío?

—Dios santo. Por supuesto que lo sabía.

—Pero, Rosenberg —dijo Herr Schäfer, que ya empezaba también a

impacientarse—, piense en nuestra pregunta. ¿Qué importa si Goethe sabía que Spinoza era judío? ¿Por qué iba a plantearse esa cuestión? ¿Cree usted que un hombre de la talla de Goethe (usted mismo lo calificó de genio universal) no abrazaría grandes ideas independientemente de su origen?

Alfred parecía estupefacto. Nunca se había visto expuesto a una ventisca de ideas como aquélla. El director Epstein, poniéndole una mano en el brazo a Herr Schäfer para calmarle, continuó la presión:

—Aún no ha contestado usted a la pregunta principal que le hice: ¿cómo

explica que al genio alemán universal le ayudasen tanto las ideas de un miembro de una raza inferior?

—Tal vez se trate de lo que contesté sobre el doctor Apfelbaum. Quizá debido a una mutación puede haber un judío bueno, aunque la raza sea corrupta e inferior.

—Eso no es una respuesta aceptable —dijo el director—. Una cosa es hablar de un médico que es bueno y desempeña bien la profesión que ha elegido, y otra muy distinta hablar de ese modo de un genio que puede haber cambiado el curso de la historia. Y hay muchos otros judíos cuyo talento es bien conocido.

Piense usted en ellos. Permítame que le recuerde a aquellos a los que usted conoce bien pero tal vez no sepa que eran judíos. Herr Schäfer me ha dicho que en clase recita usted poesías de Heinrich Heine. Me ha contado también que a usted le gusta la música, y supongo que ha escuchado la música de Gustav Mahler y de Félix Mendelssohn. ¿No?

—¿Son judíos, señor?

—Sí, y debe saber usted, sin duda, que Disraeli, el gran primer ministro de Inglaterra era judío...

—No sabía eso, señor.

—Sí. Y ahora mismo en Riga están representando la ópera *Los cuentos de*

Hoffman compuesta por Jacob Offenbach, otro miembro de la raza judía. Los judíos han dado numerosos genios. ¿Cómo lo explica usted?

—No puedo contestar a eso. Tendré que pensarlo. Puedo irme ya, por favor, señor, es que no me siento bien. Prometo pensarlo.

—Sí, puede irse —dijo el director—. Y tengo muchísimo interés en que lo piense. Pensar es bueno. Piense en nuestra conversación de hoy. Piense en Goethe y en el judío Spinoza.

Después de que Alfred se fuera, el

director Epstein y Herr Schäfer se miraron durante unos instantes hasta que él director dijo:

—Dice que lo va a pensar, Hermann. ¿Qué posibilidades hay de que lo haga?

—Casi nulas, diría yo —contestó Herr Schäfer—. Graduémosle y librémonos de él. Tiene una falta de curiosidad que probablemente sea incurable. Si excavásemos en cualquier parte de su mente, encontraríamos un lecho de roca de convicciones sin fundamento.

—Concuerdo con su opinión. Estoy convencido de que Goethe y Spinoza se están alejando rápidamente, en este

mismo instante, de sus pensamientos y nunca volverán a molestarle. Sin embargo, me siento aliviado por lo que acaba de suceder. Mis temores han desaparecido. Este joven no tiene ni la inteligencia ni la fortaleza necesarias para poder causar ningún mal arrastrando a otros a pensar como él.

7. Ámsterdam-1656

Bento miró por la ventana a su hermano, que iba a la sinagoga. «Gabriel tiene razón. Hago daño a los que están más próximos a mí. Mis alternativas son terribles... he de negarme a mí mismo, renunciando a mi naturaleza más íntima y paralizando mi curiosidad, o he de hacer daño a los más allegados a mí.» Lo que le había explicado Gabriel sobre los comentarios furiosos contra él en la cena del sabbat en casa de Sara le hizo pensar en la advertencia paternal de Van

den Enden sobre los peligros crecientes a los que se enfrentaba en la comunidad judía. Meditó sobre estrategias para escapar de aquella trampa durante casi una hora hasta que se levantó, se vistió, se hizo café y salió por la puerta de atrás, taza en mano, hacia la tienda de ultramarinos.

Limpió allí el polvo y barrió echando el polvo a la calle, a través de la puerta de entrada y vacío en un cajón un gran saco de olorosos higos secos, un nuevo envío de España. En su asiento habitual junto a la ventana, fue tomando a sorbos el café, comiendo higos y sumiéndose en los ensueños que

cruzaban su mente. Llevaba un tiempo practicando una meditación en la que se desconectaba del flujo del pensamiento y observaba su propia mente como un teatro y a sí mismo como un miembro del público. La cara de Gabriel, con toda su tristeza y confusión, apareció inmediatamente en el escenario, pero Bento había aprendido a bajar el telón y pasar al acto siguiente. Pronto se materializó Van den Enden. Alabó los progresos de Bento en latín mientras le posaba una mano en el hombro paternalmente. Aquel contacto... era algo que le gustaba sentir. «Pero ahora —pensó Bento—, con Rebeca y hasta

Gabriel apartándose de mí, ¿quién volverá a tocarme?»

El pensamiento de Bento pasó luego a una imagen suya enseñando hebreo a su profesor y a Clara María. Sonrió mientras instruía a sus dos alumnos, como si fueran niños, en el *alef*, *bet*, *gimmel* y sonrió aún más ante la visión de la pequeña Clara María enseñándole a su vez a *él* el *alfa*, *beta*, *gamma*. Se percató del tono brillante, casi luminoso de la imagen de Clara María... Clara María, aquella aparición de trece años de espalda torcida, aquella mujer-niña cuya pícara sonrisa desmentía su pretensión de parecer un profesora

adulta y severa. Pasó flotando un pensamiento suelto: «Ojalá tuviese unos años más...».

A mediodía, su larga meditación se vio interrumpida por un movimiento al otro lado de la ventana. Bento vio a lo lejos a Jacob y a Franco conversando mientras se dirigían hacia su tienda. Había prometido comportarse de una forma santa y sabía que no era virtuoso observar a otros subrepticiamente, y en especial a otros que podrían estar hablando de él. Sin embargo, no pudo apartar la atención de la extraña escena que se desplegaba ante sus ojos.

Franco se retrasó tres o cuatro pasos

de Jacob, por lo que éste se volvió le cogió la mano e intentó tirar de él. Franco se soltó y movió la cabeza vigorosamente. Jacob replicó y, tras mirar alrededor para asegurarse de que no había ningún testigo a la vista, posó sus enormes manos en los hombros de Franco, le zarandeó y lo fue empujando delante de él hasta que llegaron a la tienda.

Bento siguió mirando unos instantes, atrapado en aquel drama, pero pronto regresó a un estado meditativo, considerando el enigma de la extraña conducta de Franco y de Jacob. En unos instantes se vio sacado de su ensueño

por el sonido de la puerta de la tienda al abrirse y por las pisadas que resonaron en el interior.

Se levantó enseguida, saludó a sus visitantes y dispuso dos asientos para ellos mientras él se sentaba en una enorme caja de higos secos.

—¿Venís de los servicios del sabbat?

—Sí —dijo Jacob—, uno de nosotros más sereno y el otro más agitado que antes.

—Interesante. El mismo acontecimiento provoca dos reacciones diferentes. ¿Y la explicación de ese curioso fenómeno? —preguntó Bento.

Jacob se apresuró a contestar.

—Esa cuestión no es tan interesante, y la explicación es evidente. A diferencia de Franco, que carece de una educación judía, yo he sido escolarizado en la tradición judía y en la lengua hebrea y...

—Permíteme interrumpirte —dijo Bento—. Pero incluso el principio de tu explicación requiere explicación. A los niños criados en Portugal en una familia marrana no se les enseña hebreo ni los ritos judíos. Eso incluye a mi padre, que no aprendió hebreo hasta que salió de Portugal. Él me contó que cuando era niño, en Portugal, cualquier familia que

enseñase hebreo o las tradiciones judías a los niños recibía un gran castigo. De hecho —Spinoza se volvió hacia Franco —, ¿no oí ayer contar que un padre amado pereció en la hoguera porque la inquisición encontró una Torá enterrada?

Franco, recorriendo nervioso con los dedos su largo pelo, no dijo nada, pero asintió levemente.

Bento continuó, volviéndose hacia Jacob:

—Así que mi pregunta, Jacob, es ¿cuándo aprendiste tú hebreo?

—En mi familia se convirtieron en cristianos nuevos hace tres generaciones —dijo rápidamente Jacob—, pero

siguieron siendo criptojudíos, decididos a mantener viva la fe. Mi padre me envió a Róterdam a trabajar en su negocio cuando tenía once años, y durante los ocho años siguientes estudié hebreo todas las noches con mi tío, un rabino. Él me preparó para el *bar mitsvá* en la sinagoga de Róterdam y luego continué mi educación judía con él hasta su muerte. He pasado la mayor parte de los doce últimos años en Róterdam y regresé recientemente a Portugal sólo para sacar de allí a Franco.

—Y tú —Bento miró a Franco, cuyos ojos no se interesaban más que

por el suelo mal barrido de la tienda de Spinoza—, ¿no sabes nada de hebreo?

Pero contestó Jacob:

—Por supuesto que no. En Portugal, como acabas de decir tú, no está permitido enseñar hebreo. Se nos enseña a todos a leer las Escrituras en latín.

—Así que tú, Franco, ¿no sabes nada de hebreo?

Jacob se interpuso una vez más:

—En Portugal nadie se atreve a enseñar hebreo. No sólo se enfrentaría él a una muerte inmediata, sino que perseguirían a toda su familia. En este mismo momento la madre y dos hermanas de Franco están escondidas.

—Franco —Bento se inclinó para mirarle directamente a los ojos—, Jacob sigue contestando por ti. ¿Por qué razón no respondes tú?

—El sólo intenta ayudarme —respondió en un susurro Franco.

—¿Y a ti te ayuda permanecer callado?

—Estoy demasiado nervioso para confiar en mis palabras —dijo Franco, levantando un poco la voz—. Lo que Jacob dice es cierto, mi familia está en peligro, y, como él dice, no tengo ninguna educación judía, aparte del *alef*, *bet*, *gimmel* que me enseñó él, dibujando las letras en la arena. E

incluso eso tuvo que borrarlo con los pies.

Bento se volvió del todo hacía Franco, prescindiendo intencionadamente de Jacob.

—¿Piensas tú también que aunque a él le serenó la ceremonia, a ti te puso nervioso?

Franco asintió.

—Y te pusiste nervioso por...

—Por las dudas y los sentimientos. —Franco lanzó una mirada furtiva a Jacob—. Los sentimientos son tan fuertes que me da miedo explicárselos a la gente. E incluso a ti.

—Confía en mí, en que sea capaz de

comprender tus sentimientos y en que no los juzgue.

Franco bajó la vista, le temblaba la cabeza.

—Ese miedo tan grande —continuó Bento—. Déjame que intente calmarte. Primero, consideremos, por favor, si tu miedo es racional.

Franco hizo una mueca y miró fijamente a Spinoza, desconcertado.

—Veamos si tu miedo tiene sentido. Considera estos dos hechos: *primero*, yo no represento ninguna amenaza. Te prometo que nunca repetiré tus palabras. Además, también yo dudo de muchas cosas. Puedo compartir incluso algunos

de tus sentimientos. Y, *segundo*, en Holanda no hay ningún peligro; aquí no hay Inquisición. Ni en esta tienda ni en esta comunidad ni en esta ciudad ni en este país. Ámsterdam es independiente de España desde hace muchos años. Sabes que es así, ¿no?

—Sí —contesto suavemente Franco.

—Pero a pesar de eso, una parte de tu mente, que escapa a tu control, sigue comportándose como si hubiese un gran peligro inmediato. Es notable cómo están divididas nuestras mentes, ¿verdad? Cómo la razón, la parte más elevada de nuestra mente, está dominada por las emociones.

Franco no mostró ningún interés por esos notables hechos.

Bento vaciló. Experimentaba una impaciencia creciente y al mismo tiempo un sentido de misión, casi de deber. Pero ¿cómo actuar? ¿Estaba esperando de Franco demasiado, demasiado pronto? Recordó muchas ocasiones en que su razón no conseguía acallar sus propios temores. Había sucedido precisamente el día anterior, cuando caminaba en dirección contraria a la multitud que iba al servicio del sabbat en la sinagoga.

Finalmente decidió utilizar la única palanca de la que disponía y dijo en su

tono más suave:

—Me pediste que te ayudara. Accedí a hacerlo. Pero si quieres mi ayuda, debes confiar en mí hoy. Tienes que ayudarme a ayudarte. ¿Comprendes?

—Sí —dijo Franco, suspirando.

—Bueno, entonces, tu paso siguiente es explicar tus temores.

—No puedo. Son aterradores. Y son peligrosos —dijo Franco, negando con la cabeza.

—No pueden ser tan aterradores como para no soportar la luz de la razón. Y acabo de explicarte que no son peligrosos si no hay nada que temer. ¡Valor! Ahora es el momento de

afrontarlos. Si no, te lo digo de nuevo —aquí Bento habló con firmeza—, no tiene ningún sentido que sigamos con esto.

Franco inspiró profundamente y empezó:

—Hoy, en la sinagoga, oí cantar las Escrituras en un idioma extraño. No entendí nada...

—Pero Franco —le interrumpió Jacob—, por supuesto que no entendiste nada. No hago más que decirte una y otra vez que ese problema es temporal. El rabino da clases de hebreo. Paciencia, paciencia.

—Y una y otra vez —replicó Franco, la cólera fluyendo ya en la voz

— te digo que es más que el idioma. ¡Escúchame tú a mí alguna vez! Es todo el espectáculo. Esta mañana, en la sinagoga, miré a mi alrededor y allí estaban todos con sus elegantes gorros bordados, con sus chales de oración, azules y blancos con flecos, balanceando la cabeza adelante y atrás como loros en sus comederos, los ojos alzados al cielo. Lo oí, lo vi y pensé... no, no puedo decir lo que pensé.

—Dilo, Franco —le instó Jacob—. Ayer mismo me dijiste que éste es el maestro que buscas.

Franco cerró los ojos.

—Pensé que ¿qué diferencia hay

entre esto y el espectáculo... no, dejadme que diga lo que pienso... el disparate de la misa católica a la que nosotros, los cristianos nuevos, teníamos que asistir? Después de la misa, cuando éramos niños, Jacob, ¿te acuerdas de cómo tú y yo ridiculizábamos a los católicos? Ridiculizábamos la vestimenta estrambótica de los sacerdotes, los cuadros infinitamente sanguinarios de la crucifixión, el arrodillarse ante los trozos de huesos de los santos, la hostia y el vino, y el comer la carne y beber la sangre de Cristo. —Franco elevó la voz—. Judíos o católicos... no hay ninguna diferencia...

Es una locura. Es todo una locura.

Jacob se puso el gorro en la cabeza, apoyó la mano en él y entonó suavemente una oración en hebreo. Bento estaba conmovido también y eligió cuidadosamente las palabras correctas, las más serenas.

—Pensar esas cosas y creer que tú eres el único que las piensas... Sentirte solo en tus dudas... Eso debe ser aterrador.

Franco se apresuró a continuar:

—Hay algo más, otro pensamiento más terrible. No hago más que pensar que mi padre sacrificó su vida por esa locura. Por esa locura nos puso en

peligro a todos, a mí, a sus propios padres, a mi madre, a mi hermano, a mis hermanas.

Jacob no pudo contenerse. Acercándose más e inclinando su enorme cabeza hacia el oído de Franco, dijo, en un tono que no dejaba de ser amable:

—Puede que el padre sepa más que el hijo.

Franco movió la cabeza, abrió la boca para hablar, pero no dijo nada.

—Y piensa también —continuó Jacob— que tus palabras hacen también que la muerte de tu padre carezca de sentido. Pensar esas cosas hace que su

muerte se convierta en una muerte inútil. Murió para que tú mantuvieras la sagrada fe.

Franco pareció darse por vencido y bajó la cabeza.

Bento se dio cuenta de que tenía que intervenir. Primero, miró a Jacob y dijo suavemente:

—Hace sólo un momento pedías a Franco que dijese lo que pensaba. Ahora que finalmente hace lo que le pides, ¿no es mejor animarle a seguir en vez de hacerle callar?

Jacob dio medio paso atrás. Bento siguió dirigiéndose a Franco con el mismo tono sereno de voz:

—Qué dilema el tuyo, Franco: Jacob afirma que, si no crees en cosas que te parecen increíbles, habrás hecho que el martirio de tu padre sea una muerte inútil. ¿Y quién querría hacer daño a su propio padre? Muchos son los obstáculos para pensar por uno mismo. Muchos son los obstáculos para perfeccionarnos utilizando nuestra capacidad de razonar, dada por Dios.

Jacob negó con la cabeza.

—Un momento, un momento... esto último de «la capacidad de razonar, dada por Dios...». Eso no es lo que yo he dicho. Estás tergiversando las cosas. ¿Hablas de razonar? Te mostraré tu

razón. Utiliza el sentido común. Abre los ojos. ¡Quiero que compares! Mira a Franco. Él sufre, llora, se arrastra, se desespera. ¿No le ves?

Bento asintió.

—Y ahora mírame a mí. Yo soy fuerte. Yo amo la vida. Yo me ocupo de él. Le salvé de la Inquisición. A mí me sostienen mi fe y mis hermanos judíos. Me conforta saber que nuestro pueblo y nuestra tradición siguen en pie. Compáranos a los dos con tu preciosa razón y dime, hombre sabio, a qué conclusión llega tu razón.

«Las ideas falsas ofrecen un consuelo falso y frágil», pensó Bento.

Pero contuvo la lengua.

Jacob presionó aún más:

—Y aplícate eso a ti, también, hombre sabio. ¿Qué somos nosotros, qué eres tú, sin nuestra comunidad, sin nuestra tradición? ¿Puedes vivir vagando por el mundo solo? He oído decir que no quieres tener mujer. ¿Qué clase de vida puedes tener sin la gente? ¿Sin familia? ¿Sin Dios?

A Bento, que siempre evitaba el conflicto, le impresionó esta invectiva.

Jacob se volvió hacia Franco y suavizó la voz.

—Te sentirás sostenido como yo cuando conozcas las palabras y las

oraciones, cuando entiendas lo que signifícan las cosas.

—Con esa afirmación estoy de acuerdo —dijo Bento, intentando aplacar a Jacob, que le había mirado furioso—. El desconcierto aumenta tu confusión, Franco. Todos los marranos que dejan Portugal están desorientados, hay que educarlos de nuevo para que se conviertan otra vez en judíos, tienen que empezar como un niño y aprender el *alef*, *bet*, *gimmel*. Yo ayudé durante tres años al rabino a dar cursos de hebreo para los marranos, y te aseguro que aprenderás rápido.

—No —insistió Franco, que

recordaba ahora al Franco renuente que Bento había visto por la ventana—. Ni tú, Jacob Mendoza, ni tú, Bento Spinoza, me escucháis. Os lo digo otra vez: no es el idioma. No sé nada de hebreo, pero esta mañana en la sinagoga, durante todo el servicio, leí la traducción al español de la sagrada Torá. Está llena de milagros. Dios separa las aguas del mar Rojo; castiga a los egipcios con plagas; habla disfrazado de zarza ardiente. ¿Por qué todos los milagros suceden entonces, en la época de la Torá? Decidme, los dos, ¿por qué se acabó la época de los milagros? ¿Es que el Dios omnipotente y poderoso se ha ido a

dormir? ¿Dónde estaba ese Dios cuando quemaron a mi padre en la hoguera? ¿Y por qué motivo? ¿Por proteger el libro sagrado de ese mismo Dios? ¿No era Dios lo suficientemente poderoso para salvar a mi padre, que tanto lo reverenciaba? Si es así, ¿de qué vale ese Dios que nada puede hacer? ¿Era Dios lo suficientemente poderoso para protegerlo pero decidió no hacerlo? Si es así, ¿quién necesita un Dios como ése, que no ama? Tú, Bento Spinoza, que te llamas «bendito», tú sabes sobre Dios. Eres un sabio. Explícame eso a mí.

—¿Por qué tenías miedo de hablar?

—preguntó Bento—. Planteas cuestiones importantes, cuestiones que han desconcertado los piadosos a lo largo de los siglos. Yo creo que el problema tiene su raíz en un error gigantesco y básico: el error de suponer que Dios es un ser vivo pensante, un ser a nuestra imagen y semejanza, un ser que piensa como nosotros, un ser que piensa en nosotros.

»Los antiguos griegos comprendieron este error. Hace dos mil años, un hombre sabio llamado Jenófanes escribió que si los bueyes, los leones y los caballos tuviesen manos con las que tallar imágenes, harían a

Dios según sus propias formas y le darían cuerpos como los suyos. Yo creo que si los triángulos pudiesen pensar, crearían un Dios con la apariencia y los atributos de un triángulo, y los círculos lo crearían circular...

Jacob, indignado, interrumpió a Bento:

—Hablas como si nosotros, los judíos, no supiésemos nada sobre la naturaleza de Dios. No olvides que tenemos la Torá, que contiene sus palabras. Y, Franco, no creas que Dios no tiene poder. No olvides que los judíos sobreviven, que, a pesar de lo que nos hacen, sobrevivimos. ¿Dónde

están todos aquellos pueblos desaparecidos, los fenicios, los moabitas, los edomitas, y tantos otros cuyos nombres yo no conozco? No olvides que debemos guiarnos por la ley que el propio Dios dio a los judíos, nos dio a nosotros, su pueblo elegido.

Franco lanzó una mirada a Spinoza como diciendo: «¿Ves a lo que tengo que enfrentarme?». Y luego se volvió hacia Jacob.

—Todos creen que son los elegidos de Dios: los cristianos, los musulmanes...

—¡No! ¿Qué importa lo que otros crean? Lo que importa es lo que está

escrito en la Biblia. —Jacob se encaró con Spinoza—: Admítelo, Baruch, admítelo, hombre sabio: ¿no dice la palabra de Dios que los judíos son el pueblo elegido? ¿Puedes negar eso?

—He pasado años estudiando esa cuestión, Jacob, y, si quieres, compartiré contigo los resultados de mi investigación. —Bento hablaba suavemente, como podría hablar un maestro a un estudiante inquisitivo—. Para responder a tus preguntas sobre el carácter especial de los judíos debemos remontarnos a la fuente. ¿Querréis acompañarme a hacer un examen de las propias palabras de la Torá? Mi

ejemplar de ella está a sólo unos minutos de distancia.

Los dos asintieron, intercambiando miradas, y se levantaron para seguir a Bento, que volvió a poner cuidadosamente los asientos en su sitio y cerró la puerta de la tienda conduciéndolos a continuación a su casa.

8. Estonia-1917-1918

La predicción del director Epstein de que la inteligencia y la curiosidad limitadas de Rosenberg le harían inofensivo resultó completamente errónea. Y también el director se equivocó en su predicción de que Goethe y Spinoza se desvanecerían instantáneamente de los pensamientos de Alfred. Nada de eso: Alfred nunca consiguió borrar de su mente la imagen del gran Goethe arrodillado ante el judío Spinoza. Siempre que surgían

pensamientos sobre Goethe y Spinoza (ya para siempre fundidos), mantenía la disonancia, sólo brevemente, y luego lo barría con la escoba intelectual que tuviese a mano. A veces se dejaba convencer por el argumento de Houston Stewart Chamberlain de que Spinoza, como Jesús, a pesar de ser de cultura judía, no tenía una sola gota de sangre judía. O tal vez fuese un judío que había robado las ideas a pensadores arios. O tal vez Goethe hubiese estado bajo el influjo de un hechizo, hipnotizado por una conspiración judía. Alfred pensó muchas veces en estudiar a fondo aquellas posibilidades investigando en

las bibliotecas, pero nunca llegó a profundizar gran cosa. Pensar, pensar de verdad, era un trabajo muy duro, era como mover pesados baúles en el desván. En vez de eso, fue haciéndose más adepto a la represión. Procuraba distraerse. Se sumergía en numerosas actividades. Se decía, sobre todo, que la fuerza de las convicciones hacía que fuese innecesario analizar las cosas.

Un alemán noble y auténtico cumple su palabra, y no tardaría en llegar a los veintiún años. Recordaba la promesa que le había hecho al director de leer la *Ética* de Spinoza. Se proponía cumplir su palabra, así que compró un ejemplar

usado del libro y se dispuso a leerlo, pero ya en la primera página le saludó una larga lista de definiciones incomprensibles:

I. Entiendo por lo que es causa de sí aquello cuya esencia entraña existencia, o aquello cuya naturaleza sólo se puede concebir como existente.

II. Se dice que una cosa es finita en su género cuando la puede limitar otra cosa de la misma naturaleza; por ejemplo, se dice que un cuerpo es finito porque concebimos siempre otro cuerpo mayor. Así, también, un pensamiento está limitado por otro pensamiento,

pero un cuerpo no está limitado por un pensamiento, ni un pensamiento por un cuerpo.

III. Entiendo POR SUSTANCIA aquello que es en sí mismo y se concibe teológicamente a través de sí mismo; es decir, aquello de lo que se puede formar un concepto que no precisa de ningún otro.

IV. Entiendo POR ATRIBUTO lo que el entendimiento percibe como constitutivo de la esencia de una sustancia.

V. Entiendo POR MODO las modificaciones [afecciones] de una sustancia o de aquello que existe en

algo distinto de sí mismo y que se concibe a través de ese algo.

VI. Entiendo POR DIOS un ser absolutamente infinito; es decir, una sustancia consistente en atributos infinitos, cada uno de los cuales expresa una esencia eterna e infinita.

¿Quién podía entender aquellas cosas judías? Alfred lanzó el libro al otro extremo de la habitación. Una semana después volvió a intentarlo, saltándose las definiciones y pasando al siguiente apartado de axiomas.

I. Todo lo que es, es en sí mismo o en algo distinto.

II. Aquello que no se puede concebir a través de cualquier otra cosa debe concebirse por sí mismo.

III. De una causa definida dada se sigue necesariamente un efecto; y por otra parte, si no se da ninguna causa definida, es imposible que pueda seguirse un efecto.

IV. El conocimiento de un efecto entraña el conocimiento de una causa y se basa en ella.

V. Las cosas que no tienen nada en común no se pueden entender la una por la otra; el concepto de una no

entraña el de la otra.

Los axiomas eran igual de indescifrables, y el libro emprendió otra vez el vuelo. Más tarde tanteó la sección siguiente, las proposiciones, que era también inaccesible. Comprendió por último que cada parte sucesiva dependía lógicamente de las definiciones y axiomas precedentes, y que no sacaría nada en limpio de más tanteos. De vez en cuando cogía el delgado volumen, iba al retrato de Spinoza de la página del título y se quedaba transfigurado ante aquel rostro oval y aquellos ojos judíos gigantescos y conmovedores de gruesos

párpados (que miraban directamente a los suyos independientemente de cómo colocase el libro). «Líbrate de ese libro maldito —se decía—, véndelo» (pero no le darían nada por él, ya que estaba en mucho peor estado después de varias excursiones aéreas). «O simplemente regálalo o tíralo.» Sabía que debería hacer eso, pero, extrañamente, Alfred no era capaz de separarse de la *Ética* de Spinoza.

¿Por qué? Bueno, la promesa, por supuesto, era un factor, pero no el decisivo. ¿No había dicho el director que uno tenía que ser completamente adulto para entender la *Ética*? ¿Y no

tenía el aún por delante años de estudio antes de considerarse plenamente formado?

No, no, no era la promesa lo que le fastidiaba: era el problema de Goethe. Él adoraba a Goethe. Y Goethe adoraba a Spinoza. Alfred no podía librarse de aquel libro maldito porque Goethe lo amaba hasta el punto de haberlo llevado en el bolsillo un año entero. Aquel oscuro disparate judío había sosegado las pasiones indómitas de Goethe y le había hecho ver el mundo con mayor claridad de lo que nunca lo había visto hasta entonces. ¿Cómo podía ser eso? Goethe veía algo en aquel libro que él

no podía apreciar. Tal vez algún día encontrase un profesor que pudiese explicárselo.

Los tumultuosos acontecimientos de la primera guerra mundial no tardaron en apartar de su conciencia aquel enigma. Tras graduarse en la Oberschule de Reval y decir adiós al director Epstein, a Herr Shäfer y a su profesor de arte, Herr Purvit, Alfred inició sus estudios en el Instituto Politécnico de Riga, Letonia, a unos 320 kilómetros de Reval. Pero en 1915, cuando las tropas alemanas amenazaban tanto Estonia como Letonia, se trasladó todo el instituto a Moscú, donde Alfred vivió

hasta 1918, año en que presentó su proyecto final (los planos de un crematorio) y recibió su título en arquitectura e ingeniería.

Aunque su rendimiento académico era excelente, Alfred nunca se sintió a gusto con la ingeniería y prefería dedicar el tiempo a leer mitología y novelas. Estaba fascinado con las historias de la mitología nórdica contenidas en la *Edda*, así como por las novelas de intrincados argumentos de Dickens y las obras monumentales de Tolstoi (que leía en ruso). Hizo sus tanteos en filosofía, captando las ideas básicas de Kant, Schopenhauer, Fichte,

Nietzsche y Hegel, y disfrutó desvergonzadamente, como antes, leyendo obras filosóficas en lugares públicos para que le viesen.

Durante el caos de la revolución rusa de 1917 le sobrecogió el espectáculo de los cientos de miles de frenéticos manifestantes ocupando las calles, exigiendo la destrucción del orden establecido. Él había llegado a creer, basándose en la obra de Chamberlain, que Rusia se lo debía todo a la influencia aria, a través de los vikingos, la Liga Hanseática e inmigrantes alemanes como él. El colapso de la civilización rusa sólo

significaba una cosa: las razas inferiores (mongoles, judíos, eslavos y chinos) estaban destruyendo los cimientos nórdicos, y el alma de la Rusia real pronto se perdería. ¿Iba a ser ése también el destino de la Patria? ¿Llegarían a la propia Alemania la degradación y el caos racial?

La visión de las multitudes encrespadas le repugnó. Los bolcheviques le parecían animales cuya misión era destruir la civilización. Investigó a sus dirigentes y acabó convencido de que al menos el noventa por ciento eran judíos. A partir de 1918, Alfred raras veces hablaba de los

bolcheviques, eran siempre los «bolcheviques judíos», un doble epíteto que estaba destinado a abrirse paso en la propaganda nazi. Después de graduarse en 1918, Alfred tomó emocionado el tren que le llevaría de vuelta cruzando Rusia hasta su hogar, Reval. Mientras el tren traqueteaba camino del oeste, fue contemplando día tras día desde su asiento la extensión interminable de Rusia. Anonadado por el espacio (ah, aquel espacio) pensó en el deseo de Houston Stewart Chamberlain de más *Lebensraum* para la Patria. Allí, al otro lado del cristal de la ventanilla de su vagón de segunda

clase, estaba el *Lebensraum* que tan desesperadamente necesitaba Alemania. Sin embargo, la pura vastedad de Rusia la hacía inconquistable a menos que... a menos que un ejército de colaboradores rusos luchasen del lado de la Patria. Arraigó en él otro germen de idea: aquel imponente espacio abierto... ¿qué hacer con todo él? ¿Por qué no poner allí a los judíos, a todos los judíos de Europa?

Silbó el tren y la presión y el chirrido de los frenos indicaron que había llegado a casa. En Reval hacía tanto frío como en Rusia. Se puso todos los jerseys que tenía, se anudó firmemente la bufanda al cuello y

maletas en mano y el diploma en la cartera, exhalando nubes de vaho, recorrió las calles familiares y llegó a la puerta del hogar de su infancia, el domicilio de tía Cäcilie, hermana de su padre. Su llamaba fue recibida con gritos de bienvenida, amplias sonrisas, apretones de manos masculinos y abrazos femeninos. Le hicieron pasar rápidamente a la caliente y fragante cocina, a tomar café y *streusel* mientras se enviaba a un joven sobrino al galope a avisar a la tía Lilia, que vivía unas cuantas puertas más allá, en la misma calle. Pronto llegó cargada de comida para un banquete de celebración.

Su casa seguía siendo en gran medida como la recordaba, y aquella persistencia del pasado proporcionaba a Alfred un singular alivio de su torturante sensación de desarraigo. La visión de su propia habitación, prácticamente idéntica después de tantos años, hizo brotar en su rostro una expresión de alegría infantil. Se arrellanó en su viejo sillón de lectura y disfrutó de la visión familiar de su tía golpeteando ruidosamente la almohada y mullendo el cobertor de plumas que había extendido sobre su cama. Alfred examinó la habitación: allí estaba la alfombra escarlata del tamaño de un pañuelo en la

que, durante unos cuantos meses, años atrás (cuando su antirreligioso padre no le podía oír), Alfred decía sus oraciones de antes de acostarse: «Madre bendita del cielo, bendice a padre y haz que se ponga bueno otra vez y cura a mi hermano, Eugen, y bendice a la tía Ericka y a la tía Marlene y a toda nuestra familia».

Allí, en la pared, resplandeciente aún, poderoso y sin saber, felizmente, nada de la suerte vacilante del Ejército alemán, estaba el inmenso retrato del káiser Guillermo. Y en la estantería debajo de él, las figurillas de plomo de guerreros vikingos y de soldados

romanos. Las cogió tiernamente. Al agacharse para examinar la pequeña estantería atestada con sus libros favoritos, sonrió muy complacido al verlos aún alineados en el mismo orden en que los había dejado hacía tantos años: su favorito, *Las cuitas del joven Werther*, el primero, luego *David Copperfield*, seguido por todos los demás, de acuerdo con un orden de mérito decreciente.

Durante la cena con sus tías, tíos, sobrinos y sobrinas Alfred siguió sintiéndose en casa. Pero cuando todo el mundo se fue y cayó el silencio, y se quedó acostado bajo su cobertor de

plumas, volvió a aflorar la anomia habitual. La idea de «el hogar» empezó a palidecer en su mente. Hasta la imagen de sus dos tías, sonriendo aún y haciendo gestos amables y asintiendo, se alejó lentamente en la distancia, dejando solamente una fría obscuridad. ¿Dónde estaba el hogar? ¿Adónde pertenecía él?

Al día siguiente vagó por las calles de Reval buscando rostros familiares, a pesar de que todos los compañeros de juegos de su infancia eran ya adultos y se habían dispersado, y de que, además en el fondo de su corazón, sabía que estaba buscando fantasmas... los amigos que había deseado tener. Se acercó hasta

la Oberschule, donde los pasillos y las aulas abiertas parecían al mismo tiempo familiares y hostiles. Esperó fuera del aula del profesor de arte, Herr Purvit, que tan amable había sido con él en otros tiempos. Cuando sonó el timbre, entró para hablar con su viejo profesor entre clases. Herr Purvit examinó el rostro de Alfred, emitió un murmullo de reconocimiento y le preguntó por su vida en términos tan generales que Alfred abandonó el aula cuando los alumnos de la clase siguiente irrumpieron para ocupar corriendo sus asientos, dudando de que en realidad le hubiese reconocido. Luego buscó en vano la

clase de Herr Schäfer pero vio la de Herr Epstein, que no era ya director sino que volvía a ser el profesor de historia, y se alejó de allí rápidamente, apartando la cara. No quería que le preguntase si había cumplido su promesa sobre el libro de Spinoza, o descubrir que la promesa de Alfred Rosenberg hacía mucho que se había esfumado de la mente de Herr Epstein.

Fuera de nuevo, se dirigió a la plaza de la ciudad, donde vio el cuartel general del Ejército alemán y tomó impulsivamente una decisión que podría cambiar toda su vida. Le dijo al soldado que estaba de guardia, en alemán, que

quería alistarse, y el soldado le dijo que debía dirigirse para ello al sargento Goldberg, un individuo voluminoso de nariz grande, tupido bigote y la palabra «judío» escrita con mayúsculas en la cara. El sargento, sin alzar la vista del documento en que estaba trabajando, escuchó brevemente a Alfred y luego rechazó su petición hoscamente.

—Estamos en guerra. Nuestro Ejército es para los alemanes, no para ciudadanos de países enemigos ocupados.

Desconsolado y ofendido por los modales del sargento, Alfred se refugió en una cervecería que quedaba un poco

más allá, pidió una jarra y se sentó al final de una larga mesa. Cuando alzaba la jarra para dar el primer sorbo, se dio cuenta de que había un hombre, un civil, que le miraba fijamente. Sus miradas se encontraron y el desconocido alzó su jarra y saludó a Alfred con un cabeceo. Alfred correspondió, vacilante, luego se hundió en sí mismo. Pocos minutos después, cuando alzó de nuevo la vista, vio que el desconocido, alto, delgado, atractivo, con un alargado cráneo germánico y ojos de un azul intenso, aún le estaba mirando. Por último, se levantó y, jarra en mano, se encaminó hacia Alfred y se presentó.

9. Ámsterdam-1656

Bento llevó a Jacob y a Franco hasta la casa que compartía con Gabriel y los condujo a su estudio, pasando primero por un pequeño salón amueblado sin rastro alguno de una mano femenina: sólo un tosco banco de madera y una silla, una escoba de paja en un rincón y un hogar con varios fuelles. El estudio de Bento contenía un escritorio toscamente labrado, un taburete alto y una silla de madera desvencijada. Había también tres bocetos al carbón de

escenas de canales de Ámsterdam fijados a la pared, encima de dos estanterías pandeadas por el peso de una docena de libros bien encuadernados. Jacob se encaminó inmediatamente hacia las estanterías para ver los títulos de los libros, pero Bento les hizo señas a él y a Franco para que se sentaran mientras él iba a buscar otra silla a la habitación contigua.

—Ahora, a trabajar —dijo alzando su ejemplar, muy gastado, de la Biblia hebrea.

Lo dejó caer pesadamente en el centro de la mesa y lo abrió para que Jacob y Franco lo inspeccionaran. De

pronto lo pensó mejor y se detuvo, cerrando el libro de nuevo.

—Cumpliré mi promesa de mostraros exactamente lo que dice nuestra Torá, o no dice, sobre lo de que los judíos sean el pueblo elegido. Pero prefiero empezar con mis principales conclusiones, que son consecuencia de años de estudio de la Biblia.

Con la aprobación de Jacob y de Franco, Bento empezó:

—El mensaje central de la Biblia sobre Dios es, creo yo, que Él es perfecto, completo y posee sabiduría absoluta. Dios es todo y creó el mundo y todo lo que hay en él. ¿Estáis de

acuerdo?

Franco asintió rápidamente. Jacob lo pensó, estiró el labio inferior, abrió el puño derecho para mostrar la palma y ofreció un asentimiento cauto y lento.

—Puesto que Dios es, por definición, perfecto y no tiene necesidad alguna, de ello se sigue que no creó el mundo para Él mismo sino para nosotros.

Recibió un asentimiento de Franco y una mirada de desconcierto y las dos palmas extendidas de Jacob, que indicaban: «¿Y a qué viene esto?».

Bento continuó sosegadamente:

—Y dado que Él nos creó de su

propia sustancia, Su objetivo para todos nosotros (que, repito, somos parte de la sustancia de Dios) es que hallemos la felicidad y la bienaventuranza.

Jacob asintió cordialmente, como si hubiese oído por fin algo con lo que él pudiese estar de acuerdo.

—Sí, he oído hablar a mi tío de la chispa de Dios que hay en cada uno de nosotros.

—Exactamente. Tu tío y yo estamos totalmente de acuerdo en eso —dijo Spinoza y, al percibir un leve ceño en la cara de Jacob, decidió prescindir de comentarios de aquel género en el futuro...

Jacob era demasiado inteligente y desconfiado para que pudiera emplear con él un tono condescendiente. Abrió la Biblia y buscó en sus páginas.

—A ver, vamos a empezar con unos versículos de los salmos.

Bento empezó a leer en hebreo mientras señalaba con el dedo cada palabra, que, para que Franco entendiera, iba traduciendo al portugués. Tras un par de minutos Jacob le interrumpió, moviendo la cabeza y diciendo:

—No, no, no.

—¿No qué? —preguntó Bento—. ¿No estás de acuerdo con mi traducción?

Te aseguro que...

—No son tus palabras —interrumpió Jacob—. Es tu actitud. Me ofende como judío tu forma de manejar nuestro libro sagrado. No lo besas ni lo honras. Prácticamente lo tiraste en la mesa, señalas con un dedo que no te has lavado. Y lees sin ningún tipo de inflexión en la voz. Lees como podrías leer un acuerdo de compra de tus uvas pasas. Ese tipo de lectura ofende a Dios.

—¿Ofende a Dios? Jacob, te ruego que sigas el camino de la razón. ¿No acabas de decir que estás de acuerdo en que Dios es completo, no tiene ninguna clase de necesidades, y no es un ser

como nosotros? ¿Crees que un Dios así podría ofenderse por algo tan trivial como mi forma de leer?

Jacob movió la cabeza en silencio, mientras Franco asentía mostrando su conformidad y aproximaba más su asiento a Bento.

Bento continuó leyendo en voz alta el salmo en hebreo y traduciendo al portugués para Franco.

—«El Señor es benigno con todos, y Sus amorosas mercedes se extienden a todas sus obras» —Bento se saltó parte del salmo y siguió leyendo—: «El Señor está cerca de todos los que lo invocan». Creedme —dijo—, puedo encontrar

muchos pasajes como éste que afirman claramente que Dios ha otorgado *a todos* los hombres el mismo entendimiento y ha formado del mismo modo sus corazones.

Bento desvió su atención a Jacob, que movió la cabeza de nuevo, indicando su discrepancia.

—¿No estás de acuerdo con mi traducción, Jacob? Puedo asegurarte que dice «todos los hombres». No dice todos «los judíos».

—No puedo decirte que no: las palabras son las palabras. La Biblia dice lo que dice. Pero la Biblia tiene muchas palabras, y hay muchas lecturas,

y muchas interpretaciones de muchos hombres santos. ¿Ignoras o no tienes noticia siquiera de los grandes comentarios de Rashi y de Abarbanel?

Bento no se azoró por esto.

—Fui destetado con los comentarios primarios y secundarios. Los leía desde que salía el sol hasta que se ponía. He pasado años estudiando los libros sagrados, y como tú mismo me has dicho, muchos de nuestra comunidad me respetan como erudito. Hace varios años me puse a trabajar por mi cuenta, aprendí el arameo y el hebreo antiguos, dejé a un lado los comentarios de otros y estudié de nuevo las palabras

concretas de la Biblia. Para comprender de verdad las palabras de la Biblia, uno debe conocer el idioma antiguo y leerla con un espíritu libre y sin trabas. Quiero que leamos y comprendamos las palabras exactas de la Biblia, no lo que piensan algunos rabinos qué significan, no unas metáforas imaginarias que los estudiosos dicen ver, y ninguno de los mensajes secretos que ven los cabalistas en ciertos órdenes de palabras y en supuestos valores numéricos de las letras. Quiero volver a leer lo que la Biblia dice realmente. Ése es mi método. ¿Queréis que continúe?

—Sí, sigue por favor —dijo Franco,

pero Jacob vacilaba. Era evidente su agitación, pues en cuanto había visto que Bento hacía énfasis en la frase «todos los hombres» se había dado cuenta de adónde se dirigía su argumentación... podía oler la trampa. Intentó una maniobra preventiva:

—Aún no has contestado a mi simple y apremiante pregunta: «¿Niegas que los judíos son el pueblo elegido?».

—Jacob, tus preguntas son las preguntas incorrectas. Es evidente que no estoy siendo lo suficientemente claro. Lo que yo quiero hacer es poner en entredicho toda tu actitud hacia la autoridad. No es cuestión de si yo lo

niego, o si de algún rabino u otro estudioso lo defiende. No miremos hacia arriba, hacia alguna gran autoridad, miremos las palabras de nuestro libro sagrado, que nos dicen que nuestra felicidad y bienaventuranza verdaderas consisten únicamente en el goce de lo que es bueno. La Biblia no nos dice que nos enorgullezcamos del hecho de que nosotros, los judíos, somos los únicos dichosos, o que gozamos de una dicha mayor porque los demás ignoran la verdadera felicidad.

Jacob no mostraba indicio alguno de dejarse convencer, así que Bento probó con otra táctica:

—Déjame que te dé un ejemplo de nuestra propia experiencia de hoy. Antes, cuando estábamos en la tienda, me enteré de que Franco no sabe nada de hebreo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Entonces, dime esto: ¿debería en consecuencia regocijarme yo de saber más hebreo que él? ¿Su ignorancia del hebreo me hace más culto a mí de lo que era hace una hora? Alegrarnos de nuestra superioridad sobre los demás no es santo. Es infantil o malévolo. ¿No te parece?

Jacob transmitió su escepticismo encogiendo los hombros, pero Bento se

sintió fortificado. Oprimido por años de obligado silencio, saboreaba ahora la oportunidad de expresar en voz alta muchos de los argumentos que había estado elaborando. Se dirigió a Jacob:

—Supongo que estás de acuerdo en que la santidad reside en el amor. Es el mensaje supremo y fundamental de todas las Escrituras... y también del Testamento cristiano. Debemos establecer una distinción entre lo que la Biblia dice y lo que los profesionales de la religión dicen que dice. Rabinos y sacerdotes defienden demasiado a menudo sus propios intereses egoístas con interpretaciones tendenciosas,

interpretaciones que aseguran que sólo ellos tienen la llave de la verdad.

Bento vio por el rabillo del ojo que Jacob y Franco intercambiaban miradas de asombro. Sin embargo insistió:

—Mira aquí, en Reyes 3, 12. —Spinoza abrió la Biblia por una página que tenía marcada con un hilo rojo—. Escuchad lo que Dios le dice a Salomón: «No habrá nadie tan sabio como tú en el tiempo futuro». Pensad ahora los dos un momento en ese comentario de Dios. Esto es prueba sin duda de que las palabras de la Torá no se pueden interpretar literalmente. Hay que interpretarlas de acuerdo con el

contexto, la época...

—¿El contexto? —le interrumpió Franco.

—Me refiero al lenguaje y a los acontecimientos históricos del periodo. No podemos entender la Biblia desde el lenguaje de hoy. Hemos de leerla teniendo en cuenta las convenciones lingüísticas de la época en que se escribió y se compiló, y de eso hace unos dos mil años.

—¿Qué? —exclamó Jacob—. ¡Moisés escribió la Torá, los primeros cinco libros, hace mucho más de dos mil años!

—Ése es un tema importante.

Volveré a él en un par de minutos. De momento, sigamos con Salomón. Lo que yo quiero decir es que el comentario de Dios a Salomón es simplemente una expresión utilizada para indicar una sabiduría grande, superior, y su propósito es aumentar la felicidad de Salomón. ¿Acaso podéis creer que Dios esperaba que Salomón, el más sabio de todos los hombres, se alegrase de que los demás fuesen siempre menos inteligentes que él? Es indudable que Dios, en su sabiduría, habría deseado que todo el mundo estuviese dotado de las mismas facultades.

Jacob protestó:

—No entiendo de qué hablas. Coges unas cuantas palabras o unas cuantas frases, pero ignoras el hecho evidente de que estamos elegidos por Dios. La Santa Biblia lo dice una y otra vez.

—Bueno, vamos a ver, en Job —dijo Bento, sin sentirse afectado por la interrupción. Pasó las páginas hasta Job 28 y leyó—: «Todos los hombres deberían evitar el mal y hacer el bien». En pasajes como éste —continuó Bento — está claro que Dios piensa en toda la raza humana. Y tened en cuenta, además, que Job era un gentil, y sin embargo fue él, de entre todos los hombres, el que le pareció más aceptable a Dios. Mirad

estas líneas... léelas tú mismo.

Jacob se negó a mirar.

—La Biblia debe tener algunas palabras como ésas. Pero hay miles más que dicen lo contrario. Los judíos son diferentes, y tú lo sabes. Franco acaba de escapar de la Inquisición. Dime, Bento, ¿cuándo han tenido inquisidores los judíos? Los demás matan a los judíos. ¿Hemos matado nosotros, los judíos, a los demás?

Bento pasó tranquilamente las páginas, esta vez hasta Josué 10, 37 y leyó:

—«... y tomaron Eglón y la pasaron a filo de espada a ella y a su rey, a todas

las ciudades dependientes de ella y a todos los que se hallaban en ellas vivos, sin dejar a nadie. La destruyó toda». O Josué 11, 11: «Pasaron a filo de espada a todos los que había en ella, aniquilándolos. Ni uno quedó que alentase, y Jasor fue entregada a las llamas».

»Oh de nuevo aquí, 1 Samuel 18, 6-7: "Cuando hicieron su entrada después de haber matado David al filisteo, salían las mujeres de todas las ciudades de Israel, cantando y bailando delante del rey Saúl, con tímpanos y triángulos alegremente y, alternando, cantaban las mujeres a coro: 'Saúl mató sus mil, pero

David sus diez mil.’”

»Lamentablemente hay muchas pruebas en la Torá de que, cuando los israelitas tenían poder, eran tan crueles y tan implacables como cualquier otra nación. No eran moralmente superiores, más justos, o más inteligentes que otras naciones antiguas. Sólo eran superiores en que tenían una sociedad bien ordenada y un gobierno superior que les permitió mantenerse unidos durante mucho tiempo. Pero aquella nación hebrea, antigua, hace mucho que dejó de existir, y siempre, desde entonces, han estado a la par con los otros pueblos vecinos. No veo nada en la Torá que

indique que los judíos sean superiores a los demás. Dios es igual de misericordioso con todos.

Jacob dijo, con una expresión de incredulidad:

—¿Estás afirmando que no hay nada que distinga a los judíos de los gentiles?

—Exactamente, pero no soy yo quien dice eso, sino la Santa Biblia.

—¿Cómo te puedes llamar «Baruch» y hablar así? ¿Estás negando de verdad que Dios eligió a los judíos, los favoreció, los ayudó y que espera mucho de ellos?

—Jacob, reflexiona de nuevo sobre lo que dices. Te lo recuerdo otra vez:

los seres humanos eligen, favorecen, ayudan, valoran, esperan. Pero ¿Dios? ¿Dios tiene esos atributos humanos? Recuerda lo que dije sobre la falacia de imaginar a Dios a nuestra imagen y semejanza. Recuerda lo que dije sobre los triángulos y un Dios triangular.

—Fuimos hechos a Su imagen y semejanza —dijo Jacob—. Vete al Génesis. Déjame que te enseñe esas palabras...

Bento recitó de memoria:

—«Entonces dijo Dios: "Hagamos un hombre a nuestra imagen y semejanza y dejémosle que rija sobre los peces del mar y las aves del aire, sobre el ganado,

sobre toda la tierra y sobre todas las criaturas que se mueven en ella". Y así Dios creó al hombre a su propia imagen, según la imagen de Dios lo creó; hembra y varón los creó».

—Exactamente, Baruch, ésas son las palabras —dijo Jacob—. Ojalá tu piedad fuese tan grande como tu memoria. Si ésas son las palabras de Dios, entonces, ¿quién eres tú para poner en duda que estamos hechos a Su imagen y semejanza?

—Jacob, usa esa razón que Dios te dio. No podemos interpretar esas palabras literalmente. Son metáforas. ¿De verdad crees que nosotros, los

mortales, algunos sordos o jorobados, o estreñidos o desmedrados, estamos hechos a imagen y semejanza de Dios? Piensa en aquellos que, como mi madre, murieron a los veintitantos años, en los que nacieron ciegos o deformes o dementes, con hidrocefalia, con inmensas cabezas cavernosas, o con escrófula, aquellos a los que les fallan los pulmones y que escupen sangre, los que son avarientos o asesinos... ¿también ellos están hechos a imagen de Dios? ¿Tú crees que Dios tiene una mentalidad como la nuestra y desea que le halaguen, y se pone celoso y quiere vengarse si desobedecemos sus normas?

¿Podrían estar presentes en un ser perfecto esas formas de pensar imperfectas y deficientes? Se trata sólo de una forma de hablar de aquellos que escribieron la Biblia.

—¿Aquellos que escribieron la Biblia? ¿Hablas despectivamente de Moisés y Josué y los profetas y los jueces? ¿Niegas que la Biblia es la palabra de Dios? —La voz de Jacob iba haciéndose más fuerte a cada frase, y Franco, que estaba pendiente de cada palabra que Bento decía, le apoyó una mano en el brazo para tranquilizarle.

—Yo no desprecio a nadie —dijo Bento—. Esa conclusión sale de tu

mente. Lo único que digo es que las palabras y las ideas de la Biblia proceden de la mente humana, de los hombres que escribieron esos pasajes e imaginaron... no, debería decir mejor «desearon», parecerse a Dios, estar hechos a imagen y semejanza de Dios.

—¿Así que niegas que Dios hable a través de las voces de los profetas?

—Es evidente que todas las palabras que la Biblia dice que son «palabras de Dios» tienen su origen únicamente en la imaginación de los profetas.

—¡Imaginación! ¿«Imaginación» dices? —Jacob se puso la mano delante de la boca abierta, horrorizado, mientras

Franco intentaba reprimir una sonrisa.

Bento sabía que cada frase que salía de sus labios escandalizaba a Jacob, pero no podía contenerse. Se sentía entusiasmado rompiendo sus grilletes de silencio y expresando en voz alta todas las ideas que había ponderado en secreto o compartido con el rabino sólo de una forma muy velada. Aunque le vino al pensamiento la advertencia de Van den Enden de «*caute*, hijo mío», ignoró a la razón por una vez y se lanzó adelante.

—Sí, es evidentemente imaginación, Jacob, y no tienes por qué escandalizarte tanto. Es algo que sabemos por las

propias palabras de la Torá. —Bento percibió por el rabillo del ojo la sonrisa de Franco y continuó—: Mira, Jacob, lee conmigo este versículo del Deuteronomio, 34, 10: «No ha vuelto a surgir en Israel profeta semejante a Moisés, con quien cara a cara tratase el Señor». Ahora, Jacob, consideran lo que eso significa. Tú sabes, claro, que la Torá nos dice que ni siquiera Moisés vio el rostro del Señor, ¿verdad?

Jacob asintió.

—Sí, la Torá dice eso.

—Entonces, Jacob, por un lado hemos eliminado esa visión cara a cara, y, por otro, tenemos que Moisés oyó la

verdadera voz de Dios, y que ningún profeta después de Moisés oyó Su verdadera voz.

Jacob no tenía respuesta para esto.

—Explícame eso a mí —dijo Franco, que había estado escuchando atentamente cada palabra de Bento—. Si ninguno de los otros profetas oyó la voz de Dios, entonces, ¿de dónde proceden las profecías?

Bento contestó rápidamente, dando la bienvenida a la participación de Franco:

—Yo creo que los profetas eran hombres dotados de una imaginación excepcionalmente expresiva, pero no

tenían una capacidad de razonamiento muy elevada.

—Entonces, Bento —dijo Franco—, ¿tú crees que las profecías milagrosas son sólo fruto de la imaginación de los profetas?

—Exactamente.

—Es como si no hubiese nada sobrenatural —continuó Franco—. Haces que parezca que todo es explicable.

—Eso es precisamente lo que creo. Todo, y quiero decir *todo*, tiene una causa natural.

—Para mí —dijo Jacob, que había estado mirando furioso a Bento mientras

hablaba sobre los profetas—, hay cosas que sólo conoce Dios, cosas que se deben sólo a la voluntad de Dios.

—Yo creo que cuanto más sepamos, menos serán las cosas que sólo conoce Dios. En otras palabras, cuanto mayor es nuestra ignorancia, más atribuimos a Dios.

—Cómo puedes atreverte a...

—Jacob —lo interrumpió Bento—. Revisemos por qué estamos los tres reunidos. Vinisteis a verme porque Franco estaba en una crisis espiritual y necesitaba ayuda. No os busqué yo... en realidad yo os dije que era mejor que fueseis a ver al rabino. Tú dijiste que te

habían dicho que lo único que haría el rabino sería que Franco se sintiera peor. ¿Te acuerdas?

—Sí, eso es verdad —dijo Jacob.

—Entonces, ¿de qué sirve que tú y yo nos enredemos en esta disputa? En vez de eso sólo hay una cuestión real. —Bento se volvió a Franco—. Dime, ¿te estoy sirviendo de ayuda? ¿Te ha servido de ayuda algo de lo que yo he dicho?

—Todo lo que has dicho me ha resultado confortante —dijo Franco—. Me estás ayudando a recuperar la cordura. Estaba perdiendo el rumbo y tu claro pensamiento, tu forma de no

aceptar nada basado en la autoridad, es... es algo que nunca había oído. Veo la cólera de Jacob y pido disculpas por él, pero en cuanto a mí... sí, me has ayudado.

—En ese caso —dijo Jacob, poniéndose de pie—, hemos conseguido lo que veníamos a buscar, y nuestra tarea ha terminado.

Franco pareció sorprenderse por esto y siguió sentado, pero Jacob lo cogió por el codo y lo condujo hacia la puerta.

—Gracias, Bento —dijo Franco, cuando estaba en la puerta—. Dime, por favor, ¿estás disponible para más

reuniones?

—Siempre estoy disponible para una discusión razonada... no tenéis más que pasar por la tienda. Pero —Bento se dirigió a Jacob— no estoy disponible para una disputa que excluya la razón.

Una vez que perdieron de vista la casa de Bento, Jacob sonrió satisfecho y rodeó con el brazo los hombros de Franco.

—Hemos conseguido ya todo lo que necesitamos. Trabajamos bien juntos. Tu representaste bien tu papel... casi demasiado bien, tengo que decirlo...

pero no voy a discutir eso, porque hemos hecho todo lo que teníamos que hacer. Considera lo que tenemos. Los judíos no han sido elegidos por Dios; no se diferencian en ningún sentido de los demás. Dios no siente nada especial por nosotros. Los profetas sólo imaginaban cosas. Las Sagradas Escrituras no son sagradas sino sólo obra de los hombres. La palabra de Dios y la voluntad de Dios no existen. El Génesis y el resto de la Torá son fábulas o metáforas. Los rabinos, incluso los más grandes, no tienen ningún conocimiento especial sino que actúan persiguiendo su interés.

Franco negó con la cabeza.

—No tenemos todo lo que necesitamos, aún no. Yo quiero verle otra vez.

—Acabo de enumerar todas sus abominaciones. Sus palabras son pura herejía. Esto es lo que el tío Duarte nos pidió, y lo hemos hecho como él quería. Las pruebas son abrumadoras: Baruch Spinoza no es un judío. Es un antijudío.

—No —repitió Franco—. No tenemos suficiente. Yo necesito oír más. No estoy dispuesto a testificar hasta que tenga más.

—Tenemos más que suficiente. Tu familia está en peligro. Hicimos un trato con el tío Duarte... y ya sabes que los

tratos con él hay que cumplirlos. Precisamente eso fue lo que intentó hacer el idiota de Spinoza, estafarle eludiendo el tribunal judío. Sólo por los contactos del tío, los sobornos del tío y el barco del tío no estás tú aún escondido en una cueva en Portugal. Y dentro de dos semanas su barco vuelve a por tu madre y tu hermana y la mía. ¿Quieres que las maten como a nuestros padres? Si no vas conmigo a la sinagoga y testificas ante el consejo rector, serás tú el que encienda las hogueras en las que ardan.

—No soy un imbécil y no estoy dispuesto a permitir que me lleven de un

sitio a otro como una oveja —dijo Franco—. Tenemos tiempo y necesito más información antes de testificar ante el consejo de la sinagoga. Un día más no importa, y tú lo sabes. Y lo que es más, el tío tiene la obligación de ayudar a su familia aunque nosotros no hagamos nada.

—El tío hace lo que quiere él. Le conozco mejor que tú, no sigue más reglas que las suyas, y no es generoso por naturaleza. Yo no quiero volver a visitar a tu Spinoza. Calumnia a todo nuestro pueblo.

—Ese hombre tiene más inteligencia que toda la congregación junta. Y si tú

no quieres ir, hablaré con él yo solo.

—No, si tú vas, yo iré también. No te dejaré ir solo. Ese hombre es demasiado persuasivo. Hasta yo me he sentido inseguro. Si vas solo, no tardaré en ver un *hérem* contra ti además de contra él. —Dándose cuenta de la cara de desconcierto de Franco, Jacob añadió—: *Hérem* significa «excomunión»... otra palabra hebrea que sería mejor que aprendieses.

10. Reval, Estonia-noviembre de 1918

—Buenos días —dijo el desconocido, tendiéndole la mano—. Soy Friedrich Pfister. ¿Te conozco? Me resultas familiar.

—Rosenberg, Alfred Rosenberg. Me crié aquí. Acabo de volver de Moscú. Me gradué en la Politécnica justo la semana pasada.

—¿Rosenberg? Claro, sí... por supuesto. Tú eres el hermano pequeño

de Eugen. Tienes sus mismos ojos. ¿Puedo sentarme contigo?

—Por supuesto.

Friedrich posó su jarra de cerveza en la mesa y se sentó frente a Alfred.

—Tu hermano y yo éramos amigos íntimos y aún seguimos en contacto. Yo te veía a menudo en tu casa... incluso te llevé a cuestas. Tú eres cuánto... ¿seis, siete años más joven que Eugen?

—Seis. Usted me resulta familiar, pero no consigo recordarle. No sé por qué, pero recuerdo mal la primera parte de mi vida... está todo como borrado. Yo sólo tenía nueve o diez años, sabe, cuando Eugen se fue a estudiar a

Bruselas. Apenas lo he visto desde entonces. Dice usted que sigue en contacto con él ahora...

—Sí, estuve comiendo con él en Zúrich hace sólo dos semanas.

—¿Zúrich? ¿Se ha ido de Bruselas?

—Hace unos seis meses. Tuvo una recaída de la tisis y fue a Suiza para una cura de descanso. Yo estaba estudiando en Zúrich y le visité allí y en el sanatorio. Le darán de alta en un par de semanas y entonces se trasladará a Berlín para un curso avanzado de banca. Y casualmente yo me traslado a Berlín dentro de unas semanas para estudiar allí, así que nos veremos a menudo. ¿No

sabías nada de esto?

—No, hemos seguido caminos diferentes. Nunca estuvimos muy unidos y ahora hace mucho que perdimos el contacto.

—Sí, Eugen mencionó eso... con tristeza, creo. Sé que tu madre murió cuando eras muy pequeño, eso fue duro para los dos, y recuerdo que tu padre también murió joven, ¿de tisis, no?

—Sí, tenía sólo cuarenta y cuatro años. Eso fue cuando yo tenía once. Dígame, Herr Pfister...

—Friedrich, por favor, tutéame. Un hermano de un amigo es también un amigo. Así que ahora somos Friedrich y

Alfred, ¿de acuerdo?

Alfred asintió.

—Y, Alfred, hace un minuto ibas a preguntarme...

—Me pregunto si Eugen me mencionó alguna vez...

—La última vez que nos vimos no. Hacía tres años que no nos veíamos y había muchas cosas nuevas que contar para ponernos al día. Pero hablaba de ti a menudo en el pasado.

Alfred vaciló y luego finalmente dijo:

—¿Podrías contarme todo lo que dijo sobre mí?

—¿Todo? Lo intentaré, pero primero

permíteme que te haga una observación: por una parte me dices, con toda naturalidad, que tú y tu hermano nunca habéis estado muy próximos y no parece que hayáis hecho ningún esfuerzo por poneros en contacto. Sin embargo ahora pareces deseoso de noticias suyas, y yo diría incluso que hambriento de ellas. Es un poco paradójico. Eso me hace preguntarme si estás en una especie de búsqueda de ti mismo y de tu pasado...

Alfred echó la cabeza hacia atrás un momento. La perspicacia de la pregunta le sobresaltó.

—Sí, es verdad. Me asombra que te hayas dado cuenta de eso. Estos días

son... bueno, no sé cómo decirlo... caóticos. Vi multitudes desbocadas en Moscú regodeándose en la anarquía. Y ahora eso se está extendiendo por toda Europa oriental, por toda Europa. Océanos de gentes desplazadas. Y yo tengo la misma sensación de inestabilidad que ellos, tal vez me sienta más perdido que los demás... separado de todo.

—Y por eso buscas un ancla en el pasado... anhelas el invariable pasado. Puedo entenderlo. Déjame que me sumerja en mis recuerdos buscando los comentarios de Eugen sobre ti. Dame un minuto, déjame concentrarme y evocar

las imágenes y hacerlas aflorar.

Friedrich cerró los ojos, luego los abrió brevemente.

—Hay un obstáculo... mis propios recuerdos de ti parecen meterse por medio. Déjame que los saqué primero, y luego podré llegar a los comentarios de Eugen. ¿De acuerdo?

—Sí, muy bien —murmuró Alfred.

Pero no estaba bien del todo. Todo lo contrario, aquella conversación era muy extraña: cada palabra que salía de la boca de Friedrich resultaba sorprendente e inesperada. Aun así, Alfred confiaba en aquel hombre que lo había conocido de niño. Friedrich tenía

el aroma del «hogar».

Cerrando los ojos de nuevo, Friedrich comenzó a hablar en un tono distante:

—Pelea de almohadas... yo lo intenté pero tú no querías jugar... no podía conseguir que jugaras. Serio... muy serio, mucho. Orden, orden... juguetes, libros, soldaditos de plomo, todo muy ordenado... te gustaban mucho aquellos soldados de juguete... un niño pequeño terriblemente serio... te llevé a cuestas algunas veces... yo creo que te gustaba... pero siempre querías bajarte enseguida... ¿no estaba bien divertirse?... había mucha frialdad en la

casa... sin madre... el padre distante, deprimido... tú y Eugen nunca hablabais... ¿dónde estaban tus amigos?... nunca había amigos en tu casa... eras asustadizo... corrías a tu habitación, cerrabas la puerta, corrías siempre a encerrarte con tus libros...

Friedrich dejó de hablar, abrió los ojos, bebió un buen trago de cerveza y miró a Alfred.

—Eso es todo lo que sale del banco de mi memoria sobre ti... tal vez afloren más tarde otros recuerdos. ¿Es eso lo que tú querías, Alfred? Quiero estar seguro. Quiero darle al hermano de mi amigo más íntimo lo que quiere y

necesita.

Alfred asintió y luego rápidamente desvió la cabeza, cohibido por su propio asombro. Nunca había oído hablar así. Aunque las palabras de Friedrich eran alemanas, su lenguaje era un idioma extraño.

—Entonces seguiré y extraeré los comentarios de Eugen sobre ti. —Friedrich cerró otra vez los ojos y al cabo de un minuto volvió a hablar en el mismo tono distante y extraño—: Eugen, háblame de Alfred.

Luego Friedrich adoptó una voz distinta, una voz que pretendía tal vez ser la de Eugen.

—Ah... mi tímido y asustadizo hermano, un artista maravilloso... recibió todo el talento de la familia... me encantaban sus bocetos de Reval... el puerto y todos los barcos anclados, el castillo teutónico con su torre imponente... eran dibujos muy logrados incluso para un adulto, y él sólo tenía diez años. Mi hermano pequeño... siempre leyendo... pobre Alfred... un solitario... tan temeroso de los demás niños... no caía simpático... los otros se burlaban de él lo llamaban «el filósofo»... no tenía mucho amor... nuestra madre muerta, nuestro padre muriendo, nuestras tías de buen corazón

pero siempre ocupadas con sus propias familias... yo debería haber hecho más por él, pero era difícil de tratar... y yo estaba viviendo también sólo con migajas.

Friedrich abrió los ojos, parpadeó unas cuantas veces y luego, retomando su voz natural, dijo:

—Eso es lo que yo recuerdo. Oh, sí había otra cosa más, Alfred, que no sé si debo decir: Eugen te echaba la culpa de la muerte de vuestra madre.

—¿Me echaba la culpa a mí? ¿A mí? Si sólo tenía un par de semanas.

—Cuando alguien muere, solemos buscar algo o alguien a quien echar la

culpa.

—No puedes decirlo en serio. ¿De veras? ¿Es posible? ¿Dijo realmente eso Eugen? No tienen ningún sentido.

—Creemos a menudo cosas que no tienen ningún sentido. Por supuesto que tú no la mataste, pero supongo que Eugen piensa que si su madre no hubiese quedado embarazada de ti, aún estaría viva. De todos modos, Alfred, se trata de una conjetura. No puedo recordar sus palabras exactas, pero sé que tenía un resentimiento hacia ti que él mismo calificaba de «irracional».

Alfred, que había palidecido, guardó silencio varios minutos. Friedrich le

miró fijamente, bebió un trago de cerveza y dijo con suavidad:

—Me temo que tal vez haya hablado de más. Pero cuando un amigo pregunta, yo intento darle todo lo que puedo.

—Y eso es una buena cosa. Minuciosidad, sinceridad... buenas y nobles virtudes alemanas. Te alabo, Friedrich. Y mucho de lo que dices suena a cierto. Tengo que confesar que yo a veces me preguntaba por qué Eugen no hacía más por mí. Y esa burla, lo de «el filósofo», ¡cuántas veces oí decir eso a los otros chicos! Creo que influyó mucho en mí, y planeé vengarme de todos ellos convirtiéndome finalmente

en un filósofo.

—¿En la Politécnica? ¿Cómo es posible eso?

—No exactamente un filósofo titulado... mi título es en ingeniería y arquitectura, pero mi verdadero hogar era la filosofía, e incluso en la Politécnica encontré algunos profesores cultos que me orientaron en mis lecturas privadas. Acabé rindiendo culto por encima de todo a la claridad de pensamiento alemana. Es mi única religión. Pero en este momento, en este momento preciso, me siento desorientado, en un estado de confusión mental. De hecho estoy casi mareado.

Puede que simplemente necesite tiempo para asimilar todo lo que tú has dicho.

—Alfred, creo que puedo explicar lo que sientes. Lo he experimentado yo mismo y lo he visto en otros. No estás reaccionando ante los recuerdos que he compartido contigo. Es algo diferente. Puedo explicarlo mejor hablando de una forma filosófica. También yo he tenido mucha formación filosófica, y es un placer hablar con alguien que tiene una inclinación parecida.

—Sería también un placer para mí. He estado varios años rodeado de ingenieros y anhelo una conversación filosófica.

—Bien, bien. Empezaremos de este modo: ¿recuerdas la conmoción y la incredulidad que te produjo la revelación de Kant de que la realidad externa no es como la percibimos?... es decir, que elaboramos la naturaleza de la realidad externa en virtud de nuestros constructos mentales internos... conoces bien a Kant, me imagino...

—Sí, muy bien. Pero no entiendo en qué sentido es importante eso para...

—Bueno, lo que quiero decir es que, de pronto, tu mundo, me refiero ahora a tu mundo interior, tan dependiente de tus experiencias del pasado, no es como tú pensabas que era. O, dicho de otro

modo, permíteme que use un término de Husserl, y diga que tu *noema* ha estallado.

—¿Husserl? Yo evito a los pseudofilósofos judíos. ¿Y qué es un *noema*?

—Te aconsejo, Alfred, que no desdeñes a Edmund Husserl, es uno de los grandes. Su término *noema* alude a las cosas tal como las experimentamos, las cosas como objetos estructurados por nosotros. Piensa, por ejemplo, en la idea de un edificio. Luego piensa que te apoyas en un edificio y que descubres que ese edificio no es sólido, y que tu cuerpo pasa sin más a través de él. En

ese momento tu *noema* de un edificio estalla... tu *Lebenswelt,* tu vida-mundo, de pronto, no es como tú pensabas.

—Respeto tu consejo. Pero, por favor, acláramelo más: yo comprendo el concepto de que imponemos una estructura al mundo, pero de todos modos sigo sin entender la importancia que eso tiene para Eugen y para mí.

—Bueno, lo que quiero decir es que tu idea sobre la relación que tuviste a lo largo de tu vida con tu hermano se ha visto, de golpe, alterada. Tú pensabas de él de un modo, y de pronto el pasado cambia, sólo un poco, y descubres ahora que a veces te miraba con

resentimiento... aunque, por supuesto, el resentimiento era injusto e irracional.

—¿Así que estás diciendo que me siento mareado porque el suelo firme de mi pasado ha cambiado?

—Exactamente. Bien dicho, Alfred. Tu mente se halla sobrecargada porque está totalmente centrada en reconstruir el pasado, y no tiene capacidad por ello para ocuparse de sus tareas normales... por ejemplo, de tu equilibrio.

Alfred asintió.

—Friedrich, ésta es una conversación asombrosa. Me estás dando muchas cosas en que pensar. Pero déjame que te diga que parte de ese

mareo precedió a nuestra conversación.

Friedrich aguardó tranquilamente, expectante. Parecía saber muy bien cómo esperar.

Alfred vacilaba.

—Yo no suelo compartir estas cosas. En realidad casi no hablo de mí mismo con nadie, pero hay algo en ti que es muy... no sé cómo decirlo que inspira confianza, que invita a hablar.

—Bueno, en cierto modo soy de la familia. Y, por supuesto, tú sabes que ya no puedes hacer viejos amigos.

—Viejos amigos... —Alfred se quedó pensando un momento, luego sonrió—. Comprendo. Muy inteligente.

Bueno, empecé el día sintiéndome distanciado... llegué justamente ayer de Moscú. Y estoy solo. Estuve casado durante un breve periodo... mi mujer tiene tisis y su padre la ingresó en un sanatorio de Suiza hace unas semanas. Pero no es sólo la tisis. Su familia es rica y me rechaza firmemente, a mí y a mi pobreza, y estoy seguro de que nuestro brevísimo matrimonio ha terminado. Hemos pasado poco tiempo juntos y hasta hemos dejado casi de escribirnos.

Alfred bebió precipitadamente un trago de su cerveza y continuó:

—Cuando llegué aquí ayer, mis tías

y tíos, sobrinas y sobrinos parecieron alegrarse de verme y me recibieron muy bien. Eso me dio una sensación de pertenencia. Pero no duró mucho. Cuando desperté esta mañana me sentí de nuevo ajeno y desarraigado, y paseé por la ciudad buscando y buscando... ¿qué? Supongo que el hogar, los amigos, incluso rostros familiares. Pero sólo vi desconocidos. Ni siquiera en la Realschule encontré a alguien conocido, únicamente a mi profesor favorito, el de arte, y sólo fingió reconocerme. Y luego, hace menos de una hora, llegó el golpe final. Decidí ir a donde pertenecía realmente, dejar de vivir en el exilio,

conectarme de nuevo con mi raza y regresar a la Patria. Intenté incorporarme al Ejército alemán, fui al cuartel general, que queda al otro lado de la calle. Allí, el sargento encargado de los alistamientos, un judío llamado Goldberg, me despachó de un manotazo como si fuese un insecto. Me dijo que el Ejército alemán era para los alemanes, no para ciudadanos de países ocupados.

Friedrich asintió, comprensivo.

—Tal vez ese golpe final fuese una bendición. Tal vez tuviste suerte de que te rechazaran, te libraste de una muerte sucia y absurda en las trincheras.

—Tú dijiste que yo era un niño

extrañamente serio. Supongo que aún sigo siendo así. Por ejemplo, yo me tomo a Kant en serio: considero un imperativo moral alistarme. ¿Cómo sería nuestro mundo si todos abandonásemos a la Patria mortalmente herida? Cuando ella llama, sus hijos deben responder.

—Es extraño, verdad —dijo Friedrich—, el que nosotros, los alemanes bálticos, seamos mucho más alemanes que los alemanes. Quizá todos nosotros, los alemanes desplazados, tengamos el mismo poderoso anhelo que describes tú... del hogar, de un sitio al que pertenezcamos realmente. Nosotros,

los alemanes bálticos, vivimos con una gran sensación de desarraigo. Lo siento con especial intensidad en este momento porque mi padre murió a principios de esta semana. Por eso estoy en Reval. Ahora yo tampoco sé adónde pertenezco. Mis abuelos maternos son suizos, y sin embargo no pertenezco allí tampoco.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo Alfred.

—Gracias. Yo lo he tenido más fácil que tú en muchos sentidos: mi padre tenía casi ochenta años cuando murió, y disfruté de su presencia sana y plena durante toda mi vida. Y mi madre aún

vive. Me he pasado todo el tiempo aquí ayudándola a trasladarse a casa de su hermana. De hecho, la dejé hace un rato echando un sueñecito y he de volver con ella. Pero antes de irme, quiero decirte que creo que lo de encontrar un sitio en el que puedas sentirte en casa es algo profundo y urgente en tu caso. Puedo quedarme un poco más si te apetece explorar eso.

—Yo no sé cómo explorarlo. De hecho, me asombra tu capacidad para hablar de cosas profundamente personales con esa facilidad. Nunca he oído a nadie expresar sus pensamientos internos tan abiertamente como tú.

—¿Te gustaría que te ayudase a hacer eso?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a ayudarte a identificar y entender tus sentimientos sobre lo de sentirte en casa.

Alfred pareció ponerse tenso pero, tras un trago largo y lento de su cerveza letona, accedió.

—Intenta esto. Haz justo lo que yo hice cuando extraje mis recuerdos de ti cuando eras niño. Esto es lo que te sugiero: piensa en la frase «no estoy en casa» y dila varias veces para ti. «No estoy en casa», «no estoy en casa», «no estoy en casa»...

Los labios de Alfred modularon silenciosamente las palabras durante un minuto o dos, y luego movió la cabeza.

—No surge nada. Mi mente está en huelga.

—La mente nunca se pone en huelga. Está siempre trabajando, pero suele haber algo que bloquea nuestro conocimiento. Normalmente es tímida. En este caso, imagino que su timidez se debe a mí. Inténtalo de nuevo. Permíteme que te sugiera que cierres los ojos y me olvides, que olvides lo que yo pueda pensar de ti, que olvides cómo podría juzgar lo que digas. Recuerda que estoy intentando ayudarte, y

recuerda que tienes mi palabra de que esta conversación quedará sólo entre tú y yo. No la compartiré ni siquiera con Eugen. Ahora cierra los ojos, deja que surjan los pensamientos en tu mente sobre «no estoy en casa» y luego exprésalos. Basta que digas lo que te venga a la cabeza... aunque no tenga sentido.

Alfred cerró de nuevo los ojos, pero no le llegaba ninguna palabra.

—No oigo nada. Más alto, un poco más alto, por favor.

Alfred empezó a hablar suavemente.

—No estoy en casa... En ningún lugar. Ni con tía Cäcilie ni con tía

Lydia... no hay ningún lugar para mí, ni en la escuela, ni con los otros chicos, ni en la familia de mi mujer, ni en la arquitectura, ni en la ingeniería, ni en Estonia, ni en Rusia... Madre Rusia, menuda broma...

—Bien, bien... sigue —le urgió Friedrich.

—Siempre fuera, mirando hacia dentro, siempre queriendo enseñarles... —Alfred se quedó callado, abrió los ojos—. No llega nada más...

—Dijiste que querías enseñarles. ¿Enseñarles qué, Alfred?

—A todos los que se burlaban de mí. En el barrio, en la Realschule, en la

Politécnica, en todas partes.

—¿Y qué les enseñarás, Alfred? Continúa en esa actitud mental relajada. No tiene por qué tener sentido.

—No sé... Les haré fijarse en mí de algún modo.

—Si se fijan en ti, ¿te sentirás entonces en casa?

—«Casa» no existe. ¿Es eso lo que estás intentando decirme?

—No tengo ningún plan preconcebido, pero se me ocurre una idea. Es sólo una suposición pero, si no puedes sentirte nunca en casa en ninguna parte, me pregunto si no será porque «casa» no es un lugar, sino un estado

mental. En realidad estar en casa es sentirte en casa en tu propia piel. Y, Alfred, yo no creo que tú te sientas en casa en tu piel. Tal vez no te hayas sentido nunca. Tal vez hayas estado buscando tu casa en el sitio equivocado toda tu vida.

Alfred se quedó atónito. Abrió la boca, clavó los ojos en Friedrich.

—Tus palabras me llegan directas al corazón. ¿Cómo puedes saber tú esas cosas, esas cosas asombrosas? Dijiste que eras un filósofo. ¿Es de ahí de donde procede eso? Tengo que conocer esa filosofía.

—Yo soy un aficionado. Lo mismo

que tú, me habría encantado dedicar mi vida a la filosofía, pero tengo que ganar dinero para vivir. Fui a la Escuela de Medicina de Zúrich y aprendí mucho sobre ayudar a otros a hablar de cosas difíciles. Y ahora —Friedrich se levantó de su asiento— tengo que dejarte. Mi madre está esperándome y debo volver a Zúrich pasado mañana.

—Qué lástima. Esto ha sido iluminador, y tengo la impresión de que no has hecho más que empezar. ¿No tenemos tiempo para continuar con esto antes de que te vayas de Reval?

—Sólo me queda mañana. Mi madre siempre descansa por la tarde. ¿Quizás a

la misma hora? ¿Aquí?

Alfred contuvo su avidez y su deseo de exclamar: «Sí, sí». En vez de eso inclinó la cabeza educadamente:

—Estoy deseándolo.

11. Ámsterdam-1656

En la academia de Van den Enden la noche siguiente, la aplicada clase de latín de Clara María se vio interrumpida por su padre. Hizo una protocolaria reverencia a su hija y dijo: «Perdónenme por la intrusión, mademoiselle Van den Enden, pero he de hablar un momento con el señor Spinoza». Volviéndose hacia Bento, dijo: «Venga, por favor, al aula grande dentro de una hora e incorpórese a la clase de griego, donde analizaremos

algunos textos de Aristóteles y Epicuro. Aunque su griego sea aún rudimentario, esos dos caballeros tienen algo importante que decirle». A Dirk le dijo: «Ya sé que tiene usted poco interés por el griego porque, desgraciadamente, no se exige ya en la Escuela de Medicina, pero puede haber aspectos del análisis de esos textos que le resulten útiles en su trabajo futuro con los pacientes».

Van den Enden hizo otra inclinación formal a su hija.

—Y ahora, mademoiselle, la dejaré seguir con el estudio del latín.

Clara María siguió leyendo cortos pasajes de Cicerón, que Bento y Dirk se

turnaban traduciendo al holandés. Tuvo que dar golpes en la mesa con la regla varias veces para alertar al distraído Bento, que, en vez de atender a Cicerón, estaba cautivado por el delicioso movimiento de los labios de Clara María cuando pronunciaba su «m» y su «p» en *multa*, *pater*, *puer* y, lo más maravilloso de todo, *praestantissimum*.

—¿Dónde está su concentración hoy, Bento Spinoza? —dijo Clara María, esforzándose por crispar en un duro ceño su agradable rostro periforme de trece años.

—Perdone, es que me había perdido un instante en mis pensamientos,

señorita Van den Enden.

—Estaba usted pensando en el simposio griego de mi padre?

—Sin duda —fingió Bento, que había estado pensando mucho más en la hija que en el padre.

También seguía obsesionado con las furiosas palabras de Jacob de unas horas antes, prediciendo su destino como un hombre aislado y solitario. Jacob era testarudo y dogmático, y estaba equivocado en muchas cosas, pero en eso tenía razón: Bento sabía que no podría tener una esposa, ni una familia ni una comunidad. La razón le decía que la libertad debería ser su objetivo y que

su lucha por liberarse de las ataduras de la supersticiosa comunidad judía sería ridícula si se limitaba a cambiarlas por las ataduras de una esposa y una familia. Su único objetivo era la libertad, la libertad de pensar, de analizar, de transcribir los pensamientos que resonaban en su mente. Pero era difícil, oh qué difícil era, desviar la atención de los labios encantadores de Clara María.

Van den Enden inició su análisis en la clase de griego exclamando:

—*Eudaimonía*. Examinemos las dos raíces: ¿*eu*?

Colocó la mano abierta a un lado de la oreja y esperó. Los estudiantes

contestaron tímidamente «bueno», «normal», «agradable». Van den Enden asintió y repitió el ejercicio con *daimon* y recibió un coro, más vigoroso: «espíritu», «duende», «deidad menor».

—Sí, sí y sí. Todas las respuestas son correctas pero, unido a *eu*, el significado viene a ser «buena fortuna» y, por lo tanto, *eudaimonía* significa habitualmente «bienestar» o «felicidad» o «prosperidad». ¿Son esos tres términos sinónimos? Al principio parecen serlo, pero en realidad innumerables filósofos se han explayado sobre los matices que los diferencian. ¿Es *eudaimonía* un estado de ánimo?

¿Una forma de vida? —añadió Van den Enden, sin esperar una respuesta—. ¿O es un puro placer hedonista? ¿O podría estar relacionado con el concepto de *areté*, ¿qué significa?

Con la mano en la oreja, esperó hasta que los estudiantes dijeron simultáneamente: «virtud».

—Sí, exactamente, y muchos filósofos griegos de la antigüedad incorporan la virtud al concepto de *eudaimonía*, elevándola así del estado subjetivo de sentirse feliz a una consideración más grande, la de vivir una vida moral, virtuosa y deseable. Sócrates tenía fuertes sentimientos al

respecto. Recuerden su lectura de la semana pasada de la *Apología* de Platón, en la que saluda a un conciudadano ateniense y plantea la cuestión de la *areté* con estas palabras...

Van den Enden pasó a adoptar una pose teatral y recitó a Platón en griego y luego, lentamente, tradujo el texto al latín para Dirk y Bento:

—«¿No te avergüenza tu avidez por poseer toda la riqueza, la fama y los honores posibles, mientras no te cuidas de dedicar un solo pensamiento a la sabiduría o la verdad, o el mejor estado posible de tu alma?».

»Ahora, tengan en cuenta que las

primeras obras de Platón reflejan las ideas de su maestro, Sócrates, mientras que en su obra posterior, por ejemplo en *La República*, vemos que aparecen sus propias ideas, entre las que destacan las normas absolutas de la justicia y las virtudes en el reino metafísico. ¿Cuál es para Platón nuestro objetivo fundamental en la vida? Alcanzar la forma máxima de conocimiento y eso, en su opinión, era la idea del «bien», de la que todos los demás valores derivan. Sólo entonces, dice Platón, somos capaces de alcanzar la *eudaimonía*... según él, un estado de *armonía del alma*. Déjenme repetir esta expresión: «armonía del

alma». Merece la pena recordarla. Puede serles útil en la vida.

»Examinemos ahora al filósofo siguiente, Aristóteles, que estudió con Platón unos veinte años. Veinte años. Recuerden eso aquellos de ustedes que se han quejado de que mi programa es demasiado duro y demasiado largo.

»En las partes de la *Ética a Nicómaco* que leerán ustedes esta semana, verán que Aristóteles también tenía algunas ideas firmes sobre la buena vida. Estaba seguro de que no consistía en el placer sensual ni en la fama ni en la riqueza. ¿Cuál era para Aristóteles nuestro propósito en la vida?

Consideró que era completar *nuestra función más propia y única* "¿Qué es —pregunta Aristóteles— lo que nos diferencia de otras formas de vida?". Les planteó esa cuestión a ustedes.

Ninguna respuesta inmediata de la clase. Finalmente un estudiante dijo:

—Podemos reírnos y los otros animales no pueden. —La respuesta provocó algunas risas de sus condiscípulos.

—Caminamos sobre dos piernas —dijo otro.

—Risa y piernas... ¿es eso lo mejor que se les ocurre? —exclamó Van den Enden—. Unas respuestas tan tontas

trivializan este análisis. ¡Piensen! ¿Cuál es el principal atributo que nos diferencia de las formas inferiores de vida? —De pronto se quedó mirando a Bento—: Le planteo esa cuestión a usted, Bento Spinoza.

Bento, sin un momento de reflexión, dijo:

—Creo que es nuestra capacidad única de razonar.

—¿Así que la más elevada y feliz de las tareas es ser un filósofo? —preguntó Alphonse, el estudiante más inteligentes de la clase de griego, que se sentía picado por aquella respuesta tan rápida de Bento—. ¿No parece una afirmación

interesada si la hace un filósofo?

—Sí, Alphonse, y no es el primer pensador que extrae esa conclusión. Y esa observación concreta nos proporciona un paso a Epicuro, otro importante pensador griego que abordó con ideas radicalmente distintas la *eudaimonía* y la misión del filósofo. Cuando lean ustedes a Epicuro de aquí a dos semanas, verán que también él habló de la buena vida pero que utilizó otra palabra completamente distinta. Él habla mucho de *ataraxia*, que significa... —Van en Enden se llevó de nuevo la mano a la oreja.

Alphonse gritó instantáneamente

«tranquilidad», y pronto otros añadieron «calma» y «paz mental».

—Sí, sí y sí —dijo Van den Enden, sintiéndose claramente más complacido con la actuación de su clase—. Para Epicuro, la *ataraxia* era la única felicidad verdadera. Y ¿cómo se alcanzaba? No a través de la armonía del alma de Platón ni del buen uso de la razón, sino simplemente *por la eliminación de la preocupación, o la angustia*. Si Epicuro estuviese hablándoles a ustedes en este momento, les instaría a simplificar su vida. Así es como podría expresarlo si estuviese aquí ahora.

Van den Enden carraspeó y pasó a hablar en un tono profesoral:

—Amigos, sus necesidades son pocas, se satisfacen fácilmente y es fácil soportar cualquier sufrimiento inevitable. No se compliquen la vida con objetivos triviales como las riquezas y la fama: son el enemigo de la *ataraxia*. La fama, por ejemplo, consiste en las opiniones de otros y exige que debamos vivir nuestra vida como desean otros. ¿Y la riqueza? ¡Evitadla! Es una trampa. Cuanta más adquirimos, más ambicionamos, y más hondo es nuestro pesar si nuestra ambición no se ve satisfecha. Amigos, escuchadme: si

anheláis la felicidad, no malgastéis vuestra vida luchando por aquello que en realidad no necesitáis.

»Así que —continuó Van den Enden, volviendo a su propia voz— adviertan la diferencia entre Epicuro y sus predecesores. Epicuro piensa que el mayor bien es alcanzar la *ataraxia*, liberándose de toda angustia. Y ahora, ¿comentarios y preguntas? Veamos, sí, señor Spinoza. ¿Una pregunta?

—¿Propone Epicuro sólo un enfoque negativo? Lo digo porque afirma que lo único que hay que hacer es eliminar la angustia y que el hombre sin preocupaciones innecesarias es

perfecto, naturalmente bueno, feliz.

—Excelente pregunta. Y las lecturas que he seleccionado le aclararán la respuesta. Por suerte, señor Spinoza, no tendrá usted que esperar a perfeccionar su griego, porque puede leer las ideas de Epicuro en latín gracias al poeta romano Lucrecio, que vivió unos doscientos años después. Seleccionaré para usted las páginas apropiadas a su debido tiempo. Hoy sólo pretendo mencionar la idea central que diferencia a Epicuro: que la buena vida se alcanza eliminando la angustia. Pero incluso una lectura somera le indicará que Epicuro es mucho más complejo. Apoya el

conocimiento, la amistad y una vida virtuosa de templanza. Sí, Dirk, ¿tiene usted una pregunta? Parece que mis estudiantes de latín son más inquisitivos sobre los griegos que los de mi clase de griego.

—En Hamburgo —dijo Dirk—, conozco una taberna que se llama El Placer de Epicuro. ¿Son entonces el buen vino y la cerveza parte de su buena vida?

—Estaba esperando esa pregunta, convencido de que surgiría. Muchos utilizan erróneamente el nombre de Epicuro para referirse a la buena comida o el buen vino. Si él hubiese

sabido esto, se habría quedado atónito. Yo creo que ese curioso error nace de su estricto materialismo. Él creía que no había otra vida y que, dado que la única que hay es ésta, deberíamos esforzarnos por alcanzar la felicidad terrenal. Pero no cometan ustedes el error de deducir de eso que Epicuro propone que deberíamos dedicar nuestra vida a revolcarnos en actividades sensuales o lujuriosas. Nada de eso, él vivió una vida casi ascética y abogó por ella. Repito: él creía que como mejor podíamos alcanzar el máximo placer era reduciendo al mínimo el dolor. Una de sus conclusiones principales era que el

miedo a la muerte constituía una fuente decisiva de dolor, y dedicó gran parte de su vida a buscar métodos filosóficos que disminuyese el temor a la muerte. Más preguntas, por favor.

—¿Menciona Epicuro el servir a los demás y a la propia comunidad o el amor?—preguntó Dirk.

—Una buena pregunta en un futuro médico. Supongo que le interesará saber que él se consideraba un filósofo médico, que se ocupaba de las enfermedades del alma lo mismo que un médico se ocupa de las enfermedades del cuerpo. Dijo en una ocasión que un filósofo incapaz de curar el alma valía

tan poco como una medicina incapaz de curar el cuerpo. Ya he mencionado algunas de las enfermedades del alma que nacen de la búsqueda de la fama, el poder, la riqueza y el placer sexual, pero eran sólo secundarias. El *behemoth* de las angustias subyacentes y que alimenta el resto de las preocupaciones es el miedo a la muerte y a la otra vida. De hecho uno de los primeros principios del «catecismo» que sus alumnos tenían que aprender era que somos mortales, que no hay otra vida y que, por tanto, no tenemos nada que temer de los dioses después de la muerte. Leerá más sobre esto muy pronto en Lucrecio, Dirk.

Ahora he olvidado el resto de su pregunta.

—Primero —dijo Dirk— tengo que decir que no conozco la palabra «behemoth».

—Una cuestión interesante. ¿Quién de ustedes conoce esa palabra?

Sólo alzó la mano Bento.

—Señor Spinoza, díganos.

—Bestia monstruosa —dijo Bento—. Del hebreo *b'hëmah* que aparece en el Génesis y también en Job.

—Job, eh. Ni yo mismo lo sabía. Gracias. Ahora volvamos a su pregunta, Dirk.

—Yo preguntaba sobre el amor y el

servicio a la propia comunidad.

—Por lo que yo sé, Epicuro no se casó pero creía en el matrimonio y en la familia para algunos... aquellos que están preparados para asumir la responsabilidad. Desaprobaba sin embargo el amor irracional, apasionado, que esclaviza al amante y conduce al final a más dolor que placer. Según él, una vez que el encaprichamiento lujurioso se consuma, el amante experimenta hastío o celos, o ambas cosas. Pero Epicuro daba gran importancia a un amor superior, el amor de los amigos, que nos eleva a un estado de beatitud. Es interesante saber que era

un hombre que no excluía a nadie, que trataba a todos los seres humanos por igual. La suya era la única escuela de Atenas que daba la bienvenida tanto a las mujeres como a los esclavos.

»Pero su pregunta sobre el servicio a la comunidad, Dirk, es importante. La posición de Epicuro era que deberíamos llevar una vida tranquila y retirada, evitar responsabilidades públicas, desempeñar cargos, o cualquier otro tipo de responsabilidad que pudiese a poner en peligro nuestra *ataraxia*.

—Veo que no menciona la religión —dijo un estudiante católico, Edward, cuyo tío había sido obispo de Amberes

—. Menciona usted es el amor a los amigos pero no dice nada sobre el amor a Dios o sobre los propósitos de Dios en su esquema de la felicidad.

—Ha señalado usted un punto importante, Edward. Epicuro resulta sorprendente para los lectores de hoy por la poca importancia que atribuye a lo divino en su fórmula para alcanzar la felicidad. Él creía que la felicidad emanaba sólo de nuestra propia mente y no daba ninguna importancia a nuestra relación con nada sobrenatural.

—¿Quiere usted decir que negaba la existencia de Dios? —preguntó Edward.

—Mejor sería hablar de *dioses*, en

plural. Recuerde el periodo histórico, Edward. Estamos en el siglo IV a. C. y la cultura griega, como todas las culturas antiguas, salvo la hebrea, era politeísta —dijo Van den Enden.

Edward asintió y reformuló su pregunta:

—¿Negaba Epicuro lo divino?

—No, era audaz pero no temerario. Nació unos sesenta años después de que Sócrates fuese ejecutado por herejía, y sabía que no creer en los dioses habría sido perjudicial para su salud. Adoptó una posición más segura y afirmó que los dioses existían, vivían beatíficamente en el monte Olimpo, pero

no se preocupaban lo más mínimo por la vida de los hombres.

—Pero ¿qué clase de Dios es ése? ¿Cómo podemos imaginar un Dios que no quisiese que viviéramos de acuerdo con su plan? —preguntó Edward—. Es inconcebible que un Dios que sacrificó a su propio hijo por nosotros no quisiese que viviéramos de una forma santa determinada.

—Hay muchas concepciones de dioses inventadas por muchas culturas —intervino Bento.

—Pero yo sé, con la certeza más profunda, que Cristo, nuestro Señor, nos ama y tiene un lugar para nosotros en su

corazón y un designio para nosotros —dijo Edward, alzando la mirada.

—La fuerza de una creencia no tiene ninguna relación con su veracidad —replicó Bento—. Cada dios tiene sus creyentes profundos y fieros.

—Caballeros, caballeros —intervino Van den Enden—, aplacemos esta discusión hasta que hayamos leído y dominado los textos. Pero permítame que le diga, Edward, que Epicuro no era irrespetuoso con los dioses. Los incorporaba a su ideal de *ataraxia* y nos instaba a mantener a los dioses próximos a nuestro corazón, emulándolos y utilizándolos como

modelos para una vida de tranquilidad beatífica. Más aún, para evitar los conflictos —en este punto Van den Enden lanzó una mirada en dirección a Bento— aconsejaba con firmeza a sus seguidores participar serenamente en todas las actividades de la comunidad, incluidas las ceremonias religiosas.

Esto no aplacó a Edward.

—Pero rezar sólo por evitar el conflicto parece una falsa observancia.

—Son muchos los que han expresado esa opinión, Edward, y sin embargo Epicuro también dice que deberíamos honrar a los dioses como seres perfectos. Además, obtenemos

placer estético con la contemplación de su existencia perfecta... Es tarde ya, caballeros. Todas sus preguntas han sido excelentes, y consideraremos cada una de ellas cuando leamos su obra.

El día terminó con Bento y sus profesores intercambiando los papeles. Él dio media hora de clase de hebreo a padre e hija, tras lo cual Van den Enden le pidió que se quedase un poco más para una charla privada.

—¿Recuerda usted nuestra conversación cuando nos conocimos?

—La recuerdo muy bien, y estoy conociendo gracias a usted a compañeros de mentalidad parecida.

—Se dará usted cuenta, sin duda, de que algunos de los comentarios de Epicuro son muy aplicables a su problema actual con su comunidad...

—Me pregunté si algunos de sus comentarios sobre participar serenamente en las ceremonias religiosas de la comunidad iban dirigidos a mí.

—Sí, exactamente. ¿Y alcanzaron su objetivo?

—Casi, pero estaban tan cargados de contradicciones que no lo consiguieron.

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo concebir que

la tranquilidad brote en el terreno de la hipocresía.

—Se refiere usted, supongo, al consejo de Epicuro de hacer todo lo necesario para adaptarse a una comunidad, incluyendo la participación en las oraciones públicas.

—Sí, yo llamó a eso hipocresía. Hasta Edward reaccionó al oírlo. ¿Cómo puede tenerse la armonía interior si uno no es veraz consigo mismo?

—Yo quería hablar con usted concretamente sobre Edward. ¿Qué creé que siente él sobre nuestra discusión y sobre usted?

Sorprendido por esta pregunta,

Bento hizo una pausa.

—No sé qué responder a eso.

—Le ruego que lo intente.

—Bueno, no está contento conmigo. Está irritado, supongo. Tal vez se sienta amenazado.

—Sí, una buena respuesta. Yo diría que era algo muy predecible. Ahora conteste a esta pregunta. ¿Es eso lo que usted quiere?

Bento negó con la cabeza.

—¿Y pensaría Epicuro que había actuado usted de una forma que lleva a la buena vida?

—Debo aceptar que no. En el momento, sin embargo, pensé que

actuaba prudentemente evitando hacer otras consideraciones.

—¿Por ejemplo?

—Que Dios nos hizo a Su imagen y semejanza... cuando fuimos nosotros quienes le hicimos a Él a nuestra imagen y semejanza. Imaginamos que es un ser como nosotros, que oye las oraciones que murmuramos y que se interesa por lo que deseamos...

—¡Dios Santo! Si eso es lo que estuvo a punto de decir, ya veo por qué no lo hizo. Digamos, entonces, que actuó usted imprudentemente pero que no fue del todo estúpido. Edward es un católico devoto. Su tío fue obispo

católico. Esperar que abandone sus creencias por unos cuantos comentarios, aunque sean comentarios racionales, es sumamente irracional y tal vez peligroso. Ámsterdam tiene fama de ser la ciudad más tolerante de Europa en este momento. Pero recuerde lo que significa la palabra «tolerante»... implica que todos seamos tolerantes con las creencias de los demás, aunque las consideremos irracionales.

—Yo creo cada vez más —dijo Bento— que, si uno vive entre personas que tienen creencias muy distintas, no se puede adecuar a ellas sin cambiar mucho él mismo.

—Ahora empiezo entender el informe de mi espía sobre el desasosiego que hay por su causa en la comunidad judía. ¿Explica usted todas estas ideas a otros judíos?

—Hace aproximadamente un año decidí en mis meditaciones ser veraz siempre...

—Ah —exclamó Van den Enden—, ahora entiendo por qué va tan mal su negocio. Un comerciante que dice la verdad es un oxímoron.

Bento movió la cabeza.

—¿Un oxímoron?

—Del griego: *oxys* significa «agudo»; *moros* significa «tonto». Es

decir, *oxímoron* alude a una paradoja interna. Imagínese lo que podría decir un comerciante siempre veraz a su cliente: «Por favor, cómpreme esas uvas pasas... me haría un gran favor si las comprase. Son de hace tres años, están secas ya, y tengo que librarme de ellas antes de que la semana que viene me llegue una partida de uvas pasas suculentas».

Al no percibir ningún rastro de sonrisa en Bento, Van den Enden se acordó de algo que había percibido ya: Bento Spinoza carecía por completo de sentido del humor. Volvió sobre sus pasos.

—No pienso tomarme a la ligera las

cosas serias que usted me dice.

—Me preguntó usted sobre mi discreción en mi comunidad. He mantenido silencio sobre mis ideas, salvo con mi hermano y con los dos hombres de Portugal que me pidieron consejo. De hecho, he estado con ellos hace unas horas y, en un esfuerzo por ayudar al que asegura hallarse en una crisis espiritual, no me abstuve de expresar mis opiniones sobre las creencias supersticiosas. He hecho una lectura crítica de la Biblia hebrea con esos dos visitantes. Desde que me desahogué con ellos he experimentado lo que usted llamaría «armonía

interior».

—Da la impresión de que ha estado usted mucho tiempo conteniéndose.

—No lo suficiente para mi familia y para mi rabino, que está muy disgustado conmigo. Anhelo una comunidad que no seas esclava de falsas creencias.

—Aunque recorra el mundo entero, no encontrará una comunidad que no sea supersticiosa. Mientras haya ignorancia, habrá adhesión a la superstición. La única solución es disipar la ignorancia. Por eso es por lo que yo enseño.

—Me preocupa que se trate de una batalla perdida —replicó Bento—. La ignorancia y las creencias supersticiosas

se propagan como un incendio y creo que los dirigentes religiosos alimentan ese fuego para salvaguardar sus posiciones.

—Ésas palabras son peligrosas. Propias de alguien con más años de los que tiene usted. Le repito que la discreción es necesaria para seguir formando parte de cualquier comunidad.

—Estoy persuadido de que debo ser libre. Si no puede hallarse una comunidad así, tal vez deba vivir sin una comunidad.

—Recuerde, lo que dije sobre *caute*. Si no es usted cauto, es posible que sus deseos, y tal vez sus temores, se

cumplan.

—Eso es algo que queda fuera del ámbito de lo posible . Me parece que he iniciado ya ese proceso —replicó Bento.

12. Estonia-1918

Al día siguiente de su primer encuentro, Alfred fue pronto a la cervecería y se sentó, y se puso a mirar hacia la entrada fijamente hasta que vio a Friedrich. Se levantó rápidamente para saludarlo.

—Friedrich, qué alegría verte. Gracias por dedicarme un rato.

Después de coger su cerveza en el mostrador, se sentaron de nuevo en la misma mesa tranquila del rincón. Alfred había decidido no volver a ser el foco de toda la conversación y empezó

diciendo:

—¿Qué tal tu madre y tú?

—Mi madre aún está muy afectada, intentando asimilar que mi padre ya no existe. A veces parece olvidar que ha muerto. Creyó verle por dos veces en medio de una multitud en la calle. Y su forma de negarlo en sus sueños, Alfred... ¡es extraordinaria! Cuando despertó esta mañana dijo que era terrible abrir los ojos: estaba tan feliz paseando y hablando con mi padre en su sueño que le resultó odioso despertar para volver a una realidad en la que él aún seguía muerto.

»En cuanto a mí —continuó

Friedrich—, combatiendo en dos frentes, exactamente igual que el Ejército alemán. No sólo tengo que bregar con el hecho de que mi padre ha muerto sino que, en este breve periodo que llevó aquí, tengo que ayudar a mi madre. Y eso es difícil.

—¿Qué quieres decir con lo de «difícil»? —preguntó Alfred.

—Para ayudar a alguien yo creo que tienes que entrarte en su mundo. Pero siempre que intento hacer eso con mi madre, mi pensamiento revolotea y se aleja, y en cuestión de un instante o dos estoy pensando de pronto en algo completamente distinto. Hace un rato mi

madre estaba llorando y, cuando la rodeé con un brazo para consolarla, me di cuenta de que mis pensamientos se desviaban hacia esta cita de hoy contigo. Primero me sentí culpable. Luego recordé que soy sólo un ser humano y que los seres humanos tienen una tendencia congénita a protegerse con distracciones. He estado intentando descubrir por qué no puedo mantenerme centrado en la muerte de mi padre. Creo que la razón es que eso me enfrenta con mi propia muerte y que esa perspectiva es demasiado aterradora para considerarla. No puedo encontrarle otra explicación. ¿Qué piensas tú? —

Friedrich se calló y se giró para mirar fijamente a Alfred a los ojos.

—Yo no sé de esas cosas, pero tu conclusión parece plausible. Tampoco yo me permito nunca pensar profundamente en la muerte. Siempre que mi padre se empeñaba en llevarme a la tumba de mi madre me resultaba odioso.

Friedrich guardó silencio hasta que estuvo seguro de que Alfred no se proponía decir más, luego volvió a hablar:

—En fin, Alfred, ha sido una respuesta muy larga a tu cortés pregunta sobre cómo me va, pero, como ves, me

encanta observar y analizar todas esas maquinaciones de mi mente. ¿Te he dado una respuesta más compleja de lo que esperabas o querías?

—Fue una respuesta más larga a mi pregunta de lo que yo esperaba, pero fue veraz, fue profunda y fue sentida. Me parece admirable cómo evitas la superficialidad, lo dispuesto que estás a compartir tus pensamientos tan sinceramente y sin cohibirte.

—También tú, Alfred, entraste profundamente dentro de ti mismo al final de nuestra conversación de ayer. ¿Has notado efectos secundarios?

—Confieso que he estado

preocupado. Aún sigo intentando entender nuestra conversación.

—¿Qué parte no estaba clara?

—No me estoy refiriendo a la claridad de las ideas sino a la extraña sensación que tuve cuando hablaba contigo. En realidad sólo hablamos un rato... cuánto, ¿tal vez tres cuartos de hora? Y sin embargo revelé tanto y me sentí tan involucrado, tan extrañamente... próximo. Como si te hubiese conocido íntimamente toda la vida.

—¿Eso es una sensación desagradable?

—Ambivalente. Fue bueno porque hizo menos doloroso mi aislamiento, mi

sensación de desarraigo. Pero inquietante por lo extraño de la conversación de ayer... como ya te he dicho, nunca he tenido una charla íntima como ésa ni confiado tan pronto en un desconocido.

—Pero yo no soy un desconocido, por Eugen. O digamos que soy un desconocido un tanto familiar que ha tenido acceso a las cámaras interiores del hogar de tu infancia.

—He pensado mucho en ti desde ayer, Friedrich. Ha surgido un asunto, y no sé si podría hacerte una pregunta personal...

—Claro, por supuesto. No hace falta

que lo preguntes... a mí me gustan las preguntas personales.

—Cuando te pregunté cómo adquiriste esas habilidades para hablar y explorar la mente, me contestaste que fue por tu formación médica. Sin embargo, yo he estado pensando en todos los médicos que he conocido, y ninguno, ni uno sólo de ellos, ha mostrado ni rastro siquiera de esa actitud tuya tan sugestiva. Con ellos era todo práctico y profesional: unas cuantas preguntas apresuradas, nunca una indagación personal, luego escribir rápidamente alguna misteriosa receta en latín, seguido de «el próximo paciente,

por favor». ¿Por qué eres tú tan diferente, Friedrich?

—No he sido sincero del todo, Alfred —contestó Friedrich, mirándole a los ojos con su franqueza habitual—. Es verdad que soy médico, pero te he ocultado algo: he recibido también una formación completa en psiquiatría, y esa experiencia ha condicionado la forma que tengo de pensar y de hablar.

—Es algo que parece tan... tan inocuo. ¿Por qué ese afán de ocultarlo?

—Hoy en día hay cada vez más gente que se pone nerviosa, da un paso atrás y busca la salida cuando se entera de que soy psiquiatra. Tienen la idea

tonta de que los psiquiatras pueden leer el pensamiento y descubrir todos sus oscuros secretos.

Alfred asintió.

—Bueno, tal vez no sea una idea tan tonta. Ayer era como si pudieses leerme el pensamiento.

—No, no, no. Pero estoy aprendiendo a leer mi propio pensamiento, mi propia mente, y gracias a esa experiencia puedo servirte de guía para que tú leas el tuyo. Ésa es la nueva dirección principal de mi campo de estudios.

—He de confesar que eres el primer psiquiatra que conozco. No sé nada

sobre tu campo.

—Bueno, durante siglos, los psiquiatras han sido primordialmente diagnosticadores y custodios de psicóticos hospitalizados, casi siempre pacientes incurables, pero todo eso ha cambiado en la última década. El cambio vino con Sigmund Freud, un médico de Viena, que inventó un tratamiento basado en el diálogo llamado psicoanálisis, que nos permite ayudar a los pacientes a superar problemas psicológicos. Hoy podemos tratar afecciones como la angustia extrema o los dolores inmunes al tratamiento, o una cosa que llamamos

histeria, una afección en la que el paciente presenta síntomas físicos como parálisis o incluso ceguera, y que tiene una causa psicológica. Mis profesores de Zúrich, Carl Jung y Eugen Bleuler, han sido innovadores en ese campo. Yo estoy intrigado por ese enfoque y pronto iniciaré mi formación en Berlín con Karl Abraham, un profesor muy reputado.

—He oído algunas cosas sobre el psicoanálisis. He oído mencionarlo como otra intriga judía ¿Son judíos todos tus profesores?

—Desde luego que no, Jung y Bleuler no lo son.

—Pero, Friedrich, ¿por qué te metes

en un campo judío?

—Será un campo judío a menos que entremos en él los alemanes. O dicho de otro modo: es demasiado bueno para dejárselo sólo a los judíos.

—Pero ¿por qué contaminarte tú? ¿Por qué convertirte en alumno de judíos?

—Es un campo de la ciencia. Mira, Alfred, considera el ejemplo de otro científico, el judío alemán Albert Einstein. Toda Europa habla de él, su obra cambiará para siempre nuestra visión de la física. No puedes hablar de la física moderna como física judía. La ciencia es la ciencia. En la Escuela de

Medicina uno de mis instructores de anatomía era un judío suizo, no me enseñó anatomía judía. Y aunque el gran William Harvey hubiese sido judío, yo aún creería en la circulación de la sangre, ¿no? Aunque Kepler hubiese sido judío, yo aún creería en que la Tierra gira alrededor del Sol, ¿verdad? La ciencia es ciencia independientemente del descubridor.

—Con los judíos es diferente —exclamó Alfred—. Ellos corrompen, monopolizan, dejan secos todos los campos. Fíjate en la política. Yo vi personalmente a los bolcheviques judíos socavar todo el gobierno ruso. Vi el

rostro de la anarquía en las calles de Moscú. Piensa en la banca. Y ya has visto el papel de los Rothschild en esta guerra: manejan los hilos y toda Europa baila. Piensa en el teatro. En cuanto ellos controlan, sólo dejan trabajar a judíos.

—Alfred, a todos nos encanta odiar a los judíos, pero tú lo haces de una manera... con tanta intensidad. El tema ha salido muchas veces en nuestras breves conversaciones. Vamos a ver... la tentativa de alistarte con el sargento judío, y Husserl, Freud, los bolcheviques... ¿Qué te parece si hacemos una investigación filosófica de

esa intensidad?

—¿Qué quieres decir?

—Una de las cosas que me encantan de la psiquiatría es que, a diferencia de cualquier otro campo de la medicina, se aproxima a la filosofía. Nosotros, los psiquiatras, como los filósofos, nos basamos en la investigación lógica. No sólo ayudamos a los pacientes a identificar y expresar sentimientos, sino que también preguntamos: «¿Por qué? ¿Cuál es su origen?». ¿Por qué surgen en la mente ciertos complejos? A veces creo que nuestro campo empezó en realidad con Spinoza, que creía que todo, incluso las emociones y los

pensamientos, tienen una causa que se puede descubrir con la investigación adecuada.

Al ver la expresión de asombro de Alfred, Friedrich continuó:

—Pareces desconcertado. Déjame que intente aclarártelo. Considera nuestra breve excursión por algo que te obsesiona: la sensación de no sentirte en casa. Ayer, en sólo unos minutos de charla informal, dimos con varias fuentes de tu sensación de desarraigo. Piensa en ellas: estaba la ausencia de tu madre y tu padre enfermo y distante. Luego hablaste de que habías escogido el campo académico equivocado, y

ahora tu falta de amor propio, que conduce a que no te sientas a gusto en tu propia piel... ¿de acuerdo? ¿Me sigues?

Alfred asintió.

—Ahora, consideremos cuánto más productiva podría ser nuestra investigación si dispusiésemos de muchas, muchas horas más a lo largo de varias semanas para explorar con más amplitud esas fuentes. ¿Comprendes?

—Sí, comprendo.

—En eso es en lo que consiste mi campo. Y lo que yo quería decir antes es que incluso ese odio tuyo tan intenso a los judíos debe tener raíces psicológicas o filosóficas.

Alfred se echó un poco hacia atrás y dijo:

—En eso discrepamos. Yo prefiero decir que soy afortunado por estar lo suficientemente ilustrado para comprender el peligro que constituyen los judíos para nuestra raza y el daño que han hecho a las grandes civilizaciones del pasado.

—Por favor comprende, Alfred, que no tienes que discutir conmigo sobre tus conclusiones. Los dos tenemos esos sentimientos respecto a los judíos. Lo que yo digo es sólo que, en ti, son demasiado intensos y extraordinariamente apasionados. Y el

amor a la filosofía que tú y yo compartimos dicta que podemos examinar la base lógica de todos los pensamientos y creencias. ¿No es cierto?

—En eso no puedo estar de acuerdo contigo, Friedrich. No puedo seguirte. Parece casi indecoroso someter conclusiones tan evidentes a la investigación filosófica. Es como analizar por qué crees que el cielo es azul o por qué te gusta la cerveza o el azúcar.

—Bueno sí, Alfred, quizá tengas razón.

Friedrich recordó lo que Bleuler le

había aconsejado en más de una ocasión: «Joven, el psicoanálisis no es un ariete: nosotros no nos limitamos a golpear y golpear hasta que los egos exhaustos alzan harapientas banderas blancas de rendición. Paciencia, paciencia. Gánese la confianza del paciente. Analice y comprenda la resistencia: tarde o temprano esa resistencia se fundirá y se despejará el camino de la verdad». Friedrich sabía que debía abandonar el tema. Pero no pudo contener su impetuoso genio interior que tenía que saber.

—Déjame que plantee una última cuestión, Alfred. Consideremos el

ejemplo de tu hermano, de Eugen. Estarás de acuerdo en que es muy inteligente, que ha sido educado en la misma cultura que tú, con la misma herencia, el mismo entorno, los mismos parientes alrededor, y sin embargo él no pone tanta pasión en el problema judío. No está embriagado de germanismo y prefiere pensar en Bélgica como su auténtico hogar. Un enigma fascinante. Hermanos con el mismo entorno pero con puntos de vista tan diferentes.

—Tuvimos entornos similares pero no idénticos. Por una parte, Eugen no tuvo la mala suerte que tuve yo de encontrarse con un director amante de

los judíos en la Realschule.

—¿Qué? ¿El director Peterson? Imposible. Lo conocí bien cuando asistí a esa escuela.

—No, Peterson no. Él estaba en su año sabático en mi último curso, y ocupó su lugar Herr Epstein.

—Espera un momento, Alfred... acabo de empezar a recordar que Eugen me contó una historia sobre Herr Epstein y tú, y cierto grave problema en el que te metiste justo antes de graduarte. ¿Qué pasó exactamente?

Alfred le contó toda la historia a Friedrich: lo de su discurso antisemita, la furia de Epstein, su entusiasmo por

Chamberlain, el trabajo de recitar de memoria los comentarios de Goethe sobre Spinoza, y su promesa de leer a éste.

—Toda una historia, Alfred. Me gustaría ver esos capítulos de la autobiografía de Goethe. Prométeme que me los indicarás algún día. Y dime una cosa: ¿cumpliste tu promesa de leer a Spinoza?

—Lo intenté una y otra vez pero no pude conseguirlo. Era una cosa tan abstrusa... Y las definiciones y axiomas incomprensibles del principio eran un obstáculo insuperable.

—Ah, empezaste por la *Ética*. Un

gran error. Es una obra difícil de leer sin alguien que te guíe. Deberías haber empezado por su obra más sencilla, el *Tratado teológico-político*. Spinoza es un paradigma de la lógica. Yo le tengo en mi panteón con Sócrates, Aristóteles y Kant. Tenemos que vernos de nuevo en la Patria alguna vez y entonces, si quieres, te ayudaré a leer la *Ética*.

—Como te puedes imaginar, tengo sentimientos muy contradictorios sobre lo de leer la obra de ese judío. Sin embargo el gran Goethe lo reverenciaba, y di mi palabra al director de leerlo. Es muy amable tu oferta de ayudarme a entender a Spinoza. Tentadora incluso.

Procuraré que nuestros caminos se crucen en Alemania, y estoy deseando aprender de ti sobre Spinoza.

—Alfred, debo volver con mi madre, y como sabes, me voy mañana a Suiza. Pero quiero decirte una última cosa antes de que nos separemos. Me encuentro en un pequeño dilema. Por una parte me importas y sólo deseo tu bienestar, pero por otra poseo cierta información que puede que te duela pero que creo que te llevará, al final, a descubrir algunas verdades sobre ti mismo.

—¿Cómo puedo yo, como filósofo, rechazar la búsqueda de la verdad?

—No esperaba una respuesta menos noble de ti, Alfred. Lo que debo decirte es que tu hermano, a lo largo de los años, e incluso el mes pasado, ha estado horas hablando conmigo sobre el hecho de que la abuela de su madre, vuestra bisabuela, era judía. Me dijo que él la visitó una vez en Rusia y que, aunque ella se había convertido al cristianismo en la infancia, reconoció que sus antepasados eran judíos.

Alfred miró furioso a lo lejos, sin decir palabra.

—¿Alfred?

—-Niego eso. Es un rumor insidioso que lleva mucho tiempo corriendo por

ahí y lamento que tú lo propagues. Lo niego. Mi padre lo niega. Mis tías, las hermanas de mi madre, lo niegan. ¡Mi hermano es un idiota y está equivocado! —Tenía la cara teñida de cólera y, esquivando la mirada de Friedrich, añadió—: No puedo entender por qué Eugen abraza esa mentira, por qué se la cuenta a otros y por qué tú me la cuentas a mí.

—Por favor, Alfred —Friedrich bajó la voz hasta casi un susurro—. Primero déjame decirte que yo no lo propago. Tú eres la única persona a la que le he mencionado esto, y seguirá siendo así. Tienes mi palabra, mi

palabra de alemán. En cuanto a por qué te lo he dicho, razonémoslo. Te mencioné ya que tenía un dilema: decírtelo parecía doloroso y sin embargo no decírtelo me parecía aún peor. ¿Cómo puedo yo pretender ser tu amigo y no decírtelo? Tu hermano me dijo eso y pareció un tema importante en nuestra conversación. Los buenos amigos, y no digamos ya los filósofos, pueden y deberían hablar de todo. ¿Estás muy enfadado conmigo?

—Estoy asombrado de que me digas eso.

Friedrich pensó en su profesor, Bleuler, que le había aconsejado muchas

veces: «No tiene usted que decir todo lo que piensa, doctor Pfister. La terapia no es un lugar para que se sienta usted mejor descargando ideas problemáticas. Aprenda a contenerlas. Aprenda a ser un vehículo de pensamientos rebeldes. La elección del momento oportuno es algo decisivo». Miró a Alfred.

—Entonces, tal vez me equivoqué y debería habérmelo guardado. He de aprender que hay algunas cosas que no se deben decir. Perdóname, Alfred. Te lo dije por amistad, por creer que tu pasión desbocada podía ser en el fondo autodestructiva. Piensa lo cerca que estuviste de que te expulsarán de la

Realschule. Tus estudios superiores, tu título, un futuro brillante, todo eso habría sido sacrificado. Pretendía asegurar que no te sucediesen otra vez en el futuro cosas como ésa.

Alfred no parecía ni mucho menos convencido.

—Déjame pensarlo. Y ya sé que tienes que seguir tu camino.

Friedrich sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de la camisa y se la entregó a Alfred, diciendo:

—Si por alguna razón quieres volver a verme (para que continuemos nuestra conversación, para guiarte en la lectura de Spinoza, para cualquier cosa) aquí

tienes mi dirección en Zúrich y mi información de contacto en Berlín, donde estaré dentro de tres meses. Espero que volvamos a vernos, Alfred. Adiós.

Alfred siguió sentado allí, hosco y caviloso, quince minutos más. Hasta que vació su jarra y se levantó para irse. Abrió la hoja de papel que Friedrich había dejado, miró las direcciones y luego la hizo cuatro pedazos y los tiró al suelo. Se dirigió a la salida de la cervecería. Pero cuando llegó a ella, se detuvo, se lo pensó mejor, volvió hasta su mesa y se inclinó para recuperar los trozos de papel.

13. Ámsterdam-1656

Hacia las diez de la mañana siguiente los hermanos Spinoza estaban trabajando en su tienda, Bento barriendo y Gabriel abriendo un cajón recién llegado de higos secos. Los interrumpió la aparición en la puerta de Franco y Jacob, que se pararon allí, vacilantes, hasta que Franco dijo:

—Si tu oferta aún sigue en pie, nos gustaría continuar nuestra discusión, por favor. Estamos disponibles en cualquier momento que sea oportuno para ti.

—Continuaré la discusión con mucho gusto —dijo Bento, pero dirigiéndose a Jacob, preguntó—: ¿Tú lo deseas también, Jacob?

—Yo sólo deseo lo que sea mejor para Franco.

Bento consideró esa respuesta unos instantes y contestó:

—Esperad un momento, por favor. —Y luego, tras hablar en susurros con su hermano en la parte de atrás de la tienda, añadió—: Puedo estar a vuestra disposición ya. ¿Nos acercamos a mi casa y continuamos nuestro estudio de las Escrituras?

La enorme Biblia estaba en la mesa

y las sillas en su sitio, como si Bento hubiese estado esperándolos.

—¿Por dónde empezamos? La última vez abordamos muchas cuestiones.

—Tú ibas a hablarnos sobre lo de que Moisés no había escrito la Torá —dijo Jacob en un tono más suave, más conciliatorio, que el día anterior.

—He estudiado esa cuestión muchos años y creo que una lectura cuidadosa y atenta de los libros de Moisés proporciona muchas pruebas internas de que él no pudo ser el autor.

—¿Pruebas internas? Explícame eso —dijo Franco.

—Hay incoherencias en la historia de Moisés. Unas partes de la Torá se contradicen con otras, y muchos pasajes no se resisten a la simple lógica. Daré ejemplos y empezaré con uno obvio que han señalado otros antes que yo.

»La Torá no sólo describe cómo murió Moisés y cómo se le enterró, y los treinta días de duelo de los hebreos, sino que le compara además con todos los profetas que llegaron después de él, y afirma que los superó a todos. Es evidente que un hombre no puede escribir sobre lo que pasa después de su muerte, ni puede compararse con otros profetas que aún no han nacido. Así que

es seguro que esa parte de la Torá no pudo haberla escrito él. ¿No es cierto?

Franco asintió. Jacob se encogió de hombros.

—O mirad aquí. —Bento abrió la Biblia por una página marcada con un hilo y señaló un pasaje del Génesis—. Aquí se llama al monte de Moriá «el monte de Dios». Y los historiadores nos informan de que adquirió ese nombre después de la construcción del Templo, muchos siglos después de la muerte de Moisés. Mira este pasaje, Jacob. Moisés dice claramente que Dios elegirá en algún momento del futuro un lugar al que se le dará ese nombre. Así que, primero

dice una cosa, y más tarde la contraria. ¿Ves la contradicción interna, Franco?

Tanto Franco como Jacob asintieron.

—¿Puedo presentar otro ejemplo? —preguntó Bento, preocupado aún por los arrebatos de furia de Jacob en su encuentro anterior.

Los enfrentamientos le resultaban siempre incómodos, pero al mismo tiempo estaba emocionado por poder compartir finalmente sus pensamientos con un público. Se serenó. Sabía lo que tenía que hacer: una exposición comedida y una selección de pruebas innegables.

—Los hebreos en la época de

Moisés sabían indiscutiblemente qué territorios pertenecían a la tribu de Judá pero no los conocían en absoluto bajo el nombre de Argov o la Tierra de los Gigantes, como se citan en la Biblia. Es decir, la Torá utiliza nombres que no empezaron a existir hasta varios siglos después de Moisés.

Viendo que ambos asentían, Bento continuó:

—Sucede lo mismo en el Génesis. Consideremos este pasaje. —Bento pasó a otra página marcada con un hilo rojo y leyó el pasaje en hebreo para Jacob—: «y estaban entonces en el país los cananeos». Pero ese pasaje no pudo

haberlo escrito Moisés porque los cananeos fueron expulsados después de la muerte de Moisés. Tuvo que haberlo escrito alguien que mirase hacia atrás, hacia aquella época, alguien que supiese que los cananeos habían sido expulsados.

Tras asentimientos de su público, Bento continuó:

—Aquí hay otro problema evidente. Se supone que Moisés es el autor y sin embargo el texto no sólo habla de él en tercera persona sino que da testimonio, además, de muchos datos relacionados con él. Por ejemplo: «Moisés habló con Dios»; «Moisés era el más humilde de

los hombres»; y ese pasaje que cité ayer: «El Señor habló con Moisés cara a cara».

»Esto es lo que quiero decir con lo de incoherencias internas. La Torá está tan plagada de ellas que resulta más claro que el sol de mediodía que los libros de Moisés no pudo escribirlos Moisés, y es irracional seguir proclamando que el autor fue el propio Moisés. ¿Comprendéis mi argumento?

Franco y Jacob asintieron de nuevo.

—Lo mismo puede decirse del libro de los Jueces. Nadie puede creer que cada juez escribió el libro que lleva su nombre. El que los diversos libros estén

relacionados entre sí indica que todos tienen el mismo autor.

—Entonces, si es así ¿quién lo escribió y cuándo? —preguntó Jacob.

—Ayudan a establecer la fecha afirmaciones como ésta. —Pasó a una página de Reyes para que Jacob leyese —. «En aquellos tiempos no había ningún rey.» ¿Te das cuenta de cómo está redactado, Jacob? Eso significa que este pasaje tuvo que escribirse después de que se introdujera la monarquía. Yo me inclino a creer que un escritor-compilador importante del libro de los Reyes fue Ibn Esdras.

—¿Quién es? —preguntó Jacob.

—Un escriba sacerdotal que vivió en el siglo V a. C. Fue el que condujo a cinco mil hebreos desterrados en Babilonia de vuelta a su ciudad ancestral de Jerusalén.

—Y ¿cuándo se compiló toda la Biblia? —preguntó Franco.

—Yo creo que podemos decir con seguridad que antes de la época de los macabeos, es decir, hacia el 200 a. C., no había ninguna colección oficial de libros sagrados que se llamase la Biblia. Parece haber sido compilada a partir de una multitud de documentos por los fariseos en la época de la restauración del Templo. Así que, por favor,

recordad que lo que es santo y lo que no lo es, son sólo las opiniones recogidas de algunos escribas y rabinos muy humanos, algunos de los cuales eran hombres muy respetables y santos, mientras que otros, tal vez, estuviesen luchando por su propio estatus personal, por ascender en su propia congregación, tal vez sintiesen las punzadas del hambre, pensasen en la cena y estuviesen preocupados por sus esposas y sus hijos. La Biblia la compusieron manos humanas. No hay ninguna otra explicación posible para las muchas incoherencias. Ninguna persona racional podría concebir que un autor divino

omnisciente escribiese deliberadamente con el propósito de contradecirse él mismo.

Jacob, que parecía confundido, intentó defenderse:

—No necesariamente. ¿Acaso no hay cabalistas instruidos que dicen que la Torá contiene errores deliberados que encierran muchos secretos ocultos y que Dios ha preservado cada una de sus palabras de la corrupción, cada letra de la Biblia?

Bento asintió.

—Yo he estudiado a los cabalistas y creo que quieren dar por sentado que sólo ellos poseen los secretos de Dios.

Yo no encuentro nada en sus escritos que dé la impresión de ser un secreto divino. Lo único que encuentro en ellos son elucubraciones infantiles. Yo quiero que examinemos las palabras de la propia Torá, no las interpretaciones de gente frívola.

Luego, tras un breve silencio preguntó:

—¿Os he dejado claro ya lo que pienso sobre la autoría de las Escrituras?

—Lo has hecho, sí —dijo Jacob—. Tal vez deberíamos pasar a otros temas. Por ejemplo, responde, por favor, a las cuestiones que plantea Franco sobre los

milagros. Él preguntaba por qué la Biblia está repleta de ellos y sin embargo no se ve ninguno desde entonces. Explícanos cuáles son tus ideas sobre los milagros.

—Los milagros sólo existen por la ignorancia del hombre. En los tiempos antiguos cualquier suceso que no se pudiese explicar por causas naturales se consideraba un milagro, y cuanto mayor es la ignorancia de la gente sobre el funcionamiento de la naturaleza, mayor el número de milagros.

—Pero hay milagros que fueron presenciados por multitudes: cuando se abrió el mar Rojo para Moisés, cuando

se paró el Sol para Josué...

—Lo de que lo vieron multitudes no es más que una forma de hablar, un modo de intentar proclamar la veracidad de acontecimientos increíbles. En el caso de los milagros yo soy de la opinión de que, cuanto mayor es la multitud que afirmó haberlo visto, menos digno de crédito es el acontecimiento.

—Entonces, ¿cómo puedes explicar esos acontecimientos insólitos que suceden precisamente en el momento justo, cuando el pueblo judío estaba en peligro?

—Empezaré recordando los millones de momentos justos y

adecuados en que no ocurren milagros, en que individuos sumamente piadosos y justos se hallan en grave peligro, piden ayuda a gritos y sólo les contesta el silencio. Franco, tú hablaste de eso la primera vez que nos vimos, cuando preguntaste donde estaban los milagros cuando quemaron a tu padre en la hoguera. ¿No?

—Sí —confirmó Franco suavemente, mirando a Jacob—. Dije eso y lo digo de nuevo: ¿dónde estaban los milagros cuando los judíos portugueses corrían peligro? ¿Por qué estaba callado Dios?

—Se deberían poder plantear esas

preguntas —comentó Bento—. Permitidme que exponga unas cuantas ideas más sobre los milagros. Hemos de tener en cuenta que hay siempre circunstancias naturales que los acompañan y que se omiten al informar sobre ellos. Por ejemplo, el Éxodo cuenta: «Moisés extendió su mano y el mar recuperó su fuerza...» pero luego en el canto de Moisés en el Éxodo, leemos: «Tú golpeaste con el viento y el mar los cubrió». Es decir, algunas descripciones omiten las causas naturales, los vientos. Vemos así que las Escrituras los narran de la manera más adecuada para promover la devoción entre los

hombres, sobre todo entre los ignorantes.

—¿Y el Sol se paró para otorgar su gran victoria a Josué? ¿También eso fue ficción? —preguntó Jacob, esforzándose por mantener la calma.

—Ese milagro es el que menos se sostiene. Primero, recuerda que los antiguos creían que el que se movía era el Sol y que la Tierra permanecía inmóvil. Ahora sabemos que es la Tierra la que gira alrededor de él. Ese mismo error es prueba de que la Biblia la escribieron manos humanas. Más aún, la forma concreta que se dio al milagro se debió a motivaciones políticas. ¿No

adoraban al dios Sol los enemigos de Josué? Por tanto, el milagro es un mensaje que proclama que el dios de los hebreos fue más poderoso que el dios de los gentiles.

—Lo has explicado maravillosamente —dijo Franco.

—No creas nada de lo que le oyes decir, Franco —dijo Jacob—. Entonces, Bento —añadió—, ¿ésa es toda la explicación que tú das al milagro de Josué?

—Eso es sólo una parte. El resto de la explicación se halla en los modismos de la época. Muchos supuestos milagros son sólo formas de expresión. Es el

modo que tenían de hablar y de describir en aquella época. Lo que el autor del libro de Josué quiso decir, probablemente, con lo de que el Sol se paró, fue sólo que el día de la batalla pareció muy largo. Cuando la Biblia afirma que Dios endureció el corazón del faraón, sólo significa que el faraón se obstinó en su propósito. Cuando dice que Dios hirió la piedra para los hebreos y brotó agua, quiere decir sólo que los hebreos encontraron fuentes y saciaron su sed. En las Escrituras casi todo lo que es excepcional se atribuye a un acto de Dios. Incluso a los árboles de tamaño excepcional se les llama

«árboles de Dios».

—Y —preguntó Jacob— ¿qué me dices del milagro de que los judíos sobreviviesen y las otras naciones no?

—No veo en eso nada milagroso, nada que no se puede explicar por causas naturales. Los judíos han sobrevivido desde la Diáspora porque se han negado siempre a mezclarse con otras culturas. Se han mantenido separados en virtud de sus complejos ritos, sus normas alimentarias y la señal de la circuncisión, que observan escrupulosamente. Así sobreviven, pero pagan un precio: su obstinada voluntad de mantenerse separados de los demás

ha provocado un odio universal hacia ellos.

Bento hizo una pausa y, ante la visible turbación y el desconcierto tanto de Franco como de Jacob, dijo:

—¿Os he provocado acaso un empacho al serviros muchas cosas demasiado difíciles para que las traguéis todas hoy?

—No te preocupes por mí, Bento Spinoza —dijo Jacob—. Como debes saber, sin duda, escuchar no es lo mismo que tragar.

—Tal vez me equivoque, pero creo que asentiste tres veces por lo menos a mis palabras. ¿No es cierto?

—La mayoría de lo que he oído es arrogancia. Crees que sabes más que innumerables generaciones de rabinos, más que Rashi, Gersonides, más que Maimónides.

—Pero tú asentías.

—Cuando mostrabas pruebas, cuando mostrabas dos afirmaciones del Génesis que se contradecían entre sí. Eso no puedo negarlo. Pero, aun así, estoy seguro de que hay explicaciones que tú no conoces para eso. Estoy seguro que el que estás equivocado eres tú, no la Torá.

—¿No hay ninguna contradicción en tus palabras? Por una parte respetas las

pruebas y al mismo tiempo sigues estando seguro de algo de lo que no hay ninguna prueba. —Bento se giró hacia Franco—. ¿Y tú? Tú te has mantenido extrañamente silencioso. ¿Te has empachado?

—No, no tengo ningún empacho, Baruch... ¿te importa que te llame por tu nombre hebreo en vez de por tu hombre portugués? Lo prefiero. No sé por qué. Quizá sea porque eres diferente a todos los portugueses que he conocido. Nada de empacho... todo lo contrario. ¿Cómo lo diría? Me has proporcionado una sensación reconfortante, creo. Que conforta el estómago. Que conforta

también el alma.

—Recuerdo lo asustado que estabas durante nuestra primera charla. Te arriesgaste mucho compartiendo tu opinión sobre los rituales en la sinagoga y en la iglesia. Te referiste a ellas como una locura. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? Pero saber que no estoy solo, saber que hay otros, tú especialmente, que comparten eso... es un don que preserva mi cordura.

»Franco, tu respuesta me da fuerzas para continuar y enseñarte más sobre los ritos. He llegado a la conclusión de que los ritos de nuestra comunidad no tienen

nada que ver con la ley divina, nada que ver con la bienaventuranza ni la virtud ni el amor, con lo único que tienen que ver es con la tranquilidad cívica y la perpetuación de la autoridad rabínica...

—Vas demasiado lejos una vez más —le interrumpió Jacob, levantando la voz—. ¿Es que tu arrogancia no tiene límites? Hasta un escolar sabe que las Escrituras enseñan que la observancia de los ritos es ley de Dios.

—Discrepamos. De nuevo no te pido que me creas, Jacob. Apelo a tu corazón y sólo te pido que mires las palabras de la sagrada Biblia con tus propios ojos. Hay muchos lugares de la Torá que nos

dicen que sigamos el impulso del corazón y no tomemos demasiado en serio los ritos. Vayamos a Isaías, que es el que enseña con más claridad que la ley divina significa una forma auténtica de vida, no una vida de ceremoniales. Isaías nos dice claramente que prescindamos de sacrificios y festividades, y resume toda la ley divina en estas sencillas palabras. —Bento abrió la Biblia por una señal en Isaías y leyó—: «Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad lo justo, restituid al agraviado».

—¿Así que estás diciendo que la ley rabínica no es la ley de la Torá? —

preguntó Franco.

—Lo que yo estoy diciendo es que la Torá contiene dos clases de ley: hay una ley moral y hay unas leyes destinadas a mantener unido Israel como una teocracia separada de sus vecinos. Desgraciadamente los fariseos, en su ignorancia, no comprendieron la diferencia y pensaron que la observancia de las leyes del Estado era la suma total de la moralidad, por cuanto tales leyes estaban destinadas simplemente a asegurar el bienestar de la comunidad. No pretendían instruir a los judíos sino mantenerlos controlados. Hay una diferencia fundamental en el

objetivo de cada uno de los dos tipos de leyes: la observancia de la ley ceremonial sólo conduce a la tranquilidad cívica, mientras que la observancia de la ley divina o moral conduce a la beatitud.

—Veamos si entiendo lo que quieres decir —respondió Jacob—. ¿Aconsejas a Franco que no respete la ley ceremonial? ¿Que no asista a la sinagoga, que no rece, que no observe las normas judías de los alimentos?

—Me malinterpretas —dijo Bento, aprovechando su conocimiento recientemente adquirido de las ideas de Epicuro—. Yo no niego la importancia

de la paz cívica, sino que la diferencio de la santidad auténtica. —Luego añadió dirigiéndose a Franco—: Si amas a tu comunidad, si deseas formar parte de ella, si deseas tener una familia, si deseas vivir entre los tuyos, entonces debes participar de buen grado en las actividades de la comunidad, incluidas las ceremonias religiosas.

Luego, volviéndose a Jacob, preguntó:

—¿Puedo ser más claro?

—Lo que tú dices es que sólo deberíamos seguir los ritos por las apariencias, y que en realidad eso no cuenta mucho porque lo único que

importa es esa otra ley divina, que aún no has definido —dijo Jacob.

—Entiendo por ley divina el más alto bien, el conocimiento verdadero de Dios y el amor.

—Eso es una respuesta vaga. ¿Qué es «el conocimiento verdadero»?

—El conocimiento verdadero es el perfeccionamiento de nuestra inteligencia que nos permite conocer más plenamente a Dios. Las comunidades judías aplican penas por no seguir la ley ritual: crítica pública por la congregación y el rabino o, en casos extremos, destierro o *hérem*. ¿Hay alguna pena por no cumplir la ley

divina? Sí, pero no es un castigo determinado; es la ausencia del bien. Yo amo las palabras de Salomón, que dice: «Cuando la sabiduría entre en tu corazón y la ciencia te endulce la vida, la prudencia velará por ti y la inteligencia te protegerá, y entenderás qué es lo recto, lo juicioso y lo equitativo, sí, cuál es el buen camino».

Jacob negó con un gesto.

—Esas frases altisonantes no ocultan el hecho de que estás desafiando la ley judía básica. El propio Maimónides nos enseña que los que siguen los mandamientos de la Torá son recompensados por Dios con la

bienaventuranza y la felicidad en el otro mundo. He oído con mis propios oídos a Rabí Morteira proclamar enfáticamente que aquel que niegue la divinidad de la Torá será apartado de la vida inmortal con Dios.

—Y yo digo que sus frases «la otra vida» y «vida inmortal con Dios» son palabras humanas, no palabras divinas. Además, esas palabras no se encuentran en la Torá. Son frases de los rabinos que escriben comentarios sobre comentarios.

—Así pues —insistió Jacob—, entiendo que niegas la existencia del otro mundo.

—El otro mundo, la vida inmortal, la

bienaventuranza después de la muerte... repito, todas esas frases son invenciones de los rabinos.

—¿Niegas entonces —insistió Jacob — que el justo alcanzará el gozo eterno y la comunión con Dios, y que el malvado será denigrado y condenado al castigo eterno?

—Va contra la razón pensar que nosotros, tal como somos hoy, sigamos existiendo después de la muerte. El cuerpo y la mente son dos aspectos de la misma persona. La mente no puede perdurar después de morir el cuerpo.

—Pero —Jacob elevó el tono de voz, visiblemente agitado— nosotros

sabemos que el cuerpo resucitará. Todos nuestros rabinos nos enseñan eso. Maimónides lo afirmó claramente. Es uno de los trece artículos de la fe judía. Es la base de nuestra fe.

—Jacob, debo ser un mal guía. Creí que había explicado claramente la imposibilidad de esas cosas, pero ahora tú vagas una vez más por la tierra de los milagros. Te recuerdo de nuevo que esas opiniones son todas humanas; no tienen nada que ver con las leyes de Naturaleza y nada puede ocurrir que sea contrario a las leyes fijadas de la Naturaleza. La Naturaleza, que es infinita y eterna, y que abarca toda la sustancia del

universo, actúa de acuerdo con leyes ordenadas que no se pueden eludir por medios sobrenaturales. Un cuerpo descompuesto, que ha vuelto al polvo, no se puede recomponer. El Génesis nos lo dice con toda claridad: «Comeréis vuestro pan hasta que volváis a la tierra, de la que salisteis, porque tierra sois y a la tierra volveréis».

—¿Significa eso que nunca me reuniré con mi padre martirizado? —preguntó Franco.

—Yo, como tú, anhelo ver a mi bendito padre de nuevo. Pero las leyes de la Naturaleza son las que son. Franco, comparto tu anhelo, y cuando

era niño, también yo creía que se acabaría el mundo y nos reuniríamos algún día después de la muerte... que me reuniría con mi padre y mi madre, aunque era tan pequeño cuando ella murió que apenas puedo recordarla. Y por supuesto, creía que ellos se reunirían con sus padres y sus padres con los suyos, ad infinítum.

»Pero ahora —continuó Bento en un tono suave y profesoral— he abandonado esas esperanzas infantiles y las he sustituido por el conocimiento seguro de que llevo a mi padre dentro de mí (su rostro, su amor, su sabiduría) y de este modo estoy ya unido a él. Esa

bendita reunión debe producirse en esta vida porque esta vida es lo único que tenemos todos. No hay ninguna bienaventuranza eterna en el otro mundo porque no hay ningún otro mundo. Nuestra tarea, y creo que la Torá nos enseña esto, es alcanzar la bienaventuranza en esta vida, ahora, viviendo una vida de amor y de aprender a conocer a Dios. La verdadera piedad consiste en justicia, caridad y amor al prójimo.

Jacob se levantó y empujó a un lado hoscamente su silla.

—¡Basta! Ya he oído suficientes herejías por hoy. Suficientes para toda la

vida. Nos vamos. Vámonos, Franco.

Cuando Jacob cogió a Franco por el brazo, Bento dijo:

—No, aún no. Jacob, queda una cuestión importante que me sorprende que se te haya olvidado preguntar.

Jacob soltó el brazo de Franco y miró con recelo a Bento.

—¿Qué cuestión?

—Os he dicho que la Naturaleza es eterna, infinita y que abarca toda sustancia.

—¿Y? —Jacob había fruncido el ceño, curioso—. ¿Qué cuestión?

—¿No os he dicho que Dios es eterno, infinito y que abarca toda

sustancia?

Jacob asintió, completamente desconcertado.

—Dices que has estado escuchando, dices que has oído suficiente, pero aún no me has planteado la cuestión más fundamental.

—¿Qué cuestión fundamental?

—Sí Dios y la Naturaleza tienen propiedades idénticas, ¿cuál es entonces la diferencia entre Dios y la Naturaleza?

—Está bien —dijo Jacob—. Te lo pregunto: ¿cuál es la diferencia entre Dios y la Naturaleza?

—Y yo te daré la respuesta que tú ya sabes: no hay ninguna diferencia. Dios

es la Naturaleza. La Naturaleza es Dios.

Tanto Jacob como Franco miraron fijamente a Bento y, sin pronunciar una palabra más, Jacob hizo ponerse a Franco de pie y lo arrastró a la calle.

Cuando Bento ya no podía verles, Jacob rodeó con un brazo los hombros de Franco y le dio un apretón.

—Bien, bien, Franco, hemos conseguido exactamente lo que necesitábamos de él. ¿Y tú lo considerabas un sabio? ¡Menudo imbécil es!

Franco se libro de un tirón del abrazo de Jacob.

—Las cosas no son siempre lo que

parecen ser. Puede que el imbécil seas tú por considerarle un imbécil a él.

14. Múnich-1918-1919

Carácter es destino. La nueva ola de pensamiento psicoanalítico abrazada por Friedrich estaba de acuerdo con Spinoza en que el futuro está determinado por lo que ha pasado antes, por nuestra estructura básica, física y psicológica: nuestras pasiones, temores, objetivos; nuestro temperamento, nuestro amor propio, nuestras actitudes hacia los demás.

Pero considerad a Alfred Rosenberg, un filósofo frustrado

pretencioso, distante, hosco, antipático, que no sentía ninguna curiosidad por sí mismo y que, a pesar de su sentido manipulador del yo, andaba por el mundo con una sensación presuntuosa de superioridad. ¿Podría Friedrich, podría cualquier estudioso de la naturaleza humana, haber predicho la ascensión meteórica de Alfred Rosenberg? No, el carácter por sí solo es insuficiente para la profecía. Hay otro ingrediente esencial e impredecible. ¿Cómo le llamaremos? ¿Fortuna? ¿Oportunidad? ¿La pura buena suerte de estar en el lugar oportuno en el oportuno apropiado?

¿El momento oportuno? Noviembre de 1918. Se acababa la guerra y Alemania, gimiendo y tambaleándose por la derrota, se hallaba sumida en el caos esperando un salvador. ¿Y el lugar oportuno? Múnich. Alfredo Rosenberg pronto se dirigiría hacia ese lugar elegido, cuyas callejuelas y cervecerías populares estaban incubando un drama trascendental y aguardando sólo la llegada de su maligno y prodigioso elenco.

Alfred permaneció varias semanas más en Reval, luchando por subsistir dando clases de dibujo en colegios de habla alemana. En una ocasión se quedó

asombrado al obtener un pequeño premio por dos de sus dibujos: el primer y único dinero que obtendría de su arte en toda su vida. La noche siguiente, con talante celebratorio, asistió a un pleno municipal y se quedó extasiado en las últimas filas del público escuchando un debate sobre el futuro de Estonia. De pronto, como en un trance, avanzó impulsivamente hasta la parte delantera del local y pronunció un discurso breve y apasionado sobre los peligros del judeobolchevismo que acechaba en la vecina Rusia. ¿Le inquietó que el propietario judío de un gran almacén le interrumpiese y arrastrase a un gran

grupo de judíos hacia la salida como protesta? En absoluto. Alfred frunció los labios en una sonrisa suficiente, plenamente convencido de que era una buena cosa haber purificado su audiencia. No les deseaba ningún mal a aquellos judíos. Esperaba que fuesen felices y estuviesen calientes en sus cocinas. Sólo quería que se fuesen de Reval. Lentamente germinaron en él las semillas de una gran idea: que se fuesen no sólo de Reval, no sólo de Estonia, sino que se fuesen de toda Europa. La Patria sólo estaría segura, sólo sería próspera, cuando todos los judíos hubiesen abandonado Europa.

Día a día fue aumentando su resolución de emigrar a Alemania; no viviría más en un insignificante país periférico. Estonia, que se estaba vaciando ya de alemanes, se dirigía a un futuro inestable como un débil país independiente o, peor aún, como presa inmediata de los judeobolcheviques rusos. Pero ¿cómo marchar? Las carreteras que salían de Estonia estaban cerradas, y todos los trenes habían sido requisados por los militares para transportar a los abatidos soldados que regresaban a Alemania. Atrapado y desorientado, Alfred tuvo su primera visita del ángel de la buena suerte.

En el café de clase obrera donde solía comer, tomaba su cerveza con unas salchichas mientras leía *Los hermanos Karamazov*. Leía en ruso pero tenía una versión alemana abierta en la mesa y paraba de vez en cuando para valorar la exactitud de la traducción. Irritado por la molesta alegría de una mesa contigua, no tardó en levantarse en busca de un sitio más tranquilo. Mientras examinaba el local, oyó casualmente una conversación en alemán en la otra mesa.

—Sí, sí, me voy de Reval —decía un panadero de mediana edad ataviado con un delantal blanco espolvoreado de harina que se esforzaba por contener un

vientre enorme. Sonreía de oreja a oreja mientras abría una botella de aguardiente celebratorio para sus tres acompañantes. Se sirvió un vaso, lo alzó por encima de la cabeza y brindó por ellos.

—Es un brindis de despedida por vosotros, mis queridos amigos, y espero que nos encontremos en la Patria. Por una vez en mi vida hice algo inteligente... con inteligencia de panadero.

Se señaló a la cabeza y luego a la barriga.

—Le llevé al comandante militar dos hogazas de mi pan alemán y mi

mejor *strudel* de pasas y manzana, caliente y tostado, recién salido del horno. Su ayudante de campo intentó meterme miedo y quedarse con todo, diciendo que se lo entregaría él al comandante, pero yo lo miré de arriba abajo y le prometí volver más tarde con un *strudel* para él, que estaba haciéndose en mi horno. Y luego le dije que el comandante me había pedido que se lo entregara en persona... eso se me ocurrió sobre la marcha. Después entré ya en el despacho del comandante, le enseñé mi regalo, y le supliqué que me dejara ir a Berlín. «Lo pasaré muy mal en cuanto el Ejército se vaya —le dije

—. Los estonios me tratarán como a un colaboracionista porque hago un buen pan alemán y dulces para las tropas. Mire, mire este pan, pesado y crujiente. Huélalo. Pruébelo.» Arranqué un trozo y se lo puse en la boca abierta. Lo masticó y se le iluminaron los ojos de alegría. «Ahora huela el *strudel*», dije, acercándoselo a la nariz. Aspiró una y otra vez el aroma que humeaba de él. Le embriagó enseguida, le daban vueltas los ojos y empezó a tambalearse. «Ahora, abra la boca para probar un trocito de cielo.» Abrió la boca. Lo mismo que un pájaro alimenta a sus crías fui metiéndole trocitos de *strudel*

en la boca, eligiendo los que tenían muchas pasas, y empezó a gemir de gozo mientras masticaba. «Sí, sí, sí», dijo, y sin más palabras ordenó que me diesen un pase especial para Alemania. Así que subiré al tren mañana por la mañana y vosotros, amigos míos, estáis invitados a disfrutar de la masa que se está haciendo en mi horno mientras hablamos.

Alfred caviló durante tres días sobre aquella conversación que había oído y luego despertó una mañana decidido a emular la audacia del panadero. Al llegar al cuartel general del Ejército con tres de sus mejores dibujos de Reval, él,

lo mismo que el panadero, le dijo al ayudante de campo que quería entregar su regalo directamente al comandante. La resistencia del ayudante se evaporó enseguida cuando le ofreció como regalo uno de los dibujos. Ya en presencia del comandante, Alfred enseñó sus dibujos y comentó:

—He aquí un pequeño recuerdo de su estancia en Reval. Yo he estado enseñando a dibujar a los alemanes de aquí, y ahora lo que más deseo es enseñar mi oficio a los berlineses.

El comandante inspeccionó la obra de Alfred, el labio inferior adelantado, apreciando los dibujos. Cuando Alfred

describió su discurso en la asamblea municipal y el éxodo de los judíos que había en el local, el comandante se mostró más cordial aún y opinó por propia iniciativa que Alfred tal vez no estuviese seguro en Estonia después de la evacuación militar alemana y le ofreció el último asiento en un tren que salía para Berlín aquel mismo día a medianoche.

¡El hogar! ¡Ir por fin a la Patria! Un hogar que no había conocido nunca. Ese pensamiento ahuyentó toda la incomodidad corporal de un viaje a Berlín de varios días en un tren gélido. Una vez allí, su entusiasmo se debilitó

ante el espectáculo del triste desfile militar del ejército alemán derrotado por el Unter den Linden. Alfred se dio cuenta enseguida de que Berlín no era de su gusto y se sintió más solo que nunca. No habló con nadie en el albergue para inmigrantes en que se instaló, pero escuchó ávidamente las conversaciones. «Múnich», estaba en boca de todos. Allí había artistas de vanguardia, y grupos políticos antisemitas también, y era el lugar de encuentro de los agitadores antibolcheviques rusos blancos radicales. La fuerza de atracción de Múnich era irresistible y, convencido de que su destino estaba allí, Alfred

consiguió al cabo de una semana que lo llevarán en un camión de ganado hasta allí.

Sus fondos se agotaban y recurría a la comida y la cena gratuitas del albergue de emigrantes de la ciudad, que ofrecía comida decente aunque impusiese la indignidad de que cada uno llevase su cuchara. Múnich era una ciudad acogedora, soleada, bulliciosa, abundaban las galerías de arte y los artistas callejeros. Examinó las acuarelas de estos últimos para su pesar... eran muy superiores a lo que él podía hacer y no vendían nada. A veces, se apoderaba de él la angustia: ¿cómo

iba a vivir?, ¿dónde iba a encontrar trabajo? Pero se sentía en general confiado; seguro de que estaba en el lugar adecuado, de que tarde o temprano se le revelaría su futuro. Mientras esperaba, se pasaba los días en las galerías de arte y en las bibliotecas, leyendo todo lo que podía encontrar sobre historia y literatura judías, y empezando a preparar el esquema de un libro: *La huella del judío*.

En sus lecturas de la historia judía aparecía una y otra vez el nombre de Spinoza. A pesar de que había abandonado Reval con todas sus pertenencias en sólo una maleta,

conservaba aún su ejemplar de la *Ética* pero, recordando el consejo de Friedrich, no intentaba volver a leerla. En vez de eso escribió su nombre en la lista de espera de la biblioteca de otro libro de Spinoza, el *Tratado teológico-político*.

Mientras recorría las calles de Múnich intentando sin éxito vender algunos dibujos, la buena suerte volvió a sonreírle de nuevo cuando alzó la vista hacia un edificio en el que había un cartel que decía: «Edith Schrenk: Clases de Baile». Edith Schrenk... conocía aquel nombre. Su distanciada esposa, Hilda, y Edith habían sido estudiantes de

baile en la misma clase en Moscú años atrás. Aunque era tímido por naturaleza y sólo había hablado con Edith una o dos veces, llamó humildemente a su puerta anhelando ver un rostro familiar. Edith, que vestía unos leotardos negros con un fular azul verdoso al cuello, le recibió cordialmente, le pidió que se sentara, le ofreció café y le preguntó por Hilda, que siempre le había caído bien. Durante el curso de una larga conversación Alfred describió su inquietud sobre su futuro, su interés por la cuestión judía y su experiencia durante la revolución rusa. Cuando mencionó que había escrito una crónica

personal sobre los peligros del bolchevismo, Edith apoyó una mano en la suya.

—Entonces, mira, Alfred, debes hacer una visita a mi amigo Dietrich Eckart, que dirige el semanario *Auf gut Deutsch*. Tiene ideas parecidas y podría estar interesado en tus comentarios sobre la revolución rusa. Ésta es su dirección. No olvides mencionar mi nombre cuando lo veas.

Alfred corrió sin dilación a un encuentro trascendental. De camino hacia el despacho de Eckart, intentó comprar en dos quioscos el *Auf gut Deutsch*, pero le dijeron que no

quedaban ya ejemplares. Cuando subía las escaleras hacia el despacho de Eckart del tercer piso, recordó que Friedrich le había advertido de que las acciones impulsivas y fanáticas podrían ser su perdición. Pero, sin hacer caso de aquel consejo, Alfred abrió la puerta, se presentó a Dietrich Eckart, mencionó el nombre de Edith y exclamó impulsivamente:

—¿Tiene usted trabajo para un guerrero dispuesto a combatir contra Jerusalén? Soy disciplinado y lucharé con todas mis fuerzas.

15. Ámsterdam-julio de 1656

Dos días después, cuando Bento y Gabriel estaban abriendo la tienda, corrió hasta ellos un muchacho que llevaba una *kipá* en la cabeza. El muchacho, tras una pausa para tomar aliento, dijo:

—Bento, el rabino quiere hablar contigo. Ahora mismo. Está esperándote en la sinagoga.

Bento no se sorprendió: había estado

esperando aquel llamamiento. Se tomó su tiempo para poner la escoba en su sitio y beber el último sorbo de café que quedaba en la taza. Luego dijo adiós a Gabriel con un cabeceo y siguió silenciosamente al muchacho hacia la sinagoga. Gabriel, con una expresión de grave preocupación en la cara, salió de la tienda y se quedó mirando cómo se alejaban los dos.

Rabí Saúl Leví Morteira, en su estudio del segundo piso de la sinagoga, vestido al estilo de un próspero burgués holandés, con pantalones y chaqueta de pelo de camello, y zapatos de cuero con hebillas de plata, golpeteaba con la

pluma en el escritorio, irritado, aguardando a Baruch Spinoza. Alto e imponente, de sesenta años, nariz afilada como una cuchilla, ojos que daban miedo, labios duros y una perilla gris bien recortada, Saúl Morteira era muchas cosas, erudito reputado, autor prolífico, valeroso defensor de la santidad de la Torá. Pero no era un hombre paciente. Hacia ya casi treinta minutos que había mandado ir a buscar a aquel díscolo antiguo alumno suyo a su mensajero, un muchacho que se preparaba para el *bar mitsvá*.

Saúl Morteira llevaba treinta y siete años presidiendo mayestáticamente la

comunidad judía de Ámsterdam. Había sido nombrado en 1619 para su primer puesto como rabino de Beth Jacob, una de las tres pequeñas sinagogas sefardíes de la ciudad. Cuando se fundió su congregación con Neve Shalom y Beth Israel en 1639, fue el elegido para ocupar el cargo de rabino de la nueva sinagoga de Talmud Torá. Poderoso bastión de la ley judía tradicional, había protegido durante décadas a su comunidad del escepticismo y el secularismo de la ola de emigrantes portugueses, muchos de los cuales habían sido obligados a convertirse al cristianismo, y pocos de ellos habían

tenido una formación judía tradicional. Rabí Morteira estaba cansado: adoctrinar a los adultos a la manera antigua era un trabajo duro. Comprendía demasiado bien la lección que todos los maestros religiosos acababan comprendiendo: que es esencial captar a los alumnos cuando son muy jóvenes.

Educador incansable, elaboró un programa general, contrató a muchos maestros, impartió personalmente a diario clases de hebreo, de la Torá y del Talmud a los estudiantes mayores y mantuvo un duelo interminable con otros rabinos, en defensa de su interpretación de las normas de la Torá. Uno de sus

combates más encarnizados había tenido lugar catorce años atrás con su ayudante y rival, Rabí Isaac Aboab de Fonseca, por la cuestión de si los pecadores judíos impenitentes, incluso los obligados bajo pena de muerte por la Inquisición a convertirse al cristianismo, vivirían eternamente en la otra vida. Rabí Aboab, que, como muchos miembros de la congregación, tenía parientes conversos que seguían en Portugal, sostenía que un judío siempre seguía siéndolo y que todos los judíos alcanzarían finalmente la bienaventuranza en la otra vida. La sangre judía seguía estando presente,

insistía, y nada podía borrarla, aunque uno se convirtiese a otra religión. Paradójicamente, apoyaba su afirmación con una cita de la reina Isabel de España, la gran enemiga de los judíos, que había reconocido el carácter indeleble de la sangre judía cuando había instituido los *Estatutos de limpieza de sangre*, que impedían a los «cristianos nuevos» (es decir, los judíos conversos) desempeñar cargos civiles y militares importantes.

Esta posición tan rigurosa de Rabí Morteira se correspondía con su físico (inquebrantable, inflexible, combativo). Él insistía en que todos los judíos

impenitentes que quebrantaban la ley judía tendrían prohibido para siempre el acceso al mundo de bienaventuranza del más allá y se enfrentarían en vez de eso a la condenación eterna. La ley era la ley, y no había excepciones posibles, ni siquiera para aquellos judíos que cediesen ante la amenaza de morir a manos de la Inquisición española y la portuguesa. Todos los judíos que no estuviesen circuncidados o que quebrantasen las leyes judías sobre los alimentos o no observasen el sabbat o cualesquiera de los miles de normas religiosas, estaban condenados por toda la eternidad.

Esta proclamación implacable de Morteira enfureció a los judíos de Ámsterdam que tenían parientes conversos viviendo aún en Portugal y en España, pero él no se conmovió por ello. Tan encarnizado y conflictivo fue el debate que siguió que los ancianos de la sinagoga pidieron al rabinato de Venecia que interviniese y aportase una interpretación definitiva de la ley. Los rabinos venecianos accedieron a regañadientes y escucharon los argumentos de los delegados de cada parte de la enredada controversia, expuestos a menudo con voces estridentes. Ponderaron durante dos

horas su respuesta. La cena se retrasaba, los estómagos protestaban, así que finalmente tomaron la decisión unánime de no decidir: no querían participar en aquella espinosa controversia y dictaminaron que el problema lo debía resolver la propia congregación de Ámsterdam.

Pero la comunidad de Ámsterdam no conseguía llegar a ninguna resolución y, para impedir que se produjese un cisma irreparable, envió una segunda delegación de emergencia a Venecia, solicitando más encarecidamente aún su intervención. Por fin el rabinato veneciano adoptó una decisión y fue la

de apoyar la posición de Saúl Morteira (que había estudiado en la *yeshivá* de Venecia). La delegación que llevaba la decisión rabínica regresó rápidamente a Ámsterdam y cuatro semanas después muchos miembros de la congregación acudían con tristeza a despedir al abatido Rabí Aboab y a su familia, cuyas pertenencias se cargaban en un barco que zarpaba para Brasil, donde asumiría deberes rabínicos en la lejana ciudad costera de Recife. A partir de entonces ningún rabino de Ámsterdam volvería nunca a desafiar a Rabí Morteira.

Aquel día Saúl Morteira se

enfrentaba a una crisis personalmente mucho más dolorosa. Los *parnassim* de la sinagoga se habían reunido la noche anterior, habían tomado una decisión sobre el problema de Spinoza, y habían dado instrucciones al rabino de que informase a Baruch de su excomunión... que habría de tener lugar en la sinagoga de Talmud Torá en el plazo de dos días. Miguel Spinoza, el padre de Baruch, había sido durante cuarenta años uno de los amigos más íntimos de Saúl Morteira y partidario suyo. Su nombre había figurado en la escritura de compra de Beth Jacob, y había contribuido generosamente al fondo de la sinagoga

(que pagaba el salario del rabino) durante décadas, así como a otras caridades de la sinagoga. Durante ese periodo Miguel raras veces se perdía una reunión de la Corona de la Ley, el grupo de estudios para adultos de Rabí Morteira que se reunía en la casa de éste, y, más veces de las que él podía contar, Miguel, en ocasiones acompañado por su prodigio de hijo, Baruch, había cenado en su mesa, junto con hasta cuarenta comensales más. Amén de eso, Miguel, y también su hermano mayor, Abraham, habían sido a menudo *parnassim*, es decir miembros del consejo rector, la máxima autoridad

del gobierno de la sinagoga.

Pero ahora el rabino cavilaba, absorto. Aquel día, de un momento a otro... ¿por qué no llegaba Baruch de una vez?... Tendría que comunicarle al hijo de su querido amigo la calamidad que le aguardaba. Saúl Morteira había rezado las oraciones en la circuncisión de Baruch, había supervisado su impecable *bar mitsvá* y había presenciado su evolución a lo largo de los años. ¡Qué prodigiosas dotes poseía aquel muchacho, no había otro comparable! Absorbía la información como una esponja. Cada curso al que asistía parecía tan elemental para él que

los maestros le asignaban textos más avanzados mientras el resto de la clase se debatía con el programa establecido. A veces Rabí Morteira pensaba preocupado que la envidia de los otros estudiantes le crearía enemistades a Baruch. Nunca sucedió eso. Sus dotes eran tan notorias, tan inalcanzables, que los otros alumnos le estimaban mucho y le profesaban amistad, consultándole a menudo, en vez de consultar a los maestros, para aclarar algún problema complicado de traducción o de interpretación. Rabí Morteira recordaba que también a él le dejaba asombrado Baruch y que pidió muchas veces a

Miguel que le llevase a cenar con la finalidad de deleitar a algún invitado distinguido. Pero, se lamentó Saúl Morteira, la época dorada de Baruch, de los cuatro a los catorce años, había quedado atrás hacia ya mucho y el niño había cambiado, había seguido un camino erróneo. Ahora toda la comunidad se enfrentaba al peligro de que el prodigio se convirtiese en un monstruo que la devorase.

Sonaron pisadas en las escaleras. Llegaba ya Baruch. Rabí Morteira permaneció sentado, y cuando apareció

Baruch en la puerta, no se giró para recibirlo sino que en vez de eso señaló un asiento bajo e incómodo que había junto a su mesa y dijo con aspereza:

—Siéntate ahí. Tengo noticias catastróficas que darte, noticias que modificarán tu vida para siempre.

Hablaba un portugués un poco vacilante pero aceptable. Rabí Morteira, aunque asquenazí de origen, no sefardí, y aunque nacido y educado en Italia, se había casado con una marrana y había aprendido a hablar portugués lo suficientemente bien para pronunciar centenares de sermones de sabbath ante una congregación que era

primordialmente de origen portugués.

Baruch contestó en un tono mesurado:

—Me imagino que lo que ha sucedido es que los *parnassim* han decidido excomulgarme y ordenarle que oficie el *hérem* en una ceremonia pública en la sinagoga casi inmediatamente...

—Tan insolente como siempre, ya veo. Debería estar ya acostumbrado a ello, pero sigue asombrándome la transformación de un niño sabio en un adulto estúpido. Aciertas en tus suposiciones Baruch... ésa es exactamente la misión que me han

encomendado. Mañana quedarás sometido a un *hérem* y serás expulsado para siempre de esta comunidad. Pero rechazo el torpe uso de la expresión «lo que ha sucedido». No te dejes llevar por el sentimiento de que el *hérem* es sólo algo que te ha sucedido. Porque eres tú, con tus propias acciones, el que has provocado que el *hérem* recaiga sobre ti.

Baruch abrió la boca para contestar, pero el rabino continuó rápidamente:

—Pero es posible que aún no esté todo perdido. Soy un hombre leal y mi larga amistad con tu bendito padre me manda que haga todo lo que esté en mi

mano para ofrecerte protección y guía. Lo que quiero ahora es que tú, en este momento, simplemente permanezcas sentado y escuches. Te he instruido desde que tenías cinco años, y no eres demasiado viejo para una instrucción adicional. Quiero darte una lección histórica especial.

»Volvamos —prosiguió Saúl Morteira adoptando su tono más rabínico— a la antigua España, la tierra de tus antepasados. Tú sabes que los judíos llegaron a España hace unos mil años, y vivieron en paz con los moros y los cristianos durante siglos, pese al hecho de que se les recibía con

hostilidad en todos los demás sitios.

Baruch asintió cansinamente, poniendo los ojos en blanco.

Rabí Morteira percibió el gesto pero no hizo caso.

—En los siglos XIII y XIV, fuimos expulsados de un país tras otro, primero de Inglaterra, la cuna de ese maldito libelo que nos acusó de hacer *matzo* con la sangre de niños gentiles. Luego nos expulsó Francia, luego las ciudades de Alemania, Italia y Sicilia (toda Europa occidental, en realidad) salvo España, donde persistió la convivencia entre los judíos, los cristianos y los moros, que vivían juntos amistosamente. Pero la

gradual reconquista cristiana de España significó el final de esa época dorada. ¿Y sabes cuál fue el final de esa convivencia en 1391?

—Sí, sé lo de las expulsiones y lo de las matanzas de 1391 en Castilla y Aragón. Sé todo eso. Y ya sabe que lo sé. ¿Por qué me lo cuenta ahora?

—Sé que crees que lo sabes. Pero una cosa es saber y otra saber de verdad, saber con el corazón, y tú no has alcanzado esa etapa. Lo único que pido ahora es que escuches. Nada más. Todo se aclarará a su debido tiempo.

»Lo que fue verdaderamente distinto en 1391 —siguió el rabino— fue que,

después de la matanza, los judíos, *por primerísima vez en la historia*, empezaron a convertirse al cristianismo... y a convertirse a miles, a decenas de miles. Los judíos españoles cedieron. Eran débiles. Decidieron que nuestra Torá (la palabra directa de Dios) y nuestra tradición de tres mil años no merecían el precio del acoso constante.

»Esas conversiones masivas de judíos tuvieron una significación mundial estremecedora; era la primera vez en la historia que los judíos renunciábamos a nuestra fe. Compara eso con la reacción de los judíos en 1096. ¿Conoces esa fecha? ¿Sabes a lo

que me refiero, Baruch?

—Se refiere sin duda a las matanzas de judíos que tuvieron lugar durante las cruzadas..., la de 1096 en Mainz...

—En Mainz y en muchas partes más de Renania. Sí, muertos, ¿y sabes quiénes dirigieron las matanzas? ¡Los frailes! Siempre que se mataba a los judíos, los hombres de la cruz encabezaban la jauría. Sí, aquellos excelentes judíos de Mainz, aquellos mártires magníficos, prefirieron morir a convertirse... muchos ofrecieron sus cuellos a los asesinos y muchos otros mataron a sus propias familias antes de dejar que las espadas de los gentiles las

profanaran. Prefirieron morir a convertirse.

Baruch le miraba con incredulidad.

—¿Y aplaude eso? Considera que es digno de alabanza poner fin a tu propia existencia y además, matar a tus hijos para que...

—Baruch, aún tienes mucho que aprender si piensas que no hay ninguna causa digna de que renuncies por ella a tu propia vida insignificante, pero hay muy poco tiempo para instruirte ahora sobre esas cuestiones. No estás aquí hoy para hacer exhibición de tu insolencia. Ya habrá tiempo suficiente, más tarde, para eso. Lo percibas o no, estás ante la

gran encrucijada de tu vida, y yo estoy intentando ayudarte a elegir tu camino. Quiero que escuches atentamente y en silencio mi crónica de cómo toda nuestra civilización judía está ahora en peligro.

Bento mantenía la cabeza alta, respiraba sosegadamente, y se daba cuenta de lo poco que la fiera voz del rabino, que en otros tiempos le aterraba, le impresionaba ahora.

Rabí Morteira hizo una profunda inspiración y continuó.

—En el siglo XV siguió habiendo decenas de miles de conversiones en España, incluyo entre ellas las de

miembros de tu propia familia. Pero el apetito de sangre de la Iglesia católica aún no se dio por satisfecho. Proclamaban que los conversos no eran lo suficientemente cristianos, que algunos conservaban aún sentimientos judíos y decidieron enviar a los inquisidores a rebuscar todo lo que quedase de judío. Preguntaban: «¿Qué hiciste el viernes, el sábado?». «¿Enciendes velas?» «¿Qué día cambias las sábanas?» «¿Cómo haces la sopa?» Y si los inquisidores hallaban algún rastro de costumbres judías o de cocina judía, aquellos bondadosos sacerdotes los quemaban vivos en la hoguera. Ni

siquiera entonces quedaron convencidos de la limpieza de los conversos. Todo rastro de lo judío tenía que eliminarse. No querían que los ojos de los conversos se posaran en un judío practicante auténtico por miedo a que las viejas costumbres despertasen, y por eso, en 1492, expulsaron a todos los judíos, a todos ellos, de España. Muchos, incluidos tus propios antepasados, se fueron a Portugal pero sólo disfrutaron allí de un breve respiro. Cinco años después el rey de Portugal exigió que todos los judíos eligiesen entre la conversión o la expulsión. Y, una vez más, decenas de miles eligieron

la conversión y quedaron perdidos para nuestra fe. Ése fue el punto más bajo del judaísmo en la historia, tan bajo que muchos, y yo entre ellos, creen que es inminente la llegada del Mesías. ¿Recuerdas que te presté la gran trilogía mesiánica en tres volúmenes de Isaac Abrabanel que postula eso mismo?

—Recuerdo que Abrabanel no da ninguna explicación racional de por qué los judíos tienen que estar en su punto más bajo para que tenga lugar ese acontecimiento mítico. Ni tampoco da explicación alguna de por qué un Dios omnipotente es incapaz de proteger a su pueblo elegido y permite que llegue a

ese punto, ni por qué...

—Cállate. Hoy limítate a escuchar, Baruch —le gritó el rabino—. Por una vez, tal vez por última vez, haz exactamente lo que yo te digo. Cuando yo haga una pregunta, limítate a responder sí o no. Sólo tengo unas cuantas cosas más que decirte. Estaba hablando del punto más bajo en la historia judía. ¿Donde podían los judíos de finales del siglo XV y del siglo XVI buscar cobijo? ¿Dónde, en el mundo entero, había un refugio seguro? Algunos se dirigieron hacia el este, al Imperio otomano o a Livorno, en Italia, que los toleró a causa de su valiosa red

comercial internacional. Y luego, después de 1579, cuando las provincias del norte de los Países Bajos proclamaron su independencia de la España católica, algunos judíos se encaminaron aquí, a Ámsterdam.

»¿Cómo nos recibieron los holandeses? Como ningún otro pueblo del mundo. Fueron absolutamente tolerantes en cuanto a la religión. Nadie nos pidió cuentas de nuestras creencias religiosas. Ellos eran calvinistas, pero otorgaban a todos el derecho a rendir culto a su propia manera... salvo a los católicos. Con ellos no había mucha tolerancia. Pero eso no es asunto

nuestro. Aquí no sólo no nos acosaron sino que nos dieron la bienvenida, porque los holandeses querían convertirse en un centro comercial importante y sabían que los comerciantes marranos podían ayudar a organizar ese comercio. Pronto llegaron más y más inmigrantes de Portugal, disfrutando de una tolerancia nunca vista desde hacía siglos en otras partes. Y también vinieron otros judíos. Llegaron también oleadas de judíos asquenazíes pobres de Alemania y de la Europa Oriental, huyendo de la violencia desatada contra ellos. Por supuesto, estos judíos asquenazíes carecían de la

cultura de los judíos sefardíes. No tenían ninguna educación ni oficios, y la mayoría se convirtieron en vendedores ambulantes, comerciantes de ropa vieja y tenderos, pero aun así nosotros les dimos la bienvenida y les ofrecimos caridad. ¿Sabías que tu padre hacía donaciones regulares y generosas al fondo de caridad asquenazí de nuestra sinagoga?

Baruch asintió, sin decir palabra.

—Y luego —continuó Rabí Morteira —, al cabo de unos cuantos años, las autoridades de Ámsterdam, tras consultar con el gran jurista Grocio, reconocieron oficialmente nuestro

derecho a vivir en Ámsterdam. Al principio nos mostramos dóciles y seguimos nuestros viejos hábitos de procurar pasar inadvertidos. Evitamos señalar con signos exteriores nuestras sinagogas, manteniendo nuestros servicios de culto en edificios que parecían viviendas privadas. Sólo tras pasar muchos años libres de acoso llegamos a convencernos de verdad que podíamos practicar nuestra fe abiertamente, seguros de que el Estado protegería nuestra vida y nuestras propiedades. Nosotros, los judíos de Ámsterdam, hemos tenido la extraordinaria buena suerte de vivir en

el único lugar de todo el mundo en que los judíos podían ser libres. ¿Te das cuenta plena de eso... el único lugar de todo el mundo?

Baruch se agitó incómodo en su asiento de madera y asintió protocolariamente.

—Paciencia, paciencia, Baruch. Escucha sólo un poco más... estoy acercándome ya mucho a las cuestiones que son de importancia urgente para ti. Nuestra notable libertad va acompañada de ciertas obligaciones que el Consejo Municipal de Ámsterdam ha formulado explícitamente. ¿Sabrás cuáles son esas obligaciones?

—Que no difamemos a la fe cristiana y que no intentemos convertir a cristianos o contraer matrimonio con ellos —contestó Baruch.

—Hay más. Tu memoria es prodigiosa, pero no recuerdas las otras obligaciones. ¿Por qué? Tal vez porque te resultan molestas. Déjame recordártelas. Grocio decretó también que todos los judíos mayores de catorce años de edad debían declarar su fe en Dios, Moisés, los profetas, la otra vida, y que nuestras autoridades religiosas y civiles debían garantizar, a riesgo de perder nuestra libertad, que ningún miembro de nuestra congregación dijese

o hiciese algo que desafiase o socavase cualquier aspecto del dogma religioso cristiano.

Rabí Morteira hizo una pausa, agitó el dedo índice y pasó luego a hablar lenta y enfáticamente.

—Déjame que subraye este último punto para ti, Baruch... es crucial que lo entiendas bien. El ateísmo o el desprecio a la autoridad y la ley religiosa (tanto judía como cristiana) está expresamente prohibido. Si las autoridades civiles holandesas ven que no somos capaces de gobernarnos, perderemos nuestra valiosa libertad y volveremos a estar sometidos al control

de las autoridades cristianas.

Rabí Morteira hizo una nueva pausa.

—He acabado mi lección de historia. Mi mayor esperanza es que entiendas que aún somos un pueblo aparte, que aunque tengamos cierta libertad limitada hoy, nunca podemos ser completamente autónomos. Ni siquiera nos es fácil hoy mantenernos como hombres libres por las muchas profesiones que nos están vedadas. Ten en cuenta eso, Baruch, cuando pienses en vivir sin esta comunidad. Puede ser que estés eligiendo morirte de hambre.

Baruch empezó a contestar, pero el rabino lo silenció blandiendo el índice

de su mano derecha.

—Hay otra cosa que quiero subrayar. Hoy, el fundamento mismo de nuestra cultura religiosa sufre un ataque. Las oleadas de inmigrantes que siguen llegando de Portugal son judíos sin ninguna educación en la ley mosaica. Se les prohibió aprender hebreo; se les obligó a aprender el dogma católico y a practicar como católicos. Están entre dos mundos, con una fe vacilante tanto en el dogma católico como en las creencias judías. Mi misión es recuperarlos, traerlos de nuevo a casa, hacerles volver a sus raíces judías. Nuestra comunidad prospera y

evoluciona: está dando ya sabios, poetas, dramaturgos, cabalistas, médicos e impresores. Estamos al borde de un gran renacimiento, y hay un lugar para ti, aquí. Tu cultura, tu mente ágil y tus dotes como maestro serían de una gran ayuda. Si enseñases a mi lado, si asumieses mi tarea cuando yo ya no esté aquí, se harían realidad los sueños de tu padre... y también los míos.

Baruch miró al rabino a los ojos, asombrado.

—¿Quiere decir «trabajar con usted»? Sus palabras me desconciertan. Recuerde que soy un tendero, y que estoy bajo *hérem*.

—El *hérem* está pendiente. No será realidad hasta que yo lo haya proclamado públicamente en la sinagoga. Sí, los *parnassim* ostentan la máxima autoridad, pero yo tengo gran influencia sobre ellos. Dos marranos recién llegados, Franco Benítez y Jacob Mendoza, prestaron testimonio, un testimonio sumamente grave, ayer ante los *parnassim*. Informaron de que tú crees que Dios no es más que la Naturaleza y que no hay otra vida. Sí, eso fue grave, pero entre tú y yo, desconfío de su testimonio y sé que ellos tergiversaron tus palabras. Son sobrinos de Duarte Rodríguez, que sigue ofendido

contigo por recurrir al tribunal holandés para eludir tu deuda con él, y estoy convencido de que él les ha ordenado mentir. Y, confía en mí, yo no soy el único que cree eso.

—Ellos no mienten, Rabí.

—Baruch, reflexiona. Te conozco desde el día que naciste, y sé que, de cuando en cuando, tú, como cualquier otro, puedes albergar pensamientos necios. Te lo ruego: estudia conmigo. Déjame purificar tu pensamiento. Ahora escúchame. Te haré una oferta que no te haría nadie más en este mundo. Estoy seguro de que puedo garantizarte una pensión vitalicia que te librará para

siempre de trabajar en la tienda y te permitirá llevar una vida de estudio. ¿Has oído eso? Te ofrezco el regalo de una vida de investigación, una vida de leer y pensar. Hasta puedes tener pensamientos prohibidos mientras busques las pruebas confirmatorias o condenatorias en los eruditos rabínicos. Piensa en esa oferta: una vida de total libertad. Acompañada de una sola estipulación: silencio. Debes comprometerte a no revelar los pensamientos que sean ofensivos para nuestro pueblo.

Baruch pareció quedarse inmovilizado pensando. Tras un largo

silencio, el rabino dijo:

—¿Qué dices, Baruch? Ahora, cuando te llega el momento de hablar, te quedas callado.

—Mi padre me habló, más veces de las que soy capaz de recordar —contestó Baruch con voz tranquila— de su amistad con usted y de lo mucho que le consideraba. Me habló también de la elevada opinión que usted tenía sobre mi inteligencia... «una inteligencia ilimitada» fueron las palabras que le atribuyó. ¿Fueron realmente ésas sus palabras? ¿Lo citó correctamente?

—Ésas fueron mis palabras.

—Yo creo que el mundo, y todo en

él, opera de acuerdo con la ley natural y que yo puedo utilizar mi inteligencia, siempre que la utilice de un modo racional, para descubrir la naturaleza de Dios y de la realidad, y el camino hacia una vida santa. Le he dicho esto antes, ¿no?

Rabí Morteira apoyó la cabeza en las manos y asintió.

—Y sin embargo hoy me sugiere que dedique mi vida a confirmar o negar mis ideas consultando la erudición rabínica. Ése no es mi camino y nunca lo será. La autoridad rabínica no está basada en la pureza de la verdad. Sólo se apoya en las opiniones expresadas por

generaciones de eruditos supersticiosos, que creían que la Tierra era plana, que el Sol giraba alrededor de ella y que un hombre llamado Adán apareció de pronto y fue el padre de la raza humana.

—¿Niegas la divinidad del Génesis?

—¿Niega usted las pruebas que demuestran que hubo civilizaciones que precedieron con mucho a los israelitas? En China, Egipto...

—Qué blasfemia. ¿Te das cuenta de cómo pones en peligro tu acceso al otro mundo?

—No hay ninguna prueba racional de que exista otro mundo.

Rabí Morteira parecía sobrecogido.

—Eso es exactamente lo que declararon los sobrinos de Duarte Rodríguez que dijiste. Yo había creído que estaban mintiendo por orden de su tío.

—Creo que no me oyó usted, o que no me quiso oír antes, cuando dije: «Ellos no mintieron, Rabí».

—¿Y las otras acusaciones que hicieron? ¿Que negabas el origen divino de la Torá, que Moisés no escribió la Torá, que Dios existe sólo filosóficamente y que la ley ceremonial no es sagrada?

—Los sobrinos de Duarte Rodríguez no mintieron, Rabí.

Rabí Morteira miró furioso a Baruch, su angustia ya convertida en cólera.

—Cualquiera de esas acusaciones es causa de *hérem*; juntas merecen el *hérem* más duro que se haya decretado jamás.

—Usted fue mi profesor de hebreo, y me enseñó bien. Permítame que corresponda redactándole el *hérem*. En una ocasión me mostró usted los ejemplos más brutales de *hérem* emitidos por la comunidad veneciana, y los recuerdo palabra por palabra.

—Te dije antes que ya tendrías tiempo suficiente para la insolencia. Veo que ya te entregas a ella. —Rabí

Morteira hizo una pausa para recobrar la compostura—. Quieres matarme. Quieres destruir por completo mi obra. Sabes que la obra de mi vida ha sido destacar la importancia decisiva de la otra vida en la cultura y el pensamiento judíos. Conoces mi libro *La supervivencia del alma*, que yo mismo puse en tus manos en tu *bar mitsvá*. ¿Conoces mi gran debate con Rabí Aboab sobre ese tema y mi victoria?

—Sí, por supuesto.

—Y desdeñas eso alegremente. ¿Tienes idea de lo que eso implica? Si yo hubiese perdido ese debate, si se hubiese decretado que todos los judíos

tienen la misma condición en el otro mundo y que la virtud no sería recompensada y la transgresión no sería castigada, ¿te haces cargo de las repercusiones que eso tendría en la comunidad? Si tuvieses asegurado un puesto en el otro mundo, ¿qué incentivo habría para convertirse de nuevo al judaísmo? Si no hubiese ningún castigo por obrar mal, ¿te imaginas cómo nos mirarían los calvinistas holandeses? ¿Cuánto duraría nuestra libertad? ¿Crees que yo estaba jugando un juego de niños? Piensa en las consecuencias.

—Sí, aquel gran debate... sus palabras acaban de demostrar que no fue

un debate sobre la verdad espiritual. Ésa es la razón sin duda por la que el rabinato veneciano se sentía confuso. Se defendían dos versiones diferentes de la otra vida por razones que no tenían nada que ver con la realidad de la otra vida. Usted intentaba controlar al pueblo a través del poder del miedo y la esperanza, los garrotes tradicionales de los dirigentes religiosos a lo largo de la historia. Las autoridades rabínicas de todas partes, proclamáis tener las llaves de la otra vida, y utilizáis esas llaves para el control político. Rabí Aboab, por su parte, asumió la tarea de aliviar la angustia de su congregación, que

quería ofrecer ayuda a sus familias conversas. No se trataba de una discrepancia espiritual. Era un debate político disfrazado de debate religioso. Ninguno de los dos aportó prueba alguna de la existencia del otro mundo, ni basada en la razón ni basada siquiera en las palabras de la Torá. Le aseguro que eso es algo que no se puede encontrar en la Torá, y usted lo sabe muy bien.

—Es evidente que no has asimilado lo que he estado diciéndote sobre mi responsabilidad ante Dios y ante la supervivencia de nuestro pueblo —dijo Rabí Morteira.

—Mucho de lo que los dirigentes

religiosos hacen tiene poco que ver con Dios —replicó Baruch—. El año pasado emitió usted un *hérem* contra un hombre que compró carne a un carnicero asquenazí en vez de a un carnicero sefardí. ¿Cree que eso era importante para Dios?

—Fue un *hérem* breve sumamente instructivo sobre la importancia de la cohesión de la comunidad.

—Y el mes pasado me enteré de que le dijo a una mujer que venía de una aldea en la que no había panadero judío que podía comprar pan a un panadero gentil siempre que echase una viruta de madera en su horno para participar así

en su elaboración.

—Acudió a mí angustiada y abandonó mi presencia aliviada y convertida en una mujer feliz.

—Se fue como una mujer con el entendimiento aún más encogido que antes, como una mujer menos capaz aún de pensar por sí misma y de desarrollar sus facultades racionales. Eso es exactamente lo que pienso: las autoridades religiosas de todas las tendencias procuran impedir que se desarrollen nuestras facultades racionales.

—Si crees que nuestro pueblo puede sobrevivir sin control y autoridad, eres

un necio.

—Yo creo que los dirigentes religiosos pierden su propia dirección espiritual al inmiscuirse en cuestiones políticas. Su autoridad o consejo debería limitarse a un asesoramiento sobre la piedad interior.

—¿Cuestiones políticas? ¿Es que no has entendido lo que sucedió en España y Portugal?

—Ésa es precisamente la cuestión: eran Estados religiosos. La religión y el Estado deben separarse. El mejor soberano imaginable sería un dirigente libremente elegido limitado en sus poderes por un consejo elegido

independientemente y que actuase de acuerdo con la paz y la seguridad públicas y el bienestar social.

—Baruch, has conseguido ya convencerme de que vivirás una vida solitaria y que tu futuro incluirá no sólo la blasfemia si no además la traición. Vete.

Mientras escuchaba las pisadas de Baruch que resonaban escaleras abajo, Rabí Morteira murmuró, alzando la vista:

—Miguel, amigo mío, he hecho lo que he podido por tu hijo. Tengo demasiadas almas más por las que velar.

16. Múnich-1919

Imaginen la escena: un joven inmigrante harapiento, sin trabajo y sin nada publicado, con una cuchara en el bolsillo de la camisa, irrumpe en la oficina de un periodista famoso, poeta y político, y suelta:

—¿Tiene usted trabajo para un guerrero dispuesto a combatir contra Jerusalén?

¡Sin duda un principio desdichado de una entrevista de trabajo! Cualquier director responsable, bien nacido y

refinado echaría de allí rápidamente al intruso, considerándolo pueril, estrambótico y posiblemente peligroso. Pero no: el momento era 1919, el lugar era Múnich y a Dietrich Eckart le intrigaron las bellas palabras del joven.

—Bien, bien, joven guerrero, muéstreme sus armas.

—Mi mente es mi arco y mis palabras son... —Sacando un lápiz del bolsillo y blandiéndolo, Alfred exclamó—: ¡Mis palabras son mis flechas!

—Bien dicho, joven guerrero. Y ahora cuénteme sus hazañas, sus ataques contra Jerusalén.

Alfred narró, temblando de emoción,

sus hazañas en el combate contra Jerusalén: su casi memorización del libro de Houston Stewart Chamberlain, su discurso electoral antisemita cuando tenía dieciséis años, su enfrentamiento con el director Epstein, sospechoso de ser judío, (omitió la parte de Spinoza), la repugnancia que le inspiró el espectáculo de la revolución judeobolchevique, su propósito de escribir una crónica como testigo presencial de la participación de los bolcheviques judíos en la revuelta social, su reciente discurso antijudío en la asamblea municipal de Reval, su investigación histórica sobre la amenaza

de la sangre judía.

—Un excelente principio. Pero sólo un principio. Ahora debemos inspeccionar el calibre de sus armas. Tráigame en el plazo de veinticuatro horas un artículo de mil palabras como testigo ocular de la revolución bolchevique y veremos si merece publicarse.

Alfred no hizo ningún ademán de irse. Miró de nuevo a Dietrich Eckart, un hombre imponente, de cabeza afeitada, gafas de montura negra que protegían unos ojos azules, nariz breve y carnosa, y una barbilla bastante brutal.

—Veinticuatro horas, joven. No

pierda usted el tiempo.

Alfred miró a su alrededor, claramente reacio a abandonar el despacho de Eckart. Luego dijo, tímidamente:

—¿Hay un escritorio, en un rincón... y un poco de papel que pudiese usar...? Sólo dispongo de la biblioteca, que ahora está atestada de refugiados analfabetos que sólo quieren estar calientes.

Dietrich Eckart hizo un gesto a su secretaria.

—Muestre a este aspirante el despacho de atrás. Y dele algo de papel y una llave. —Luego le dijo a Alfred—:

La calefacción es pobre pero el sitio es tranquilo y tiene una entrada independiente, así que puede usted trabajar allí toda la noche, en caso necesario. Adiós, hasta mañana justamente hasta ahora.

Dietrich Eckart puso los pies encima de su mesa, apagó el puro en el cenicero y se retrepó en su asiento a echar un sueñecito. Aunque tenía poco más de cincuenta años, no había sido bueno con su cuerpo, y le colgaban las carnes. Nacido en una familia rica, hijo de un notario y abogado de la Corona, había perdido a su madre en la infancia, a su padre pocos años después, y antes de

cumplir los veinte se había entregado a una vida bohemia en la que proliferaron las drogas, con lo que no tardó en disipar la fortuna que le había dejado su padre. Tras una serie de inicios falsos en las artes y en movimientos políticos radicales, y un año en la Facultad de Medicina, contrajo una grave adicción a la morfina, que exigió hospitalización psiquiátrica durante varios meses. Se convirtió luego en dramaturgo, pero ninguna de sus obras llegó a representarse. Plenamente convencido de sus méritos literarios, achacó el fracaso a los judíos, que según él controlaban los teatros alemanes y a los

que ofendían sus ideas políticas. El deseo de venganza dio origen a una carrera como antisemita profesional: renacido como periodista, lanzó *Auf gut Deutsch*, la última de una serie de publicaciones que se proponían combatir el poder de los judíos. El momento, 1919, era propicio, su estilo periodístico persuasivo y su periódico pronto se convirtió en lectura obligada para los interesados en las nefandas maquinaciones judías.

Aunque tenía mala salud y pocas energías, su sed de cambio era inmensa y aguardaba con avidez la llegada del salvador alemán: un hombre de carisma

y fuerza extraordinarias que conduciría a Alemania hasta el glorioso lugar que le correspondía. Se dio cuenta inmediatamente de que aquel Rosenberg, joven y guapo, no era ese hombre: su patético anhelo de aprobación resultaba demasiado evidente por detrás de su estridente presentación. Pero tal vez pudiese haber un papel para él en la tarea de preparar el camino para aquel que había de venir.

Al día siguiente Alfred estaba sentado en el despacho de Eckart, cruzando y descruzando nervioso las piernas,

mientras observaba cómo leía el director sus mil palabras.

Eckart se quitó las gafas y miró a Alfred.

—Para alguien que ha estudiado arquitectura y nunca ha escrito prosa de este género antes, diría que este trabajo no deja de prometer. Ciertamente estas mil palabras no contienen ni una sola frase gramaticalmente correcta pero, hecho a pesar de ese inconveniente, su trabajo tiene cierto poder. Hay tensión, hay inteligencia y complejidad, y hay incluso unas cuantas imágenes, no suficientes desde luego, bastante gráficas. Proclamo por tanto que su

virginidad periodística ha tocado a su fin. Publicaré este artículo. Pero hay trabajo por delante: todas las frases claman pidiendo ayuda. Acerque aquí su silla, Alfred, y revisaremos esto línea por línea.

Alfred acercó ávidamente su silla a Eckart.

—He aquí la primera lección de periodismo —prosiguió Eckart—. La tarea del escritor es comunicar. Desgraciadamente, muchas de sus frases no tienen idea de esa norma simple e intentan complicar o transmitir la idea de que el autor sabe mucho más de lo que decide decir. A la guillotina con

todas esas frases. Mire, aquí y aquí y aquí. —El lápiz rojo de Dietrich Eckart inició su trabajo con gran rapidez, y así comenzó el aprendizaje de Alfred Rosenberg.

El artículo, una vez revisado se publicó como parte de una serie, «La judería entre nosotros y fuera», y Alfred no tardó en escribir varios artículos sobre el caos bolchevique como testigo ocular de los hechos, que fueron mostrando una mejora estilística gradual. Al cabo de unas cuantas semanas figuraba en nómina como ayudante de Eckart y al cabo de unos meses Eckart estaba tan satisfecho con

él que le pidió que escribiese la introducción a su libro *El enterrador de Rusia*, que describía con morboso detalle cómo los judíos habían ido minando el régimen zarista.

Aquellos días fueron idílicos para Alfred, y al final de su vida resplandecía de gozo cuando recordaba cómo trabajaba codo con codo con Eckart y le acompañaba en taxi a distribuir su feroz panfleto, *A todos los trabajadores*, por todo Múnich. Alfred tenía por fin un hogar, un padre, un objetivo.

Alentado por Eckart, completó su investigación histórica sobre los judíos

y al cabo de un año publicó su primer libro, *La huella de los judíos en tiempos cambiantes*. Contenía las semillas de lo que se convertiría en los lemas principales del antisemitismo nazi: los judíos como fuente del materialismo destructivo, la anarquía y el comunismo; los peligros de la masonería judía; los malévolos sueños de filósofos judíos, desde Ezra y Ezequiel a Marx y Trotsky; y, sobre todo, la amenaza que significaba para una civilización más elevada la contaminación con sangre judía.

Bajo la tutela de Eckart, Alfred adquirió una mayor conciencia de que el

obrero alemán, oprimido por las presiones financieras judías, estaba uncido y atado aún más por la ideología cristiana. Eckart pasó a depender de su ayudante para el contexto histórico no sólo del antisemitismo sino, rastreando el desarrollo del jesuitismo a partir del judaísmo y del Talmud, también de poderosos sentimientos anticristianos.

Eckart llevó a su joven protegido a actos políticos radicales, le presentó a políticos influyentes y pronto patrocinó su ingreso en la Sociedad Thule y le acompañó a su primera reunión de esta augusta sociedad secreta.

En la reunión de Thule, Eckart y

después de presentarle a varios de sus miembros, lo dejó solo mientras conversaba en privado con varios colegas. Alfred miró a su alrededor. Aquello era un nuevo mundo, no se trataba de una cervecería sino de un salón del majestuoso Hotel Cuatro Estaciones de Múnich. Nunca había estado en un lugar como aquél. Tanteó el grosor de la alfombra roja bajo sus gastados zapatos y elevó la vista hacia el ornado techo, en el que había pintadas algodonosas nubes y rollizos querubines. No había cerveza a la vista, así que se acercó a la mesa central y se sirvió un vaso de vino dulce alemán.

Observando a los demás miembros, que debían ser unos ciento cincuenta, todos hombres claramente ricos, bien vestidos y sobrealimentados, Alfred se sintió cada vez más cohibido por su ropa, comprada toda ella en una tienda de prendas usadas.

Dándose cuenta de que era el más pobre y harapiento del salón, hizo todo lo posible por mezclarse con los demás miembros de la Sociedad Thule e incluso intentó proclamar cierta distinción, calificándose, en cuanto podía, de escritor-filósofo. Cuando se quedaba solo se dedicaba a practicar una nueva expresión facial que

combinaba un pequeño frunce de labios con un minúsculo cabeceo de asentimiento y un parpadeo, con lo que esperaba transmitir: «Sí, sé exactamente lo que quieres decir... no sólo lo sé, sino que aún sé más de lo que piensas tú». Más avanzada ya la velada, comprobó aquella nueva expresión en el espejo del servicio de caballeros y se sintió complacido. Pronto se convertiría en su sonrisita distintiva.

—¡Hola! ¿Es usted el invitado de Dietrich Eckart? —preguntó un individuo de mirada dura, rostro alargado, bigote y gafas de montura negra—. Yo soy Antón Drexler, formo

parte del comité de bienvenida.

—Sí, Rosenberg, Alfred Rosenberg. Soy un escritor y filósofo del *Auf gut Deutsch*, y sí, soy invitado de Dietrich Eckart.

—Me han contado cosas buenas de usted. Es su primera visita y debe tener preguntas que hacer. ¿Qué puedo decirle sobre nuestra organización?

—Muchas cosas. Primero, estoy interesado en el nombre, Thule.

—Para contestar a eso debería empezar explicando que nuestro nombre original era Grupo de Estudio de la Antigüedad Alemana. Thule, creen muchos, fue una masa de tierra, ya

desaparecida, que se supone que estaba en las proximidades de Islandia o de Groenlandia y que fue el hogar original de la raza aria.

—Thule... conozco bien la historia aria por la obra de Houston Stewart Chamberlain, y no recuerdo nada sobre Thule.

—Ah, Chamberlain es un historiador y uno de los mejores que tenemos, pero esto es pre-Chamberlain y prehistoria. El reino del mito. Nuestra organización quiere rendir tributo a aquellos nobles antepasados nuestros a los que solamente conocemos a través de la historia oral.

—¿Así pues todos estos hombres tan distinguidos se reúnen aquí esta noche por su interés por el mito, por la historia antigua? No estoy poniéndolo en entredicho... en realidad me parece admirable ver tanta calma y devoción erudita en una época tan volátil en que Alemania puede desmoronarse en cualquier momento.

—La reunión de hoy aún no ha comenzado, Herr Rosenberg. Pronto verá claramente por qué la Sociedad Thule tiene en alta estima sus escritos de *Auf gut Deutsch*. Sí, sí, estamos profundamente interesados en la historia antigua. Pero aún más interesados por

nuestra historia de posguerra, una historia en elaboración sobre la que leerán algún día nuestros hijos y nietos.

Alfred se entusiasmó con los discursos. Los oradores advirtieron uno tras otro sobre el grave peligro al que Alemania se enfrentaba por los bolcheviques y los judíos. Y todos ellos resaltaron la necesidad imperiosa de actuar. Hacia el final de la velada, Eckart, achispado por la ingesta ininterrumpida de vino alemán, echó un brazo por el hombro a Alfred y exclamó:

—¡Una época emocionante, eh, Rosenberg! Y va a ser más emocionante aún. Escribir las noticias, cambiar las

actitudes, dirigir la opinión pública... tareas nobles todas ellas. ¿Quién puede negarlo? Pero fabricar las noticias, sí, fabricarlas... ¡ahí es donde reside la verdadera gloria! Y usted estará con nosotros, Alfred. Ya verá, ya verá. Confíe en mí, sé lo que se acerca.

Había algo trascendental en el ambiente. Alfred lo percibía con toda claridad, y, demasiado nervioso para dormir, continuó paseando por las calles de Múnich durante una hora después de separarse de Eckart. Recordando el consejo de su amigo Friedrich Pfister para aliviar la tensión, inspiró profunda y rápidamente por la nariz, retuvo el

aliento unos segundos y lo exhaló luego despacio por la boca. Tras repetir el ciclo unas cuantas veces se sintió mejor y también sorprendido por la eficacia de una maniobra tan simple. No cabía duda, Friedrich era un poco brujo. No le había gustado el giro que había tomado su conversación sobre la posible veta judía en la familia de su abuela, pero a pesar de todo tenía una sensación positiva con Friedrich. Quería que sus caminos se cruzasen de nuevo. Haría que sucediese.

Al volver a casa se encontró una nota en el suelo que habían echado por la ranura del correo; decía: «La Biblioteca Municipal de Múnich le

reservará el *Tratado teológico-político* de Spinoza durante una semana en la sección de préstamos». Alfred volvió a leerlo varias veces. Era curioso lo reconfortante que resultaba aquel aviso pequeño y frágil de la biblioteca, que se había abierto camino a través de las agitadas y peligrosas calles de Múnich hasta llegar a su pequeño apartamento.

17. Ámsterdam-1656

Bento vagó por las calles de Vlooyenburg, la parte de Ámsterdam donde vivían la mayoría de los judíos sefardíes, contemplándolo todo con patetismo. Miraba cada imagen largo rato, como para imbuirla de permanencia, con la finalidad de poder convocarla de nuevo en el futuro, aunque la voz de la razón le susurraba que todo se esfuma y que la vida debe vivirse en el presente.

Cuando regresó por fin a la tienda,

Gabriel, los ojos llenos de alarma, soltó la escoba y corrió hacia él.

—Bento, ¿has estado todo este tiempo hablando con el rabino?

—Tuvimos una charla larga y nada amistosa, y desde entonces he estado paseando por toda la ciudad intentando calmarme. Te contaré todo lo que pasó, pero quiero contároslo a Rebeca y a ti juntos.

—Ella no vendrá, Bento. Y no es sólo que éste enfadada contigo... ahora también está enfadado contigo su marido. Desde que terminó sus estudios rabínicos el año pasado, Samuel ha adoptado una actitud cada vez más dura.

Le ha prohibido terminantemente a Rebeca verte.

—Vendrá si le explicas lo grave que es. —Bento apoyó las manos en los hombros de Gabriel y lo miró a los ojos —. Sé que vendrá. Invoca la memoria de nuestra querida familia. Recuérdale que nosotros somos los que aún seguimos vivos. Vendrá si le dices que ésta será la última vez que hablemos.

Gabriel estaba visiblemente alarmado.

—¿Qué pasó? Me estás asustando, Bento.

—Por favor, Gabriel. No puedo contar esto dos veces... es demasiado

duro. Ve y trae a Rebeca aquí. Puedes encontrar un medio de hacerlo. Es la última cosa que te pido.

Gabriel se quitó el delantal, lo dejó detrás del mostrador y salió corriendo de la tienda. Regresó a los veinte minutos seguido de una hosca Rebeca. Incapaz de negarse a la petición de Gabriel (después de todo, ella había criado a Bento durante los tres años transcurridos entre la muerte de su madre, Hana, y el nuevo matrimonio de su padre con Esther) Rebeca irradiaba cólera cuando entró en la tienda. Saludó a Bento con un gélido cabeceo y le hizo un gesto con las manos abiertas.

—¿Bien?

Bento, que había clavado ya una nota en la puerta en portugués y en holandés que decía que la tienda volvería a abrirse pronto, contestó:

—Vamos a casa, donde podremos hablar en privado.

Una vez en casa, Bento cerró la puerta e indicó a Gabriel y a Rebeca que se sentaran mientras él se quedaba de pie, paseando.

—Por mucho que desee que esto sea un asunto privado, sé que no lo es. Gabriel ha dejado claro que mis asuntos afectan a toda la familia. Me temo que lo que voy a explicar os disgustará. Es

duro, pero debo contároslo todo. No quiero que nadie, absolutamente nadie de la comunidad, sepa más que vosotros sobre lo que va a suceder.

Bento se detuvo. Tenía la plena atención de su hermano y de su hermana, se habían quedado los dos tan inmóviles como si fueran de granito. Bento hizo una profunda inspiración.

—No voy a andarme con rodeos. Esta mañana Rabí Morteira me dijo que se habían reunido los *parnassim* y que es inminente un *hérem*. Seré excomulgado mañana.

—¿Un *hérem*? —exclamaron simultáneamente Gabriel y Rebeca. Se

habían puesto pálidos los dos.

—¿No hay modo de pararlo? —preguntó Rebeca—. ¿No va a apoyarte Rabí Morteira? ¡Nuestro padre era su mejor amigo!

—Acabo de hablar con Rabí Morteira durante una hora, y me dijo que no estaba en sus manos. A los *parnassim* los elige la comunidad y ostentan todo el poder. Él no tiene más remedio que hacer lo que le mandan. Pero luego dijo también que estaba de acuerdo con su decisión.

Bento vaciló. «No debo callarme nada.» Y mirando a los ojos a sus hermanos, confesó:

—Dijo que podría haber una oportunidad. Dijo que si yo estaba dispuesto a retractarme de todas mis ideas, si estuviese dispuesto a retractarme públicamente y a proclamar que a partir de ahora abrazaría los trece artículos de fe de Maimónides, entonces él pediría a los parnassim con toda sus fuerzas que reconsiderasen el *hérem*. De hecho (y no estoy seguro de que él quiera que esto se sepa, porque me lo dijo en un cuchicheo) me ofreció una pensión vitalicia de los fondos de la sinagoga si prometía consagrar mi vida al estudio respetuoso y reservado de la Torá y el Talmud.

—¿Y? —Rebeca miró directamente a los ojos de Bento.

—Y... —Bento miró al suelo—. Lo rechacé. Para mí, la libertad no tiene precio.

—¡Imbécil! Piensa lo que estás haciendo —El tono de Rebeca era estridente—. Dios mío, hermano, ¿qué es lo que te pasa? ¿Has perdido el juicio?

Y se inclinó hacia delante como si fuera a salir corriendo de la habitación.

—Rebeca... —Bento se esforzó por mantener la calma—. Ésta es la última vez, absolutamente la última, que estaremos juntos. El *hérem* significa

destierro total. Estará prohibido hablar conmigo o establecer contacto conmigo de nuevo de cualquier modo en el futuro. Definitivamente. Pensad cómo os sentiréis, cómo nos sentiremos los tres, si nuestro último encuentro es amargo y no hay amor en él.

Gabriel, demasiado nervioso para permanecer sentado, se levantó y se puso también a pasear.

—Bento, ¿por qué no haces más que decir «último»? La última vez que te veremos, la última petición, el último encuentro... ¿cuánto dura el *hérem*? ¿Cuándo terminará? He oído hablar de un *hérem* de un día, de una semana.

Bento tragó saliva y miró a los ojos de sus hermanos.

—Éste será un tipo de *hérem* diferente. Yo sé bien lo que es un *hérem* y, si lo hacen como es debido, este *hérem* no tendrá fin. Será para toda la vida y será irreversible.

—Vuelve al rabino —dijo Rebeca —. Acepta su oferta, Bento, por favor. Todos cometemos errores cuando somos jóvenes. Vuelve con nosotros. Honra a Dios. Sé el judío que eres. Sé el hijo de tu padre. Rabí Morteira te pagará una pensión durante toda la vida. Puedes leer, estudiar, hacer lo que quieras, pensar lo que quieras. Basta que no lo

digas. Acepta su oferta, Bento. ¿No ves que, por consideración a nuestro padre, te paga para que no te suicides?

—Por favor —Gabriel apretó la mano de Bento—, acepta su oferta. Empieza de nuevo.

—Estaría pagándome por hacer algo que no puedo hacer. Me propongo buscar la verdad y consagrar mi vida a conocer a Dios, mientras que la oferta del rabino exige que viva deshonestamente y deshonrando a Dios. Nunca haré eso. No seguiré a ningún otro poder de este mundo que no sea el de mi conciencia.

Rebeca rompió a llorar. Se puso las

manos detrás de la cabeza y empezó a balancearse y a decir:

—No te entiendo, no te entiendo, no te entiendo.

Bento se acercó a ella, le puso una mano en el hombro. Ella la rechazó de una sacudida, luego alzó la cabeza y miró a Gabriel.

—Tú eras demasiado pequeño, pero recuerdo, como si fuese ayer, a nuestro bendito padre ufanándose de que Rabí Morteira decía que Bento era el mejor estudiante que había visto en su vida.

Luego, con lágrimas corriendo por su cara, miró a Bento.

—El más inteligente y el más

profundo, decía. Cómo resplandecía nuestro padre cuando oyó que podría ser un gran sabio, tal vez el siguiente Gersónides. ¡Que escribiría el gran comentario de la Torá del siglo XVII! El rabino creía en ti. Decía que tu inteligencia lo retenía todo y que ninguno de los ancianos de la sinagoga podía enfrentarse a ti en un debate. Y sin embargo ahora, a pesar de eso, *a pesar* de esas dotes que Dios te concedió, mira lo que has hecho. ¿Cómo has podido echarlo a perder todo?

Rebeca cogió el pañuelo que le daba Gabriel. Bento, inclinándose para mirarla a los ojos, dijo:

—Rebeca, por favor, intenta comprender. Tal vez no ahora pero quizá en algún momento del futuro comprendas estas palabras: Yo sigo mi propio camino a causa de mis dotes, no a pesar de ellas. ¿Comprendes? A causa de mis dotes, no a pesar de ellas.

—No, yo no lo comprendo, y nunca te comprenderé, aunque te conozco desde que naciste, aunque los tres dormimos en la misma cama durante tantos años después de que muriera nuestra madre.

—Yo me acuerdo —dijo Gabriel—. Me acuerdo de que dormíamos juntos y tú nos leías las historias de la Biblia,

Bento. Y enseñabas en secreto a Rebeca y a Miriam a leer. Recuerdo que decías que era muy injusto que no se enseñase a leer a las niñas.

—Le conté eso a mi marido —dijo Rebeca—. Se lo conté todo: le conté cómo nos enseñabas y nos leías y dudabas de todo, de todos los milagros. Y que yo corría a preguntarle a padre: «Padre, padre, ¿pasó de verdad eso?». Recuerdo que nos leías sobre Noé y el diluvio, y que preguntabas a padre cómo Dios podía ser tan cruel. Tú preguntabas: «¿Por qué hizo ahogarse a todo el mundo? ¿Y cómo empezó de nuevo la raza humana?». Y «¿con quién

podían casarse los hijos de Noé?»... y preguntabas lo mismo sobre Caín y Abel. Samuel cree que ésos fueron los primeros signos de tu enfermedad. Una maldición desde el nacimiento. A veces pienso que la culpable soy yo. Le confesé a mi marido cómo me reía con todo lo que decías, todos tus comentarios blasfemos. Tal vez te empujase yo a pensar de ese modo.

Bento negó con la cabeza.

—No, Rebeca, no te culpes de mi curiosidad. Es mi carácter. ¿Por qué quieres culparte por algo que sucede por razones exteriores a nosotros mismos? ¿Recuerdas cómo padre se culpaba de la

muerte de nuestro hermano? Cuántas veces le oímos decir que si él no hubiese mandado a Isaac a hacer aquellas entregas de café en grano a otros barrios, nunca habría contraído la peste. Es el curso de la Naturaleza. No podemos controlarlo. Asumir la culpa es sólo un modo de engañarnos pensando que somos lo suficientemente poderosos para controlar la Naturaleza. Y, Rebeca, por favor, has de saber que yo respeto a tu marido. Samuel es un hombre bueno. Lo único que sucede es que discrepamos respecto a la fuente del conocimiento. Yo no creo que plantear dudas y preguntarse sea una enfermedad. Lo que

es una enfermedad es obedecer a ciegas sin preguntarse nada.

Rebeca no tenía nada que responder a esto. Se quedaron callados los tres hasta que Gabriel dijo:

—¿Un *hérem* para siempre, Bento? ¿Existe eso? Nunca lo había oído.

—Estoy seguro de que es lo que harán, Gabriel. Rabí Morteira dice que deben hacer eso para demostrar a los holandeses que somos capaces de gobernarnos. Tal vez sea mejor para todos. Os reunirá a ti y a Rebeca con vuestra comunidad. Tendréis que uniros a los demás y obedecer el *hérem*. Tendréis que participar en el rechazo.

Debéis, como todos los demás, obedecer la ley y evitarme.

—¿Lo mejor para todos, Bento? —dijo Gabriel—. ¿Cómo puedes hablar así? ¿Cómo puede ser mejor para ti? ¿Cómo puede ser mejor vivir entre gente que te desprecia?

—No me quedaré aquí. Viviré en otro sitio.

—¿Dónde vas a vivir? —preguntó Rebeca—. ¿Piensas convertirse al cristianismo?

—No. Respecto a eso puedes estar tranquila. Encuentro mucha sabiduría en las palabras de Jesús. Son similares al mensaje principal de nuestra Biblia.

Pero jamás me sumaré a ideas supersticiosas sobre un Dios que tiene un hijo, como cualquier humano, y le asigna la misión de salvarnos. Los cristianos, como todas las religiones, incluida la nuestra, imaginan un dios que tiene atributos humanos y necesidades y deseos humanos.

—Pero ¿dónde vivirás si vas a seguir siendo judío? —preguntó Rebeca —. Un judío sólo puede vivir con judíos.

—Encontraré un medio de vivir sin una comunidad judía.

—Bento puedes ser muy inteligente, pero también eres simple como un niño

—dijo Rebeca—. ¿Lo has pensado detenidamente? ¿Te has olvidado de Uriel da Costa?

—¿Quién? —preguntó Gabriel.

—Da Costa fue un hereje contra el que Rabí Modena, el maestro de Rabí Morteira, emitió un *hérem* —dijo Rebeca—. Tú eras aún muy pequeño, Gabriel. Da Costa desafió todas nuestras leyes, la Torá, la *kipá*, los *tefilín*, la circuncisión, incluso las *mezuzot* de nuestras puertas, lo mismo que tu hermano. Lo peor de todo es que negaba la inmortalidad de nuestra alma y la resurrección del cuerpo. Una tras otra, varias comunidades judías de Alemania

y de Italia lo expulsaron también con un *hérem*. Nadie aquí lo quería, pero él insistía en volver. Finalmente le aceptamos. Luego empezó de nuevo con su locura. Y una vez más pidió perdón y la sinagoga celebró una ceremonia de penitencia. Tú eras demasiado pequeño, Gabriel, pero Bento y yo vimos los dos juntos la ceremonia. ¿Te acuerdas?

Bento asintió, y Rebeca continuó:

—Tuvo que desnudarse en la sinagoga y recibió treinta y nueve terribles latigazos en la espalda y luego, al acabar la ceremonia, tuvo que tumbarse en el suelo en la entrada y todo el mundo, todos los miembros de la

congregación, pasaron por encima de él pisándole al salir, y los niños le persiguieron y le escupieron. Nosotros no nos unimos a ellos... padre no lo permitió. Poco después cogió un arma y se pegó un tiro en la cabeza.

»Eso fue lo que pasó —siguió diciendo y se volvió hacia Bento—. No hay vida posible fuera de la comunidad. Él no pudo conseguirlo y tú tampoco podrás. ¿Cómo vas a vivir? No tendrás dinero, no se te permitirá dirigir un negocio en esta comunidad, y Gabriel y yo tendremos prohibido ayudarte. Miriam y yo juramos a nuestra madre que cuidaríamos de ti, y cuando Miriam

estaba muriendo, me pidió que me ocupase de ti y de Gabriel. Pero ahora no puedo ya hacer más. ¿Cómo vas a vivir?

—No lo sé, Rebeca. Mis necesidades son pocas. Ya lo sabes. Mira alrededor. —Señaló con un brazo la habitación—. Puedo arreglármelas con poco.

—Pero contéstame, ¿cómo vivirás? Sin dinero. Sin amigos.

—Estoy pensando en trabajar con el cristal para ganarme la vida. Creo que eso sabré hacerlo bien.

—¿El cristal?

—Lentes. Lupas. Puede que hasta

telescopios.

Rebeca miró a su hermano con asombro.

—Un judío puliendo cristales. ¿A ti qué te ha pasado, Bento? ¿Por qué eres tan raro? No te interesa nada la vida real. Ni una mujer, una esposa, ni una familia. Solías decir siempre cuando éramos niños que querías casarte conmigo, pero durante todos estos años, desde tú *bar mitsvá*, nunca has vuelto a mencionar el matrimonio, y nunca he sabido que te interesaras por ninguna mujer. Eso es antinatural. ¿Sabes lo que pienso? Pienso que nunca te recuperaste de la muerte de nuestra madre. La viste

morir, gimiendo y luchando por respirar. Era horrible. Recuerdo cómo me apretabas la mano en la barca fúnebre en que llevábamos su cuerpo al cementerio de Beth Haim, en Ouderkerk. No dijiste una palabra en todo aquel día, sólo mirabas fijamente al caballo que arrastraba la barca a lo largo del canal. Los vecinos y los amigos gemían, y se lamentaban tan fuerte que los alguaciles holandeses nos abordaron y nos hicieron callar. Y luego, durante toda la ceremonia del entierro, estuviste con los ojos cerrados, como si estuvieses dormido de pie. No viste cómo dieron la vuelta alrededor del cuerpo de madre

siete veces. Te pellizqué cuando lo colocaron en la fosa y tú abriste los ojos y te quedaste aterrado e intentaste escapar corriendo cuando todo el mundo empezó a tirar puñados de tierra encima de ella. Tal vez fuese demasiado... quizá te afectase demasiado su muerte, sí. Después de eso estuviste semanas sin apenas hablar. Quizá no te recuperases de eso nunca, y no quieres arriesgarte a amar a otra mujer, no quieres arriesgarte a otra pérdida, otra muerte como aquélla. Tal vez por eso no dejas que nadie te importe.

Bento movió la cabeza.

—Eso no es cierto, Rebeca. Tú me

importas. Y Gabriel me importa. No volver a veros será doloroso. Hablas de mí como si no fuese humano.

Rebeca continuó como si no le hubiese oído.

—Creo que no te has recuperado de todas esas muertes. Cuando murió nuestro hermano Isaac mostraste tan poco sentimiento... era casi como si no entendieras lo que pasaba. Y luego cuando padre te dijo que tenías que dejar tus estudios rabínicos para hacerte cargo de la tienda, te limitaste a decirle que sí. Como si no tuviese importancia.

—Eso no tiene sentido —dijo Gabriel—. El que perdiésemos a

nuestros padres no es la explicación. Hemos vivido los dos en la misma familia, hemos pasado los dos por esas mismas muertes y yo no pienso como él. Yo quiero ser judío. Quiero tener una esposa y una familia.

—¿Y cuándo me has oído decir que una familia no era importante? —dijo Bento—. Yo quiero que seas feliz, Gabriel. Estoy muy contento de que quieras formar una familia. Me duele mucho pensar que nunca veré a tus hijos.

—Pero tú quieres a las ideas, no quieres a la gente —exclamó Rebeca—. Puede que se deba a cómo te educó padre. ¿Te acuerdas de la tabla de miel?

Bento asintió.

—¿Qué? —preguntó Gabriel.

—Cuando Bento era muy joven, debía de tener tres o cuatro años, no recuerdo bien, padre le enseñó a leer con un método extraño. Más tarde explicó que esa práctica de enseñanza era frecuente cientos de años atrás. Le dio a Bento una tabla en la que estaba pintado todo el *alef, bet, gimmel* cubierto de miel. Y le dijo a Bento que lamiese toda la miel. Padre creía que eso le ayudaría a amar las letras hebreas y el idioma hebreo.

»Tal vez funcionó demasiado bien —continuó Rebeca—. Tal vez por eso te

interesas más por los libros y por las ideas que por la gente.

Bento vaciló. Cualquier cosa que pudiese decir no haría más que empeorar la situación. Ni su hermana ni su hermano podían abrir la mente a sus ideas, y tal vez fuese mejor así en realidad. Si consiguiese ayudarles a ver los problemas de la obediencia ciega a la autoridad del rabino, eso pondría en peligro sus esperanzas de felicidad en sus matrimonios y en su comunidad. Tendría que dejarles sin su bendición.

—Sé que estás enfadada Rebeca, y tú también Gabriel. Y si considero esto desde vuestro punto de vista, puedo

entender por qué. Pero vosotros no podéis verlo desde el mío, y me entristece que debamos separarnos sin entendernos. Aunque puedan ser de poco consuelo, éstas son mis palabras de despedida: Os prometo que viviré una vida santa y seguiré las palabras de la Torá, amando al prójimo, no haciendo daño a nadie, sin apartarme del camino de la virtud y dirigiendo mis pensamientos hacia nuestro Dios infinito y eterno.

Pero Rebeca no estaba escuchando. Tenía más cosas que decir.

—Piensa en tu padre, Bento. Él no yace al lado de sus esposas, ni de

nuestra madre ni de Esther. Él yace en un terreno consagrado junto a los más santos. Yace en su sueño eterno, honrado por su devoción a la sinagoga y a nuestra ley. Nuestro padre sabía que la llegada del Mesías estaba cerca, y sabía que el alma era inmortal. Piensa... piensa cómo sentiría por su hijo Baruch. Piensa cómo se siente, porque su espíritu no muere. Ronda, ve, conoce la herejía de su hijo favorito. ¡Te maldice en este momento!

Bento no pudo contenerse.

—Estás haciendo precisamente lo que hacen los rabinos y los doctores de la ley. Y ahí es precisamente donde ellos

y yo discrepamos. Proclamáis todos con mucha seguridad que el espíritu de nuestro padre me observa y me maldice. ¿De dónde procede esa seguridad? ¡No de la Torá! Me la sé de memoria y no contiene una palabra sobre eso. No hay ninguna prueba de las cosas que dices sobre el espíritu de padre. Ya sé que oyes contar esos cuentos de hadas a los rabinos, pero ¿no ves que sólo sirven a sus propósitos? Nos controlan con el miedo y la esperanza: el miedo a lo que pasará después de la muerte y la esperanza de que, viviendo de una forma determinada, una forma que es buena para la congregación y para asegurar la

autoridad de los rabinos, disfrutaremos de una vida de bienaventuranza en el otro mundo.

Rebeca se había tapado las orejas con las manos, pero Bento siguió hablando más alto:

—Yo te digo que, cuando muere el cuerpo, muere el alma. No hay otro mundo. No permitiré que los rabinos ni nadie me prohiban razonar, pues sólo a través de la razón podemos conocer a Dios, y esa tarea es la única fuente de bienaventuranza en esta vida.

Rebeca se levantó y se dispuso a irse. Se acercó más a Bento y lo miró a los ojos.

—Te quiero tal como eras antes, en nuestra familia —le abrazó—. Y ahora —y le abofeteó— te odio.

Y cogió a Gabriel de la mano y lo arrastró con ella fuera de la habitación.

18. Múnich-1919

A la mañana siguiente, mientras Alfred esperaba el libro de Spinoza en la cola de la biblioteca, afloró en su mente un sueño de la noche anterior: «Camino y hablo con Friedrich en el bosque. De pronto él desaparece y estoy solo y pasa gente que parece no verme. Me siento invisible. No me ven. Luego el bosque se oscurece. Tengo miedo». Eso era todo lo que podía recordar. Había más, lo sabía, pero no podía recuperarlo. Era extraño, pensó, lo fugaces que podían

ser los sueños. De hecho ni siquiera había recordado que había tenido un sueño hasta que aquel retazo había aflorado de pronto en su mente. El recuerdo debía haber sido provocado por la vinculación entre Spinoza y Friedrich. Estaba allí haciendo cola para conseguir el *Tratado teológico-político*, el libro que Friedrich había sugerido que leyese antes de intentar leer la *Ética*. Qué extraño que Friedrich apareciese tan a menudo en su pensamiento... al fin y al cabo, sólo se habían visto dos veces. No, eso no era verdad del todo. Friedrich lo conocía de niño. Tal vez fuese por el carácter

singular, extrañamente personal, de su conversación.

Cuando llegó a la oficina, aún no había hecho aparición Eckart. Esto no era nada excepcional, porque Eckart bebía mucho todas las noches y sus horas de trabajo matutinas eran irregulares. Alfred se puso a hojear el prefacio del libro de Spinoza, que describía lo que éste se proponía demostrar. No tuvo ningún problema para leer aquel libro: la prosa era de una claridad cristalina. Friedrich tenía razón, había sido un error empezar por la *Ética*. La primera página llamó ya la atención de Alfred. «Es el miedo el que

engendra la superstición —leyó. Y—: La gente débil y codiciosa utiliza en la adversidad oraciones y lágrimas mujeriles para implorar la ayuda de Dios.» ¿Cómo podía haber escrito aquello un judío del siglo XVII? ¡Aquéllas eran palabras de un alemán del siglo XX!

La página siguiente describía cómo la «pompa y el ceremonial incorporados a la religión bloquean la mente de los hombres con el dogmatismo, excluyen la razón firme, no dejando espacio ni siquiera para un mínimo de duda». ¡Asombroso! ¡Y la cosa no paraba ahí! Spinoza continuaba hablando de la

religión como «una urdimbre de misterios ridículos» que atrae a hombres «que desprecian categóricamente la razón». Alfred se quedó boquiabierto. Era asombroso.

¿Los hebreos como «pueblo elegido» de Dios? «Una necedad», decía Spinoza. Una lectura honesta e informada de la ley mosaica, insistía Spinoza, revelaba que Dios favoreció a los judíos sólo eligiendo para ellos una delgada franja de territorio donde pudiesen vivir en paz.

¿Y que las Escrituras eran la «palabra de Dios»? La prosa potente de Spinoza desechaba rotundamente esa

idea afirmando que la Biblia sólo contiene verdades espirituales (es decir, la práctica de la justicia y la caridad) no verdades mundanas. Todos aquellos que encuentran verdades y leyes mundanas en la Biblia o están equivocados o sirven intereses egoístas, insistía Spinoza.

El prefacio concluía con una advertencia: «Pido que la multitud no lea mi libro» y continuaba explicando que «el pueblo inculto y supersticioso, que sostiene que la razón es sólo una sirvienta de la teología, no sacará ningún fruto de esta obra. En realidad su fe puede quedar inquietantemente

perturbada».

Impresionado por estas palabras, Alfred no pudo evitar maravillarse de la audacia de Spinoza. La breve introducción biográfica afirmaba que, aunque el libro había sido publicado anónimamente en 1670 (cuando Spinoza tenía treinta y ocho años), la identidad del autor era ampliamente conocida. Para decir eso en 1670 hacia falta valor: sólo dos generaciones antes Giordano Bruno había sido quemado en la hoguera por herejía y sólo una generación antes había tenido lugar en el Vaticano el juicio a Galileo. La introducción indicaba que el libro había sido

prohibido rápidamente por el Estado, por la Iglesia católica, por los judíos y poco después por los calvinistas. Todo eso decía mucho en su favor.

No se podía negar la inteligencia extraordinaria del autor. Ahora, por fin, por fin, comprendía por qué el gran Goethe y todos los otros alemanes a los que él estimaba tanto (Schellling, Schiller, Hegel, Lessing, Nietzsche) reverenciaban a aquel hombre. ¿Cómo podían no admirar una inteligencia como aquélla? Pero, claro está, ellos habían vivido en otro siglo y no sabían nada sobre la nueva ciencia de la raza, nada sobre los peligros de la sangre

envenenada... ellos simplemente admiraban aquella mutación, aquella flor extraordinaria que brotaba del cieno. Alfred miró la página del título: «Benedictus Spinoza... hummm, Benedictus... lo más alejado posible de un nombre semita». El bosquejo biográfico indicaba que había sido excomulgado por los judíos cuando contaba veintitantos años de edad y que no había vuelto a tener contacto con ningún judío. Así que no era un judío de verdad. Era una mutación: los judíos reconocían que no era un judío, y también él debía haberse dado cuenta de ello, al adoptar aquel nombre.

Dietrich apareció a las once y se pasó el día enseñando a Alfred a ser un corrector más eficaz. Pronto se le adjudicó la responsabilidad de corregir la mayoría del trabajo que se enviaba al periódico. En cuestión de semanas, el lápiz rojo de Alfred se movía con la rapidez del rayo mientras elevaba habilidosamente el estilo y la intensidad de la prosa de otros. Alfred se sentía dichoso; no sólo contaba con un soberbio maestro, sino que era el único «hijo» de Dietrich. Pero eso no tardaría en cambiar. Había un compañero de lecho de Alfred en camino... un compañero de lecho que ocuparía toda

la habitación.

El cambio se puso en marcha varias semanas después, en septiembre de 1919, cuando Anton Drexler, el hombre que había dado la bienvenida a Alfred a la Sociedad Thule, apareció en la oficina muy excitado. Cuando Dietrich estaba a punto de cerrar la puerta para una charla privada con Drexler, Dietrich le hizo señas a Alfred de que entrase.

—Alfred, déjeme que lo oriente —dijo Drexler—. Estoy seguro de que sabe que, poco después de que asistiese a su primera reunión de la Sociedad Thule, varios de nosotros pusimos en marcha un nuevo partido político, el

Partido de los Trabajadores Alemanes. Recuerdo que asistió usted a una de las primeras reuniones, una pequeña. Pero ahora estamos en condiciones de expandirnos. Dietrich y yo queremos invitarle asistir a nuestra próxima reunión y a escribir un artículo de fondo sobre el partido. Hay toda una legión de partidos y necesitamos conseguir una notoriedad mayor.

Alfred, después de mirar a Eckart, cuyo firme asentimiento sugería que la invitación era más que una invitación, contestó:

—Asistiré sin falta a la próxima reunión.

Drexler pareció satisfecho. Cerró la puerta e indicó a Alfred que tomase asiento.

—Bueno, Dietrich, creo que hemos encontrado al hombre que estábamos esperando. Déjeme decirle lo que ha pasado. Recordará, supongo, que, cuando decidimos que el partido pasase de ser un grupo de debate de los miembros de la Sociedad Thule para convertirse en un partido político activo con actos públicos, tuvimos que pedir un permiso al Ejército... y que se nos notificó que asistirían a nuestros actos periódicamente observadores militares...

—Recuerdo esa norma y la apruebo plenamente. Es necesario mantener a raya a los comunistas.

—Bueno —continuó Drexler—, pues en una reunión de la semana pasada con unos veinticinco o treinta asistentes, ese hombre, bastante pobremente vestido y de aspecto tosco, llegó tarde y se sentó en la última fila. Carl, nuestro guardaespaldas y apaga broncas, me cuchicheó que se trataba de un observador del Ejército de paisano y que se le había visto en otros mítines políticos y en teatros y clubes, buscando agitadores peligrosos.

»Pues bien, este observador (se

llama Hitler, es un cabo del Ejército, pero lo van a licenciar dentro de unos meses) guardó un absoluto silencio mientras escuchaba al orador principal pronunciar un insulso discurso sobre la abolición del capitalismo. Pero luego, en el debate que siguió, las cosas se animaron. Alguien del público hizo una larga declaración apoyando ese plan estúpido que anda flotando por Baviera de romper con Alemania y unirse a Austria en un Estado alemán meridional. Pues bien, instantáneamente, ese Hitler se puso furioso, se levantó, se dirigió a la parte delantera de la sala y lanzó un fogoso ataque contra esa idea o contra

cualquier propuesta de debilitar deliberadamente a Alemania. Continuó durante unos minutos más fustigando a los enemigos de Alemania, a los aliados de los criminales de Versalles que están intentando asesinar a nuestro país, fragmentarnos, privarnos de nuestro glorioso destino, etc.

»Fue un arrebato feroz, parecía un loco a punto de perder el control. El público se sentía inquieto y agitado, y yo estaba a punto de pedirle a Carl que le hiciese retirarse... vacilaba sólo porque, bueno, él es del Ejército. Pero en ese momento, como si él se diese cuenta de lo que yo estaba pensando, se controló,

recuperó la serenidad y pronunció un impresionante discurso improvisado de largo alcance de quince minutos. Nada original en el contenido. Sus ideas (antijudías, promilitares, anticomunistas) son similares a las nuestras. Pero el discurso fue asombroso. A los pocos minutos todo el mundo, y quiero decir todo el mundo, se había quedado transfigurado, con la atención fija en sus brillantes ojos azules y en cada una de sus palabras. Ese hombre tiene un don. Me di cuenta instantáneamente y después del mitin corrí tras él y le di mi folleto *Mi despertar político*. Le di también mi

tarjeta y le invité a ponerse en contacto conmigo para que pudiera explicarle más cosas sobre el partido.

—¿Y? —preguntó Eckart.

—Bueno, me visitó anoche. Hablamos por extenso de los propósitos y objetivos del partido, y él es ya el miembro número 555 y se dirigirá al partido en la próxima reunión.

—¿Quinientos cincuenta y cinco? —exclamó Alfred—. ¡Es asombroso! ¿Han crecido ya tanto?

—Entre nosotros, y sólo entre nosotros, Alfred, el número es 55 —cuchicheó Drexler—. Pero queremos que en el artículo añadas un dígito y lo

conviertas en 555. Nos tomarán más en serio si creen que somos más.

Pocas noches después, Eckart y Alfred fueron a oír hablar al cabo Hitler. Iban a ir a cenar después a casa de Eckart. Hitler se dirigió con paso seguro al estrado y sin ninguna introducción se lanzó rápidamente a hacer una advertencia a las cuarenta personas allí reunidas sobre el peligro que significaban los judíos para Alemania.

—He venido —soltó— a advertiros sobre los judíos y a instaros a un nuevo tipo de antisemitismo. Pido un antisemitismo basado en los hechos, no en las emociones. El antisemitismo

emocional sólo conduce a pogromos ineficaces. Y ésa no es la solución. Necesitamos más, mucho más, que eso. Necesitamos un antisemitismo racional. La racionalidad sólo puede llevarnos a una conclusión absolutamente inquebrantable: la eliminación total de los judíos de Alemania.

Luego hizo otra advertencia:

—La revolución que barrió del poder a la cabeza coronada de Alemania no debe abrir la puerta al judeobolchevismo.

Alfred se sobresaltó por el término «judeobolchevismo» de Hitler. Él había estado utilizando exactamente ese mismo

término desde hacía algún tiempo, y aquel cabo estaba pensando del mismo modo, utilizando las mismas palabras. Eso era, al mismo tiempo, malo y bueno. Malo porque Alfred se sentía propietario del término, pero bueno porque comprendía que tenía en aquel hombre un vigoroso aliado.

—Dejadme que os diga más sobre el peligro judío —continuó Hitler—. Dejadme que os diga más sobre el antisemitismo racional. No es por la religión de los judíos. Su religión no es peor que la de otros, es parte de la misma gran estafa religiosa. Y no es por su historia ni por su abominable cultura

parasitaria, aunque sus pecados contra Alemania a lo largo de los siglos sean legión. No, esas cosas no son la razón. El verdadero problema es su raza, su sangre contaminada, que está debilitando y amenazando a Alemania cada día, cada hora, cada minuto.

»La sangre contaminada jamás puede purificarse. Dejadme que os hable de los judíos que eligieron el bautismo, de los judíos conversos al cristianismo. Ésos son los peores. Son los que plantean el mayor peligro. Infectarán insidiosamente nuestro gran país y lo destruirán, lo mismo que han destruido todas las grandes civilizaciones.

Alfred echó la cabeza hacia atrás al oír esto. «Tiene razón, tiene razón», pensó. Aquel Hitler le recordaba lo que él sabía. La sangre no se puede cambiar. Una vez judío, siempre judío. Alfred necesitaba reconsiderar todo su enfoque del problema de Spinoza.

—Y ahora, hoy —siguió Hitler, y empezó a golpearse el pecho con cada consideración que hacía—, debéis comprender que no podéis cerrar los ojos ante este problema. Y los pequeños pasos no pueden resolver este problema... el problema de si nuestra Nación puede llegar a recuperar alguna vez la salud. Hay que erradicar el

germen judío. No os equivoquéis pensando que podéis combatir una enfermedad sin matar al portador, sin destruir el bacilo. No penséis que podéis combatir la tuberculosis racial sin procurar librar a la Nación del portador de esa tuberculosis racial.

Hitler enunciaba cada consideración con una voz que iba haciéndose más y más aguda, cada frase en un tono más alto, hasta que parecía seguro que su voz se quebraría, se haría añicos... pero nunca llegaba a suceder. Y terminó gritando:

—¡Esta contaminación judía no cesará, este envenenamiento de la

Nación no terminará hasta que el propio portador, el judío, haya sido barrido de nuestra Nación!

Todo el público se levantó inmediatamente aplaudiendo con frenesí.

La cena aquella noche en casa de Eckart fue íntima, con sólo cuatro presentes: Alfred, Drexler, Eckart y Hitler. Pero aquél era un Hitler diferente, no era el Hitler furioso que se daba golpes de pecho sino un Hitler educado, simpático.

Rosa, la esposa de Eckart, una mujer refinada, los acompañó al salón pero al cabo de unos minutos se retiró discretamente, dejando que los cuatro

hombres conversasen en privado. Eckart, con gesto teatral, sacó uno de los mejores vinos de su bodega, pero su entusiasmo se desvaneció al descubrir que Hitler era absolutamente abstemio y Alfred hombre de un sólo vaso. Y aún se decepcionó más cuando se enteró de que Hitler era vegetariano y no participaría del humeante pato asado que el ama de llaves llevó orgullosamente al comedor. Después de que el ama de llaves preparara rápidamente unos huevos revueltos y patatas para Hitler, comieron los cuatro y hablaron a lo largo de tres horas.

—Bueno, Herr Hitler, háblenos de

su tarea actual y de su futuro en el Ejército —dijo Eckart.

—No hay mucho futuro para el Ejército desde el tratado de Versalles, maldito sea para siempre, que ha puesto un límite de cien mil soldados y absolutamente ningún límite a nuestros enemigos. Esa reducción significa que me licenciarán en unos seis meses. De momento tengo pocas tareas encomendadas, aparte de la de observador en los mítines de los partidos políticos más peligrosos de entre los cincuenta que hay actualmente en Múnich.

—¿Y por qué se consideró peligroso

el Partido de los Trabajadores Alemanes? —preguntó Eckart.

—Por la palabra «trabajadores». Eso despierta sospechas de cierta influencia comunista. Pero le aseguro, Herr Eckart, que después de mi informe, el Ejército no les ofrecerá más que apoyo. Es una situación peligrosa para todos nosotros. Los bolcheviques fueron los responsables de la rendición rusa en la guerra, y ahora se dedican a infiltrarse en Alemania para convertirnos en un Estado bolchevique.

—Usted y yo hablamos ayer —dijo Drexler— sobre la reciente oleada de asesinatos de dirigentes izquierdistas.

¿Le importaría repetir para Herr Eckart y Herr Rosenberg cómo piensa usted que deberían reaccionar el Ejército y la policía?

—Yo creo que hay demasiados pocos asesinatos, y si de mí dependiese, suministraría más balas a los asesinos.

La respuesta provocó amplias sonrisas de Drexler y de Eckart, y éste preguntó:

—¿Qué opina usted de nuestro partido hasta el momento?

—Me gusta lo que veo. Estoy completamente de acuerdo con el programa y, después de pensar detenidamente sobre el asunto, no tengo

absolutamente ningún reparo en unir mi suerte con la de su partido.

—¿Y nuestro pequeño tamaño? —preguntó Drexler—. Aquí Alfred, nuestro periodista, se quedó un poco sorprendido al enterarse de que nuestros primeros quinientos soldados eran de la variedad mítica.

—Bueno, como periodista —Hitler se dirigió a Alfred—, espero que esté usted de acuerdo en que la verdad es lo que el público cree. Hablando con franqueza, Herr Drexler, nuestro pequeño tamaño es, para mí, una ventaja, no una desventaja. Cobro mi paga del Ejército, mi superior directo

me hace pocos encargos y durante los próximos seis meses tengo el propósito de trabajar sin descanso para el partido y la esperanza de poner pronto mi huella en él.

—¿Puedo tomarme la libertad, Herr Hitler, de pedirle más información sobre su servicio militar? —preguntó Eckart—. Lo que me interesa especialmente es su rango. Tiene usted un potencial de mando tan evidente. Debería de tener una graduación alta, y sin embargo es usted un cabo...

—Esa cuestión debe planteársela a mis superiores. Sospecho que ellos le dirían que yo era potencialmente un gran

dirigente pero que, al mismo tiempo, me resistí con firmeza a ser sólo alguien que cumple órdenes. Lo más importante, sin embargo, son los hechos. —Miró de nuevo a Alfred para asegurarse de que estaba tomando notas—. Fui condecorado con dos cruces de hierro al valor. Compruebe eso en el Ejército, Herr Rosenberg. Un buen periodista tiene que cotejar los hechos, aunque haya veces que pueda decidir no utilizarlos. Y fui herido dos veces en combate en el frente. La primera fueron heridas de metralla en una pierna. Pero, en vez de disfrutar de una larga convalecencia, insistí en reincorporarme

inmediatamente a mi regimiento. La segunda fue un regalo de nuestros amigos británicos: gas mostaza. Varios quedamos ciegos temporalmente y sobrevivimos sólo porque uno estaba sólo medio ciego. Nos condujo a todos cogidos de la mano formando una cadena desde el frente a donde estaban los servicios médicos. Me trataron en el hospital Pasewalk y me dieron de alta hace un año, con una lesión en las cuerdas vocales.

Alfred, que no dejaba de tomar notas, alzó la vista y dijo:

—Sus cuerdas vocales parecían fuertes y saludables esta noche.

—Sí, eso me pareció. Es extraño, pero los que me conocían antes de la herida dicen que el gas parece haberme hecho más fuerte la voz. Puede estar seguro de que no dejaré de utilizarla contra los criminales franceses y británicos.

—Es usted un orador excelente, Herr Hitler —dijo Eckart— y creo que será usted de un valor incalculable para nuestro partido. Dígame, ¿ha tenido usted formación profesional en oratoria?

—Sólo brevemente, en el Ejército. Debido a unos cuantos discursos improvisados que dirigí a otros soldados, me dieron un curso de

formación de un par de horas y me asignaron la misión de aleccionar a los prisioneros de guerra alemanes que regresaban sobre los graves peligros que amenazan a Alemania: el comunismo, los judíos y el pacifismo. Mi historial en el Ejército contiene un informe de mi comandante en jefe que me califica como un «orador nato». Yo creo que tengo un don, y me propongo utilizarlo al servicio de nuestro partido.

Eckart siguió haciendo preguntas sobre los estudios y las lecturas de Hitler. Alfred se quedó sorprendido al enterarse de que había sido pintor y se sintió solidario con su indignación por

el hecho de que los judíos controlasen la Academia de Arte de Viena y le hubiesen negado el acceso a la escuela de pintura. Quedaron en salir a dibujar juntos algún día. Al final de la velada, cuando los invitados se disponían a irse, Eckart pidió a Alfred que se quedase un poco más para hablar de unas cuestiones de trabajo. Una vez solos, Eckart sirvió coñac para los dos, ignorando la negativa de Alfred, y dijo:

—Bueno, Alfred, él ha llegado. Creo que esta noche hemos visto el futuro de Alemania. Es tosco y está sin pulir... tiene muchas insuficiencias, lo sé. Pero ¡tiene poder, mucho poder! Y todos los

sentimientos justos. ¿No está usted de acuerdo?

Alfred vacilaba.

—Veo lo que usted ve. Pero cuando pienso en elecciones, imagino grandes sectores de Alemania que podrían no estar de acuerdo. ¿Van a poder aceptar a un hombre que carece por completo de formación universitaria?

—Un hombre, un voto. La inmensa mayoría de ellos se han educado en las calles como Hitler.

Alfred se aventuró aún más:

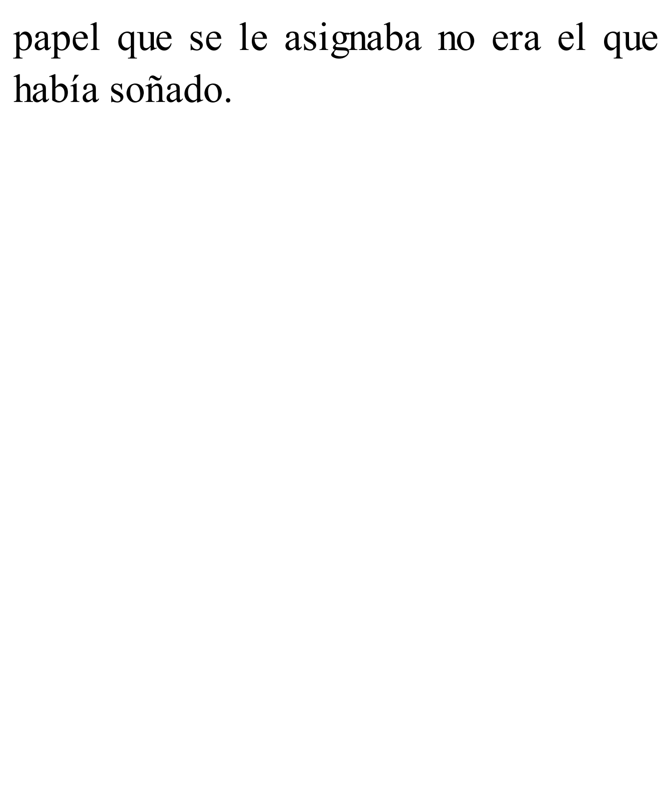
—Sin embargo yo creo que la grandeza de Alemania emana de nuestras almas grandes: Goethe, Kant, Hegel,

Schiller, Leibniz. ¿No está de acuerdo?

—Por eso precisamente le pedí que se quedase. Él necesita... ¿cómo lo diré? Pulirse. Completarse. Es un lector pero un lector sumamente selectivo, y necesitamos llenar los vacíos. Ése será, Rosenberg, nuestro trabajo... suyo y mío. Pero tenemos que ser hábiles y sutiles. Percibo en él mucho orgullo, y la tarea hercúlea que tenemos ante nosotros es educarlo sin que se dé cuenta.

Alfred volvió a casa caminando cansinamente. El futuro se había aclarado más. Se estaba representando un nuevo drama, y aunque él estaba ya seguro de que figuraría en el reparto, el

papel que se le asignaba no era el que había soñado.



19. Ámsterdam-27 de julio de 1656

El exterior de la sinagoga Talmud Torá, la más importante de los judíos sefardíes, parecía el exterior de cualquier otra casa del Houtgracht, un bulevar grande y bullicioso donde vivían muchos judíos sefardíes de Ámsterdam. Pero el interior de ella, con sus lujosos enseres y adornos moriscos, pertenecía a otro mundo. Adosada a la pared lateral (la más próxima a

Jerusalén), con los *Sefers* de la Torá dentro, y oculta tras una cortina bordada de terciopelo rojo oscuro, había un Arca de la Alianza de complejas tallas. Frente a ella había una *bimá* que servía como plataforma en la que se colocaban el rabino, el cantor, el lector del día y otros dignatarios. Todas las ventanas estaban cubiertas por gruesos tapices bordados con pájaros y parras, que impedían a los transeúntes ver el interior.

La sinagoga servía como centro de la comunidad judía, como escuela hebrea y como casa de oración para sencillos servicios matutinos, las

ceremonias del sabbat más largas y las celebraciones de las festividades solemnes.

No eran muchos los que asistían regularmente a las oraciones breves de los días entre semana; era frecuente que sólo hubiese diez hombres (la *minyán* necesaria), y si no los había, se iniciaba una apresurada búsqueda callejera para encontrar más fieles. Las mujeres, por supuesto, no contaban para la *minyán*. Pero la mañana del 27 de julio de 1656, jueves, no había diez fieles devotos y silenciosos sino casi trescientos ruidosos miembros de la congregación que ocupaban todos los asientos y todo

el espacio que había para los que permanecían de pie. No sólo estaban presentes los fieles habituales de los días entre semana y los judíos del sabbat sino hasta los «judíos de las festividades solemnes», a los que rara vez se les veía.

La razón de ese alboroto y de esa memorable concurrencia era la misma emoción, el mismo horror y la misma turbia fascinación que había inflamado a lo largo de los siglos a las multitudes que corrían a presenciar crucifixiones, ahorcamientos, decapitaciones y autos de fe. La noticia de que Baruch Spinoza iba a ser excomulgado se había

propagado rápidamente por toda la comunidad judía de Ámsterdam.

El que se decretase un *hérem* era un hecho frecuente en la comunidad judía de Ámsterdam del siglo XVII. Se emitía uno cada tres o cuatro meses y todos los judíos adultos habían presenciado muchos. Pero la enorme multitud del 27 de julio esperaba uno que no tenía nada de ordinario. La familia Spinoza era bien conocida por todos los judíos de Ámsterdam. El padre de Baruch y su tío, Abraham, habían servido a menudo en el *mahamad*, el consejo rector de la sinagoga, y ambos yacían enterrados en el sector más sagrado del cementerio.

Pero la caída en desgracia del que está más alto siempre emociona más a las multitudes: el lado obscuro de la admiración es la envidia, unida al descontento por la propia vulgaridad.

El *hérem*, de tradición antigua, describe por primera vez en el siglo II a. C., en la Mishná, la compilación escrita más antigua de tradiciones rabínicas orales. Un compendio sistemático de infracciones que implicaban *hérem* lo compiló en el siglo XV el rabino Josef Caro en su influyente libro *La mesa preparada* (*Shulchan Arukh*), que fue ampliamente impreso y conocido por los judíos de Ámsterdam del siglo XVII.

Rabí Caro enumeró un gran número de infracciones que merecían *hérem*, entre las que se incluía el juego, la conducta libidinosa, no pagar los impuestos, insultar públicamente a otros miembros de la comunidad, casarse sin consentimiento paterno, cometer bigamia o adulterio, desobedecer una decisión de la *mahamad*, faltar al respeto al rabino, enredarse en debates teológicos con gentiles, negar la validez de la ley rabínica de tradición oral y poner en duda la inmortalidad del alma o la naturaleza divina de la Torá.

No eran solamente el quién y el porqué del *hérem* inminente lo que

excitaba la curiosidad entre la multitud de la sinagoga Talmud Torá: había rumores que presagiaban una severidad extrema. El *hérem* solía ser un castigo suave, que tenía como consecuencia una multa o la marginación por unos días o por unas semanas. En casos más graves que incluían blasfemia, el periodo era más largo, habiendo llegado a ser uno de ellos de once años. Sin embargo, siempre era posible la rehabilitación si el individuo estaba dispuesto a arrepentirse y a aceptar alguna pena prescrita, en general una multa cuantiosa o, como en el caso del infame Uriel da Costa, flagelación pública. Pero en los

días anteriores al 27 de julio de 1656 habían circulado rumores sobre un *hérem* de severidad sin precedentes.

De acuerdo con la costumbre en los casos de *hérem*, el interior de la sinagoga estaba iluminado sólo por velas de cera negra, siete colocadas en un candelabro colgante grande y doce más alrededor en hornacinas de las paredes. Rabí Morteira y su ayudante, Rabí Aboab, que había vuelto después de trece años en Brasil, estaban uno al lado del otro en la *bimá*, delante del Arca de la Alianza, flanqueados por los seis *parnassim*. Tras esperar solemnemente a que la congregación se

callara, Rabí Morteira alzó un documento en hebreo y, sin palabras introductorias ni salutación, leyó en hebreo con su voz tonante la proclama. La mayoría de los miembros de la congregación escucharon en silencio. Los pocos que entendían el hebreo hablado traducían en cuchicheos al portugués para sus vecinos, que, a su vez, pasaban la información de fila en fila. Cuando Rabí Morteira terminó de leer, el talante de la congregación había pasado a ser sobrio, casi sombrío.

Rabí Morteira dio dos pasos atrás cuando Rabí Aboab se adelantó y empezó a traducir el *hérem* del hebreo,

palabra por palabra, al portugués:

—Los Señores del *Parnassim* proclaman que, siendo conocedores desde hace mucho de las malas ideas y obras de Baruch de Spinoza, han procurado por diversos medios y promesas apartarle de sus malas costumbres. Mas, al no conseguir que se enmendase, y recibir, por contra, continua noticia de las herejías abominables que practicaba y enseñaba, y sobre sus hechos monstruosos, y teniendo de todo esto numerosos testigos fidedignos que han depuesto y prestado testimonio a estos efectos en presencia del dicho Spinoza, quedaron

convencidos de la veracidad de lo dicho; y una vez investigado todo ello en presencia de los honorables rabinos, éstos han decidido que el dicho Spinoza debía ser excomulgado y expulsado del pueblo de Israel.

¿«Herejías abominables»? ¿«Malas obras»? ¿«Actos monstruosos»? Se elevó un murmullo en la congregación. Se miraban unos a otros, asombrados. Muchos habían conocido a Baruch Spinoza toda su vida. La mayoría lo admiraba y ninguno sabía que hubiese tenido participación alguna en maldades, en hechos monstruosos o herejías abominables. Rabí Aboab continuó:

—Por el decreto de los ángeles y por el mandato de los santos, anatematizamos, expulsamos, maldecimos y condenamos a Baruch Spinoza con el consentimiento de Dios, bendito sea, y con el consentimiento de toda la Santa Congregación, y delante de estos libros sagrados, con los 613 mandamientos que hay escritos en ellos, le maldecimos con el anatema con que Josué anatematizó a Jericó y con la maldición con la que Elías maldijo a los muchachos y con todos los castigos que están escritos en el Libro de la Ley.

Gabriel, desde la zona de los hombres buscó con la mirada a Rebeca,

en la zona de las mujeres, intentando calibrar su reacción ante aquella violenta condena de su hermano. Gabriel nunca había presenciado un *hérem* tan terrible. E inmediatamente se hizo aún peor. Rabí Aboab continuó:

—Maldito sea Baruch Spinoza de día, y maldito de noche; maldito al acostarse, maldito al levantarse. Maldito sea al salir y maldito al entrar. Que el Señor no le perdone nunca, que caiga sobre él su cólera y su furia, y que borre su nombre de todo lo que se extiende bajo los cielos. Y que el Señor le separe de todas las tribus de Israel, con todas las maldiciones de la Alianza escritas en

el Libro de la Ley. Pero vosotros estáis unidos al señor vuestro Dios, todos vosotros estáis vivos hoy.

Cuando Rabí Aboab retrocedió, se adelantó Rabí Morteira y lanzó una mirada terrible a la congregación, como si estableciese contacto ocular con cada uno de sus miembros, y lentamente, pronunciando enfáticamente cada sílaba, proclamó el anatema:

—Ordenamos que nadie se comunique con Baruch Spinoza, ni de palabra ni por escrito ni le haga ningún favor ni esté con él bajo el mismo techo ni a menos de cuatro codos de él, ni lea ningún tratado compuesto o escrito por

él.

Rabí Morteira hizo una seña con la cabeza al Rabí Aboab. Sin pronunciar palabra, se cogieron del brazo y bajaron los dos de la *bimá*. Luego, seguidos por los seis *parnassim*, recorrieron el pasillo central y salieron de la sinagoga. La congregación estalló en un clamor ronco. Ni siquiera los miembros más viejos podían recordar un *hérem* tan duro. No se había hecho mención alguna de arrepentimiento o rehabilitación. Todos los miembros de la congregación parecían comprender las implicaciones de las palabras del rabí. Aquel *hérem* era para siempre.

20. Múnich-marzo de 1922

Alfred fue modificando con el paso de las semanas su opinión sobre el papel que se le había asignado. No era ya gravoso, sino una gloriosa oportunidad, el papel perfecto para que pudiera ejercer una enorme influencia sobre el destino de la Patria. El partido aún era pequeño, pero Alfred sabía que era el partido del futuro.

Hitler vivía en un pequeño

apartamento que quedaba cerca de la redacción del periódico y visitaba casi a diario a Eckart, que hacía de mentor de su protegido agudizando su antisemitismo, ampliando su visión política y presentándole a personajes destacados de derechas. Tres años más tarde Hitler dedicaría el segundo volumen de *Mi lucha* a Dietrich Eckart: «ese hombre que consagró su vida a despertar a nuestro pueblo con sus escritos, sus pensamientos, sus actos». También Alfred veía a menudo a Hitler, siempre al final de la tarde o de noche, porque Hitler trasnochaba mucho y dormía hasta el mediodía. Hablaban y

paseaban y visitaban galerías y museos.

Había dos Hitlers. Uno era el fiero orador, que electrizaba e hipnotizaba a todos los públicos a los que se dirigía. Alfred nunca había visto nada como aquello, y Anton Drexler y Dietrich Eckart estaban extasiados por haber hallado por fin al hombre que dirigía su partido hacia el futuro. Alfred asistió a muchos de sus discursos, que eran legión. Hitler hablaba con una energía sin límites allí donde podía encontrar un público, en las esquinas de los bulevares más transitados, en tranvías atestados y, principalmente, en cervecerías. Su fama como orador se

extendió rápidamente, y sus oyentes crecieron, a veces llegando hasta el millar. Además, para que el partido pudiese incluir a más simpatizantes, Hitler sugirió cambiar el nombre de Partido de los Trabajadores Alemanes por Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, o NSDAP).

De vez en cuando también Alfred pronunciaba discursos para miembros del partido a los que Hitler solía asistir y que siempre aplaudía. «Las ideas eran maravillosas —decía Hitler—. Pero más fuego, más fuego.»

Y luego estaba el otro Hitler: el Hitler amistoso, el Hitler relajado y cortés que escuchaba las consideraciones de Alfred sobre historia, sobre estética, sobre literatura alemana. «Pensamos igual», exclamaba a menudo Hitler, olvidando el hecho de que había sido Alfred quien había plantado muchas de las semillas que luego germinaban en su mente.

Un día Hitler lo visitó en su nuevo despacho del *Völkischer Beobachter* («El Observador del Pueblo») para entregarle un artículo sobre el alcoholismo que quería publicar. A principios de aquel año el partido nazi

había comprado a la Sociedad Thule su periódico, el *Münchener Beobachter*, lo había rebautizado inmediatamente y se lo había entregado a Dietrich Eckart, que había cerrado su viejo periódico y trasladado todo su personal al nuevo. Hitler esperó mientras Alfred leía el artículo y se sorprendió al ver que Alfred abría un cajón de su escritorio y sacaba el borrador de un artículo que, por pura casualidad, estaba escribiendo él sobre alcoholismo.

Tras leer rápidamente el artículo de Alfred, Hitler alzó la vista y proclamó:

—Son gemelos.

—Sí, son tan parecidos que retiraré

mi artículo —contestó Alfred.

—No, no, insisto. Publique los dos. Causarán gran impacto si aparecen los dos en el mismo número.

Cuando Hitler asumió mayor poder ejecutivo en el partido, decretó que todos los oradores de éste le enseñasen a él, a Alfred, sus discursos antes de pronunciarlos. Más tarde Hitler le excusó de esa tarea: era innecesaria, dijo, por lo similares que eran sus mensajes. Pero Alfred percibía algunas diferencias. Por una parte, Hitler, pese a su limitada formación intelectual y a inmensos vacíos en sus conocimientos, tenía una extraordinaria seguridad en sí

mismo. Utilizaba una y otra vez palabras como «inquebrantable», que implicaba una seguridad total en sus convicciones y un compromiso total de nunca, en ninguna circunstancia, cambiar ni un solo aspecto de sus convicciones. Alfred se maravillaba cuando escuchaba a Hitler. ¿De dónde procedía aquella seguridad? Alfred habría vendido su alma por aquella confianza y se encogía con disgusto cuando se observaba a sí mismo buscando eternamente migajas de anuencia y de aprobación.

Había además otra diferencia. Mientras Alfred hablaba a menudo de que era necesario «expulsar» a los

judíos de Europa, o «reasentar» o «reubicar» a los judíos, Hitler utilizaba un lenguaje distinto. El hablaba de «exterminar» o «erradicar» a los judíos, incluso de ahorcar a todos los judíos en las farolas. Pero era sin duda cuestión de retórica, de saber cómo electrizar al público

Con el paso de los meses, Alfred comprendió que había infravalorado a Hitler. Era un hombre de inteligencia sobresaliente, un autodidacta que devoraba los libros, retenía información y apreciaba profundamente la pintura y la música de Wagner. De todos modos, al no tener una formación universitaria

sistemática, las bases de sus conocimientos eran inseguras y contenían grandes abismos de ignorancia. Alfred hacía todo cuanto podía por rellenarlos, pero no era una tarea fácil. Hitler era tan orgulloso que Alfred nunca podía decirle explícitamente lo que tenía que leer. Aprendió, sin embargo, a aleccionarle indirectamente, pues se había dado cuenta de que, cuando él le hablaba, por ejemplo, de Schiller, unos días después Hitler podía discursear por extenso y con una seguridad inquebrantable sobre sus dramas.

Una mañana de primavera de aquel año, Dietrich Eckart se acercó a la puerta del despacho de Alfred, observó unos instantes por el panel de cristal cómo su protegido revisaba diligentemente un artículo y luego, moviendo la cabeza, llamó en el cristal con los nudillos e hizo señas a Alfred de que le siguiera a su despacho. Dentro ya, le indicó un asiento.

—Tengo algo que decirle.... por amor de Dios, Alfred, deje de parecer tan preocupado. Está usted haciendo las cosas muy bien. Estoy plenamente satisfecho con su diligencia. Si tuviese que sugerir algo, sugeriría un poco

menos de diligencia, unas cuantas cervezas más y mucha más charla banal. Trabajar demasiado no es siempre una virtud. Pero eso lo dejaremos para otra ocasión. Escuche, es usted cada vez más valioso para nuestro partido y quiero acelerar su formación. ¿Está usted de acuerdo en que los redactores que escriben sobre lo que conocen tienen una ventaja?

—Por supuesto. —Alfred se esforzó por mantener en la cara una sonrisa pero le inquietaba lo que pudiese llegar. Eckart era absolutamente impredecible.

—¿Conoce mucho Europa?

—Muy poco.

—¿Cómo puede usted escribir sobre nuestros enemigos sin verlos con sus propios ojos? Un buen guerrero debe detenerse a veces para afilar sus armas. ¿No es cierto?

—Sin duda —concordó Alfred, receloso.

—Entonces haga las maletas. Sale usted para París en avión dentro de tres horas.

—¿Para París? ¿En avión? ¿Dentro de tres horas?

—Si. Dimitri Popoff, uno de los principales donantes rusos del partido, tiene una importante reunión de negocios allí. Sale hoy en avión con dos socios y

ha accedido a recaudar fondos en la comunidad de rusos blancos de París. Va a ir en uno de los nuevos Junker F 13, que tiene espacio para cuatro pasajeros. Yo había planeado acompañarle, pero unos cuantos dolores desagradables en el pecho que tuve ayer hacen eso imposible. Mi médico y mi esposa me prohíben ir. Quiero que vaya usted en mi lugar.

—Siento lo de su enfermedad, Herr Eckart. Pero si el médico le aconseja descanso, yo no debería dejarle solo con las dos próximas ediciones...

—El médico no dijo nada sobre descansar. Sólo se muestra cauto porque

sabe demasiado poco sobre los efectos de volar en el estado en que me encuentro. Las ediciones están ya prácticamente listas. Ya me encargaré yo de ellas. Usted vaya a París.

—Y ¿qué le gustaría que hiciese allí?

—Quiero que acompañe a Herr Popoff en sus encuentros con posibles donantes. Si él quiere, hará usted mismo algunas exposiciones a los donantes. Es hora de que aprenda usted a hablar con los ricos. Después de eso tendrá que viajar de vuelta en tren. Tómese una semana entera o diez días. Sea un hombre libre. Viaje a donde quiera y

limítese a observar. Vea cómo celebran nuestros enemigos el tratado de Versalles. Tomé notas. Todo lo que observe será útil para el periódico. Por cierto, Herr Popoff ha accedido también a suministrarle francos franceses en abundancia. Los necesitará usted. Los marcos alemanes carecen casi de valor en el extranjero, gracias a la inflación. ¡Ay, y casi no valen nada tampoco aquí!

—Una barra de pan cuesta cada día más —convino Alfred.

—Exactamente. Y estoy escribiendo un artículo en este momento para el próximo número sobre por qué debemos aumentar una vez más el precio del

periódico.

En el despegue Alfred se aferró a los brazos de su asiento y observó por la ventanilla cómo Múnich iba haciéndose más y más pequeño en segundos. Divertido por el miedo de Alfred, Herr Popoff, los dientes de oro brillando, gritó por encima del estruendo de los motores: «¿Es la primera vez que vuela?». Alfred asintió y miró por la ventanilla, agradeciendo que el ruido hiciese imposible más conversación con Herr Popoff y con los otros dos pasajeros. Pensó en el comentario de

Eckart sobre la charla banal... ¿por qué se le daba tan mal a él charlar con la gente? ¿Por qué era tan reservado? ¿Por qué no le había dicho a Eckart que había viajado una vez a Suiza con su tía y que hacia sólo unos cuantos años, justo antes de que estallase la guerra, él y su prometida, Hilda habían visitado París? Tal vez quisiese simplemente borrar su pasado báltico y renacer como ciudadano alemán en la Patria. No, no, no... sabía que era algo más profundo. Abrirse siempre había sido algo amenazador. Por eso precisamente habían sido tan extraordinarias y tan liberadoras sus dos conversaciones en

la cervecería con Friedrich. Intentó bucear más hondo en sí mismo pero, como siempre, perdió el camino.«Tengo que cambiar... Debo ir a ver a Friedrich.»

Al día siguiente Herr Popoff encargó a Alfred exponer la plataforma política del partido y explicar por qué era el único capaz de parar a los judeobolcheviques. Un banquero que llevaba un deslumbrante anillo de diamantes en el dedo meñique le dijo:

—Tengo entendido que el nombre oficial de su partido es ahora Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes... *Nationalsozialistische*

Deutsche Arbeiterpartei, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué un nombre tan bobo y tan contradictorio? ¡«Nacional» indica «derecha», «socialista» izquierda, «alemán» derecha y «trabajadores» izquierda! Es absurdo. ¿Cómo puede su partido serlo todo al mismo tiempo?

—Eso es exactamente lo que quiere Hitler, ser todo para toda la gente... salvo para los judíos bolcheviques claro. Tenemos un plan de largo alcance. Nuestra primera tarea es entrar en el parlamento en gran número en los próximos años.

—¿El parlamento? ¿Cree usted que

las masas ignorantes pueden gobernar?

—No. Pero primero debemos conseguir el poder. Nuestra democracia parlamentaria está mortalmente debilitada por las incursiones de los bolcheviques, y yo le aseguro que finalmente acabaremos con ese sistema parlamentario. Hitler ha utilizado esas mismas palabras conmigo muchas veces. Y ha dejado muy claros los objetivos del partido con su nueva plataforma. He traído copias del nuevo programa de veinticinco puntos.

Al final de sus visitas, Herr Popoff obsequió a Alfred con un grueso sobre de francos franceses.

—Buen trabajo, Herr Rosenberg. Esos francos le servirán para sus viajes europeos. Sus presentaciones fueron excelentes, tal como Herr Eckart me aseguró que serían. Y en un ruso magnífico. Un bello ruso. Todo el mundo quedó favorablemente impresionado.

¡Una semana libre por delante! Qué placer poder vagar por donde quisiese. Eckart tenía razón... había estado trabajando demasiado. Mientras paseaba por las calles de París, Alfred contrastaba la alegría y la opulencia que veía por todas partes con la desolación

de Berlín y la pobreza y la agitación de Múnich. París mostraba pocas cicatrices de guerra, sus ciudadanos parecían bien alimentados, los restaurantes estaban llenos, y sin embargo Francia, junto con Inglaterra y Bélgica, seguían chupando la sangre vital de Alemania con exigencias draconianas de reparaciones. Alfred decidió pasar dos días en París (las galerías y los comerciantes de arte le llamaban) y luego coger el tren hacia el norte, hasta Bélgica, y, por último, hasta Holanda... el país de Spinoza. Desde allí emprendería el largo viaje en tren de vuelta a casa vía Berlín, donde haría un alto para ver a Friedrich.

En Bélgica, Alfred se encontró con que Bruselas no le gustaba y que le parecía detestable la visión del edificio del legislativo belga, donde los enemigos de Alemania no cesaban de idear nuevos métodos de saquear a la Patria. Al día siguiente visitó el cementerio militar alemán de Ypres, donde los alemanes habían sufrido pérdidas tan horrendas en la Gran Guerra y donde tan valerosamente había servido Hitler. Y luego continuó hacia el norte, hasta Ámsterdam.

Alfred no tenía ni idea de lo que buscaba. Sólo sabía que el problema de Spinoza seguía runruneando en la parte

de atrás de su mente. Seguía intrigado por el judío Spinoza. «No —se dijo, intrigado—. No, sé sincero, lo admiras, lo mismo que lo admiró Goethe.» Alfred no había devuelto a la biblioteca el ejemplar del *Tratado teológico-político* y leía a menudo unos cuantos párrafos de él en la cama, de noche. No dormía nada bien. Por alguna razón inexplicable se ponía nervioso en cuanto se metía en la cama, y parecía luchar contra el sueño. Eso era otra cosa de la que tenía que hablar también con Friedrich.

En el tren abrió el *Tratado* por la página en la que se había quedado dormido la noche anterior. Le

impresionó una vez más lo intrépido que era Spinoza al osar poner en entredicho la autoridad religiosa en el siglo XVII. Y cómo señalaba incoherencias en las Escrituras y el absurdo de considerarlo un documento de origen divino cuando estaba lleno de errores humanos. Le complacían especialmente los pasajes en que Spinoza se burlaba de sacerdotes y rabinos que creían tener una visión privilegiada del significado de Dios.

> Si fuese blasfemia afirmar que hay errores en las Escrituras, ¿qué nombre aplicaremos a aquellos que imponen en ellas

> sus propias fantasías, que degradan a los escritores sagrados hasta el punto de que parezca que escriben disparates confusos?

Y con qué facilidad despachaba Spinoza a los místicos fanáticos judíos: «He leído y conocido cabalistas frívolos, cuya insensatez provoca en mí un asombro incesante».

¡Qué paradoja! Un judío valiente y sabio al mismo tiempo. ¿Cuál sería la actitud de Houston Stewart Chamberlain ante el problema de Spinoza? ¿Por qué

no le visitaba en Bayreuth y le preguntaba sobre ello? «Sí, haré eso... y pediré a Hitler que me acompañe. Después de todo, ¿no somos nosotros dos sus herederos intelectuales? Lo más probable es que Chamberlain llegue a la conclusión de que Spinoza no era judío. Y estaría en lo cierto...» ¿Cómo podía ser judío Spinoza? Todo aquel adoctrinamiento religioso constante y aun así rechazaba al dios judío y al pueblo judío. Spinoza tenía sabiduría espiritual, así que tenía que haber en él sangre no judía.

Pero lo único que había encontrado en su investigación genealógica había

sido que su padre, Miguel de Spinoza, había salido posiblemente de España y emigrado a Portugal y luego a Ámsterdam a principios del siglo XVII. Aun así, su investigación le había proporcionado resultados interesantes e inesperados. Justo una semana atrás había descubierto que la reina Isabel, en el siglo XV, había promulgado las leyes de limpieza de sangre que impedían a los judíos conversos desempeñar cargos influyentes en el gobierno y en el Ejército. Fue lo suficientemente inteligente para comprender que la perversidad judía no emanaba de ideas religiosas... estaba en la propia sangre.

¡Y lo incluyó en la ley! ¡Había que quitarse el sombrero ante la reina Isabel! Alfred revisó su opinión sobre ella. Antes, siempre la había relacionado sólo con el descubrimiento de América, aquella sentina de mezcla racial.

Ámsterdam parecía más agradable que Bruselas, tal vez debido a la neutralidad holandesa en la Gran Guerra. Uniéndose a una visita turística pero manteniéndose al margen del grupo, Alfred recorrió los canales de la ciudad y visitó lugares de interés. La última parada fue en la Jodenbreestraat, para ver la Gran Sinagoga Sefardí, que

era horrible y enorme, con asientos para dos mil personas y que exhibía el mestizaje judío en su peor aspecto... aquella amalgama de columnas griegas, ventanas en arco cristianas y tallas en madera moriscas. Alfred imaginó a Spinoza parado delante de la plataforma central mientras unos rabinos ignorantes lo maldecían y condenaban, y luego probablemente debía de haber salido de allí secretamente jubiloso por su liberación. Pero tuvo que borrar esa imagen sólo unos minutos después al enterarse, a través de la guía, que Spinoza nunca había puesto los pies en aquella sinagoga. Había sido construida

en 1675, unos veinte años después de la excomunión de Spinoza, lo que Alfred sabía que le habría impedido entrar en una sinagoga o, incluso, conversar con un judío.

Al otro lado de la calle había una gran sinagoga asquenazí, más oscura, más sólida y menos pretenciosa. A una manzana de ambas sinagogas estaba el lugar donde había nacido Spinoza. La casa había sido demolida hacía mucho y sustituida por la enorme iglesia católica de Moisés y Aarón. Alfred estaba deseando poder contarle todo aquello a Hitler. Era un ejemplo de algo en lo que ellos creían firmemente: el judaísmo y el

cristianismo eran dos caras de la misma moneda. Sonrió al recordar la oportuna frase de Hitler... aquel hombre sorprendente tenía tanta habilidad en el manejo de las palabras: «Judaísmo, catolicismo, protestantismo... ¿qué diferencia hay? Es todo parte de la misma estafa religiosa».

A la mañana siguiente se subió a un tranvía de vapor con destino a Rijnsburg, donde estaba el Museo Spinoza. Aunque era sólo un viaje de dos horas, los largos y duros bancos de madera para seis personas hacían que pareciese más tiempo. La parada que quedaba más cerca del pueblecito de

Rijnsburg distaba tres kilómetros de su destino, al que llegó en un carro arrastrado por un caballo. El museo era una casita de ladrillo con el número 29 en la pared exterior y dos placas. En una decía:

LA CASA DE SPINOZA
CASA DEL MÉDICO
DESDE 1660
EL FILÓSOFO DE
SPINOZA VIVIÓ AQUÍ
DE 1660 A 1663

En la otra:

¡AY, SI TODOS FUESEN SABIOS Y ADEMÁS BUENOS LA TIERRA SERÍA UN PARAÍSO MIENTRAS AHORA SUELE SER UN INFIERNO

Tonterías, pensó Alfred. Spinoza estaba rodeado de idiotas. Dio un paseo alrededor del edificio y descubrió que la mitad de la casa era museo y en la otra mitad vivía una familia que utilizaba una entrada independiente

situada a un lado. Un viejo arado que había en el camino de entrada sugería que probablemente fuesen campesinos. La puerta del museo era tan baja que Alfred tuvo que inclinar la cabeza para entrar. Luego hubo de pagar una entrada a un guardia judío de harapienta indumentaria que parecía que hubiese acabado de despertar de una siestecita. ¡Aquel guarda era todo un espectáculo! Se veía que llevaba días sin afeitarse y le colgaban bajo los ojos legañosos unas ojeras fofas.

Alfred era el único visitante y miró a su alrededor con decepción. El museo entero consistía en dos habitaciones

pequeñas de poco más de siete metros cuadrados cada una, las dos con una ventana con un paño de cristal pequeño que daba a una pomarada en la parte de atrás. Una de las habitaciones tenía poco interés, contenía aparatos para pulir lentes del siglo XVII sin nada especial, pero el otro, el único que emocionó a Alfred, contenía la biblioteca personal de Spinoza en una librería de metro ochenta de largo que ocupaba toda una pared lateral y que estaba cubierta por paños de vidrio que necesitaban a todas luces un buen lavado. Un grueso cordón rojo con borlas, sostenido por cuatro postes, impedía acercarse mucho a la

librería. Las estanterías estaban atestadas de gruesos volúmenes, la mayoría en posición vertical pero los de mayor tamaño en horizontal, todos ellos con sólidas encuadernaciones que databan del siglo XVII e incluso de antes. Aquello era un tesoro, realmente. Alfred se esforzó por contar los libros... había más de cien volúmenes. El guarda, que estaba sentado en una silla en el rincón y atisbaba por encima del periódico exclamó: «*Honderd een en vijftig*.»

—No entiendo holandés. Sólo alemán y ruso —contestó Alfred.

Ante lo que el guarda cambió

instantáneamente a un excelente alemán («*Ein hundert ein und funfzig*») y volvió a su lectura.

En la pared adyacente se exhibían en una pequeña vitrina de cristal cinco primeras ediciones (1670) del *Tratado teológico-político*, el mismo libro que Alfred llevaba en su pequeña bolsa. Cada de una de las ediciones estaba abierta por la página del título y, como la leyenda explicaba en holandés, francés, inglés y alemán, los impresores consideraban aquel libro tan incendiario que no se identificaba siquiera ni al autor ni al impresor. Además, cada una de las cinco ediciones afirmaba estar

publicada en una ciudad distinta.

El guarda hizo señas a Alfred de que se acercara al escritorio y firmara en el registro de visitantes. Alfred, después de firmar, recorrió las páginas para ver los nombres de los otros visitantes. El guarda se acercó, pasó unas páginas atrás, señaló la firma de Albert Einstein (fechada el 2 de noviembre de 1920) y, dando unos golpecitos en ella, dijo orgulloso:

—Laureado con el Nobel en Física. Un científico famoso. Estuvo casi todo el día leyendo en esta biblioteca y escribió un poema dedicado a Spinoza. Mire allí. —Señaló una hojita

enmarcada colgada en la pared detrás de él—. Es su letra, nos hizo una copia. Es el primer cuarteto de su poema.

Alfred se acercó y leyó:

Cómo amo a este hombre noble,
Más de lo que puedo decir con palabras.
Aun así, me temo que permanece sólo
con su halo luminoso.

A Alfred le dieron ganas de vomitar. Más tonterías. Un pseudo científico judío otorgando un halo judío a un hombre que rechazaba todas las cosas

judías.

—¿Quién lleva este museo? —preguntó Alfred—. ¿El gobierno holandés?

—No, es un museo privado.

—¿Patrocinado por?

—La Asociación Spinoza. Masones. Donantes judíos particulares. Este hombre de aquí pagó por la casa y la mayor parte de la biblioteca. —El guarda pasó las páginas del inmenso registro de visitantes hasta el principio y señaló la primera firma fechada en 1899: George Rosenthal.

—Pero Spinoza no era judío. Fue excomulgado por los judíos.

—Una vez judío, siempre judío. ¿Por qué tantas preguntas?

—Soy escritor y director de un periódico en Alemania.

El guarda se inclinó para mirar detenidamente su firma.

—Ajá, ¿Rosenberg? *¿Bist an undzericker?*

—¿En qué está hablando? No entiendo.

—Yidish. Le preguntaba si era usted judío.

Alfred se irguió.

—Mire bien. ¿Parezco judío?

El guarda le miró de arriba abajo.

—No es lo suficientemente

distinguido —dijo, y se retrepó en su silla.

Alfred, maldiciendo entre dientes, se volvió hacia la librería y se inclinó por encima del cordón todo lo que pudo para leer los títulos de los libros de Spinoza. Se inclinó demasiado. Perdió el equilibrio y cayó pesadamente contra la librería. El guarda, sentado en la silla del rincón, tiró el periódico y corrió a asegurarse que no se habían hecho ningún daño a los libros.

—Pero ¿qué hace? —dijo—. ¿Está usted loco? Esos libros son muy valiosos.

—Intentaba ver los títulos.

—¿Para qué tiene que saber eso?

—Soy un filósofo. Quiero ver de dónde sacó las ideas.

—Ajá, ¿primero es usted un periodista y ahora es un filósofo?

—Las dos cosas. Soy un filósofo y un director de periódico. ¿Entendido?

El guarda le miró furioso.

Alfred respondió también mirando furioso sus labios colgantes, su nariz gorda y deforme, los pelos que le brotaban de unas orejas carnosas y sucias.

—¿Es eso demasiado difícil de entender?

—Yo entiendo mucho.

—¿Entiende usted que Spinoza es un filósofo importante? ¿Por qué pone sus libros tan distantes? ¿Por qué no hay ningún catálogo visible de los libros? Los museos de verdad son para mostrar las cosas no para esconderlas.

—Usted no está aquí para aprender más sobre Spinoza. Está aquí para destruirlo. Para demostrar que robó sus ideas.

—Si supiese usted algo sobre el mundo, sabría que todo filósofo está influido e inspirado por otros filósofos anteriores. Kant influyó en Hegel; Schopenhauer influyó en Nietzsche; Platón influyó en todos. Es de

conocimiento general que...

—Influyó, inspiró... Ése es el asunto, el verdadero asunto: usted no ha dicho «influyó». Y no ha dicho «inspiró». Sus palabras exactas han sido «de dónde sacó sus ideas». Eso es diferente.

—Ajá, ¿una disputa talmúdica, eh? Eso es lo que le gusta a su gente. Sabe muy bien lo que quiero decir...

—Sé exactamente lo que usted quiere decir.

—Menudo museo. Deja usted que Einstein, uno de los suyos, se pase todo el día estudiando la biblioteca y a los demás los mantiene a un metro de distancia.

—Le prometo Herr filósofo-director que si usted gana un Premio Nobel podrá manejar todos los libros de esta librería. Y el museo se cierra ya. Váyase.

Alfred había visto la cara del Infierno: un guarda judío con autoridad sobre un ario, judíos bloqueando el acceso a no judíos, judíos encarcelando a un gran filósofo que despreciaba a los judíos. No olvidaría nunca aquel día.

21. Ámsterdam-27 de julio de 1656

A dos manzanas de la sinagoga Talmud Torá, Bento, con la ayuda de Dirk, su condiscípulo en la academia de Van den Enden, metió los catorce volúmenes de su biblioteca en una caja grande de madera y desmanteló luego la cama de cuatro postes de la familia Spinoza. Luego cargaron entre los dos la cama y los libros en una barca en el canal Nieuwe Heren para llevarlos a casa de

Van den Enden, donde viviría temporalmente Bento. Dirk escoltó los bienes de Bento en la barca, mientras éste se quedaba atrás para encargarse de meter el resto de sus posesiones (dos pantalones, unos zapatos con hebillas de bronce, tres camisas, dos cuellos blancos, ropa interior, una pipa y tabaco) en una bolsa que llevaría él mismo hasta la casa de Van den Enden. La bolsa pesaba poco, y Bento se felicitó por tener tan pocas posesiones. Si no fuese por la cama y los libros, habría podido vivir completamente sin trabas, como un nómada.

Tras echar un vistazo final a la

habitación, Bento recogió su navaja barbera, jabón y toalla, y luego localizó en una estantería alta sus *tefilín*. No los había tocado desde el día de la muerte de su padre. Cogió las dos pequeñas cajas de cuero con sus correas y las sopesó suavemente... quizá, pensó, por última vez. ¡Qué extraños objetos! Y también era extraño, consideró, cómo le repelían y le atraían al mismo tiempo. Alzó las cajas y examinó cada una de ellas. En la caja *yad* (para el brazo) había una correa larga. Las cajas contenían versículos de las Sagradas Escrituras escritos en pergamino. Y, por supuesto, todo (el cuero del que se

habían hecho las cajas, los tendones utilizados para coserlas, el pergamino, las correas) procedían de animales *kosher*.

Afloró en su mente un recuerdo de quince años atrás. Había observado muchas veces, de niño, con una insaciable curiosidad, cómo su padre se había puesto su *talit* y empezaba a ponerse los *tefilín* antes del desayuno, algo que su padre había hecho todas las mañanas de los días de trabajo durante toda su vida. (Los *tefilín* nunca se utilizaban en el sabbat.) Un día su padre se había vuelto hacia él y había dicho:

—Quieres saber lo que estoy

haciendo, ¿verdad?

—¡Sí! —había contestado Bento.

—En esto como en todas las cosas —le había dicho su padre— sigo la Torá. Las palabras del Deuteronomio nos instruyen: «Los atarás como señal sobre tu brazo, y serán un recordatorio entre tus ojos».

Unos días después, su padre llegó a casa con un regalo: los mismos *tefilín* que Bento tenía ahora en la mano.

—Esto es para ti, Baruch, pero no para hoy. Los guardaremos hasta que tengas doce años y entonces, unas cuantas semanas antes de tu *bar mitsvá*, tú y yo empezaremos a ponernos los

tefilín juntos.

Tan emocionado estaba Bento ante la perspectiva de ponerse los *tefilín* con su padre, y con tanta frecuencia le hacía preguntas sobre el procedimiento exacto, que, al cabo de unos días, su padre accedió.

—Hoy, sólo por esta vez, haremos un ensayo, y luego, después de eso, guardaremos los *tefilín* hasta que te llegue el momento. ¿De acuerdo?

Bento asintió vehementemente.

—Practicaremos juntos —continuó su padre—. Haz exactamente lo que hago yo. Coloca la caja del *yad* en la parte de arriba del brazo izquierdo,

mirando al corazón, y luego enrolla siete veces en el brazo las correas, hasta acabar en la muñeca. Mira, obsérvame. Recuerda, Baruch, exactamente siete veces, no seis ni ocho, porque así nos lo han enseñado los rabinos.

Luego, su padre cantó la bendición prescrita:

Baruch atah Adonai Eloheinu melech ha-olam asher kid'ishanu

b'mitzvotav v'tzivanu l'hani'ach tefilín.

(Bendito seas, Dios, nuestro Dios, soberano del mundo

que nos ha hecho

santos con sus mandamientos y nos ha ordenado
ponernos los tefilín.)

Su padre abrió el libro de oraciones y se lo entregó y le dijo:

—Toma, lee tú la oración.

Pero Bento no cogió el libro. En vez de eso, alzó la cabeza para que su padre pudiese ver que tenía los ojos cerrados; luego repitió las oraciones exactamente como las había dicho su padre. Con que oyese una vez una oración (o cualquier otro texto) Bento nunca lo olvidaba. Su padre, resplandeciente de satisfacción, le besó con ternura en cada mejilla.

—Ah qué *mitsvá*, qué inteligencia. Sé en el fondo de mi corazón que serás uno de los más grandes de todos los judíos.

Bento rompió la ensoñación para saborear las palabras «uno de los más grandes de todos los judíos». Le corrieron lágrimas por las mejillas al evocar esos recuerdos.

—Ahora, continuaremos con la caja de *tefilín shel rosh* —dijo su padre—. Póntelo en la frente como hago yo... alto, justo encima de donde empieza el pelo, y exactamente entre los ojos. Luego anuda la correa justo en la nuca, como hago yo. Ahora di la oración.

Baruch atah Adonai Eloheinu melech ha-olam asher kid'ishanu

b'mitzvotav v'tzivanu al mitzvat tefilín.

(Bendito seas, Dios, nuestro Dios, soberano del mundo

que nos ha hecho

santos con sus mandamientos y nos ha ordenado

ponernos los tefilín.)

Bento repitió una vez más la oración palabra por palabra para delicia de su padre.

—Ahora, ponte las dos correas colgantes *rosh* delante de los hombros y

asegúrate de que el lado oscuro mira hacia fuera y que la correa de la izquierda llegue justo aquí. —Su padre le puso el dedo en el ombligo, haciéndole cosquillas—. Y asegúrate de que la correa derecha termine un poquito más abajo... justo al lado de tu pequeño surtidor.

»Ahora volvamos a la correa del *tefilín shel yad* y enrollémosla en el dedo medio tres veces. ¿Ves cómo lo hago? Luego debes ponerla alrededor de la mano. ¿Ves que hace la forma de la letra *shin* alrededor del dedo medio? Ya sé que es difícil de ver. ¿Qué significa *shin*?

Bento indicó con la cabeza que no sabía.

—*Shin* es la primera letra de *Shaddai* (omnipotente).

Bento recordaba que había sentido una tranquilidad insólita al enrollar las correas de cuero en la cabeza y en los brazos. La sensación de confinamiento, las ataduras, le complacían enormemente, y se sentía casi fundido con su padre, que llevaba enrolladas las correas del mismo modo.

Su padre dio por terminada la lección:

—Bento, sé que no olvidarás cada uno de estos pasos, pero debes resistir

el deseo de ponerte los *tefilín* hasta los ensayos que tendrás que hacer antes de tu *bar mitsvá*. Luego, después de tu *bar mitsvá*, podrás ponerte ya los *tefilín* cada mañana durante el resto de tu vida... ¿Menos en...?

—El sabbat y las festividades.

—Eso es. —Su padre le besó en las mejillas—. Lo mismo que yo, lo mismo que todos los judíos.

Bento permitió que la imagen de su padre se disolviese, volvió al presente, miró fijamente las extrañas cajitas y, por un instante, sintió dolor por no volver nunca a ponerse los *tefilín*, no volver nunca a sentir la agradable sensación de

vinculación y confinamiento. ¿Estaba actuando deshonrosamente al no obedecer el deseo de su padre? Negó con la cabeza. Su padre, bendito sea su nombre, había vivido en una época dominada por la superstición. Bento, mirando de nuevo las correas *rosh* y *yad* inescrutablemente enredadas, supo que había tomado la decisión que era correcta para él. Pero ¿qué hacer con el regalo de su padre, sus *tefilín*? No podía abandonarlos sin más para que Gabriel los encontrarse. Eso heriría mucho a su hermano. Tendría que llevárselos y deshacerse de ellos más tarde. De momento colocó las cajitas en su bolsa

al lado de la navaja de afeitar y del jabón, y luego se sentó a escribir una larga y cariñosa carta a Gabriel.

Cuando iba por mitad de ella, comprendió su locura. Por entonces, Gabriel, junto con toda la congregación, tendría prohibido por el *hérem* leer cualquier cosa que él hubiese escrito. No queriendo causar más dolor a su hermano, rompió su carta y redactó rápidamente una nota que contenía unas cuantas líneas de información básica que colocó en la mesa de la cocina:

Gabriel: las últimas palabras, por desgracia. Me he

llevado la cama que me dejó padre en su testamento, junto con mi ropa, jabón y libros. Todo lo demás te lo dejo a ti, incluido todo nuestro negocio... que es poca cosa.

Bento sabía que la barca que llevaba su cama y sus libros, con toda las paradas que debía hacer a lo largo del trayecto, tardaría dos horas en llegar a la casa de Van den Enden. Él podía recorrer la distancia a pie en media hora, así que tenía tiempo para dar un último paseo por las calles del barrio judío, donde había transcurrido toda su

vida. Dejó la bolsa y se puso en marcha con razonable tranquilidad, a paso vivo, pero no tardó en sentirse agobiado por aquellas calles misteriosamente silenciosas que le recordaban que casi todas las personas que conocía estaban en aquel momento en la sinagoga, escuchando a Rabí Morteira maldecir el nombre de Baruch Spinoza y ordenándoles apartarse de él para siempre. Bento se imaginó la escena si hubiese dado aquel paseo al día siguiente: todas las miradas le habrían evitado y las gentes se apartarían de él como si dejasen paso a un leproso.

Aunque llevaba meses preparándose

para aquel momento, se sintió inesperadamente sobrecogido por el dolor que le recorría: el dolor del desamparo, de estar perdido, de saber que nunca volvería a recorrer aquellas calles de su juventud cargadas de recuerdos, las calles de Gabriel y Rebeca y todos sus vecinos y amigos de infancia, las calles que habían recorrido en otros tiempos aquellos seres queridos que ya no recorrían ninguna calle de este mundo: su padre y su madre, Miguel y Hanna, su madrastra, Esther, y su hermano y su hermana muertos, Isaac y Miriam. Bento pasó delante de una pequeña hilera de tiendas. Aquellas

calles eran su última conexión tangible con los muertos. Ellos y él las habían recorrido, sus ojos se habían posado en el mismo escenario: la carnicería *kosher* de Mendoza, la panadería de Manuel, los puestos de arenques de Simón. Pero a partir de entonces la conexión estaría rota; jamás vería ya nada que hubiesen visto también su padre, su madre y su madrastra muertos. Soledad... nunca la había sentido como la sentía ahora.

Casi instantáneamente se dio cuenta de que surgía en su mente un sentimiento opuesto. «Libertad —susurró para sí—. ¡Qué interesante!» No había deseado aquel pensamiento, había surgido para

desplazar el dolor de la soledad. Era como si su mente se esforzase automáticamente por establecer un equilibrio. ¿Cómo podía ser eso? ¿Había en lo más profundo de él una fuerza que no dependía de la voluntad consciente y que elaboraba pensamientos, ofrecía protección y le permitía seguir adelante?

—Sí, libertad —dijo. Bento hacia mucho que tenía la costumbre de mantener largas conversaciones consigo mismo—. Libertad, ése es el antídoto. Estás por fin libre del yugo de la tradición. Recuerda cómo ansiabas la libertad y te esforzabas por ella, por

librarte de la oración, el ritual y la superstición. Recuerda cuánto tiempo de tu vida has estado esclavizado por los ritos. Las horas innumerables dedicadas a los *tefilín*. Cantar las oraciones correspondientes tres veces al día en la sinagoga, y siempre que bebías agua o que comías una manzana o cualquier bocado. Siempre, en cualquier hecho de la vida. Recuerda las horas interminables recitando la lista alfabética de pecados y golpeándote un pecho totalmente inocente y rezando para conseguir el perdón.

Bento se detuvo en un puente sobre el canal Verwers y se apoyó en el frío

pretil de piedra para mirar el agua oscura de abajo mientras recordaba su estudio de los comentarios religiosos. Cuando la observancia de un rito le dejaba tiempo libre, se dedicaba a la lectura de su comentario. Día tras día, noche tras noche, durante horas sin fin, había considerado las palabras (banales unas, brillantes otras) de vastos ejércitos de estudiosos que habían consagrado vidas enteras a escribir sobre el sentido y las implicaciones de las palabras de Dios en las Escrituras, así como la justificación y las implicaciones de los 613 *mitzvot* (mandamientos) prescritos, que

controlaban todos los aspectos de la vida judía. Luego, cuando empezó a estudiar la cábala con Rabí Aboab, sus lecciones se hicieron increíblemente arcanas, al tener que afrontar los significados secretos de cada letra y las ramificaciones de los números asignados a cada una de ellas.

Y sin embargo ninguno de sus maestros ni de los sabios antiguos se había planteado nunca la validez de su texto básico y si los libros de Moisés eran en realidad las palabras reales de Dios. Cuando en su clase de historia judía, doce años atrás, se había atrevido a preguntar cómo había podido Dios

escribir un documento con tantas contradicciones, Rabí Morteira había alzado lentamente la cabeza, le había mirado furioso e incrédulo y había contestado:

—¿Cómo puedes tú, un simple niño, un alma sencilla, poner en duda la autoría de Dios y pretender alcanzar el conocimiento infinito de Dios y sus intenciones? ¿No sabes que la presentación de la Alianza a Moisés fue presenciada por decenas, por centenares de miles, por la nación entera de Israel? Fue visto por más gente que ningún otro acontecimiento de toda la historia.

El tono del rabino transmitió a la

clase que se esperaba que ningún estudiante volviera jamás a formular una pregunta tan estúpida. Y nadie volvió a hacerlo jamás. Ni tampoco, le parecía a Bento, había reparado nadie más que él en que el pueblo de Israel había cometido colectivamente, con su postura reverencial hacia la Torá, aquel mismo pecado contra el que más los había prevenido Dios, a través de Moisés: la idolatría. Los judíos adoraban, en todas partes, no ídolos de oro sino ídolos de papel y tinta.

Mientras observaba cómo desaparecía una pequeña barca en un canal lateral, Bento oyó el ruido de

alguien que corría hacia él. Alzó la vista y vio a Manny, el hijo del panadero, su rechoncho, algo corto de luces pero leal condiscípulo y amigo de toda la vida. Bento sonrió en un acto reflejo y se dispuso a saludarle. Pero Manny pasó a su lado precipitadamente, dejó atrás el puente y siguió calle abajo en dirección a la panadería de su padre.

Bento se estremeció. ¡Así que el *hérem* ya se había dictado! Por supuesto, él lo sabía ya, la mirada furiosa de Rabí Morteira se lo había dicho, y también las calles vacías y la bofetada de Rebeca, que aún le dolía en la mejilla. Pero lo que hizo que la realidad se le

cayera estrépitosamente encima fue el que Manny se apartase de él. Tragó saliva y pensó: «Mucho mejor así, me fuerzan a hacer algo que yo no habría hecho por decisión propia. Temía el escándalo pero, puesto que ellos lo quieren así, sigo alegremente por este camino que se me abre».

—Ya no soy un judío —murmuró Bento y escuchó el sonido de las palabras. Lo repitió una y otra vez—: Ya no soy un judío. Ya no soy un judío. Ya no soy un judío.

Se estremeció. La vida parecía fría y sin hogar. Pero la vida le había parecido fría siempre desde que habían muerto su

padre y su madrastra. A partir de aquel día, no era ya un judío. Quizás ahora, como judío excomulgado, pudiese pensar y escribir como deseaba, e intercambiar ideas con los gentiles.

Varios meses antes, Bento había prometido silenciosamente vivir una vida de beatitud, de sinceridad y amor. Ahora, como no judío podría vivir más pacíficamente. Los judíos siempre habían sostenido que las ideas verdaderas y un plan de vida verdadero a los que se llegase por la razón, en vez de por los textos mosaicos proféticos, eran incompatibles con el camino de la beatitud. Clamar contra la razón no tenía

ningún sentido para Bento, así que, ahora que era un no judío, ¿no debería poder vivir una vida de razón?

Cuando salía del puente, Bento pensó de pronto: «¿Qué soy yo? Si no soy un judío, ¿qué soy entonces?». Buscó en el bolsillo el cuaderno que siempre llevaba encima, el mismo cuaderno en el que Van den Enden le había visto escribir en su primer encuentro. Girando a la derecha por una calle pequeña, se sentó en el borde del canal y buscó una respuesta entre sus comentarios escritos de los últimos dos años, deteniéndose a releer los que estimulaban su resolución.

Si estoy entre hombres que no están de acuerdo en absoluto con mi naturaleza, difícilmente seré capaz de acomodarme a ellos sin cambiar notablemente yo mismo.

El hombre libre que vive entre ignorantes se esfuerza cuanto puede por evitar sus favores.

Un hombre libre actúa honestamente, no engañosamente.

Sólo los hombres libres son verdaderamente útiles los unos a los otros y pueden crear amistades auténticas.

Es absolutamente permisible, por el derecho más elevado de la Naturaleza,

que cada uno haga uso de la clara razón para determinar cómo vivir de un modo que le permita florecer.

Bento cerró el cuaderno, se levantó y regresó por las calles desiertas a su casa para recoger sus pertenencias. De pronto oyó una voz angustiada a su espalda que le llamaba:

—Baruch Spinoza. Baruch Spinoza.

22. Berlín-1922

Berlín, aquel primer día de primavera, era muy parecido a como Alfred lo recordaba de su breve estancia en el invierno de 1919. Un cielo de granito, vientos fríos y cortantes, una lluvia ligera persistente que no parecía llegar nunca al suelo y taciturnos tenderos envueltos en varias capas de ropa sentados en tiendas sin calefacción. El Unter den Linden estaba vacío pero en cada esquina había soldados. Berlín era peligroso: las manifestaciones políticas

violentas y los asesinatos, tanto de comunistas como de socialdemócratas, eran sucesos cotidianos.

Al final de su último encuentro, cuatro años atrás, Friedrich había escrito «Hospital de la Charité, Berlín» en la nota que Alfred había roto y tirado, sólo para regresar al lugar donde la había tirado a recoger los trozos. Acercándose a un guardia, pidió instrucciones para poder llegar a aquel hospital. El guardia lo inspeccionó desde los zapatos hasta la coronilla y gruñó:

—¿Su voto?

—¿Qué? —preguntó Alfred,

desconcertado

—¿Por quién votó usted?

—Ah —Alfred se irguió—. Le diré por quién voy a votar en las próximas elecciones: a Alfred Hitler, del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes, por su programa antijudío y antibolchevique.

—Yo no conozco a ningún Hitler —replicó el soldado— y no he oído hablar nunca de ese partido. Pero me gusta el programa. La Charité, dice... no tiene pérdida... es el hospital más grande de Berlín —señaló una calle a su izquierda—. Baje por esta calle y continué recto hasta que lo encuentre.

—Muchas gracias. Y, caballero, no olvide el nombre de Hitler. Va a votar usted por él muy pronto.

El empleado de recepción del hospital reconoció instantáneamente el nombre de Friedrich Pfister.

—Ah, sí, el doctor Pfister es un especialista de la sección de pacientes externos de trastornos mentales y nerviosos. Siga por ese pasillo a su derecha, salga y vaya al edificio de al lado.

Tan atestada estaba la zona de recepción del edificio contiguo de

hombres jóvenes y de edad madura, aún con sus capotes militares grises, que Alfred necesito quince minutos para abrirse paso hasta la mesa de recepción, donde logró finalmente captar la atención de la asediada recepcionista sonriendo cortésmente y proclamando:

—Por favor, por favor, soy un íntimo amigo del doctor Pfister. Le aseguro que él querrá recibirme.

Ella le miró directamente a los ojos. Alfred era un joven guapo.

—¿Cómo se llama usted?

—Alfred Rosenberg.

—En cuanto acabe su sesión le diré que está usted aquí.

Veinte minutos después, dirigió a Alfred una cálida sonrisa y le hizo señas para que la siguiera hasta un despacho grande. Allí le aguardaba Friedrich, con un pequeño espejo redondo sujeto con una cinta en la cabeza, una bata blanca con los bolsillos ocupados por una linterna, una pluma, un oftalmoscopio, depresores linguales de madera y un estetoscopio.

—¡Alfred, qué sorpresa! Menuda sorpresa, sí. Creí que no te vería más. ¿Cómo estás? ¿Qué ha sido de tu vida desde que nos vimos en Estonia? ¿Qué te ha traído a Berlín? ¿O es que vives aquí? Puedes ver lo agobiado que estoy

por todas estas preguntas bobas y pretenciosas que te hago cuando no tengo tiempo para escuchar las respuestas. La clínica está atestada, como siempre, pero termino a las siete y media... ¿estarás tú libre entonces?

—Totalmente libre. Estoy, bueno, sólo de paso por Berlín. Pensé que tendría una posibilidad de verte —dijo Alfred, amonestándose silenciosamente: «¿Por qué no le explicas la verdadera razón de que estés aquí?».

—Bien, bien. Cenaremos y charlaremos. Me encantará.

—A mí también.

—Espérame al lado de la mesa de la

recepcionista a las siete y media.

Alfred pasó la tarde paseando por la ciudad y comparando las estrafalarias calles de Berlín con los resplandecientes bulevares de París. Cuando el frío se hacía demasiado intenso, se demoraba en las salas más calientes de unos museos sin calefacción. A las siete volvió a la sala de espera del hospital, por entonces casi vacía. Friedrich llegó exactamente a las siete y media, y acompañó a Alfred hasta el comedor de los médicos, un salón grande, sin ventanas, que olía a chucrut, con muchos camareros que iban de un lado a otro sirviendo a sus clientes

de bata blanca.

—Ya ves, Alfred, es como en toda Alemania: muchas mesas, servicio abundante pero poco que comer.

La cena en el hospital, invariablemente una comida fría, consistía en finas rodajas de *bierwurst*, *leberwurst*, queso de Limburgo, patatas hervidas frías, chucrut y encurtidos. Friedrich se disculpó:

—Lo siento pero es lo mejor que te puedo ofrecer. Espero que hayas hecho una comida caliente hoy...

Alfred asintió:

—Comí salchichas en el tren. No estaban mal.

—Bueno, podemos poner nuestras esperanzas en el postre. Le he pedido al cocinero algo especial... su hijo es uno de mis pacientes y me hace a menudo obsequios apetitosos. Bueno —Friedrich se retrepó y suspiró, claramente exhausto—, por fin puedo relajarme y hablar. Primero déjame que te hable de tu hermano. Acabo de recibir una carta suya en que me pregunta si sé algo de ti. Nos vimos bastante en Berlín, pero hace unos seis meses se trasladó a Bruselas para ocupar un buen cargo en un banco belga. Sigue mejorando de su tisis.

—Oh, no —se lamentó Alfred.

—¿Qué pasa? ¿El que mejore no es una buena noticia?

—Sí, por supuesto. Estaba refiriéndome a lo de Bruselas. Si lo hubiese sabido. Acabo de pasar un día allí.

—Pero ¿cómo podías haberlo sabido? Toda Alemania está trastornada. Eugen me dijo en su carta que no tenía ni idea de dónde estabas viviendo. Ni cómo. Lo único que yo pude decirle de nuestro encuentro en Reval es que tenías la esperanza de poder llegar a Alemania. Si quieres, serviré de intermediario y os daré a cada uno la dirección del otro.

—Sí, quiero escribirle.

—Buscaré su dirección después de cenar... la tengo en mi habitación. Pero ¿qué estabas haciendo tú en Bruselas?

—¿La versión larga o la corta?

—La versión larga. Tengo tiempo de sobra.

—Pero debes estar cansado. ¿No te has estado todo el día oyendo a la gente? ¿A qué hora de la mañana empezaste a trabajar?

—Llevo trabajando desde las siete. Pero hablar con pacientes no es lo mismo que hablar contigo. Tú y Eugen sois todo lo que me queda de mi vida en Estonia... fui hijo único y debes recordar

que mi padre murió precisamente poco antes de que nos viésemos tú y yo por última vez. Mi madre murió hace dos años. Atesoro el pasado... tal vez hasta un extremo irracional. Y lamento profundamente que nos separáramos tú y yo la última vez de mala manera... todo por culpa de mi falta de consideración. Así que la versión larga, por favor.

Alfred habló de buena gana sobre su vida durante los últimos tres años. No, más que de buena gana: mientras hablaba empapaba sus huesos una calidez que emanaba del hecho de compartir su vida con alguien que quería verdaderamente compartirla. Explicó

cómo había conseguido salir de Reval en el último tren a Berlín, del viaje en el camión de ganado hasta Múnich, del encuentro casual con Dietrich Eckart, su trabajo como redactor en un periódico, su ingreso en el Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes, su relación apasionada con Hitler. Habló de triunfos importantes: estaba escribiendo *La huella del judío* y el año anterior había publicado *Los protocolos de los sabios de Sión*.

Lo de *Los protocolos de los sabios de Sión* llamó la atención de Friedrich. Había oído hablar de ellos en la Sociedad Psicoanalítica Berlinesa hacia

sólo unas semanas, en una conferencia de un historiador eminente sobre el tema de la eterna necesidad del hombre de un chivo expiatorio. Se había enterado así de que se decía que eran un resumen de los discursos pronunciados en el Primer Congreso Sionista de 1897, celebrado en Basilea, que ponía al descubierto una conspiración judía internacional para socavar las instituciones cristianas, impulsar la revolución rusa y preparar el camino para la dominación mundial judía. El conferenciante había dicho que un periódico sin escrúpulos de Múnich había vuelto a publicar *Los protocolos* recientemente en su totalidad, a pesar de

que varias importantes instituciones habían demostrado convincentemente que se trataba de una falsificación. ¿Había sabido Alfred que era una falsificación?, se preguntó Friedrich. ¿Los habría publicado pese a todo? Pero de esto no dijo una palabra. En su psicoanálisis personal de los últimos tres años, Friedrich había aprendido a escuchar y había aprendido, también, a pensar antes de hablar.

—A Eckart le falla la salud —continuó Alfred, volviendo a sus ambiciones—. Me entristece porque ha sido un mentor maravilloso, pero al mismo tiempo sé que su inevitable retiro

me abrirá el camino para convertirme en director del periódico del partido, el *Völkischer Beobachter*. El propio Hitler me ha dicho que soy claramente el mejor candidato. El periódico crece y se fortalece mucho, y no tardará en convertirse en diario. Pero tengo la esperanza además de que mi cargo de director, unido a mi proximidad a Hitler, acaben permitiéndome desempeñar un papel importante en el partido.

Alfred concluyó su relato compartiendo un gran secreto:

—Estoy planeando ahora un libro verdaderamente importante que se titulará *El mito del siglo XX*. Espero que

transmita a toda persona sensata la magnitud de la amenaza judía para la civilización occidental. Llevará muchos años escribirlo pero espero que llegue a ser el sucesor de la gran obra de Houston Stewart Chamberlain *Los fundamentos del siglo XIX*. Ésa es toda mi historia hasta 1923.

—Estoy impresionado con lo que has conseguido en tan poco tiempo, Alfred. Pero no has acabado. Continúa hasta el presente. ¿Qué me dices de Bruselas?

—Ah, sí. ¡Te hablé de todo menos de lo que tú me preguntabas! —Alfred describió entonces con detalle su viaje a

París, Bélgica y Holanda.

Por alguna razón que él no pudo discernir, omitió mencionar la visita al museo Spinoza de Rijnsburg.

—¡Qué tres años tan fructíferos, Alfred! Debes estar orgulloso de lo que has conseguido. Me honra que hayas tenido esa confianza conmigo. Tengo el presentimiento de que no debes haber compartido esto, sobre todo tus aspiraciones, con nadie más. ¿Cierto?

—Cierto. Tienes toda la razón. No he hablado de una forma tan personal desde que hablamos la última vez. Hay algo en ti, Friedrich, que me estimula a abrirme.

Alfred estaba a punto de decirle a Friedrich que quería cambiar algunas cosas básicas de su personalidad, cuando apareció el cocinero con generosas raciones de tarta de Linz caliente.

—Recién hecha para usted y su invitado, doctor Pfister.

—Qué amable es usted, Herr Steiner. ¿Y su hijo Hans? ¿Cómo está esta semana?

—De día está mejor, pero de noche sus pesadillas siguen siendo horribles. Casi todas las noches le oigo gritar. Sus pesadillas se han convertido en mis pesadillas.

—Las pesadillas son normales en su estado. Tenga paciencia... desaparecerán, Herr Steiner. Siempre desaparecen.

—¿Qué le pasa a su hijo? —preguntó Alfred cuando el cocinero se fue.

—No puedo hablarte de ningún paciente concreto, Alfred..., por el código de confidencialidad del médico. Pero puedo contarte esto: ¿Recuerdas aquella multitud de hombres que viste en la sala de espera? Son todos, absolutamente todos, víctimas de lo mismo: neurosis de guerra. Y lo mismo sucede en todas las salas de espera de

las secciones de trastornos nerviosos de todos los hospitales de Alemania. Están sufriendo mucho todos ellos: se sienten irritables, incapaces de concentrarse, padecen terribles accesos de angustia y depresión. Reviven sin cesar su trauma. Durante el día invaden su pensamiento imágenes horribles. Durante la noche ven en sus pesadillas a sus camaradas despedazados y sus propias muertes aproximándose. Aunque se sienten afortunados por haber escapado a la muerte, padecen todos del remordimiento del superviviente, se sienten culpables por haber sobrevivido mientras tantos otros perecieron.

Cavilan sobre lo que podrían haber hecho para salvar a sus compañeros caídos, que podrían haber muerto en su lugar. En vez de sentirse orgullosos, muchos se sienten unos cobardes. Es un problema gigantesco, Alfred. Estoy hablando de toda una generación de alemanes afectados. Y, por supuesto, además de eso está el dolor de las familias. Perdimos tres millones en la guerra y casi todas las familias de Alemania perdieron un hijo o un padre.

—Y lo más probable es que todo —añadió inmediatamente Alfred— probablemente haya empeorado por la tragedia del satánico Tratado de

Versalles, que convirtió en inútiles todos sus sufrimientos.

Friedrich percibió la habilidad con que Alfred dirigía la discusión hacia su base de conocimientos, la política, pero decidió pasarlo por alto.

—Una especulación interesante, Alfred. Para abordarla necesitaríamos saber lo que está pasando en las salas de espera de los hospitales militares de París y Londres. Te encuentras en una excelente posición para investigar este asunto para tu periódico y, francamente, me gustaría que escribieses sobre ello. Toda la publicidad que podamos lograr ayudará. Alemania necesita tomarse más

en serio esto. Necesitamos más recursos.

—Tienes mi palabra. Escribiré un artículo sobre eso en cuanto regrese.

Mientras disfrutaban los dos lentamente de su tarta de Linz, Alfred preguntó a Friedrich.

—¿Así que has acabado ya tu formación?

—Sí, la mayor parte de mi formación oficial. Pero la psiquiatría es un campo extraño porque, a diferencia de cualquier otro campo de la medicina, nunca acabas en realidad. Tu instrumento más importante eres tú, tú mismo, y la tarea de entenderse a uno

mismo es interminable. Si ves algo en mí que pudiese ayudarme a saber más sobre mí mismo, no dejes de decírmelo, por favor.

—No puedo imaginar siquiera eso. ¿Qué iba a poder hacer yo? ¿Qué iba a poder decirte?

—Cualquier cosa que veas. Podrías sorprenderme, por ejemplo, mirándote de un modo raro, o interrumpiéndote, o utilizando una palabra impropia. Quizá te malinterprete o te haga preguntas torpes o irritantes... cualquier cosa. Lo digo en serio, Alfred. Quiero que me lo digas.

Alfred se sentía incapaz de hablar,

casi como mareado. Había sucedido de nuevo. Había entrado una vez más en el extraño mundo de Friedrich, con normas del discurso radicalmente distintas... un mundo que no encontraba en ninguna otra parte.

—Así que —continuó Friedrich— decías que habías estado en Ámsterdam y que tenías que regresar a Múnich. Pero Berlín no queda exactamente en el camino.

Alfred buscó en el bolsillo del abrigo y sacó el *Tratado teológico-político*.

—Un largo viaje en tren era la ocasión perfecta para leer esto. —Le

pasó el libro a Friedrich—. Lo terminé en el tren. Tenías razón al sugerírmelo.

—Estoy impresionado, Alfred. Eres un intelectual serio. No hay muchos como tú. Aparte de los filósofos profesionales, muy poca gente lee a Spinoza después de la universidad. Yo había pensado que, a estas alturas, con tu nueva profesión y todos los terribles acontecimientos de Europa, te habrías olvidado completamente del amigo Benedictus. ¿Dime, qué te pareció el libro?

—Lúcido, valiente, inteligente. Es una crítica devastadora del judaísmo y del cristianismo... o, como dice mi

amigo Hitler, de «toda la estafa religiosa». Sin embargo, pongo en entredicho las ideas políticas de Spinoza. No hay duda de que es ingenuo en su apoyo de la democracia y la libertad individual. No hay más que ver adónde nos han llevado a nosotros esas ideas en Alemania. Casi parece que está abogando por un sistema norteamericano, y todos sabemos hacia dónde se dirige Norteamérica... un desastre de país mestizo y mulato...

Alfred hizo una pausa y los dos saborearon sus últimos bocados de tarta de Linz, un verdadero lujo en un periodo como aquél de tantas escaseces.

—Pero cuéntame más de la *Ética* —le animó—. Ése fue el libro que proporcionó tanta tranquilidad y claridad de visión a Goethe, el libro que él llevó en el bolsillo durante un año. ¿Te acuerdas de que te ofreciste a hacerme de guía, a ayudarme a aprender a leerlo?

—Lo recuerdo y la oferta sigue en pie. Sólo espero que sea capaz de hacerlo, porque he estado llenándome la cabeza con las grandes y pequeñas ideas de mi profesión. No he pensado en Spinoza desde que estuve contigo. ¿Por dónde empezar? —Friedrich cerró los ojos—. Estoy transportándome de nuevo

a los tiempos de la universidad y escuchando las lecciones de mi profesor de filosofía. Le recuerdo diciendo que Spinoza era una figura sobresaliente de la historia de las ideas. Que fue un hombre solitario al que excomulgaron los judíos, cuyos libros fueron prohibidos por los cristianos y que cambió el mundo. Afirmaba que Spinoza había introducido la era moderna, que la Ilustración y el ascenso de las ciencias naturales empezaron con él. Algunos consideran a Spinoza el primer occidental que vivió abiertamente sin ninguna afiliación religiosa. Recuerdo cómo tu padre se burlaba públicamente

de la Iglesia. Eugen me contó que se negó a poner los pies en una, incluso en Pascua o en Navidad. ¿No es cierto?

Miró a Alfred a los ojos y Alfred asintió:

—Es cierto, sí.

—Así que en cierto modo real tu padre estaba en deuda con Spinoza. Antes de él una oposición tan abierta hacia la religión habría sido inconcebible. Y fuiste muy sagaz al darte cuenta de su papel en el surgimiento de la democracia en Norteamérica. La declaración de independencia de Estados Unidos estuvo inspirada por el filósofo británico John Locke, que, a su

vez, se inspiró en Spinoza. Veamos. ¿Qué más? Bueno, recuerdo a mi profesor de filosofía destacando especialmente el hecho de que Spinoza se adhiriese a la inmanencia. ¿Sabes lo que significa eso?

Alfred parecía inseguro mientras giraba las manos enigmáticamente.

—Se contrapone a la trascendencia. Alude a la idea de que esta existencia terrenal es todo lo que hay, que las leyes de la Naturaleza lo gobiernan todo y que Dios es completamente equivalente a la Naturaleza. El rechazo de cualquier vida futura por parte de Spinoza tuvo una importancia enorme para la filosofía que

siguió, porque significó que toda ética, todos los códigos de conducta y de significado de la vida deben empezar con este mundo y esta existencia —Friedrich hizo una pausa—. Eso es todo lo que me viene a la cabeza... Ah, sí, una última cosa. Mi profesor afirmaba que Spinoza era el hombre más inteligente que había pisado la Tierra.

—Comprendo que lo dijese. Estés de acuerdo con él o no, no cabe duda de que es brillante. Estoy seguro de que Goethe y Hegel y todos nuestros grandes pensadores se dieron cuenta de eso.

«Y sin embargo ¿cómo podían venir esas ideas de un judío?», iba a añadir,

pero se contuvo. Tal vez los dos se esforzasen por evitar el tema que había provocado tanta acritud en su último encuentro.

—Así pues, Alfred, ¿sigues teniendo tu ejemplar de la *Ética*?

El cocinero se paró junto a la mesa y les sirvió té.

—¿Estamos entreteniéndole?—preguntó Friedrich después de mirar a su alrededor y descubrir que Alfred y él eran los únicos comensales que quedaban en el comedor.

—No, no, doctor Pfister. Aún hay mucho que hacer. Aún estaré aquí horas.

Después de que el cocinero se fuera,

Alfred dijo:

—Aún tengo la *Ética* pero hace años que no la abro.

Friedrich sopló en su té, y bebió un sorbo mirando a Alfred.

—Yo creo que ahora es el momento de empezar a leerla. Es una lectura difícil. Yo estuve dedicado a ella un curso entero de un año, y muchas veces en clase tardábamos una hora entera en desentrañar una página. Mi consejo es ir despacio. Es de una riqueza indescriptible y aborda casi todos los aspectos importantes de la filosofía: virtud, libertad y determinismo, la naturaleza de Dios, el bien y el mal, la

identidad personal, la relación mente-cuerpo. Puede que sólo *La República* de Platón tenga un alcance tan vasto.

Friedrich miró de nuevo el restaurante vacío.

—Pese a que Herr Steiner se demore cortésmente, me temo que estamos haciéndole retrasarse. Vamos a mi habitación, a ver si puedo dar un empujoncito a la memoria echando un vistazo a mis notas sobre Spinoza. También buscaré la dirección de Eugen para dártela.

La habitación de Friedrich en el

dormitorio de los médicos era espartana, sólo contenía una estantería de libros, un escritorio, una silla y una cama pulcramente hecha. Friedrich, tras ofrecer la silla a Alfred, le entregó su ejemplar de la *Ética* para que lo hojease mientras él se sentaba en la cama a repasar el contenido de una vieja carpeta. Al cabo de diez minutos, empezó:

—Veamos, unos cuantos comentarios generales. Primero (y esto es importante) no hay que descorazonarse por su estilo. Yo no creo que a ningún lector le haya parecido nunca agradable. Parece Euclides, con definiciones

precisas, axiomas, proposiciones, pruebas y corolarios. Es endiabladamente difícil de leer, y nadie sabe muy bien por qué Spinoza decidió escribir de esa manera. Recuerdo que tú dijiste que habías renunciado a intentar leerlo porque parecía impenetrable, pero te pido que sigas con él. Mi profesor dudaba de que Spinoza pensase realmente de ese modo, creía más bien que consideraba que era un instrumento pedagógico superior. Tal vez pareciese la forma natural de presentar su idea fundamental de que nada es contingente, de que todo en la Naturaleza es ordenado, comprensible y necesita ser

exactamente aquello que es. O tal vez quisiese que reinara la lógica, hacerse completamente invisible y dejar que sus conclusiones se defendiesen por la lógica, sin recurrir a la retórica o la autoridad, ni prejuzgar sobre la base de sus antecedentes judíos. Quería que la obra se juzgase como se juzga un texto matemático: por la pura lógica de su método.

Friedrich cogió el libro de manos de Alfred y buscó en sus páginas.

—Está dividido en cinco partes —señaló—. «Sobre Dios», «Sobre la naturaleza y el origen de la mente», «Sobre el origen y la naturaleza de los

afectos», «Sobre la servidumbre humana», «Sobre la libertad humana». La cuarta sección, «Sobre la servidumbre humana», es la que me interesa más porque es la que tiene más importancia para mi campo. Antes te dije que no había pensado en él desde la última vez que nos vimos, pero al hablar me di cuenta de que eso no era verdad. Con mucha frecuencia, cuando veo o escucho conferencias de psiquiatría o hablo con los pacientes, cavilo sobre la influencia inmensamente ignorada de Spinoza en el campo de la psiquiatría. Y la quinta parte, «Sobre el poder del entendimiento, o sobre la libertad

humana», es importante también para mi trabajo y debería interesarte también a ti. Ésa es la parte que creo que fue más beneficiosa para Goethe.

»Un par de ideas sobre las dos primeras partes... —Friedrich miró su reloj—. Son para mí las partes más difíciles y más abstrusas, y nunca he sido capaz de entender todos los conceptos. La cuestión principal es que todo en el universo es una sustancia eterna única, Naturaleza o Dios. Y no olvides que él utiliza los dos términos indistintamente.

—¿Abundan en todas las páginas las menciones a Dios? —preguntó Alfred

—. No creo que él fuese un creyente.

—Ése es un asunto polémico. Muchos lo califican de panteísta. Mi profesor prefería considerarle un ateo taimado, que utilizaba el término «Dios» para animar a los lectores del siglo XVII a seguir leyendo. Pero lo que es indudable es que no utilizaba «Dios» en el sentido convencional. Él arremete contra la ingenua pretensión humana de que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. En algún sitio, creo que en su correspondencia, dice que si los triángulos pudiesen pensar crearían un dios triangular. Todas las versiones antropomórficas de Dios son sólo

invenciones supersticiosas. Para Spinoza, la Naturaleza y Dios son sinónimos; podríamos decir que naturaliza a Dios.

—No he oído nada sobre ética hasta ahora.

—Tienes que esperar hasta las partes cuarta y quinta. Primero Spinoza establece que vivimos en un mundo determinista cargado de obstáculos que se oponen a nuestro bienestar. Todo lo que ocurre es el resultado de las leyes invariables de la Naturaleza, y nosotros somos parte de la Naturaleza, estamos sujetos a esas leyes deterministas. Además, la Naturaleza es infinitamente

compleja. Según dice, la Naturaleza tiene un número infinito de modos o atributos, y nosotros, los humanos, sólo podemos captar dos de ellos, el pensamiento y la esencia material.

Alfred hizo unas cuantas preguntas más sobre la *Ética*, pero Friedrich se dio cuenta de que parecía estar esforzándose por mantener la conversación. Así que, eligiendo cuidadosamente el momento, aventuró un comentario.

—Alfred, es maravilloso para mí recordar y analizar contigo a Spinoza. Pero quiero estar seguro de que no me he perdido nada. Como terapeuta he

aprendido a prestar atención a los presentimientos que cruzan mi mente, y tengo un presentimiento respecto a ti.

Alfred enarcó las cejas. Esperó expectante.

—Tengo el presentimiento de que tú has venido no sólo a hablar de Spinoza sino también por otra razón.

«Dile la verdad —se dijo Alfred—. Háblale de tu tensión. De que no puedes dormir. De que no te quieren. De que eres un marginado al que se mantiene siempre aparte, en vez de dejarle participar.» Pero en lugar de eso dijo:

—No, ha sido estupendo verte, que nos contemos nuestras cosas, aprender

más sobre Spinoza... después de todo, ¿cuántas veces se tropieza uno con alguien que te asesore sobre él? Y más aún, tengo un artículo para el periódico. Si puedes proporcionarme alguna lectura médica sobre la neurosis de guerra, lo escribiré durante el viaje en tren a Múnich y saldrá en la edición de la semana que viene. Ya te lo mandaré.

Friedrich se acercó a su escritorio y hojeó varias revistas.

—Aquí tienes un buen artículo del *Diario de enfermedades nerviosas*. Llévate el ejemplar y me lo envías luego por correo cuando acabes. Y aquí tienes también la dirección de Eugen.

Cuando Alfred, despacio, con cierta renuencia, empezaba a levantarse, Friedrich decidió intentar una última vez con otro instrumento que había aprendido de su propio analista y que había utilizado a menudo con los pacientes. Rara vez fallaba.

—Espera un momento, Alfred. Tengo una última cuestión. Déjame pedirte que imagines una cosa. Cierra los ojos e imagina que te vas ya. Imagina que se acabó nuestra charla y te vas e imagina luego que estás sentado en el largo viaje en tren a Múnich. Cuando tu imaginación esté allí, dímelo.

Alfred cerró los ojos y pronto

asintió indicando que ya estaba listo.

—Ahora, lo que me gustaría que hicieses es esto. Piensa otra vez en nuestra charla de esta noche y hazte estas preguntas: ¿hay cosas que lamente de mi charla con Friedrich? ¿Hubo cuestiones importantes que no planteé?

Alfred mantuvo los ojos cerrados y, tras un largo silencio, asintió lentamente.

—Bueno, hay una cosa...

23. Ámsterdam-27 de julio de 1656

Bento se giró al oír pronunciar su nombre y vio a un desgreñado y lloroso Franco, que cayó de rodillas inmediatamente e inclinó la cabeza hasta que su frente tocó el suelo.

—¿Franco? ¿Qué estás haciendo aquí? Y ¿qué estás haciendo ahí, en el suelo?

—Tenía que verte, que advertirte, que pedirte perdón. Perdóname por

favor. Déjame que te explique, por favor.

—Franco, levántate. Es peligroso que te vean hablando conmigo. Voy a mi casa. Sígueme a distancia y luego entra directamente sin llamar. Pero primero asegúrate de que nadie te ve.

Unos minutos después, en el estudio de Bento, Franco continuó diciendo con voz trémula:

—Vengo directamente de la sinagoga. Los rabinos te maldijeron. Crueles... fueron crueles. Pude entenderlo todo porque lo tradujeron al portugués... nunca imaginé que serían tan crueles. Ordenaron que nadie hablase

contigo ni te mirase ni...

—Por eso te dije que era peligroso que te vieran conmigo.

—¿Tú ya lo sabías? ¿Cómo podías saberlo? Acabo de venir de la sinagoga. Salí corriendo inmediatamente después de la ceremonia.

—Sabía que iba a pasar. Estaba escrito.

—Pero tú eres un hombre bueno. Te ofreciste a ayudarme. Me ayudaste. Y mira lo que te han hecho. Todo es culpa mía. —Franco cayó de nuevo de rodillas y cogió la mano de Bento y la apretó contra su frente—. Es una crucifixión, y yo soy el Judas. Te traicioné.

Bento liberó su mano y la colocó sobre la cabeza de Franco un instante.

—Levántate, por favor. Tengo cosas que decirte. Sobre todo, debes saber que no es culpa tuya. Ellos estaban buscando una excusa.

—No, hay cosas que tú no sabes. Es hora de que te lo confiese. Te traicionamos, Jacob y yo. Fuimos a ver a los *parnassim* y Jacob les dijo todo lo que nos dijiste tú. Y yo no hice nada por impedirlo. Me quede allí parado mientras él hablaba, asintiendo con la cabeza. Y cada vez que asentía iba clavando un clavo de tu crucifixión. Pero tuve que hacerlo. No tenía

elección... Créeme, no tenía elección.

—Siempre hay elección, Franco.

—Eso suena bien, pero no es verdad. La vida real es más complicada que eso.

Bento, sorprendido, dirigió a Franco una mirada detenida. Aquél era un Franco diferente.

—¿Por qué no es verdad?

—¿Y si te enfrentas a sólo dos elecciones posibles, y las dos son mortíferas?

—¿Mortíferas?

Franco eludió la mirada de Bento.

—¿Significa algo para ti el nombre de Duarte Rodríguez?

Bento asintió.

—El hombre que intentó robar a mi familia. El hombre que no necesitaba ninguna proclamación del rabino para odiarme.

—Es tío mío.

—Sí, ya lo sé, Franco. Rabí Morteira me lo dijo ayer.

—¿Te explicó que mi tío me planteó una alternativa? Si accedía a traicionarte, me sacaría de Portugal y luego, después de que yo hubiese cumplido mi parte del trato, enviaría inmediatamente un barco a Portugal para rescatar a mi madre, a mi hermana y a mi tía, la madre de Jacob. Están todas

escondidas y corren gran peligro por la Inquisición. Si me negaba, las dejaría en Portugal.

—Comprendo. Hiciste la elección correcta. Salvaste a tu familia.

—Aun así, eso no borra mi vergüenza. Estoy pensando presentarme ante los *parnassim* en cuanto mi familia esté segura y confesar que te provocamos para que dijeses las cosas que dijiste.

—No, no hagas eso, Franco. El mayor favor que puedes hacerme ahora es el silencio.

—¿El silencio?

—Es lo mejor para mí, para todos

nosotros.

—¿Por qué es lo mejor? Nosotros te engañamos para que dijeses lo que dijiste.

—Eso no es verdad. Yo dije lo que dije libremente.

—No, estás siendo compasivo conmigo, aliviando mi dolor. Mi culpa no se borra. Fue todo una comedia, todo estaba planeado. Pequé. Te engañé. Te hice mucho daño.

—Franco, tú no me engañaste. Yo sabía que vosotros daríais testimonio contra mí. Hablé deliberadamente de una forma temeraria. Quería que vosotros dieseis testimonio. Soy yo el

culpable de engaño.

—¿Tú?

—Sí, me aproveché de vosotros. Lo peor de todo fue que lo hice a pesar de que tenía la sospecha de que tú y yo podríamos pensar lo mismo.

—Una sospecha acertada. Pero el que pensásemos de un modo parecido no hace más que aumentar mi culpa. Cuando Jacob describió tus ideas a los *parnassim* yo guardé silencio, cuando debería haber dicho a gritos: «Yo estoy de acuerdo con Baruch Spinoza. Sus ideas son también las mías».

—Si hubieses hecho eso, habría sido una catástrofe. Tu tío habría tomado

venganza, tu familia correría un gran peligro, yo sería excomulgado de todos modos y los *parnassim* te habrían excomulgado a ti conmigo.

—Baruch Spinoza...

—Por favor... ahora Bento. Ya no hay un Baruch Spinoza.

—Está bien, Bento. Bento Spinoza, eres un enigma. Nada de lo de hoy tiene sentido. Contesta a una simple pregunta: ¿si tú querías abandonar tu comunidad, por qué no te limitaste a irte por decisión propia? ¿No acabas de decir que siempre hay una elección?

Bento, impresionado, miró de nuevo a aquel Franco distinto, un Franco

prudente, sincero, sin rastro del Franco tímido y bufonesco de sus encuentros anteriores.

—Hay mucha verdad en lo que dices. ¿Cómo llegaste a pensar así?

—Mi padre, que fue quemado por la Inquisición, era un hombre sabio. Antes de que se viese forzado a convertirse, era el rabino y el asesor principal de nuestra comunidad. Después, incluso de que todos nos hicimos cristianos, los aldeanos seguían visitándolo para que los aconsejara en los problemas serios de la vida. Yo me sentaba a menudo a su lado y aprendí muchas cosas sobre la culpa y la vergüenza, la elección y el

dolor.

—¿Tú, el hijo de un sabio rabino? Así que en nuestros encuentros con Jacob, ocultaste tus conocimientos y tus auténticas ideas. Cuando yo hablé de las palabras de la Torá, fingiste ignorancia.

Franco bajo la cabeza y asintió.

—Reconozco que obré con engaño. Pero, en realidad, ignoro las tradiciones judías. Mi padre, en su sabiduría y su amor por mí, quiso que no fuese educado en nuestra tradición. Si queríamos seguir vivos, teníamos que ser cristianos. Procuró deliberadamente no enseñarme nada de las costumbres y el idioma judíos porque los astutos

inquisidores eran muy hábiles para localizar cualquier rastro de ideas judías.

—¿Y tu arrebato sobre la locura de las religiones? ¿También eso era fingido?

—¡En modo alguno! Sí, el plan de Jacob era que yo manifestase una gran duda religiosa con el fin de empujarte a soltar la lengua. Pero ese papel era fácil... a ningún actor se le ha asignado nunca un papel más fácil. De hecho, Bento, fue un gran alivio pronunciar aquellas palabras. Siempre había ocultado mis sentimientos. Cuanto más dogma cristiano y más historias de

milagros me veía obligado a aprender, más cuenta me daba de que tanto la fe cristiana como la judía estaban basadas en fantasías sobrenaturales, infantiles. Pero no podía decir eso delante de mi padre. No podía herirle así. Luego lo quemaron por ocultar páginas de la Torá que él creía que contenían las palabras del propio Dios. Y de nuevo no podía decir nada. Oír tus pensamientos fue tan liberador que mi sensación de engaño disminuyó, aunque compartir sinceramente contigo esas ideas estuviese al servicio de un engaño. Una paradoja muy compleja...

—Lo comprendo muy bien. Durante

nuestra charla, también yo me sentí emocionado al poder decir, por fin, la verdad sobre mis creencias. No me contuvo lo más mínimo saber que estaba escandalizando a Jacob. Todo lo contrario... confieso que disfruté más bien escandalizándolo, aunque me diese cuenta de las funestas consecuencias que iba a tener.

Se quedaron callados. La sensación angustiosa de aislamiento absoluto de Bento después de que Manny, el hijo del panadero, le hubiese evitado empezó a desvanecerse. Aquel encuentro, aquel momento de sinceridad con Franco, le conmovió y lo animó. Tal como tenía

por costumbre, no se entregó mucho tiempo a sus sentimientos sino que pasó a adoptar el papel de observador y examinó su mente, apreciando sobre todo la dulzura que le embargaba. Aunque tenía plena conciencia de su carácter fugaz, eso no la hacía menos agradable. ¡Ah, la amistad! Así que ésta es la cola que mantiene unida a la gente, esa calidez, ese estado de ánimo que ahuyenta la soledad. Dudando tanto, temiendo tanto, revelando tan poco, había experimentado la amistad demasiadas pocas veces en su vida.

Franco miró la bolsa de Bento y rompió el silencio.

—¿Te vas hoy?

Bento asintió.

—¿Adónde? ¿Qué vas a hacer? ¿Cómo te ganarás la vida?

—Espero poder llevar ahora una vida sencilla de contemplación. Durante este último año he estado aprendiendo con un constructor de lentes establecido a hacerlas para gafas y, algo mucho más interesante para mí, instrumentos ópticos, tanto telescopios como microscopios. Mis necesidades son pocas y debería ser capaz de ganarme la vida fácilmente.

—¿Te quedarás aquí, en Ámsterdam?

—Por el momento sí. En casa de Franciscus Van den Enden, que lleva una academia de enseñanza cerca del Singel. Más tarde tal vez me traslade a una comunidad más pequeña, donde pueda proseguir mis estudios en un entorno más tranquilo.

—¿Estarás completamente solo? Supongo que el estigma de la excomunión mantendrá a los demás a distancia...

—Todo lo contrario, será más fácil vivir entre gentiles como un judío excomulgado. Y tal vez, sobre todo, como un judío excomulgado para siempre, en vez de un judío renegado

que sólo desea la compañía de los gentiles.

—¿Así que ésa es otra razón para que aceptases gustoso un *hérem*?

—Sí, admito eso y algo más: tengo previsto empezar en algún momento a escribir, y puede que haya más posibilidades de que el mundo lea la obra de un judío excomulgado que la de un miembro de la comunidad judía.

—¿Estás seguro de eso?

—Pura especulación, pero he establecido ya relaciones con varios compañeros de mentalidad similar que me instan a poner por escrito lo que pienso.

—¿Son cristianos?

—Sí, pero un tipo diferente de cristianos de los fanáticos católicos ibéricos que tú has conocido. No creen en el milagro de la resurrección ni en beber la sangre de Jesús durante la misa ni queman vivos a los que piensan de otro modo. Son cristianos de mentalidad liberal que se llaman a sí mismos «colegiantes» y piensan por su cuenta sin predicadores ni iglesias.

—¿Estás pensando entonces en convertirte en uno de ellos?

—Jamás. Mi propósito es vivir una vida religiosa sin la interferencia de ninguna religión. Yo creo que las

religiones, todas ellas, el catolicismo, el protestantismo, el islamismo, así como el judaísmo, simplemente bloquean nuestra visión de las verdades religiosas básicas. Albergo la esperanza de que habrá algún día un mundo sin religiones, un mundo con una religión universal en la que todos los individuos utilicen la razón para experimentar y para venerar a Dios.

—¿Eso significa que quieres que desaparezca el judaísmo?

—Que desaparezcan todas las tradiciones que interfieren en el derecho de uno a pensar por sí mismo.

Franco se quedó callado unos

instantes.

—Bento, eres tan radical que me da miedo. Me corta el aliento imaginar que nuestra tradición, después de sobrevivir miles de años, vaya a perecer.

—Deberíamos estimar las cosas por ser verdaderas, no por ser viejas. Las viejas religiones nos atrapan insistiendo en que, si olvidamos la tradición, deshonramos a todos los que la siguieron en el pasado. Y si uno de nuestros antepasados ha sido martirizado, entonces estamos más atrapados aún porque consideramos que el honor nos obliga a perpetuar las creencias de los mártires, aunque

sepamos que están plagadas de errores y supersticiones. ¿Acaso no confesaste tú que sentías eso como consecuencia del martirio de tu padre?

—Sí... que mi vida no tendría sentido si negaba precisamente aquello por lo que él había muerto.

—Pero también carecería de sentido dedicar tu sola y única vida a un sistema falso y supersticioso, un sistema que elige sólo a un pueblo y excluye a todos los demás.

—Bento Spinoza, fuerzas demasiado mi entendimiento. Un poco más y estallará. Nunca me he atrevido a pensar en cosas como ésas. No puedo concebir

la idea de no pertenecer a mi comunidad, a mi propio grupo. ¿Por qué a ti te resulta tan fácil?

—¿Fácil? No es fácil, pero es más fácil si tus seres queridos están muertos. Mi excomunión permanente me asigna ahora la tarea de remodelar toda mi identidad y aprender a vivir sin ser ni judío ni cristiano, ni de ninguna otra religión. Es posible que sea el primer hombre de esa clase.

—¡Ten cuidado! Es posible que tu excomunión permanente no sea tan permanente. Es posible que, a ojos de otros, puedas no gozar del lujo de no ser judío. Baruch, ¿qué sabes tú sobre la

limpieza de sangre?

—¿Las leyes de sangre ibéricas? No mucho, salvo que España las aplicó para impedir que los judíos conversos alcanzaran demasiado poder.

—Empezaron, me contó mi padre, con Torquemada, el gran inquisidor, que convenció a la reina Isabel hace doscientos años de que la mancha judía persistía en la sangre a pesar de la conversión al cristianismo. Como el propio Torquemada tenía antepasados judíos en la cuarta generación, trazó la línea de las leyes de sangre tres generaciones atrás. Así que los conversos recientes, o incluso los de

hace dos o tres generaciones, siguen siendo muy sospechosos y se les impide el acceso a muchos cargos y profesiones, en la Iglesia, el Ejército, en la administración del Estado y en muchos oficios.

—Creencias patentemente falsas, como «tres pero no cuatro generaciones», es evidente que se inventan porque le convienen a su inventor. Las falsas creencias seguirán siempre con nosotros como los pobres de este mundo, y su persistencia queda fuera de mi control. Yo me esfuerzo ahora por cuidarme sólo de aquellas cosas sobre las que puedo tener control.

—¿Como qué?

—Creo que sólo tengo control sobre una cosa: el progreso de mi entendimiento.

—Bento, tengo un deseo muy fuerte de decirte algo que sé que es imposible.

—Pero ¿no es imposible decirlo?

—¡Sé que es imposible, pero quiero irme contigo! Piensas cosas grandes, y sé que las pensarás aún más grandes. Quiero seguirte, ser tu alumno, tu sirviente, compartir lo que tú hagas, copiar tus manuscritos, hacerte la vida más fácil.

Bento hizo una pequeña pausa. Sonrió, luego movió la cabeza.

—Lo que dices me resulta grato, atractivo incluso. Déjame responderte tanto desde dentro como desde fuera.

»Primero desde dentro. Aunque yo desee una vida solitaria e insista en ella para proseguir con mis meditaciones, puedo percibir que otra parte de mí anhela la relación íntima con otros. A veces puedo experimentar un intenso anhelo de sentirme acunado y abrazado por una familia amorosa y esa parte de mí (esa parte ávida) da la bienvenida a tu deseo y me hace desear abrazarte y contestar: "¡Sí, sí, sí!". Simultáneamente otra parte de mí, mi parte más fuerte y más elevada, clama pidiendo libertad.

Me duele que el pasado se vaya y no vuelva nunca. Me duele pensar que todos aquellos que una vez me acunaron estén muertos, y aborrezco también ese dolor que me encadena al pasado y me impide avanzar. No puedo influir en los acontecimientos del pasado, pero he decidido evitar vinculaciones intensas en el futuro. Nunca volveré a envolverme en el deseo infantil de que me acunen. ¿Comprendes?

—Sí, demasiado bien.

—Eso es lo interior. Ahora déjame que te conteste desde el exterior. Supongo que tu «imposible» se refería a la imposibilidad de abandonar a tu

familia. Si yo estuviese en tu situación, también me resultaría imposible. Es bastante difícil para mí abandonar a mi hermano pequeño. Mi hermana tiene su propia familia, y me preocupa menos. Pero, Franco, no es sólo tu familia lo que te impide unirte a mí. Hay otros obstáculos. Hace sólo unos minutos, me dijiste que no podías imaginar la vida sin una comunidad. Sin embargo, mi camino es un camino de soledad y no anhelo más comunidad que la absorción absoluta en Dios. Nunca me casaré. Aunque desease el matrimonio, no sería posible. Como una rareza solitaria pudo lograr vivir sin una afiliación religiosa,

pero es dudoso que, incluso en Holanda, el país más tolerante del mundo, se permitiera a una pareja vivir de ese modo y criar hijos sin una fe religiosa. Y mi vida solitaria significa no tener tías ni tíos ni primos ni celebraciones festivas de familia ni comidas de Pascua ni *Rosh Hashaná*. Sólo soledad.

—Comprendo, Bento. Comprendo que yo soy más gregario y tal vez necesite más cosas. Me maravilla tu extraordinaria independencia. No pareces querer a nadie ni necesitarlo.

—Me han dicho eso tantas veces que empiezo a creérmelo yo. No es que no disfrute de la compañía de los demás...

en este momento, Franco, aprecio mucho nuestra conversación. Pero tienes razón, para mí no es esencial una vida social. O al menos no es tan esencial como parece serlo para otros. Recuerdo cuánto les afectaba a mi hermana y a mi hermano cuando no los invitaban a algún acontecimiento sus amistades. A mí no me han afectado nunca lo más mínimo esas cosas.

—Sí —asintió Franco—, es verdad. Yo no podría vivir a tu manera. Es realmente algo ajeno a mí. Pero, Bento, considera mi otra posibilidad. Soy un hombre que comparte muchas de tus dudas y tus deseos de vivir sin

supersticiones, y sin embargo estoy destinado a sentarme en la sinagoga y a rezar a un Dios que no me oye, a seguir unos ritos estúpidos, a vivir como un hipócrita, abrazando una vida sin sentido. ¿Es eso lo que me queda? ¿Es en eso en lo que consiste la vida? ¿No me veré obligado a una vida solitaria incluso en medio de una multitud?

—No, Franco, no es tan lúgubre. Llevo observando a esta comunidad mucho tiempo, y habrá un medio de que tú vivas aquí. Todos los días llegan conversos de Portugal y España, y muchos, es cierto, anhelan fervorosamente volver a sus raíces

judías ancestrales. Como ninguno ha tenido una educación judía, tienen que empezar a aprender el hebreo y la ley judía como si fuesen niños, y Rabí Morteira trabaja noche y día para volver a traerlos al redil del judaísmo. Muchos se harán más religiosos que el rabino, pero, créeme, habrá otros como tú que, debido a su conversión forzada al cristianismo, estaban libres de la influencia de toda religión y se incorporarán a la comunidad judía sin ningún fervor religioso. Los encontrarás si miras bien, Franco.

—Pero de todos modos el fingir, la hipocresía...

—Déjame que te cuente algo sobre las ideas de Epicuro, un sabio griego de la Antigüedad. Él creía, como debe creer cualquier persona racional, que no hay otro mundo y que deberíamos vivir nuestra única vida lo más pacífica y gozosamente posible. ¿Cuál es el propósito de la vida? Su respuesta fue que deberíamos buscar la *ataraxia*, que podría traducirse como «tranquilidad», o como «liberación de la angustia emocional». Él sostenía que las necesidades de un hombre sabio son pocas y fáciles de satisfacer, mientras que los que tienen insaciables anhelos de poder o riqueza, quizá como tu tío,

nunca alcanzan la *ataraxia*. Asiéntate en la parte de la comunidad que te cree menos tensión. Cásate con alguien de sentimientos similares a los tuyos... encontrarás muchos conversos que, como tú, se adherirán al judaísmo sólo por la comodidad de pertenecer a una comunidad. Y si el resto de la comunidad, unas cuantas veces al año, pasa por el ritual de la oración, reza con ellos sabiendo que lo haces sólo en pro de la *ataraxia*, para evitar la perturbación y la angustia de no participar.

—¿Me hablas condescendientemente, Bento? ¿Quieres

decir que yo debería conformarme con la *ataraxia* mientras tú alcanzas algo superior? ¿O buscarás tú también la *ataraxia*?

—Una cuestión difícil. Yo creo... —De pronto sonaron las campanas de una iglesia. Bento se detuvo un instante para escuchar y mirar su bolsa—. Desgraciadamente, el tiempo para la reflexión es breve. Tengo que irme muy pronto, antes de que haya demasiada gente en las calles. Pero te lo resumiré: yo no he elegido concretamente la *ataraxia* como mi objetivo sino que persigo más bien el objetivo de perfeccionar mi razón. Aunque tal vez se

trate del mismo objetivo, aunque el método sea distinto. La razón me está conduciendo a la extraordinaria conclusión de que todas las cosas de este mundo son una sustancia, que es la Naturaleza o, si lo prefieres, Dios, y que todo, sin ninguna excepción, se puede entender a través de la ley natural. Cuando logro mayor claridad sobre la naturaleza de la realidad, a pesar de ser sólo una pequeña onda en la superficie de Dios, experimento un estado de gozo o beatitud. Tal vez sea ésa mi variante de la *ataraxia*. Tal vez Epicuro tenga razón al aconsejarnos que busquemos la tranquilidad. Pero cada persona, de

acuerdo con sus circunstancias externas y la tendencia natural de su pensamiento y sus características mentales, debe buscarla a su propia manera particular.

Volvieron a sonar las campanas.

—Antes de separarnos, Franco, tengo una última cosa que pedirte.

—Dime. Tengo una gran deuda contigo.

—Lo que te pido es simplemente silencio. Te he dicho cosas hoy que son sólo pensamientos a medio hacer. Tengo por delante mucho que pensar. Prométeme que todo lo que te he dicho hoy es un secreto entre los dos. Que será un secreto para los *parnassim*, para

Jacob, para todos, para siempre.

—Tienes mi promesa de que me llevaré tus secretos a la tumba. Mi padre, bendito sea él, me enseñó mucho sobre la santidad del silencio.

—Ahora debemos decirnos adiós, Franco.

—Aguarda un momento, Bento Spinoza, porque yo también tengo una última petición. Acabas de decir que debemos tener objetivos similares en la vida y dudas similares pero que cada uno de nosotros debe seguir un camino distinto. Así que, en cierto modo, llevaremos vidas alternativas que conducirán hacia el mismo objetivo. Es

posible que si el destino y el tiempo hubiesen variado ligeramente y hubiesen alterado nuestras circunstancias externas y temperamentos, tú podrías haber vivido mi vida y yo podría haber vivido la tuya. Mi petición es ésta: quiero saber sobre tu vida de vez en cuando, aunque sólo sea una vez al año o cada dos o tres años. Y quiero que tú sepas cómo se desarrolla mi vida. Así podremos ver cada uno de nosotros lo que podría haber sido... la otra vida que podríamos haber llevado. ¿Me prometes que seguirás en contacto conmigo? Aún no conozco el mecanismo a través del cual puede suceder eso. Pero ¿me permitirás

saber de tu vida?

—Deseo eso tanto como tú, Franco. Veo claramente que necesito abandonar mi hogar, pero mi corazón flaquea más de lo que yo esperaba, y doy la bienvenida a su intrigante oferta de seguir mi vida alternativa. Conozco a dos personas que sabrán siempre de mi paradero, Franciscus Van den Enden y un amigo, Simon de Vries, que vive en el Singel. Hallaré un medio de comunicarme contigo a través de ellos, por carta o a través de encuentros personales. Ahora debes irte. Ten cuidado, procura que no te vean.

Franco abrió la puerta, miró a un

lado y a otro, y salió. Bento lanzó un último vistazo a su casa, trasladó su nota para Gabriel a una silla próxima a la entrada para que resultara más visible y, bolsa en mano, abrió la puerta y salió hacia una nueva vida.

24. Berlín-1922

—Bueno... —Alfred vaciló—. Hay sólo una cosa que lamentaría no tratar contigo, pero... bueno... me resulta problemático plantearla. No he sido capaz de hablar de ello en toda la noche.

Friedrich esperó pacientemente. Parpadearon en su mente unas palabras de su profesor, Karl Abraham: «En una situación de punto muerto, olvide el contenido y, en lugar de centrarse en él, céntrese en la resistencia. Verá cómo aprende así mucho más sobre el

paciente». Teniendo en cuenta eso, Friedrich empezó.

—Creo que puedo ayudarte, Alfred. Lo que sugiero es lo siguiente, por el momento olvídate de lo que ibas a decirme y, en vez de eso, explora todos los obstáculos que hacen que te sea difícil hablar de ello.

—¿Obstáculos?

—Cualquier cosa que se interponga en tu camino cuando vayas a contarlo. Por ejemplo, ¿qué repercusiones tendría el que explicases lo que quieres explicar?

—¿Repercusiones? No entiendo bien lo que quieres decir.

Friedrich fue paciente. Sabía que había que aproximarse a la resistencia con tacto y desde todos los lados.

—Déjame que lo exprese de este modo. Tú tienes algo que deseas decir pero no puedes. ¿Qué cosas negativas podrían suceder si lo dijeses? No olvides que yo soy una parte decisiva de esto. No estás intentando decir algo a una habitación vacía... estás intentando decírmelo a mí. ¿De acuerdo?

Un asentimiento renuente de Alfred. Friedrich continuó:

—Así que ahora intenta imaginar que acabas de revelarme lo que tienes pensado. ¿Cómo supones que yo te

miraría?

—No sé como reaccionarías. Supongo que sería sólo embarazoso para mí.

—Pero para que algo resulte embarazoso hace falta siempre otra persona, y hoy esa persona soy yo, alguien que te conoce desde que eras un niño pequeño.

Friedrich se sintió muy orgulloso de su tono suave. Las advertencias del doctor Abraham de que no había que arremeter contra la resistencia como un toro enfurecido habían tenido su efecto.

—Bueno —Alfred tomó aliento y se puso en marcha—, por una parte, podría

parecer que te estoy explotando para que me ayudes. Me resulta embarazoso pedirte gratuitamente tus servicios profesionales. Y además me hace sentir que yo soy el débil y tú el fuerte.

—Ése es un gran comienzo, Alfred. Es exactamente lo que yo quería decir. Y ahora ya puedo ver cuál es tu problema. Esto debe parecerte una relación desigual. A mí tampoco me gustaría que otro me mirara así. Por otra parte, tú ya me has correspondido accediendo a publicar un artículo en tu periódico, como yo te he pedido.

—No es lo mismo. Tú no recibes nada personalmente.

—Eso es cierto. Pero dime, ¿crees que a mí me molesta proporcionarte algo a ti?

—No sé... podría ser. Después de todo, tu tiempo es valioso. Haces esto por dinero durante todo el día.

—¿Y tampoco vale de nada mi respuesta de que tú eres para mí como de mi familia?

—No. Tengo la impresión de que eso es una forma de tranquilizarme.

—Dime, ¿qué sensación tuviste cuando hablamos de Spinoza, de filosofía? Me pareció que entonces estabas más relajado.

—Sí, eso era diferente. Aunque

estabas enseñándome, tenía la impresión de que disfrutabas hablando de filosofía.

—Sí, tienes razón en eso. ¿Y crees que escucharte cuando hablas de ti mismo no sería divertido para mí?

—No puedo imaginar por qué demonios iba a serlo.

—Una idea... es sólo una simple suposición. ¿Tal vez tienes sentimientos negativos sobre ti mismo y piensas que si te abrieras, yo sentiría también cosas negativas respecto a ti?

Alfred pareció desconcertado.

—Supongo que es posible, pero aunque fuese así, ése no es el factor más importante. Se trata sólo de que no

puedo concebir que yo me tomase esa clase de interés por cualquier otro.

—Eso parece importante, y supongo que es un riesgo decírmelo. Dime, Alfred, ¿está eso próximo a la cosa concreta que lamentabas no plantear hoy?

Alfred sonrió, radiante.

—¡Dios mío! ¡Eres realmente bueno en esto, Friedrich! Sí, más que próximo. Es exactamente eso.

—Di más. —Friedrich se relajó.

Navegaba ya por aguas familiares.

—Bueno, justo antes de que me fuese, mi jefe, Dietrich Eckart, me llamó a su despacho. Quería simplemente

hablar sobre mi viaje a París, pero yo no sabía eso, y lo primero que él hizo cuando entré en su despacho fue reñirme por parecer tan preocupado. Luego, después de asegurarme que yo estaba haciendo un buen trabajo, dijo que sería mucho mejor para mí ser menos diligente y dedicarme un poco más a beber y mucho más charlar.

—Y esas palabras suyas dieron en el clavo.

—Sí, porque es verdad... es algo que me han dicho de un modo u otro muchas veces. Me lo digo yo mismo. Pero no puedo sentarme con gente que tiene la cabeza vacía a hablar de tonterías.

En la mente de Friedrich entró una escena: la ocasión, veinte años atrás, cuando había intentado sin éxito dar un paseo a Alfred llevándolo a cuestas. En su primer encuentro le había contado eso y había añadido: «No te gustaba jugar». A Friedrich le fascinaba que esos rasgos persistiesen a lo largo de la vida. ¡Qué oportunidad excepcional para estudiar la génesis de la formación de la personalidad! Aquello podría ser un importante logro profesional. ¿Que otro analista había tenido la oportunidad de analizar a alguien a quien conociese desde niño? Y más aún, él había conocido personalmente a adultos

significativos para el paciente: al padre de Alfred, al hermano y a la madre sustituta, su tía Cäcilie, hasta a su médico. Y estaba familiarizado con el entorno físico (la casa de Alfred, el patio del recreo) y habían ido al mismo colegio y habían tenido los mismos profesores. Que lástima que Alfred no viviese en Berlín para poder hacerle un psicoanálisis completo.

—Y fue justo entonces, justo después del comentario de Dietrich Eckart —continuó Alfred—, cuando decidí verte. Sabía que él tenía razón. Sólo unos días antes había oído una conversación sobre mí entre un par de

empleados. Se referían a mí como la Esfinge.

—¿Qué impresión te causó eso?

—Ambivalente. Ellos no eran importantes, sólo gente que limpiaba y hacía recados, y yo normalmente no presto ninguna atención a las opiniones de gente como ésa. Pero en este caso captaron mi atención porque tenían mucha razón. Soy una persona cerrada y tensa, y sé que tengo que cambiar esa parte de mí mismo para tener éxito en el partido.

—Has dicho «ambivalente». ¿Qué hay de positivo en ser una esfinge?

—Bueno, no estoy seguro, tal vez...

—Espera, paremos un momento, Alfred. Me he adelantado. Eso es ser injusto contigo. Estoy bombardeándote con preguntas personales y aún no nos hemos puesto de acuerdo sobre lo que estamos haciendo. O, en el lenguaje técnico de mi profesión, no hemos definido el marco de nuestra relación, ¿verdad que no?

Alfred pareció desconcertado.

—¿Marco?

—Volvamos atrás y establezcamos un acuerdo sobre lo que nos proponemos. Yo estoy suponiendo que quieres cambiar cosas de ti mismo utilizando la terapia. ¿Es así?

—No estoy seguro de lo que significa «utilizar la terapia».

—Es lo que tú has estado haciendo tan bien durante los últimos diez minutos: hablando sincera y abiertamente sobre tus preocupaciones e intereses.

—Desde luego es cierto que quiero hacer cambios en mí. Bueno, sí, quiero terapia. Y quiero también trabajar contigo.

—Pero, Alfred, el cambio exige muchas, muchas sesiones. Esta noche sólo estamos sosteniendo una charla introductoria, y yo me voy mañana para asistir a un congreso psicoanalítico de

tres días. Estoy pensando en el futuro. Berlín queda muy lejos de Múnich. ¿No sería más sensato que recurrieses a un psicoanalista de allí al que pudieses ver más a menudo? Yo puedo darte una buena referencia...

Alfred movió vigorosamente la cabeza.

—No. No quiero hablar con ningún otro. No soy capaz de confiar en nadie más, y desde luego en nadie de Múnich. Tengo el convencimiento, un convencimiento muy firme, de que ocuparé un día una posición muy importante en este país. Tendré enemigos, y cualquiera que conociese

mis secretos podría hundirme. Sé que en ti puedo confiar.

—Sí, puedes confiar en mí. Bueno, pensemos en nuestro plan... ¿cuándo podrías volver a venir a Berlín?

—No puedo estar seguro, pero sé que el *Völkischer Beobachter* se convertirá pronto en un diario, y tendremos que cubrir más noticias nacionales e internacionales. Puede que tenga que venir a Berlín con frecuencia en el futuro y espero poder verte para una o dos sesiones siempre que venga.

—Procuraré reservarte tiempo siempre si me avisas con antelación. Quiero que sepas que mantendré una

confidencialidad total y absoluta sobre todo lo que me digas.

—Estoy seguro de que lo harás. Eso es lo más importante para mí, y me tranquilizó mucho el que no quisieras decirme nada personal sobre tu paciente, el hijo del cocinero.

—Y puedes estar seguro de que nunca compartiré tus secretos, ni siquiera el hecho de tu terapia conmigo, con nadie de este mundo, incluido tu hermano. La confidencialidad es crucial en mi campo, y tienes mi promesa.

Alfred se dio unas palmadas sobre el corazón y murmuró:

—Gracias. Muchas gracias.

—Sabes —dijo Friedrich—, tal vez tengas razón. Creo que nuestra relación funcionaría mejor si no fuese desigual. Creo que yo debería, a partir de la próxima vez, cobrarte la visita al precio habitual. Me aseguraré de que sea asequible para ti. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

—Entonces, a trabajar de nuevo. Sigamos. Hace unos minutos cuando estábamos hablando de que te llamaban la Esfinge, dijiste que tenías sentimientos «ambivalentes». Ahora quiero que hagas asociaciones libres a partir de la palabra «esfinge». Por lo de asociaciones libres quiero decir que

deberías dejar que tus pensamientos relacionados con «esfinge» entrasen libremente en tu mente y los dijeses en voz alta. No tienen por qué tener sentido.

—¿Ya?

—Sí, sólo un par de minutos.

—Esfinge... desierto, inmenso, misterioso, poderoso, enigmático, sigue su propio consejo... peligroso... la esfinge estrangulaba a los que no adivinaban su enigma. —Alfred se detuvo.

—Sigue.

—¿Sabías que la raíz griega significaba «estrangulador», o alguien

que aprieta? «Esfínter» está relacionado con esfinge... todos los esfínteres del cuerpo aprietan... tenso... culo tenso.

—¿Así que —preguntó Friedrich—, con lo de «ambivalente» querías decir que te desagradaba que te considerasen callado y distante... y con el culo tenso, pero que te gustaba que te considerasen enigmático, misterioso, poderoso, amenazador?

—Sí, eso es. Justamente eso.

—Entonces, tal vez los aspectos positivos (tu orgullo por ser poderoso y misterioso, incluso peligroso) se interponen, impidiéndote charlar y abrirte. Eso significa que tienes que

elegir: o charlar e integrarte en el grupo o permanecer misterioso, peligroso y ser un marginado.

—Ya veo que lo entiendes. Es complicado.

—¿Alfred, no eras tú, según yo recuerdo, un marginado también en tu juventud?

—Siempre un solitario, sí. No pertenecía a ningún grupo.

—Pero comentaste también que estabas muy próximo al jefe del partido, Herr Hitler. Eso debe ser agradable. Háblame de esa amistad.

—Paso mucho tiempo con él. Tomamos café, hablamos de política,

literatura y filosofía. Visitamos galerías de arte y un día del otoño pasado fuimos a la Marrienplatz... ¿la conoces?

—Sí, la plaza principal de Múnich.

—Exactamente. Hay una luz increíble allí. Montamos los caballetes y dibujamos los dos varias horas. Lo recuerdo como uno de los días mejores de mi vida. Hicimos unos buenos dibujos; nos felicitamos mutuamente y descubrimos similitudes en nuestro trabajo. Somos los dos fuertes en detalles arquitectónicos y débiles en figuras humanas. Yo siempre me había preguntado si mi incapacidad para dibujar figuras era simbólica y fue un

alivio ver que él tenía las mismas limitaciones. Desde luego en el caso de Hitler no es simbólico... nadie tiene mejores dotes para relacionarse con la gente.

—Parece una experiencia agradable. ¿Has vuelto a dibujar alguna vez con él?

—Nunca lo ha propuesto.

—Háblame de otros buenos ratos que hayas pasado con él.

—El mejor día de mi vida fue hace unos tres meses. Hitler me llevó a comprar un escritorio para mi nuevo despacho. Tenía una cartera llena de francos suizos... no sé cómo los consiguió, y nunca lo investigué.

Prefiero dejar que él me explique las cosas a su ritmo. Vino al *Beobachter* una mañana y dijo: «Vamos de compras. Puedes comprar el escritorio que quieras... y todas las cosas que quieras poner en él». Y durante las dos horas siguientes recorrimos las tiendas de muebles más caras de Múnich.

—El mejor día de tu vida... eso es decir mucho. Cuéntame más.

—En parte fue sólo la emoción del regalo. Imagina que alguien va y te dice: «Compra el escritorio que quieras. Da igual lo que cueste». Y luego el que Hitler me dedicase tanto tiempo y tanta atención era realmente maravilloso...

—¿Por qué es él tan importante para ti?

—Desde un punto de vista práctico, es el jefe del partido ahora, y mi periódico es el periódico del partido. Así que, en realidad, él es mi jefe. Pero no creo que tú te refieras a eso.

—No, quiero decir «importante» en un sentido personal más profundo.

—Es difícil de explicar con palabras. Hitler te hace sentir esa cosa especial, le pasa a todo el mundo.

—Te llevó a hacer unas compras maravillosas... Da la impresión de que es algo que te hubiese gustado que hiciese tu padre.

—¡Tú conociste a mi padre! ¿Puedes imaginártelo sacándome y ofreciéndome alguna cosa, aunque sólo fuese un caramelo? Sí, perdió a su mujer, y tenía muy mala salud y tenía muchos problemas de dinero, pero de todos modos yo no recibí nada de él, absolutamente nada.

—Hay mucho sentimiento en esas palabras.

—El sentimiento de toda una vida.

—Yo le conocí. Y sé que tuviste muy poca experiencia de la paternidad con él... y, por supuesto, no conociste siquiera a tu madre.

—Tía Cäcilie hizo todo lo que pudo.

No tengo nada que reprocharle... tenía sus propios hijos. Demasiados hombros que abrazar.

—Así que es posible que tu emoción con Hitler se deba en parte a que recibes finalmente cierto calor paternal auténtico. ¿Qué edad tiene?

—Bueno, es unos cuantos años mayor que yo. Nunca he conocido a alguien como él. Viene de la nada, igual que yo, de una familia sin distinción ni cultura. Fue sólo un cabo en la guerra, aunque muy condecorado. No tiene medios económicos ni cultura ni una educación universitaria. Pero, a pesar de eso, hipnotiza a todo el mundo. No sólo

a mí. La gente se agrupa a su alrededor. Todo el mundo busca su compañía y su consejo. Todos perciben que es un hombre predestinado, la estrella polar del futuro de Alemania.

—Así que te sientes un privilegiado por estar con él. ¿Progresa vuestra relación hacia una amistad íntima?

—Ésa es precisamente la cuestión... no lo hace. Aparte del «día del escritorio», Hitler no me hace caso. Creo que le agrado, pero no me quiere. Nunca quiere comer conmigo. Está mucho más próximo a otros. La semana pasada lo vi charlando confidencialmente con Hermann Göring.

Tenían las cabezas tan juntas que parecían tocarse. Acababan de conocerse, pero se reían y bromeaban, paseaban del brazo y se daban golpes en el estómago como si se hubiesen conocido toda la vida. ¿Por qué nunca me sucede a mí eso?

—Tu frase «no me quiere»... piensa en eso. Deja vagar tu pensamiento sobre eso. Piensa en voz alta.

Alfred cerró los ojos.

—No te oigo bien —dijo Friedrich.

Alfred sonrió.

—Amor. Que alguien diga «te amo». Sólo una vez oí esas palabras, con Hilda, en París, ante de casarnos.

—¡Estás casado! Sí, casi me había olvidado. Raras veces mencionas a tu esposa.

—Debería decir que estuve casado. Supongo que todavía lo estoy oficialmente. Un matrimonio muy corto, en 1915. Hilda Leesmann. Pasamos juntos un par de semanas en París, donde ella estaba estudiando para bailarina y tres o cuatro meses como mucho en Rusia. Luego ella contrajo una tisis grave.

—Qué terrible. Como tu hermano, tu madre y tu padre. ¿Qué pasó después?

—Hace mucho tiempo que no estamos en contacto. La última vez que

supe de ella, su familia la había ingresado en un sanatorio de la Selva Negra. No estoy seguro de que aún siga viva. Cuando dijiste «qué terrible», me sobresalté interiormente porque no siento mucho eso. Nunca pienso en ella. Y dudo que ella piense en mí. Nos convertimos en extraños. Recuerdo que una de las últimas cosas que ella me dijo fue que nunca le había preguntado sobre su vida, nunca le había preguntado cómo había pasado el día.

—Bueno —dijo Friedrich, mirando el reloj—, hemos vuelto a la razón por la que entraste en contacto conmigo. Empezamos con lo de no charlar, no

sentir interés por los demás. Luego examinamos la parte de ti que desea ser como una esfinge. Luego volvimos a tu deseo de conseguir que Hitler te quiera y te haga caso, y a lo doloroso que es verle a hacer caso a otros mientras tú te quedas al margen, observando. Y luego hablamos de tu distanciamiento de tu esposa. Dediquemos un momento a examinar la proximidad y la distancia concretamente aquí y ahora conmigo. ¿Dijiste que te sentías seguro aquí?

Alfred asintió.

—Y ¿qué me dices de tus sentimientos hacia mí?

—Me siento muy seguro. Y muy

comprendido.

—¿Y te parece que te sientes próximo? ¿Que te agrado?

—Sí, ambas cosas.

—Ahí está nuestro gran descubrimiento de hoy. Creo que yo te agrado, y una razón importante de eso es que me intereso por ti. Estoy recordando tu comentario anterior de que no crees que estés interesado por los demás. Y sin embargo a la gente le gusta la gente que se interesa por ella. Ése es el mensaje más importante que tengo para ti hoy. Lo diré de nuevo: «A la gente le gusta la gente que se interesa por ella».

»Lo hemos hecho bien, hemos

trabajado mucho hoy. Es nuestra primera sesión y estás profundizando mucho. Siento que tenga que terminar, pero ha sido un día largo, y estoy casi agotado. Tengo la esperanza de que vengas a verme de nuevo. Creo que puedo ayudarte.

25. Ámsterdam-1658

Durante el año siguiente Spinoza (ya no Baruch, ahora y siempre sería conocido como Bento, o como Benedictus en sus escritos) mantuvo una extraña relación nocturna con Franco. Casi todas las noches, cuando estaba acostado en su cama de cuatro postes en una buhardilla de la casa de Van den Enden, aguardando ansioso el sueño, entraba en sus pensamientos la imagen de Franco. Tan sigilosa e inconsútil era su aparición que Bento, cosa impropia en

él, no intentaba nunca entender por qué pensaba Franco con tanta frecuencia.

Pero en ninguna otra ocasión pensaba Bento en Franco. Sus horas de vigilia estaban llenas de tareas intelectuales que le proporcionaban más gozo del que nunca en su vida había disfrutado. Siempre que se imaginaba como un viejo amojamado reflexionando sobre su vida, sabía que seleccionaría aquellos días concretos como los mejores, aquellos días de camaradería con los Van den Enden y los demás estudiantes, aprendiendo latín y griego, y saboreando los grandes temas del mundo clásico: el universo atomista de

Demócrito, la Forma del Bien de Platón, el Motor Inmóvil de Aristóteles y la liberación de las pasiones de los estoicos.

Su vida era bella en su sencillez. Estaba totalmente de acuerdo con la insistencia de Epicuro en que las necesidades del hombre eran pocas y fáciles de satisfacer. Sólo necesitaba vivienda y manutención, unos cuantos libros, papel y tinta, y podía ganar los florines necesarios puliendo lentes para anteojos sólo dos días a la semana y enseñando hebreo a los colegiantes que querían leer las Escrituras en su lengua original.

La academia le ofrecía no sólo una vocación y un hogar, sino una vida social... a veces en mayor grado de lo que Bento deseaba. Se consideraba que debía comer con la familia Van den Enden y los estudiantes que se hospedaban en la academia, pero en vez de eso prefería a menudo coger un plato de pan y queso duro holandés, y una vela e irse a su habitación a leer. Sus ausencias en la comida disgustaban a la señora Van den Enden, que consideraba que él animaba la conversación, e intentaba por ello, sin éxito, aumentar su sociabilidad, ofreciéndose incluso a cocinar sus platos favoritos y a evitar

alimentos que no fueran *kosher*. Bento le aseguró que no observaba ya las normas dietéticas judías, sino que en realidad la comida le era indiferente y se contentaba sin problema con lo más sencillo: pan, queso y un vaso diario de cerveza, tras lo cual fumaba en su pipa de arcilla de boquilla larga.

Fuera de las clases evitaba socializar con los otros estudiantes, salvo con Dirk, que pronto se iría a la Escuela de Medicina y, por supuesto, la precoz y adorable Clara María. Pero, en general, tras un breve periodo, se apartaba discretamente de ellos, prefiriendo la compañía de los

doscientos pesados y mohosos volúmenes de la biblioteca de Van den Enden.

Aparte de su interés por los magníficos cuadros que se exhibían en las tiendas de los comerciantes de arte de las callecitas que se ramificaban desde el ayuntamiento, Bento sentía poca afinidad con las artes y se resistía a las tentativas de Van den Enden de acrecentar su sensibilidad estética en música, poesía y narrativa. No ofrecía sin embargo ninguna resistencia a la devoción apasionada del maestro por el teatro. El drama clásico sólo se puede apreciar, insistía Van den Enden, si se

lee en voz alta, y Bento participaba servicialmente con los demás estudiantes en las lecturas dramatizadas en clase, aunque era demasiado tímido para leer sus versos con emoción suficiente. Dos veces por año un íntimo amigo de Van den Enden, el director del teatro municipal de Ámsterdam, solía permitir que la academia utilizase su escenario para representaciones importantes ante un pequeño público de padres y amigos.

La representación del invierno de 1658, unos dos años después de la excomunión, fue *Eunuco*, de Terencio, con Bento en el papel de Parmeno, un

precoz esclavo. Cuando examinó por primera vez los versos de su papel, sonrió al llegar a este pasaje:

Pretender hacer ciertas cosas inciertas mediante la razón,
es como intentar volverse cuerdamente loco.

Bento se dio cuenta de que el sardónico sentido del humor de Van den Enden había intervenido al asignarle a él aquel papel. Le había estado regañando persistentemente por su racionalismo hipertrofiado, que no dejaba ningún espacio para la sensibilidad estética.

La representación fue espléndida, los estudiantes interpretaron sus papeles con celo, el público se rió a menudo y aplaudió mucho (aunque entendiesen poco del diálogo en latín), y Bento dejó el teatro muy animado cogido del brazo con sus dos amigos, Clara María (que había interpretado a Tais, la cortesana) y Dirk (que había interpretado a Fedro). De pronto surgió de las sombras un hombre frenético de ojos extraviados que blandía un largo cuchillo de carnicero. Gritando en portugués: «*Herege*, *herege*» («¡Hereje, hereje!»), se arrojó sobre Bento y lo acuchilló por dos veces en el abdomen. Dirk se

enzarzó con el atacante, derribándolo, mientras Clara María se apresuraba a ayudar a Bento, sosteniéndole la cabeza entre sus brazos. Dirk, de frágil constitución, no era enemigo para el atacante, que se lo quitó de encima y desapareció rápidamente en la oscuridad, cuchillo en mano. Van den Enden, que había sido médico, corrió a examinar a Bento. Al ver las dos cuchilladas en el grueso abrigo negro, lo desabotonó rápidamente y vio que la camisa, también acuchillada, estaba manchada de sangre, pero las heridas sólo eran superficiales.

Bento, conmocionado, con la ayuda

de Van Enden y de Dirk, consiguió recorrer las tres manzanas que había hasta la casa y subir lentamente hasta su habitación. Consiguió tragar, con muchas náuseas, una bebida a base de valeriana preparada por el médico del maestro. Se acostó y, con Clara María sentada en la cama y cogiéndole de la mano, no tardó en caer en un profundo sueño de doce horas.

Al día siguiente reinaba en la casa el desorden. A primera hora de la mañana aparecieron las autoridades municipales en la puerta, buscando información sobre el atacante, y más tarde llegaron dos sirvientes con notas de padres

ofendidos que criticaban a Van den Enden no sólo por representar una obra escandalosa sobre sexualidad y travestismo sino también por permitir que una joven (su hija) interpretase un papel... y de cortesana nada menos. El maestro, sin embargo, mostraba una notable placidez, y hasta más que placidez, porque las cartas le divertían, y bromeaba comentando que aquellos padres calvinistas indignados le habrían parecido también a Terencio muy divertidos. Su jocosidad no tardó en tranquilizar a la familia, y el maestro volvió a dar sus clases de griego y sus cursos de cultura clásica.

Arriba en la buhardilla, Bento se sentía asediado por la angustia y a duras penas podía soportar la presión agobiante que sentía en el pecho. Le asaltaban una y otra vez visiones de la agresión, los gritos de «¡Hereje!», el relampagueo del cuchillo, su presión cortando la tela del abrigo, su caída al suelo bajo el peso del agresor. Para tranquilizarse, recurría a su arma habitual, la espada de la razón, pero en esta ocasión le servía de muy poco frente a aquel terror.

Bento persistió. Se esforzó por aminorar el ritmo de la respiración haciéndola larga y deliberada, y conjuró

deliberadamente la temible imagen de la cara de su agresor (barba tupida, ojos desorbitados, espuma en la boca como un perro rabioso) y la miró directa y fijamente hasta que la imagen se disolvió.

—Cálmate —murmuró—. Piensa sólo en este momento. No desperdicies energía en lo que no puedes controlar. No puedes controlar el pasado. Estás asustado porque imaginas que ese acontecimiento pasado ocurre ahora en el presente. Tu mente crea la imagen. Tu mente crea tus sentimientos sobre la imagen. Céntrate sólo en controlar tu mente.

Pero todas aquellas fórmulas bien afinadas que había estado compilando en su cuaderno no lograban aquietar su palpitante corazón. Siguió intentando tranquilizarse con la razón: «Recuerda que en la Naturaleza todo tiene una causa. Tú, Bento Spinoza, eres una parte insignificante de ese vasto nexo causal. Piensa en la larga trayectoria del asesino, la larga cadena de acontecimientos que condujeron inevitablemente a su agresión». ¿Qué acontecimientos?, se preguntó. ¿Tal vez discursos incendiarios del rabino? ¿Tal vez alguna desgracia de la vida personal pasada o presente del agresor? Todas

estas consideraciones se hacía Bento mientras paseaba por su habitación.

Hasta que sonó una suave llamada en la puerta. Estaba a un paso de ella y la abrió instantáneamente, encontrándose con Clara María y Dirk plantados en el quicio, las manos unidas, los dedos entrelazados. Las separaron inmediatamente y entraron en la habitación.

—Bento —dijo una ruborosa Clara María—. Oh, ¿estás levantado y caminando? Llamamos hace sólo una hora y, como no abrías, miramos y estabas profundamente dormido.

—Oh, sí, es un alivio verte

levantado —dijo Dirk—. Aún no han cogido a ese loco, pero yo pude verle bien y lo reconoceré cuando lo cojan. Espero que lo tengan encerrado mucho tiempo.

Bento no dijo nada.

Dirk señaló a su abdomen.

—Echemos un vistazo a la herida. Van den Enden me pidió que la examínase. —Dirk se acercó más e indicó a Clara María que los dejase solos.

Pero Bento dio un paso atrás instantáneamente y movió la cabeza.

—No, no. Estoy perfectamente. Ahora no. Preferiría estar solo un rato

más.

—Está bien, volveremos dentro de una hora.

Dirk y Clara María se miraron interrogativamente cuando salían de la habitación.

Bento empezó a sentirse peor: aquellas manos unidas separándose, no fuera a ser que él las viera, aquella mirada íntima entre ellos... Unos cuantos minutos atrás eran sus dos amigos íntimos. La noche anterior Dirk le había salvado la vida; la noche anterior le había parecido adorable la interpretación de Clara María, y le habían encantado todos sus

movimientos, cada gesto provocativo de sus labios y cada aleteo de sus párpados. Y ahora, de pronto, sentía odio hacia los dos. No había sido capaz de darle las gracias a Dirk o incluso de pronunciar su nombre o de agradecer a Clara María el que se hubiese sentado a su lado la noche anterior.

—Tranquilízate —murmuró para sí —. Retrocede y contémplate desde una gran distancia. Considera cómo giran frenéticamente tus sentimientos: primero amor, ahora odio, luego cólera. Qué volubles, qué caprichosas son las pasiones. Mira cómo te arrastran, hacia un lado, hacia otro, por las acciones de

los demás. Si quieres avanzar debes sobreponerte a tus pasiones anclando tus sentimientos a algo invariable, algo que perdure eternamente.

Otra llamada a la puerta. La misma llamada suave. ¿Podría ser ella? Luego su voz melodiosa:

—Bento, Bento ¿puedo entrar?

La esperanza y la pasión se agitaron. Bento se sintió instantáneamente optimista y se olvidó del todo de lo eterno y lo invariable. Tal vez Clara María estuviese sola, cambiada, arrepentida. Tal vez le cogiese de nuevo la mano.

—Entra.

Clara María entró sola con una nota en la mano.

—Bento, un hombre me dio esto para ti. Un hombre extraño, nervioso, más bien bajo, con un fuerte acento portugués, que no hacía más que mirar a un lado y a otro de la calle. Creo que es un judío y está esperando una respuesta enfrente, junto al canal.

Bento cogió la nota de su mano extendida, la abrió y la leyó rápidamente. Clara María le observaba con mucha curiosidad. Nunca había visto a Bento devorar algo con tanta avidez. La leyó en voz alta para ella, traduciendo las palabras portuguesas al

holandés.

Bento, me he enterado de lo de anoche. Toda la congregación lo sabe. Quiero verte hoy. Es importante.

Estoy al lado de tu casa, enfrente de la casa flotante roja del Singel. ¿Puedes venir?

Franco.

—Clara María —dijo Bento—, es un amigo. El único amigo que me queda de mi vida anterior. Tengo que verle. Puedo bajar las escaleras sin problema.

—No, mi padre dijo que hoy no debías subir escaleras ni bajarlas. Le

diré a tu amigo que vuelva mañana o pasado.

—Pero él insiste en que sea «hoy». Debe estar relacionado con lo de anoche. Mis heridas son simples arañazos. Puedo hacerlo.

—No, mi padre te dejó a mi cuidado. Lo prohíbo. Lo traeré aquí. Estoy segura de que mi padre lo aprobaría.

Bento asintió.

—Gracias, pero procura que las calles estén despejadas... nadie debe verle entrar. Mi excomunión prohibe a todos los judíos hablar conmigo. Nadie debe ver que me visita.

Diez minutos después Clara María volvía acompañada de Franco.

—Bento, ¿cuándo debo volver para acompañarle hasta la puerta? —Al no recibir ninguna respuesta de los dos hombres, absortos en mirarse mutuamente a los ojos, se fue discretamente—. Estaré en la habitación de al lado.

Al oír que la puerta se cerraba, Franco se acercó a Bento y lo abrazó firmemente por los hombros.

—¿Estás bien, Bento? Ella me ha dicho que tu herida no es grave.

—No, Franco, un par de arañazos aquí —señaló al vientre—, pero una

herida muy profunda aquí. —Y señaló a la cabeza.

—Es un alivio tan grande verte...

—También para mí. Ven, sentémonos.

Indicó con un gesto la cama, donde se sentaron mientras Franco continuaba:

—Al principio corrió la noticia por la congregación de que estabas muerto, fulminado por Dios. Fui hasta la sinagoga y el estado de ánimo era entusiasta... la gente decía que Dios había oído sus peticiones y había administrado su justicia. Yo estaba fuera de mí, de angustia, y hasta que no hablé con los alguaciles que buscaban en el

barrio al asesino no me enteré de que estabas herido y, por supuesto, no por Dios sino por un judío loco.

—¿Quién es?

—Nadie lo sabe. O al menos nadie afirma saberlo. He oído que se trata de un judío que acababa de llegar a Ámsterdam.

—Sí, se trata de portugués. Gritó: «*Herege*» cuando me atacó.

—He oído que a su familia la quemó la Inquisición. Y tal vez tuviese un odio especial a los conversos. Algunos conversos de España y Portugal se han transformado en los enemigos más grandes de los judíos, se han hecho

sacerdotes y logran un ascenso rápido ayudando a los inquisidores a desenmascarar subterfugios y argucias.

—Bueno, entonces la red causal resulta clara.

—¿Red causal?

—Franco, qué alegría volver a estar contigo. Me gusta siempre la manera que tienes de pararme y pedir aclaraciones. Quería decir simplemente que todo tiene una causa.

—¿Incluso este ataque?

—¡Sí, todo! Todo está sujeto a las leyes de la Naturaleza, y es posible, a través de nuestra razón, aclarar esa cadena causal. Creo que esto se cumple

no sólo en el caso de los objetos físicos sino de todo lo humano, y estoy embarcado ahora en el proyecto de tratar los apetitos, los pensamientos y las acciones de los seres humanos exactamente igual que si fuesen un asunto de líneas, planos y cuerpos.

—¿Quieres decir que podemos conocer la causa de todo pensamiento, apetito, capricho, sueño?

Bento asintió.

—¿Significa eso que no podemos decidir tener ciertos pensamientos? ¿Que no puedo decidir girar la cabeza a un lado y luego a otro? ¿Que no tenemos en realidad libre elección?

—Quiero decir exactamente eso. El hombre es una parte de la Naturaleza y está sometido por tanto a la red causal de ella. Nada en la Naturaleza, nosotros incluidos, puede elegir sin más ni más, caprichosamente, iniciar una acción. No puede haber ninguna potestad separada dentro de una potestad.

—¿Ninguna potestad separada en una potestad? Me pierdo otra vez.

—Franco, hace ya un año que hablamos por última vez, y aquí estoy yo hablando de filosofía en vez de enterarme de los acontecimientos de tu vida.

—No. Nada es más importante para

mí que hablar de este modo contigo. Soy como un hombre que está muriéndose de sed y llega a un oasis. Lo demás puede esperar. Háblame sobre eso de una potestad dentro de una potestad.

—Quiero decir que, puesto que el hombres es, en todos los sentidos, una parte de la Naturaleza, no cabe pensar que altere, en vez de seguir, el orden de la Naturaleza. Es incorrecto suponer que él, o cualquier entidad de la Naturaleza, tenga libre voluntad. Todo lo que hacemos está determinado por causas exteriores o interiores. ¿Recuerdas cómo te demostré que Dios, o la Naturaleza, no eligió a los judíos?

Franco asintió.

—Pues también es cierto por lo mismo que Dios no eligió a la humanidad para que fuese especial, para que estuviese fuera de las leyes de la Naturaleza. Esa idea, creo yo, no tiene nada que ver con el orden natural sino que procede de nuestra necesidad profunda de ser especiales, de ser imperecederos.

—Creo que voy entendiendo ya lo que quieres decir... es una idea gigantesca. ¿Ninguna libertad de elección? No puedo creerlo. Quiero discutirlo. Veamos, yo creo que soy libre para decidir, para decir: «Quiero

discutirlo». Sin embargo no tengo argumentos que ofrecer. La próxima vez que nos veamos habré pensado alguno. Pero estabas hablando sobre el asesino y la red causal cuando te interrumpí. Continúa, por favor, Bento.

—Yo creo que es una ley de la Naturaleza el que se reaccione del mismo modo a clases completas de cosas. Este asesino, probablemente enloquecido de dolor por su familia, oyó que yo era un ex judío y me clasificó con otros ex judíos que hicieron daño a su familia.

—Tu proceso de razonamiento tiene sentido, pero debe incluir también la

influencia de otros que puedan haberle alentado a hacer esto.

—Esos otros están sujetos también a la red causal —dijo Bento.

Franco hizo una pausa y asintió.

—¿Sabes lo que pienso, Bento?

Bento le miró enarcando las cejas.

—Creo que eso es un proyecto para toda la vida.

—En eso estamos totalmente de acuerdo. Y yo estoy conforme, muy conforme, con poder dedicar mi vida a este proyecto. Pero ¿qué ibas a decir sobre la influencia de otros en el asesino?

—Yo creo que esto lo instigaron los

rabinos y orientaron las ideas y las acciones de tu agresor. Se rumorea que ahora está oculto en el sótano de la sinagoga. Yo creo que los rabinos querían que tu muerte sirviese como una advertencia a la congregación de los peligros de poner en entredicho la autoridad rabínica. Estoy planeando informar a la justicia de dónde podría estar escondido.

—No Franco. No hagas eso. Piensa en las consecuencias. El ciclo de dolor, cólera, venganza, castigo, represalia, será interminable y al final os envolverá a ti y a tu familia. Elige un camino religioso.

Franco pareció sorprenderse.

—¿Religioso? ¿Cómo puedes utilizar tú el término «religioso»?

—Me refería a un camino moral, un camino virtuoso. Si deseas modificar ese ciclo de angustia, debes conocer al asesino —dijo Bento—. Confortarle, suavizar su dolor, intentar ilustrarle.

Franco asintió lentamente, en silencio, asimilando las palabras de Bento y luego dijo:

—Bento, volvamos a lo que dijiste antes sobre tu herida profunda en la cabeza. ¿Cómo es de grave esa herida?

—A decir verdad, Franco, estoy paralizado de miedo. Noto como si el

pecho me estuviese a punto de estallar. No consigo tranquilizarme aunque llevo toda la mañana trabajando en ello.

—¿Trabajando cómo?

—Tal como te he estado explicando... recordándome que todo tiene una causa y que lo que sucedió, sucedió necesariamente.

—¿Qué quieres decir con «necesariamente»?

—Dados todos los factores que han concurrido previamente, este incidente tenía que producirse. No había modo de evitarlo. Y una de las cosas más importantes que he aprendido es que es insensato intentar controlar cosas sobre

las que no tenemos ningún control. Esa, estoy convencido, es una idea verdadera. Sin embargo la visión de ese agresor vuelve para asediarme una y otra vez. —Bento hizo una breve pausa cuando sus ojos se posaron en el abrigo acuchillado—. Se me ha ocurrido en este momento que la visión de ese abrigo ahí, en la silla, puede estar agravando el problema. Un gran error tenerlo hay. Tengo que deshacerme del todo de él. Pensé por un instante ofrecértelo a ti pero, por supuesto, no te pueden ver con ese abrigo. Fue de mi padre y lo reconocerán fácilmente.

—Discrepo. Apartarlo de la vista no

es buena idea. Déjame que te diga lo que oí que mi padre decía a otros en situaciones muy similares. «No te deshagas de eso. No cierres una parte de tu mente, sino que debes hacer exactamente lo contrario.» Así que, Bento, te sugiero que lo cuelgues en un sitio donde esté siempre a la vista, de manera que puedas verlo constantemente para que te recuerde el peligro al que te enfrentas.

—Puedo entender la sabiduría de ese consejo. Exige mucho valor seguirlo.

—Bento, es esencial mantener ese abrigo a la vista. Creo que subestimas el

peligro al que estás expuesto ahora en el mundo. Ayer, estuviste a punto de morir. Supongo que temes a la muerte...

Bento asintió.

—Sí. Aunque estoy trabajando para superar ese miedo.

—¿Cómo? Todo hombre teme a la muerte.

—Los hombres la temen en grados distintos. Algunos filósofos antiguos que estoy leyendo buscaron medios de atenuar ese temor. ¿Te acuerdas de Epicuro? Hablamos de él una vez.

Franco asintió.

—Sí, el hombre que decía que el propósito de la vida era vivir en un

estado de tranquilidad. ¿Cuál era el término que utilizaba él?

—*Ataraxia*. Epicuro creía que lo que más que perturbaba la *ataraxia* era nuestro miedo a la muerte, y enseñó a sus discípulos varios poderosos argumentos para hacerlo disminuir.

—¿Cuáles?

—Su punto de partida es que no hay otra vida y que no tenemos que temer nada de los dioses después de la muerte. Luego decía que la muerte y la vida nunca pueden coexistir. Dicho de otro modo: donde esta la vida no está la muerte y donde esta la muerte no está la vida.

—Eso parece lógico, pero dudo que proporcione calma en medio de la noche, cuando uno despierta de una pesadilla en la que sueña que se muere.

—Epicuro tiene otro argumento más, el argumento de la simetría, que puede ser más potente aún. Según él, el estado de no ser de después de la muerte es idéntico al estado de no ser de antes del nacimiento. Y aunque tememos a la muerte, no sentimos ningún miedo cuando pensamos en ese estado idéntico anterior. Así que no hay tampoco ninguna razón para temer la muerte.

Franco inspiró profundamente.

—Eso me convence, Bento. Lo que

dices es verdad. Ese argumento tiene un poder calmante.

—El que un argumento tenga «un poder calmante» apoya la idea de que ninguna cosa es, en sí misma y por sí misma, realmente buena o mala, agradable o temible. Lo que hace que sea así es sólo tu mente. Piénsalo, Franco: lo que hace que sea así es sólo tu mente. Esa idea tiene verdadero poder, y estoy convencido de que ofrece la clave para curar mi herida. Lo que debo hacer es modificar la reacción de mi mente al acontecimiento de anoche. Pero aún no he descubierto cómo hacerlo.

—Me asombra que sigas filosofando incluso en medio de tu pánico.

—Lo he visto como una oportunidad para entender. ¿Qué puede haber más importante que aprender de un modo directo a mitigar el miedo a la muerte? Leí precisamente el otro día un pasaje de un filósofo romano llamado Séneca, que decía: «Ningún temor osa penetrar en el corazón que se ha purgado del miedo a la muerte». Dicho de otro modo, en cuanto vences el miedo a la muerte, vences también todos los demás miedos.

—Empiezo a entender más esa fascinación tuya con tu pánico.

—El problema se aclara, pero la solución aún está oculta. Me pregunto si temo con especial intensidad la muerte ahora por sentirme tan pleno.

—¿Qué?

—Quiero decir pleno en mi mente. Tengo muchas ideas sin desarrollar girando en mi cabeza, y me duele indescriptiblemente pensar que esas ideas pueden morir abortadas.

—Entonces ten cuidado, Bento. Protege esas ideas. Y protégete tú. Aunque vas camino de convertirte en un gran maestro, eres, en algunos sentidos, muy ingenuo. Creo que sientes tan poco rencor que subestimas su existencia en

los demás. Estás en peligro y debes abandonar Ámsterdam. Tienes que apartarte de la vista de los judíos, esconderte y entregarte a tus pensamientos y a tus escritos en secreto.

—Creo que hay un excelente maestro gestándose dentro de ti. Me das un consejo muy bueno, Franco, y pronto, muy pronto, lo seguiré. Pero ahora te toca a ti hablarme de tu vida.

—Aún no. Creo que puedo ayudarte con tu miedo. Te haré una pregunta: ¿crees que te habrías sentido tan herido aquí arriba —Franco señaló a su cabeza — si el asesino fuese sólo un simple loco, no un judío con un resentimiento

especial hacia ti?

Bento asintió.

—Una pregunta acertadísima. —Se recostó en un poste de la cama, cerró los ojos y lo consideró unos instantes—. Creo que entiendo lo que quieres decir, y es algo muy penetrante. No, estoy seguro de que si no fuese un judío, esta herida de mi mente no sería tan grave.

—Ah —dijo Franco—, así que eso significa...

—Eso significa que mi pánico no es sólo por la muerte. Tiene un componente adicional, vinculado a mi destierro forzado de la comunidad judía.

—Yo también pienso eso. ¿Es muy

doloroso en este momento ese destierro? La última vez que hablamos sólo expresaste alivio por dejar el mundo de la superstición y mucha alegría ante la perspectiva de la libertad.

—Cierto. Y ese alivio y esa alegría aún están conmigo, pero sólo en mi vida de vigilia. Ahora vivo dos vidas. Durante el día soy un hombre nuevo que se ha desprendido de su vieja piel, lee en latín y griego, y considera ideas libres y emocionantes. Pero de noche soy Baruch, un judío errante al que mi madre y mi hermana confortan, al que examinan los ancianos sobre el Talmud, y que anda con paso inseguro entre las

ruinas chamuscadas de una sinagoga. Cuanto más me alejo de la plena conciencia despierta, más retorno a mis inicios y me aferró a los fantasmas de mi infancia. Y puede que esto te sorprenda, Franco: casi todas las noches cuando me acuesto en esta cama y espero el sueño, tú me haces una visita.

—Espero ser una buena visita.

—Mucho mejor de lo que te podrías imaginar. Te invito porque me traes consuelo. Y eres una buena visita hoy. Incluso mientras hablamos, siento que me invade de nuevo la *ataraxia*. Y algo más que *ataraxia*... me ayudas a pensar. Tu pregunta sobre el asesino (cómo

reaccionaría yo si él no fuese judío) me ayuda verdaderamente a captar la complejidad de los elementos determinantes. Ahora sé que debo examinar con mayor profundidad los antecedentes y considerar pensamientos no del todo conscientes, pensamientos de los sueños, de la pesadilla, además de los del periodo de vigilia. Gracias por eso.

Franco esbozó una amplia sonrisa y apretó el hombro de Bento.

—Y ahora, Franco, háblame de tu vida.

—Han pasado muchas cosas, aunque mi vida es menos aventurera que la tuya.

Mi madre y mi hermana llegaron un mes después de que te fueras tú, y encontramos, con la ayuda del fondo de la sinagoga, una casita pequeña no lejos de tu tienda. Paso a menudo por delante de ella y veo a Gabriel, que me saluda pero no habla conmigo. Creo que es porque sabe, como todo el mundo, el papel que desempeñé en tu *hérem*. Se ha casado ya y vive con la familia de su mujer. Yo trabajo en el negocio naviero de mi tío y ayudo en el inventario de los barcos que llegan. Estudio de firme y asisto a lecciones de hebreo varias veces por semana con otros inmigrantes. Aprender hebreo es tedioso pero

también emocionante. Me conforta y me brinda un cabo salvavidas, una sensación de continuidad con mi padre y con su padre y su padre, hasta remontarme centenares de años atrás. Esa sensación de continuidad es inmensamente estabilizadora.

»Tu cuñado Samuel es ahora rabino y nos a clases cuatro veces por semana. Otros rabinos, incluido Rabí Morteira, se turnan para dar clases los demás días. Tengo la impresión, por comentarios de Samuel, de que tu hermana Rebeca está bien. ¿Qué más?

—¿Y qué es de tu primo Jacob?

—Ha vuelto a Róterdam y casi no le

veo.

—Y la cuestión importante: ¿estás contento, Franco?

—Sí, pero siento al mismo tiempo una especie de melancolía. Conocerte me ha mostrado otra faceta de la vida, una vida de la mente que no experimento del todo. Reconforta mucho saber que estarás ahí y seguirás compartiendo tus investigaciones conmigo. Mi mundo es más pequeño, y puedo ver ya sus futuros contornos. Mi madre y mi hermana me han elegido una esposa, una chica de dieciséis años de nuestra aldea de Portugal, y nos casaremos dentro de unas semanas. Yo apruebo la elección:

es atractiva, agradable y trae una sonrisa a mi cara. Será una buena esposa.

—¿Podrás hablar con ella de todos tus intereses?

—Eso creo. También ella está hambrienta de conocimiento. Como la mayoría de las chicas de nuestra aldea, ni siquiera sabe leer. He iniciado su educación.

—No demasiada educación, espero. Puede ser peligroso. Pero dime, ¿se habla de mí en la comunidad?

—Hasta este incidente, no he oído nada. Es como si la comunidad hubiese recibido la orden no sólo de evitarte sino también de no pronunciar tu

nombre. No lo oigo pronunciar, aunque, por supuesto, no sé nada sobre lo que se dice a puertas cerradas. Tal vez sea sólo mi imaginación, pero creo que tu espíritu flota sobre la comunidad e influye mucho en ella. Por ejemplo, nuestras sesiones de estudio del hebreo son extraordinariamente intensas y no se permite en ellas ninguna pregunta. Es como si los rabinos estuviesen asegurándose de que no volverá a nacer jamás otro Spinoza.

Bento inclinó la cabeza.

—Tal vez no debería haber dicho eso, Bento. He sido cruel.

—Sólo puedes ser cruel

ocultándome la verdad.

Una llamada suave en la puerta y luego la voz de Clara María:

—Bento.

Bento abrió la puerta.

—Bento, tengo que irme. ¿Cuánto tiempo más se va a quedar tu amigo?

Bento miró interrogativamente a Franco, que cuchicheó que tenía que irse también, porque no tenía ninguna buena razón para estar ausente del trabajo.

—Clara María —contestó Bento—, danos sólo unos minutos más, por favor.

—Estaré esperando en la sala de música —dijo Clara María, cerrando la puerta suavemente.

—¿Quién es ella, Bento?

—La hija del maestro y mi profesora. Me enseña latín y griego.

—¿Tu profesora? Imposible. ¿Qué edad tiene?

—Unos dieciséis años. Empezó a enseñarme a los trece. Es un prodigio. Completamente distinta a las demás chicas.

—Parecen mirarte con amor y ternura.

—Sí, así es, y yo la correspondo con el mismo afecto pero... —Bento vaciló; no estaba acostumbrado a compartir sus sentimientos más íntimos—. Pero hoy ella ha agravado mi mal mostrándose

aún más tierna hacia mi amigo y compañero de clase.

—Ah, celos. Eso puede ser doloroso, ciertamente. Lo siento mucho, Bento. Pero la última vez ¿no me hablaste de abrazar una vida de soledad y olvidar la idea de una compañera? Parecías tan decidido, o tal vez resignado, a una vida de soledad.

—Decidido y resignado. Estoy absolutamente decidido a llevar una vida de estudio y sé que no puedo asumir la responsabilidad de una familia. Y sé también que es imposible legalmente casarse con una cristiana o una judía. Y Clara María es católica.

Una católica supersticiosa además.

—¿Así que tienes dificultades para renunciar a lo que en realidad no quieres y no puedes tener?

—¡Justamente! Me gusta tu modo de apuntar directamente al corazón de mi desatino.

—¿Y dices que la quieres? ¿Y tu buen amigo al que ella favorece?

—También le quería a él, hasta hoy. Me ayudó a trasladarme después del *hérem*. Me salvo la vida anoche. Es un buen hombre. Y piensa hacerse médico.

—Pero tú quieres que ella te desee a ti en vez de a él, aunque sabes que eso os haría desgraciados a los tres.

—Sí, es cierto.

—Y cuanto mayor fuese su deseo de ti, mayor sería su desesperación al no tenerte.

—Sí, eso es indiscutible.

—Pero tú la amas y deseas su felicidad. ¿Y si ella es desgraciada, tú también sufrirás?

—Sí, sí y sí. Todo lo que dices es correcto.

—Y una última cuestión. ¿Tú dices que ella es una católica supersticiosa? Y los católicos adoran los rituales y los milagros. ¿Cómo puede relacionarse ella con tus ideas de identificar a Dios con la Naturaleza, con tu rechazo de los

rituales y la superstición?

—Yo nunca hablaría de esas ideas con ella.

—¿Porque ella las rechazará y quizá te rechazará también a ti?

Bento asintió.

—Todo lo que dices es verdad, Franco. Me he esforzado tanto, he renunciado a tanto por ser libre, y ahora he renunciado a mi libertad y me he convertido en un cautivo por Clara María. Cuando pienso en ella, soy completamente incapaz de centrarme en otros pensamientos más elevados. En este asunto es evidente que no soy mi propio dueño sino que estoy esclavizado

por la pasión. Aunque la razón me muestre lo que es mejor, me veo forzado a seguir lo que es peor.

—Es una historia muy vieja, Bento. Siempre hemos estado esclavizados por el amor. ¿Cómo vas a liberarte?

—Sólo puedo liberarme si corto absolutamente mis conexiones con el placer sensual, la riqueza y la fama. Si no presto oídos a la razón, permaneceré esclavo de la pasión.

—Pero, Bento —dijo Franco, levantándose y disponiéndose a partir—, sabemos que la razón no puede vencer a la pasión.

—Sí. Sólo una emoción más fuerte

puede vencer a una emoción. Mi tarea es clara: debo aprender a convertir la razón en una pasión.

—Convertir la razón en una pasión —susurró Franco mientras caminaban hacia la sala de música, donde esperaba Clara María—. Una tarea colosal. La próxima vez que nos veamos espero que me expliques tus progresos.

26. Berlín-26 de marzo de 1923

Me resulta difícil congeniar con nuestras familias bálticas: parecen poseer algún género negativo de cualidad, y al mismo tiempo asumir un aire de superioridad, de ser los amos de todo, que no he encontrado en ninguna otra parte.

ADOLF HITLER sobre Alfred Rosenberg

Querido Friedrich:

Lo siento pero debo cancelar mi próxima visita. Aunque ésta sea la tercera vez que lo hago, no prescindas de mí, por favor. Deseo completamente en serio consultar contigo, pero se han incrementado muchísimo las demandas sobre mi tiempo. La semana pasada Hitler me pidió que sustituyese a Dietrich Eckart como editor jefe del *Völkischer Beobachter*. Hitler y yo estamos ahora más próximos; está muy complacido con mi edición de *Los protocolos de los sabios de Sión*. Hace

un mes, con la ayuda de un donante generoso, el VB se convirtió en diario y ahora tiene una circulación de 33.000 ejemplares (y, por cierto, puedes encontrarlo ya en los quioscos de Berlín).

Todos los días hay una nueva crisis sobre la que informar. Todos los días parece estar en juego el futuro de Alemania. Por ejemplo, en este momento debemos decidir cómo hemos de hacer frente a los franceses, que han invadido el Ruhr con el fin de cobrarse sus criminales reparaciones. Y todos los días la espiral de la inflación sitúa a nuestro país entero al borde del

precipicio. ¿Puedes creer que un dólar estadounidense, que hace sólo un año valía 400 marcos, valga esta mañana 20.000? ¿Puedes creer que los empresarios de Múnich están empezando a pagar a sus empleados tres veces al día? ¿Sucede lo mismo en Berlín? La esposa acompaña a su marido al trabajo, y les pagan una vez por la mañana y entonces ella corre a comprar el desayuno antes de que suban los precios. Aparece luego al mediodía a recoger la paga (más elevada ya) y debe correr de nuevo para comprar la comida (100.000 marcos que servían para comprar cuatro salchichas el día

antes sirven ya sólo para tres) y una tercera vez, de nuevo cuando todo ha subido, al final del día, pero cuando el dinero está seguro ya porque los mercados cierran, hasta que abre la Bolsa por la mañana. Es un escándalo, una tragedia.

Y las cosas se pondrán peor aún. Creo que ésta será la mayor hiperinflación de la historia: todos los alemanes serán pobres salvo, por supuesto, los judíos, que se aprovecharán de esta pesadilla, como es natural. Sus cajas fuertes empresariales están llenas a reventar de oro y de monedas extranjeras.

Mi vida como redactor jefe es tan exigente que me resulta imposible dejar el despacho para comer, mucho menos aún para coger el tren y hacer el viaje de diez horas, y de veinte millones de marcos, para ir a Berlín. Si algo te trae alguna vez hasta Múnich házmelo saber, por favor, para que podamos vernos aquí. Te lo agradecería muchísimo. ¿Has considerado alguna vez la posibilidad de trabajar en Múnich? Yo podría ayudarte: piensa en todos los anuncios que podría poner para ti en el periódico gratuitamente.

El doctor Karl Abraham leyó la carta y se la devolvió a Friedrich.

—¿Y cómo piensa responderle?

—No sé. Hoy me gustaría utilizar mi hora de supervisión de su trabajo para discutirlo. ¿Le recuerda usted? Describí mi charla con él hace unos meses.

—¿El editor de *Los protocolos de los sabios de Sión*? ¿Cómo podría olvidarle?

—No he visto a Herr Rosenberg desde entonces. Sólo algunas cartas. Pero aquí está el ejemplar de ayer de su periódico, el *Völkischer Beobachter*. Eche un vistazo a este titular:

ABUSOS A NIÑOS EN

BURDEL DE VIENA. MUCHOS JUDÍOS IMPLICADOS.

El doctor Abraham movió la cabeza, disgustado al leer el titular y preguntó:

—Y *Los protocolos*... ¿los ha leído?

—Sólo extractos y unas cuantas recensiones que lo califican de «fraude».

—Un fraude evidente, pero peligroso. Y no me cabe la menor duda de que su paciente, Rosenberg, lo sabía. Intelectuales judíos de fiar de mi comunidad me han explicado que *Los*

protocolos fueron amañados por un escritor ruso desacreditado, Serge Nilus, que quería persuadir al zar de que los judíos estaban intentando dominar Rusia. El zar, después de leer *Los protocolos*, ordenó una serie de sangrientos pogromos.

—Bueno —dijo Friedrich—, mi pregunta es ¿cómo puedo hacer terapia con un paciente que comete actos tan viles? Sé que él es peligroso. ¿Cómo debo manejar mi contratransferencia?

—Yo prefiero concebir la contratransferencia como la reacción neurótica del terapeuta hacia el paciente. En este caso, los sentimientos de usted

tienen una base racional. La pregunta adecuada pasa a ser: «¿cómo trabajar con alguien que es, según cualquier criterio objetivo, una persona malévola y repulsiva capaz de mucha destrucción?».

Friedrich consideró las palabras de su supervisor.

—Malévola, repulsiva... Son palabras fuertes.

—Tiene usted razón, doctor Pfister... esos han sido mis términos, no los suyos, y creo que esta usted aludiendo, muy correctamente, a otro asunto: la contratransferencia del supervisor... lo cual puede obstaculizar mi capacidad

para instruirle a usted. Siendo judío resulta imposible para mí tratar a ese individuo nocivo antisemita, pero vamos a ver si puedo de todos modos serle útil aún como supervisor. Hábleme más de sus sentimientos hacia él.

—Aunque no soy judío, me siento personalmente ofendido por su antisemitismo. Después de todo, la gente a la que estoy más próximo aquí son casi todos judíos: mi analista, usted y la mayoría de los docentes del instituto. —Friedrich cogió la carta de Alfred—. Mire. Escribe todo orgulloso sobre sus progresos profesionales, esperando que yo me sienta complacido. En vez de eso,

me siento progresivamente ofendido y asustado por usted, por todos los alemanes civilizados. Creo que él es malo, y su ídolo, ese Hitler, puede que sea el demonio encarnado.

—Eso es una parte. Pero hay otra parte de usted que quiere seguir viéndole. ¿Por qué?

—Es lo que analizamos antes, mi interés intelectual por analizar a alguien cuyo pasado comparto. Conozco a su hermano de toda la vida; y a él lo conocí cuando era un niño.

—Pero doctor Pfister, es evidente que nunca será usted capaz de analizarlo. Sólo el hecho de la distancia

lo hace imposible. Le verá usted como mucho sólo unas cuantas sesiones dispersas y nunca será capaz de hacer un trabajo arqueológico profundo sobre su pasado.

—Cierto. Tengo que dejar correr esa idea. Debe haber otras razones.

—Recuerdo que usted me habló de la sensación que tenía de un pasado aniquilado... Sólo queda su buen amigo, el hermano. He olvidado su nombre...

—Eugen.

—Sí, queda sólo Eugen Rosenberg y en mucha menor medida, porque nunca estuvo usted próximo a él, ese hermano pequeño de Eugen, Alfred. Sus padres

murieron, no tiene hermanos, no tiene usted ningún otro contacto con su vida anterior... ni personas ni lugares. Yo creo que está usted intentando negar el envejecimiento o la transitoriedad mediante la búsqueda de algo imperecedero. Espero que esté usted abordando eso en su análisis personal...

—Aún no. Pero sus comentarios son útiles. No puedo detener el tiempo aferrándome a Eugen o a Alfred. Sí, doctor Abraham, esta usted dejando claro que ver a Alfred no contribuye a resolver mis conflictos internos.

—Eso es muy importante, doctor Pfister, lo repetiré. Ver a Alfred

Rosenberg no puede contribuir a resolver sus conflictos internos. El lugar para eso es su propio análisis. ¿De acuerdo?

Friedrich asintió, resignado.

—Así que le pregunto de nuevo: ¿por qué quiere usted verle?

—No estoy seguro. Concuerdo en que es un hombre peligroso, un hombre que propaga odio. Pero yo sigo pensando en él que como el niño de la casa de al lado más que como un hombre que es malo. Lo consideró extraviado, no demoníaco. Cree de verdad en ese disparate racial, y sus pensamientos y sus actos siguen con una coherencia

absoluta las premisas de Houston Stewart Chamberlain. No creo que sea un psicópata, un sádico o una persona violenta. Es más bien tímido en realidad, casi pusilánime e inseguro. Se relaciona pobremente con los demás, y está entregado del todo a la esperanza de conseguir el amor de su jefe, Hitler. Pero aun así, parece consciente de sus limitaciones y sorprendentemente dispuesto a hacer algún trabajo terapéutico.

—Bueno, entonces, sus objetivos en la terapia son...

—Tal vez esté siendo ingenuo, pero si puedo convertirle en una persona más

moral, hará menos mal en el mundo... Eso es mejor sin duda que no hacer nada. Tal vez pueda incluso ayudarle a encauzar el poder y la irracionalidad de su antisemitismo.

—Bueno, si fuese usted capaz de analizar con éxito el antisemitismo, conseguiría ese Premio Nobel que no ha podido conseguir hasta ahora Freud. ¿Tiene usted ideas sobre cómo enfocar eso?

—Aún no... es algo lejano, y por supuesto es mi objetivo, no el objetivo del paciente.

—¿Y cuál es el objetivo de él? ¿Qué es lo que quiere?

—Su objetivo explícito es relacionarse más eficazmente con Hitler y otros miembros del partido. Yo tendría que meter de contrabando cosas más elevadas.

—¿Es usted un buen contrabandista?

—Sólo un novicio, pero tengo una idea. Le he mencionado ya a usted que le he servido de guía con Spinoza. Pues bien, en la parte cuarta de la *Ética*, la sección en que trata de cómo hay que superar la servidumbre de la pasión, hay una frase que me llamó la atención. Spinoza dice que la razón no es rival frente a la pasión y que lo que debemos hacer es convertir la razón en una

pasión.

—Vaya, interesante. ¿Cómo se propone usted hacer eso?

—No tengo pensado un método preciso. Pero sé que debo fertilizar su curiosidad sobre sí mismo. ¿No siente todo el mundo un profundo interés por sí mismo? ¿No quiere todo el mundo saberlo todo sobre sí mismo? Sé que a mí me sucede. Me esforzaré por inflamar la autocuriosidad de Alfred.

—Una forma interesante de estructurar la terapia, doctor Pfister. Una forma original. Esperemos que él coopere, y yo haré todo lo que pueda por ayudarle a usted. Pero me pregunto

si no hay un fallo en su argumento.

—¿Cuál?

—Excesiva generalización. Los terapeutas son diferentes. Somos bichos raros. Las otras personas, en su mayoría, no comparten nuestra curiosidad apasionada por la mente. Veo que, de momento, su objetivo es enormemente distinto del de usted: lo que él quiere es resultar más estimable para sus camaradas nazis. ¡Así que tenga presente el peligro de que la terapia quizá únicamente empeore las cosas para todos nosotros! Permítame que sea más concreto. Si consiguiese usted ayudar a Rosenberg a cambiar de un modo que

hiciese que Hitler le estimase más, lo único que habría conseguido usted sería hacerle más eficazmente malvado.

—Comprendo. Mi tarea es ayudarle a entregarse a otro objetivo completamente distinto: comprender y disminuir su necesidad desesperada e irracional de conseguir la estimación de Hitler.

El doctor Abraham sonrió a su joven alumno.

—Exactamente. Me encanta su entusiasmo, Friedrich. ¿Quién sabe? Puede que consiga usted hacer eso. Busquemos algunas reuniones profesionales en Múnich a las que pueda

asistir usted para tener sesiones adicionales con él allí.

Bayreuth, octubre 1923

A pesar de las presiones de su trabajo, Alfred prosiguió con su plan de hacer una visita a Houston Stewart Chamberlain y convenció fácilmente a Hitler para que se uniese a él. A Hitler también le había entusiasmado *Los fundamentos del siglo XIX* y proclamaría, hasta el final de su vida, que él, Dietrich Eckart y Richard Wagner, habían sido sus principales

mentores intelectuales.

Chamberlain vivía en Bayreuth, en Wahnfried, el viejo hogar monumental de Wagner, con su esposa, Eva (hija de Wagner), y Cosima, la viuda de ochenta y seis años de Wagner. El viaje en coche de de doscientos cuarenta kilómetros hasta Bayreuth fue sumamente agradable para Alfred. Era su primer viaje en el nuevo Mercedes resplandeciente de Hitler y una oportunidad de disfrutar de la atención exclusiva de éste durante varias horas.

Los recibió un criado que los condujo al piso de arriba, donde estaba Chamberlain sentado en una silla de

ruedas, las piernas pulcramente tapadas con una manta escocesa azul y verde, mirando por el ventanal que dominaba el jardín interior. Enfermo de un misterioso trastorno nervioso que le tenía parcialmente paralizado y le impedía hablar con claridad, Chamberlain parecía mucho más viejo de los setenta años que contaba: tenía manchas en la piel, unos ojos inexpresivos, la mitad de la cara deformada por un espasmo. Con los ojos fijos en la cara de Hitler, asentía de vez en cuando y parecía comprender las palabras de éste. No miró ni una sola vez a Rosenberg. Hitler, inclinándose hacia delante, la boca

próxima al oído de Chamberlain, dijo:

—Atesoro las palabras de su gran libro, *Los fundamentos del siglo XIX*: «La raza germánica está empeñada en una lucha mortal con los judíos que debe librarse no sólo con el cañón sino con todas las armas de la sociedad y de la vida humana». —Chamberlain asintió y Hitler continuó—: Herr Chamberlain, prometo que soy el hombre que desencadenará por usted esa guerra. —Y continuó explayándose sobre su programa de veinticinco puntos y su decisión absoluta e inflexible de conseguir una Europa libre de judíos.

Chamberlain asentía vigorosamente

y de cuando en cuando graznaba:

—Sí, sí...

Más tarde, cuando Hitler abandonó la habitación para una audiencia privada con Cosima Wagner, Rosenberg se quedó solo con Chamberlain y le contó que él, cuando tenía dieciséis años, se había sentido fascinado, lo mismo que Hitler, por *Los fundamentos del siglo XIX*, y que también tenía una deuda permanente con él. Luego, acercándose más a la oreja de Chamberlain, como había hecho Hitler, le confió:

—Estoy empezando a escribir un libro sobre el siglo siguiente que tengo la esperanza de que continúe la obra de

usted. —Chamberlain quizá sonriese... tenía la cara tan deformada que era difícil saberlo. Alfred continuó—: Sus ideas y sus palabras estarán por todas partes en mis páginas. No he hecho más que empezar. Será un proyecto de cinco años... hay tanto por hacer. Acabo de escribir sin embargo un pasaje para el final: «Las horas sagradas de los alemanes reaparecerán cuando el símbolo del despertar (la bandera con el signo refulgente de la cruz gamada) se haya convertido en el único credo que prevalezca en el Reich».

Chamberlain emitido un gruñido. Quizá dijese: «Sí, sí».

Alfred se retrepó en su asiento y miró a su alrededor. Hitler no volvía. Se inclinó de nuevo hacia la oreja de Chamberlain:

—Querido maestro, necesito su ayuda en una cosa. Se trata el problema de Spinoza. Dígame cómo ese judío de Ámsterdam pudo haber escrito obras que llegasen a ser tan reverenciadas por los más grandes pensadores alemanes, incluido el inmortal Goethe. ¿Cómo pudo ser posible eso?

Chamberlain movió la cabeza con agitación y emitió algunos sonidos confusos de los que Rosenberg sólo pudo distinguir: «*Ja*, *Ja*». Poco después

cayó en un profundo sueño.

En su viaje de vuelta los dos hombres hablaron poco de Chamberlain, ya que Alfred tenía otra cosa en perspectiva: convencer a Hitler de que había llegado el momento de que el partido actuase. Le recordó los hechos básicos.

—Alemania está envuelta en el caos —dijo—. La inflación está casi fuera de control. Hace cuatro meses un dólar valía 75.000 marcos, mientras que ayer un dólar valía 150 millones de marcos. Ayer el tendero de la esquina cobraba 90 millones de marcos por una libra de

patatas. Y estoy seguro de que, muy pronto, las imprentas del tesoro estarán imprimiendo billetes de un trillón de marcos.

Hitler asintió cansinamente. Había oído decir todo aquello a Alfred varias veces.

—Y mire todos los golpes de Estado que se están urdiendo por todas partes —agregó Alfred—. El *putsch* del Partido Comunista en Sajonia, el de los oficiales de la reserva de la Reichswehr en Prusia oriental, el *putsch* de Kapp en Berlín, el de los separatistas renanos. Pero es Múnich y toda Baviera el verdadero barril de pólvora que está a

punto de estallar. Múnich está llena de toda una legión de partidos de derechas que se oponen al gobierno de Berlín pero, de todos ellos, somos con mucho el más fuerte, el más potente y el mejor organizado. ¡Es nuestra hora! He agitado al pueblo con un artículo tras otro en nuestro periódico, preparándolo para una acción importante de nuestro partido.

Hitler aún parecía indeciso. Alfred le presionó:

—Ha llegado su momento. Tiene que actuar ya porque, si no, perderá su oportunidad.

Cuando el coche llegó al edificio de

las oficinas del *Völkischer Beobachter*, Hitler sólo dijo:

—Hay mucho en que pensar, Rosenberg.

Unos cuantos días después Hitler visitó a Alfred en su despacho, esgrimió con una gran sonrisa una carta que acababa de recibir de Houston Stewart Chamberlain y leyó partes de ella en voz alta:

23 de septiembre de 1923

Muy respetado y querido señor Hitler:

Tiene usted todo el derecho a sorprenderse ante esta intrusión, después

de haber visto con sus propios ojos lo difícil que es para mí hablar. Pero no puedo resistir el deseo urgente de dirigirle unas cuantas palabras.

He estado preguntándome por qué hubo de ser precisamente usted, usted que tan extraordinaria habilidad muestra en la tarea de despertar a la gente del sueño y de las monótonas rutinas, quien me proporcionase el sueño más largo y más reconfortante de todos los que he experimentado desde aquel fatídico día de agosto de 1914 en que fui víctima del primer ataque de esta insidiosa enfermedad. Ahora creo que entiendo que es precisamente esto lo que

caracteriza y define su ser: el que de verdad hace abrir los ojos es, al mismo tiempo, el que proporciona la paz...

El que usted me trajese paz está muy relacionado con sus ojos y con los gestos de sus manos. Sus ojos trabajan casi como una mano: asen y sujetan a una persona; y tiene usted la cualidad singular de ser capaz de enfocar sus palabras hacía un oyente concreto en cualquier momento dado. En cuanto a sus manos, son tan expresivas en sus movimientos que rivalizan con sus ojos. ¡Un hombre así proporciona descanso a un pobre espíritu doliente! En especial cuando está consagrado al servicio de la

Patria.

Mi fe en la Germanidad no se ha debilitado ni un sólo instante, aunque he de confesar que mis esperanzas habían decaído muy notoriamente. De golpe usted ha transformado la condición de mi alma. El que Alemania, en su hora de mayor necesidad, haya engendrado a un Hitler es una prueba de vitalidad; sus actos aportan una confirmación mayor, pues la personalidad y los hechos de un hombre se corresponden.

He sido capaz de dormir sin ayuda de nadie. Nada me hizo despertar. ¡Que Dios le proteja!

HOUSTON STEWART CHAMBERLAIN

—Debe haber recuperado la capacidad de hablar y haberla dictado... una carta magnífica —dijo Alfred, esforzándose por ocultar su envidia; luego añadió rápidamente—: Y bien merecida, Herr Hitler.

—Bueno, ahora déjeme que le dé unas cuantas auténticas noticias —dijo Hitler—. ¡Erich Ludendorff ha unido sus fuerzas a las nuestras!

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! —exclamó Alfred.

Ludendorff era, por decir poco, excéntrico, pero gozaba aún de un respeto universal como mariscal de

campo durante la guerra mundial.

—Está de acuerdo con mi idea de un golpe —continuó Hitler—. Y en que deberíamos unir fuerzas con otros grupos de derechas, incluso los grupos monárquicos y los separatistas bávaros, e irrumpir en la reunión del 8 de noviembre, secuestrar a varios funcionarios del gobierno bávaro y obligarles a punta de pistola a aceptarme como su caudillo. Al día siguiente marcharemos todos por el centro de la ciudad hasta el Ministerio de Guerra y, con la ayuda de los rehenes y la reputación del mariscal de campo Ludendorff, nos ganaremos al Ejército.

Y luego emularemos la marcha hacia Roma de Mussolini, marchando hacia Berlín y derribando el gobierno democrático alemán.

—¡Excelente! Ése es el camino.

Alfred estaba tan gozoso que no cayó en la cuenta de que Hitler pasaba por alto el hecho de que había sido él quien le había sugerido aquel mismo plan. Ya estaba acostumbrado a que Hitler se apropiase de sus ideas sin agradecérselas.

Pero todo salió mal. El golpe fue un fiasco absoluto. La noche del 8 de noviembre, Hitler y Alfred fueron juntos a la reunión de la coalición de partidos

de derechas. Esos partidos no se habían reunido nunca antes y el acto resultó tan tumultuoso que, en un determinado momento, Hitler tuvo que subirse a una mesa y disparar su pistola apuntando al techo para imponer orden. Luego los nazis raptaron a los delegados del gobierno bávaro para retenerlos como rehenes. Sin embargo, creyendo que se habían sumado al proyecto nazi, los raptores se olvidaron de vigilarlos adecuadamente y los rehenes escaparon en mitad de la noche. A pesar de todo, Hitler accedió, ante la insistencia de Ludendorff, a realizar su marcha masiva de la mañana, con la esperanza de

provocar un levantamiento de los ciudadanos. Ludendorff estaba seguro de que ni el Ejército ni la policía se atreverían a disparar contra él. Rosenberg volvió precipitadamente al despacho y preparó los titulares del *VB* llamando a la sublevación general. A primera hora de la mañana del 9 de noviembre de 1923, una columna de dos mil hombres, muchos de ellos armados en la que iban Hitler y Rosenberg, inició su marcha hacia el centro de Múnich. En primera fila iban Hitler; el mariscal de campo Ludendorff, resplandeciente con su uniforme militar completo, incluido el casco de punta; Hermann Göring, el

popular as de la aviación con sus muchas condecoraciones de guerra; y Scheubner-Richter, que caminaba cogido del brazo de su íntimo amigo, Hitler. Rosenberg iba en la segunda fila, directamente detrás de Hitler. Rudolf Hess iba detrás de Rosenberg, lo mismo que Putzi Hanfstaengl (el donante que había permitido que el *VB* se convirtiese en un diario). Unas cuantas filas más atrás, iba Heinrich Himmler, portando la bandera del partido nazi.

Cuando llegaron a una plaza los aguardaban tropas del Ejército. Hitler les gritó que se rindieran. En vez de eso abrieron fuego, y siguió un tiroteo de

tres minutos en el que los manifestantes se dispersaron rápidamente. Murieron dieciséis nazis y tres soldados. El mariscal de campo Ludendorff siguió derecho hacia delante, llegando sin titubear hasta la barricada, apartó los fusiles y fue recibido cortésmente por un oficial que se disculpó por la necesidad de retenerlo en custodia para su protección. Göring recibió dos balazos en la ingle pero consiguió arrastrarse hasta un lugar seguro y un médico judío se hizo cargo amablemente de él, aplicándole un excelente tratamiento, tras lo cual fue conducido en un coche fuera del país. Scheubner-Richter, que

iba cogido del brazo con Hitler, murió en el acto y arrastró a Hitler al suelo, dislocándole el hombro. Un guardaespaldas, Ulrich Graf, cayó sobre Hitler y recibió varios balazos, salvándole la vida.

Aunque el hombre que estaba al lado de Alfred resultó muerto, éste salió ileso y consiguió arrastrarse hasta la acera y huir de la carnicería mezclándose con la multitud. No se atrevió a ir a su casa ni al despacho del periódico (el gobierno lo cerró inmediatamente de forma indefinida y apostó guardias ante las oficinas). Finalmente Alfred convenció una anciana para que le permitiese

ocultarse en su casa durante los días siguientes, mientras por la noche vagaba por Múnich, intentando saber qué había sido de sus camaradas. Hitler se había arrastrado unos metros, con grandes dolores, y le habían metido en un coche que estaba esperándolo y le condujeron, acompañado de un médico del partido, a casa de Putzi Hanfstaengl, donde le curaron el hombro y le escondieron en el desván. Poco antes de que le detuviesen, escribió una nota dirigida a Alfred y pidió a la señora Hanfstaengl que se la entregase. Ella encontró a Alfred al día siguiente y le pasó la nota, que él inmediatamente abrió y leyó, y que

decía, para su gran sorpresa:

QUERIDO ROSENBERG, DIRIJA EL MOVIMIENTO A PARTIR DE AHORA.

Adolf Hitler

27. Rijnsburg-1662

Al cabo de unos días el miedo de Bento se había apaciguado. Desaparecieron el pulso acelerado, la tensión en el pecho y las desagradables visiones de la agresión del asesino. ¡Y qué bendito alivio respirar con facilidad y dejar de sentirse en peligro! Podía visualizar incluso, con cierta imparcialidad, el rostro del asesino y, siguiendo la sugerencia de Franco, mirar el abrigo negro acuchillado que colgaba bien visible en la pared de su habitación.

Bento, después de la tentativa de asesinato y de la visita de Franco, meditó durante varias semanas sobre los mecanismos para sobreponerse al terror. ¿Cómo había recuperado la ecuanimidad? ¿Había sido por haber llegado a comprender mejor las causas que habían impulsado al asesino? Bento se inclinaba por esta explicación... parecía sólida; parecía razonable. Recelaba sin embargo de su fuerte creencia en el poder del entendimiento. Después de todo, al principio no le había ayudado. La idea no había ganado impulso hasta después de la aparición de Franco. Cuanto más pensaba en ello,

más claro veía que Franco había aportado algo esencial para su recuperación. Bento sabía que, cuando había llegado Franco, era cuando peor estaba y que luego había empezado a mejorar con gran rapidez. Pero ¿qué había aportado Franco en realidad? Su aportación principal tal vez hubiese sido la de haber diseccionado los ingredientes del terror y haber demostrado que lo que perturbaba en especial a Bento era el hecho de que su asesino fuese un judío. Dicho de otro modo, el terror estaba potenciado por el dolor oculto que sentía por estar separado de su pueblo. Eso podría

explicar el poder de curación de Franco: no sólo le había ayudado en el proceso de razonamiento sino que había hecho algo más que posiblemente tuviese mayor importancia, aportar su pura presencia... su presencia judía.

Y Franco había librado también a Bento de sus celos mortificantes, enfrentándolo a la irracionalidad de anhelar algo que ni deseaba verdaderamente ni estaba a su alcance. Bento recuperó firmemente su tranquilidad y no tardó en restablecer su camaradería con Clara María y Dirk. Aun así se arremolinaron negras nubes en su mente una vez más el día en que

apareció Clara María luciendo un collar de perlas, regalo de Dirk. Las nubes se convirtieron en una gran borrasca pocos días después, cuando anunciaron los dos su compromiso. Pero esta vez prevaleció la razón. Bento mantuvo la ecuanimidad y se negó a permitir que las pasiones perturbaran sus relaciones con aquellos dos buenos amigos.

Aun así, Bento se aferraba al recuerdo de Clara María cogiéndolo de la mano a lo largo de aquella noche después del ataque. Recordaba también que Franco le había apretado el hombro y también que él y su hermano Gabriel se habían dado la mano muchas veces.

Pero para él no habría más contactos táctiles, por mucho que los anhelase su cuerpo. A veces penetraban furtivamente en su mente fantasías de acariciar y abrazar a Clara María o a su tía Martha, a la que también encontraba atractiva, pero las eliminaba fácilmente. Los anhelos nocturnos eran otro asunto: no podía cerrar ninguna puerta que bloquease el acceso a sus sueños, ni podía impedir aquel flujo nocturno de semilla que a menudo manchaba su ropa de cama. Todo esto, por supuesto, lo mantenía en las bóvedas más profundas de su silencio, pero si lo hubiese compartido con Franco, podía predecir

la respuesta: «Siempre ha sido así... la presión sexual es parte de nuestra condición de criaturas; es la fuerza que permite a nuestra especie preservarse».

Aunque Bento se daba cuenta de que el consejo de Franco de que abandonase Ámsterdam era muy razonable, siguió allí durante varios meses más. Sus dotes lingüísticas y su capacidad para la lógica hacían que muchos colegiantes buscasen su ayuda para la traducción de documentos en hebreo y latín. Los colegiantes no tardaron en formar un círculo de filosofía dirigido por su amigo Simon de Vries que celebraba reuniones regulares y discutía a menudo

ideas formuladas por Bento.

Pero este creciente círculo de conocidos que le apreciaban, tan saludable para su autoestima, le robaba también mucho tiempo y hacía que le resultase difícil centrarse plenamente en las ideas que surgían dentro de él. Habló con Simon de Vries de su deseo de una vida más tranquila y él no tardó en encontrar, con ayuda de otros miembros del círculo filosófico, una casa en Rijnsburg donde podría vivir. Rijnsburg, una pequeña comunidad junto al río Vliet, a cuarenta kilómetros de Ámsterdam, no sólo era el centro del movimiento de los colegiantes sino que

estaba oportunamente próxima a la Universidad de Leiden, donde Bento, que dominaba ya el latín, podía asistir a clases de filosofía y disfrutar de la compañía de otros estudiosos.

Bento encontró Rijnsburg muy de su gusto. La casa era de sólida piedra, con varias ventanas de paños pequeños que daban a una pomerada bien cuidada. En la fachada había pintado un breve poema que se hacía eco del descontento de muchos colegiantes con el estado del mundo:

¡Ay! Si todos los hombres fuesen sabios

y además buenos,
la Tierra sería un paraíso
mientras que ahora suele ser un infierno!

Bento disponía de dos habitaciones en la planta baja, una para su estudio, su creciente biblioteca y la cama de cuatro postes; la otra era un cuarto de trabajo, más pequeño, donde tenía su equipo de pulir lentes. El doctor Hooman, un cirujano, vivía con su esposa en la otra mitad de la casa: una cocina grande que era salón al mismo tiempo y un dormitorio en el piso de arriba, al que se accedía por una empinada escalera.

Bento pagaba una pequeña suma adicional por la cena, que normalmente compartía con el doctor Hooman y su afable esposa. A veces, después de sus largas jornadas escribiendo y puliendo lentes en solitario, anhelaba su compañía, pero cuando estaba particularmente ensimismado en una idea, volvía a los viejos hábitos y cenaba durante varios días solo en su habitación, contemplando los pródigos manzanos de detrás de la casa, mientras pensaba y escribía.

Pasó un año muy agradablemente. Una mañana de septiembre despertó sintiéndose deprimido, apático y con

molestias físicas. Decidió sin embargo seguir con sus planes de viajar a Ámsterdam para entregar a un cliente unas finas lentes de telescopio. Además, su amigo Simon de Vries, el secretario del círculo filosófico de colegiantes, había solicitado su presencia en una reunión en que se iba a analizar la primera parte de su nueva obra. Bento sacó de la bolsa la carta más reciente de Simon y la releyó.

Mi muy honorable amigo: espero tu llegada con impaciencia. A veces me quejo de mi suerte, de que estemos separados el uno del otro por una

distancia tan grande. Feliz, sí, muy feliz es el doctor Hooman, que habita bajo el mismo techo que tú, que puede hablar contigo sobre los temas más estimables, a la hora de comer, a la de cenar y durante vuestros paseos. De todos modos, aunque esté tan separado de ti con el cuerpo, has estado muy a menudo presente en mi mente, sobre todo a través de tus escritos, mientras los leo y considero. No están del todo claros sin embargo tus escritos para los miembros de nuestro círculo, y ésa es la razón de que hayamos iniciado una nueva serie de reuniones, y estemos deseando oír tu explicación de los pasajes difíciles,

para que podamos ser más capaces, bajo tu guía, de defender la verdad contra los que son supersticiosamente religiosos y para hacer frente al ataque del mundo entero.

Tu muy devoto,
S. J. DE VRIES

Bento experimentó al mismo tiempo alegría y desasosiego mientras doblaba la carta... alegría por las buenas palabras de Simon, pero recelo por su propio anhelo de un público admirador. Trasladarse a Rijnsburg había sido sin duda una sabia decisión. Más sabia aún, pensó, podría ser la de trasladarse más

lejos todavía de Ámsterdam.

Recorrió la corta distancia hasta Oegstgeest, donde, por veintiún stuivers, abordó el *trekschuit*, una barca tirada por caballos que llevaba pasajeros por el pequeño *trekvaart*, el canal recientemente excavado que iba directamente hasta Ámsterdam. Por unos pocos *stuivers* más podría haberse sentado en el camarote, pero era un magnífico día de sol y se sentó en cubierta, y releyó el principio de su escrito «Tratado sobre la enmienda del entendimiento», que sería analizado al día siguiente por el círculo filosófico de Simon. Empezaba describiendo su

búsqueda personal de la felicidad.

Después de que la experiencia me hubo enseñado que todos los entornos habituales de la vida social son vanos y fútiles, al ver que ninguno de los objetos de mis temores contenía en sí mismo nada bueno o malo, salvo en la medida en que mi mente estuviese afectada por ellos, resolví finalmente investigar si podría haber algún bien real que tuviese el poder para manifestarse él mismo, que afectase de forma exclusiva a la mente, con exclusión de todo lo demás. Si podría haber, en realidad, algo cuyo

descubrimiento y dominio me permitiese gozar de una felicidad continua, suprema e inagotable.

A continuación describía la imposibilidad de alcanzar ese objetivo si se aferraba aún a las creencias culturales de que el bien más elevado consistía en las riquezas, la fama y los placeres sensuales. Esos bienes, insistía, no eran buenos para la propia salud. Leyó cuidadosamente sus comentarios sobre las limitaciones de esos tres bienes mundanos.

Por el placer sensual la mente

queda enajenada hasta el punto de la quiescencia, como si se alcanzase realmente el bien supremo, de tal modo que es completamente incapaz de pensar en cualquier otro objeto. Ese placer, una vez gratificado, va seguido de una melancolía extrema, con lo que la mente, aunque no enajenada, queda perturbada y embotada.

En el caso de la fama, la enajenación de la mente resulta aún mayor, porque la fama se concibe como siempre buena en sí, y como el fin último al que van dirigidas todas las acciones. Además, el logro de riquezas y fama no va seguido, como en el caso

de los placeres sensuales, de arrepentimiento, sino que, cuanto más adquirimos, mayor es nuestro gozo, y más incitados nos sentimos, por ello, a aumentar tanto una cosa como la otra. Por otra parte, si sucede que nuestras esperanzas se ven frustradas, nos precipitamos en el abatimiento más profundo.

La fama tiene, además, el inconveniente de que impulsa a los que la persiguen a ordenar sus vidas de acuerdo con las opiniones de sus semejantes, rechazando lo que ellos suelen rechazar y buscando lo que ellos suelen buscar.

Bento asintió, particularmente satisfecho con su descripción del problema de la fama. Ahora el remedio: él había expresado sus dificultades para abandonar un bien seguro y familiar por algo incierto. Luego había atemperado esa idea diciendo que, puesto que él buscaba un bien invariable, no era evidentemente incierto en su naturaleza sino sólo en su consecución. Aunque le complacía el desarrollo de sus argumentos, se sintió incómodo cuando siguió leyendo. Tal vez hubiese dicho y revelado demasiado de sí mismo en varios pasajes:

Percibí pues que me hallaba en una situación de grave peligro, y me obligué a buscar con todas mis fuerzas remedio, por incierto que pudiera ser; igual que el enfermo que lucha con una dolencia mortal, cuando ve que la muerte se abatirá seguro sobre él si no le halla remedio, se ve impulsado a buscarlo con todas sus fuerzas, pues en ello reside su única esperanza.

Sintió que se sonrojada mientras leía y empezó a murmurar para sí:

—Esto no es filosofía. Esto es demasiado personal. ¿Qué he hecho? Esto no es más que un argumento

apasionado que pretende evocar emociones. Decido... no, más que decidir, hago voto... de que Bento Spinoza y su búsqueda, sus miedos, sus esperanzas, serán invisibles en el futuro. Escribiré engañosamente si no soy capaz de persuadir a los lectores sólo por la razón de mis argumentos.

Asintió y continuó leyendo pasajes que describían cómo los hombres lo han sacrificado todo, hasta la vida, persiguiendo riquezas, fama y el goce de los placeres sensuales. Faltaba introducir el remedio en pasajes fuertes y breves.

(1) Todos estos males parecen haber surgido del hecho de que se hace que la felicidad o la infelicidad dependa exclusivamente de la cualidad del objeto que amamos.

(2) Cuando no se ama una cosa, no surgen disputas respecto a ella, no se siente ninguna tristeza, ningún odio, en suma ninguna perturbación de la mente.

(3) Estas cosas últimas surgen todas ellas de amar lo que es perecedero, como los objetos ya mencionados.

(4) Pero el amor hacia una cosa eterna e infinita alimenta la mente por

entero de gozo, y no hay mezcla en ella de ninguna tristeza, por lo que es indudable que debemos desearla y buscarla con todas nuestras fuerzas.

No pudo leer más. Empezó a palpitarle la cabeza (era evidente que no se sentía bien aquel día), cerró los ojos y se adormiló durante lo que pareció un cuarto de hora. Lo primero que vio al despertar fue un grupo muy denso de veinte a treinta personas que caminaban al lado del canal. ¿Quiénes eran? ¿Adónde iban? No podía apartar la vista de ellos mientras el *trekschuit* se acercaba al grupo y luego lo rebasaba.

En la parada siguiente, a menos de una hora caminando de la casa de Simon de Vries, donde pasaría la noche, se sorprendió cogiendo su bolsa, saltando de la barca y caminando hacia atrás, hacia aquel grupo que iba a pie.

Pronto se acercó lo suficiente para darse cuenta de que los hombres, que vestían atuendos holandeses de trabajadores, llevaban todos *yarmulkes*. Sí, no había duda, eran judíos, pero judíos asquenazíes, que no lo reconocerían. Se acercó más. El grupo se había parado en un claro junto a las orillas del canal y se había reunido alrededor de su jefe, indudablemente su

rabino, que empezó a cantar en el borde mismo del agua. Bento se aproximó más al grupo para oír sus palabras. Una anciana, baja y corpulenta, los hombros cubiertos con un grueso chal negro, miró unos instantes a Bento y luego se acercó lentamente a él. Bento miró su rostro arrugado, tan bondadoso, tan maternal, que pensó en su propia madre. Pero no, su madre había muerto siendo más joven de lo que era ahora él. Aquella mujer tendría la edad de su abuela. La anciana se aproximó más a él y dijo:

—*Bist an undzeriker*? («¿Eres uno de los nuestros?»)

Bento sólo había aprendido un poco

de yidish de sus tratos comerciales con judíos asquenazíes, pero entendió perfectamente su pregunta, aunque fuese incapaz de contestar. Finalmente, moviendo la cabeza, susurró:

—Sefardí.

—*Ah, ir zayt an undzeriker. Ot iz a matone fun Rifke*. («Entonces eres uno de los nuestros. Ten, eso es un regalo de Rifke.»)

Buscó en el bolsillo de su delantal, sacó un trozo grande de pan recién hecho y se lo dio, señalando hacia el canal.

Bento se lo agradeció con un cabeceo y mientras ella se alejaba, se

dio una palmada en la frente y murmuró para sí:

—El *Tashlij*. Asombroso... es Ros *Hashaná*, ¿cómo me pude olvidar?

Conocía bien la ceremonia de *Tashlij*. Las congregaciones de judíos habían celebrado durante siglos una ceremonia de *Ros Hashaná* cerca de una corriente de agua que terminaba arrojando pan a ella. Las palabras de las Escrituras volvieron a él: «El Señor volverá a compadecerse de nosotros; perdonará nuestras iniquidades y arrojará al fondo del mar nuestros pecados». (Miqueas 7,19.)

Se acercó más para escuchar al

rabino, que instaba a su congregación, los hombres agrupados a su alrededor y las mujeres en un círculo más alejado, a pensar en todas las cosas que lamentaban del año anterior, todos sus actos de crueldad y sus pensamientos inicuos, su envidia, su orgullo y sus culpas, y les decía que los arrojasen, que se desprendiesen de sus pensamientos ruines lo mismo que ahora tiraban su pan. El rabino lanzó su pan al agua e inmediatamente los demás siguieron su ejemplo. Bento buscó en el bolsillo, donde había metido su trozo de pan, pero retiró la mano enseguida. Le desagradaba participar en cualquier

ritual, y además era un transeúnte, y estaba demasiado lejos del canal. El rabino entonó las oraciones en hebreo, y Bento murmuró reflexivamente las palabras con él. Fue, en conjunto, una ceremonia agradable y sumamente delicada. Cuando la multitud dio la vuelta para dirigirse a su sinagoga muchos le saludaron con un cabeceo y dijeron:«*Gut Yontef*» («Buena fiesta»). Él correspondió con una sonrisa: «*Gut Yontef dir*» («Buena fiesta a ti»). Le gustaron sus caras, parecían buena gente. Aunque su apariencia difiriese de la de los miembros de su comunidad sefardí, se parecían de todos modos a la gente

que él había conocido de niño. Sencillos pero reflexivos. Serenos y a gusto unos con otros. Los echaba de menos. Oh, sí, los echaba de menos.

Mientras iba hacia la casa de Simon, mordisqueando el trozo de pan de la anciana, Bento cavilaba sobre su experiencia. Era evidente que había subestimado el poder del pasado. Su huella es indeleble; no se puede borrar; colorea el presente e influye enormemente en los sentimientos y en las acciones. Bento comprendió, más claramente que nunca, que los pensamientos y sentimientos no conscientes son parte de la red causal.

Se aclaraban así muchas cosas: el poder de curación que asignaba a Franco, el dulce atractivo de la ceremonia de *Tashlij*, incluso el gusto delicioso del pan de Rifke que masticaba lentamente como para extraer cada partícula de sabor. Más aún, estaba seguro de que su mente contenía sin lugar a dudas un calendario oculto: aunque había olvidado *Ros Hashaná*, una parte de su mente había recordado que aquel día señalaba el comienzo de un nuevo año. Tal vez fuese ese conocimiento oculto lo que estaba tras el malestar que le había aquejado todo el día. Con esa idea, su sensación de agobio y sus molestias se

esfumaron. Su paso se avivó mientras se dirigía hacia Ámsterdam y la casa de Simon de Vries.

28. Despacho de Friedrich, Olivaer Platz 3, Berlín-1925

Porque no son ustedes, caballeros, los que nos juzgan a nosotros. Ese juicio lo decide el tribunal eterno de la historia... Declárennos culpables un millar de veces: la diosa del tribunal eterno de la historia sonreirá y hará pedazos el alegato del fiscal y el veredicto del tribunal; porque ella nos

absuelve.

ADOLF HITLER, frases finales de su discurso ante el tribunal en Múnich en 1924.

El 1 de abril de 1925 había vuelto a reaparecer como diario el *VB*. ¿Y a quién se repuso como director, pese a todas mis peticiones y argumentos?... A Rosenberg, ese mitólogo de farsa, insoportable, estrecho de miras, ese medio judío antisemita, que yo sostengo hasta hoy que hizo más daño el movimiento que ningún otro hombre salvo Goebbels.

—La nota de Hitler me dejó completamente asombrado. Mira, Friedrich, quiero que la veas con tus propios ojos. La llevo en la cartera siempre. Ahora la guardo en un sobre... está empezando a romperse.

Friedrich cogió cuidadosamente el sobre, lo desdobló y extrajo la nota.

QUERIDO ROSENBERG, DIRIJA EL MOVIMIENTO A PARTIR DE AHORA.

—Así que te fue entregado esto justo después del golpe fallido... ¿hace dos años?

—Al día siguiente. Él lo escribió el 10 de noviembre de 1923.

—Háblame más sobre tu reacción.

—Como digo, me quedé asombrado. No había nada que pudiese indicar que me fuese a elegir a mí para sucederle.

—Sigue.

Alfred movió la cabeza.

—Yo... —se atascó pero sólo unos instantes, tras los que recuperó la compostura y continuó—: Me quedé

estupefacto. Desconcertado. ¿Cómo podía ser? Hitler nunca había hablado de que yo dirigiese el partido antes de esa nota... ¡y nunca volvió a hablar de ello después!

Hitler nunca habló de ello ni antes ni después. Friedrich intentó digerir esa extraña idea, pero siguió centrándose en las emociones de Alfred. Su formación analítica le había hecho más paciente. Sabía que todo se desplegaría en su momento.

—Hay mucha emoción en tu voz, Alfred. Es importante analizar los sentimientos. ¿Qué es lo que sientes tú?

—Todo se desmoronó con el golpe.

El partido estaba disperso. Los dirigentes estaban o en la cárcel, como Hitler, o fuera del país, como Göring, o escondidos como yo. El gobierno ilegalizó el partido y cerró de forma permanente el *Völkischer Beobachter*. No se reabrió hasta hace sólo unos meses y yo estoy de nuevo en mi antiguo puesto.

—Quiero que me hables de todo eso, pero de momento vuelve a tus sentimientos sobre la nota. Haz lo que hemos hecho antes: imagina la escena cuando abriste la nota por primera vez y luego di lo que surja en tu mente.

Alfred cerró los ojos y se concentró.

—Orgullo. Mucho orgullo... él me eligió a mí, a mí por encima de todos los demás... me pasó a mí su responsabilidad. Significaba todo. Por eso me lo transmitió a mí. Yo no tenía ni idea de que confiase tanto en mí y me valorase tanto. ¿Qué más? Mucha alegría. Tal vez fuese el momento de mayor orgullo de toda mi vida. No, no tal vez, fue el momento de mayor orgullo. Le estimé tanto por eso... Y luego... y luego...

—¿Y luego qué, Alfred? No pares.

—¡Y luego todo se convirtió en una mierda! La nota. ¡Todo! Mi mayor alegría se convirtió en la mayor... la

mayor catástrofe de mi vida.

—De alegría a catástrofe. Infórmame sobre esa transformación. —Friedrich sabía que sus comentarios eran oportunos.

Alfred estaba deseoso de hablar.

—Me llevaría todo el día de hoy explicarlo con detalle, de tantas cosas como sucedieron. —Alfred miró el reloj.

—Ya sé que no puedes contarme todo lo que ha pasado en los últimos tres años, pero necesito al menos un breve resumen si quieres que llegue a entender realmente tu problema.

Alfred miró hacia el alto techo del

espacioso despacho de Friedrich y ordenó sus pensamientos.

—¿Cómo explicarlo? La nota me asignó una tarea básicamente imposible. Se me pedía que dirigiese un cuadro lamentable de hombres cargados de veneno que conspiraban todos para hacerse con el poder, todos con planes personales, y todos y cada uno decididos a acabar conmigo. Todos superficiales y estúpidos, todos sintiéndose amenazados por una inteligencia superior y completamente incapaces de comprender mis palabras. Profundamente ignorantes, todos ellos, de los principios que defendía el

partido.

—¿Y Hitler? Él te pidió que dirigiese el partido. ¿No recibiste ningún apoyo de él?

—¿Hitler? Su actitud ha sido completamente desconcertante y ha hecho mi vida más difícil. ¿Tú no has seguido el drama de nuestro partido?

—Lo siento, pero yo no estoy al tanto de los acontecimientos políticos. Sigo estando absorbido por los nuevos avances en mi campo y por todos los pacientes que acuden a mí, principalmente ex militares. Además, es mejor que lo oiga todo desde tu perspectiva.

—Te resumiré. Como probablemente ya sabes, en 1923 intentamos convencer a los dirigentes del gobierno bávaro para que se unieran a nosotros en una marcha sobre Berlín similar a la marcha de Mussolini sobre Roma. Pero nuestro golpe fue un fracaso. Según opinión de todo el mundo, no podría haber ido peor. Estaba muy mal planeado y se ejecutó muy mal, desintegrándose ante la primera señal de resistencia. Hitler, cuando escribió esa nota para mí, estaba escondido en el desván de Putzi Hanfstalengl, esperando una detención inminente y una posible deportación. Cuando la señora Hanfstalengl me

entregó la nota, me explicó lo que había sucedido. Llegaron a su casa tres coches de la policía y Hitler se puso frenético y esgrimió la pistola, diciendo que se pegaría un tiro antes de permitir que aquellos cerdos lo detuviesen. Por suerte su marido le había enseñado jiu-jitsu, y Hitler, con el hombro dislocado, no tuvo nada que hacer frente a ella. Le quitó el arma de las manos y la tiró en un inmenso barril de harina de doscientos kilos. Hitler, después de escribir rápidamente una nota para mí, se fue mansamente a la cárcel. Todo el mundo pensó que su carrera política había terminado. Hitler estaba

acabado... era un hazmerreír nacional.

»O eso parecía. Pero fue en su punto más bajo cuando emergió su auténtico genio. Convirtió el fiasco en oro puro. Seré sincero: me ha tratado como si fuese mierda. Estoy destrozado por lo que me hizo, y sin embargo en este momento estoy más convencido que nunca de que es un hombre predestinado.

—Explícame eso, Alfred.

—Su momento de redención llegó en el juicio. Allí, todos los demás que participaron en el golpe se declararon no culpables de las acusaciones de traición. Algunos recibieron sentencias leves, por ejemplo, Hess fue condenado

a seis meses. Otros, como el intocable mariscal de campo Ludendorff fueron considerados no culpables y puestos en libertad inmediatamente. Sólo Hitler insistió en declararse culpable de traición y en su juicio dejó extasiados a los jueces, a los espectadores y a los reporteros de todos los grandes periódicos de Alemania con un discurso milagroso de cuatro horas. Fue su momento supremo: un momento que lo convirtió en un héroe para todos los alemanes. Tú estás informado de esto, ¿no?

—Sí. Todos los periódicos informaron sobre el juicio, pero en

realidad yo nunca he leído el discurso.

—A diferencia de todos los otros miedosos que se declararon no culpables, él proclamó su culpabilidad una y otra vez. «Si —dijo— derribar este gobierno de los criminales de noviembre, que apuñalaron por la espalda al valeroso Ejército alemán, es alta traición, entonces yo soy culpable. Si querer restaurar la gloriosa majestad de nuestra Nación es traición, entonces yo soy culpable. Si querer restaurar el honor del Ejército alemán es traición, entonces yo soy culpable.» Los jueces estaban tan conmovidos que lo felicitaron, le estrecharon la mano y

querían absolverle, pero no podían. Él insistió en declararse culpable de traición. Al final, lo condenaron a cinco años en una prisión de seguridad mínima de Landsberg, pero le garantizaron un pronto perdón. Y así, en una tarde extraordinaria, pasó de pronto de ser un político de poca monta y un hazmerreír a ser un personaje nacional universalmente admirado.

—Sí, ya he visto que ahora todos conocen su nombre. Gracias por informarme. Hay algo que sigue fijo en mi pensamiento y a lo que me gustaría volver, se trata de ese término fuerte que utilizaste, «catástrofe» .¿Qué pasó entre

Adolf Hitler y tú?

—¿Qué no pasó? Lo más reciente, y es la verdadera razón de que yo esté aquí, es que me humilló públicamente. Tuvo una de sus grandes rabietas y en un arrebato de cólera me acusó malévolamente de incompetencia, deslealtad y todos los delitos del diccionario. No me pidas más detalles. Lo he borrado todo y sólo recuerdo fragmentos, del mismo modo que uno recuerda una pesadilla fugaz. Fue hace dos semanas y aún no me he recuperado.

—Ya veo lo afectado que estás. ¿Qué fue lo que provocó el arrebato?

—Política de partido. Yo decidí

presentar algunos candidatos en las elecciones parlamentarias de 1924. Es evidente que nuestro futuro estará en esa dirección. El desastre del golpe demostró que no teníamos más elección que entrar en el sistema parlamentario. Nuestro partido estaba hecho trizas y se habría disuelto del todo en caso contrario. Como el Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes estaba ilegalizado, yo propuse que nuestros miembros uniesen fuerzas con un partido distinto, dirigido por el mariscal de campo Ludendorff. Discutí esto largamente con Hitler en una de mis muchas visitas a la prisión de

Landsberg. Se negó durante varias semanas a tomar una decisión pero finalmente me otorgó a mí la autoridad para decidir. Es lo que suele hacer... raras veces toma una decisión política, deja a sus subordinados que se peleen entre ellos defendiendo sus respectivas propuestas. La decisión me correspondió a mí y nos fue bien en las elecciones. Pero después, cuando Ludendorff intentó marginarle, Hitler atacó públicamente mi decisión y proclamó que nadie podía hablar en nombre de él... retirándome así toda autoridad.

—Da la impresión de que esa cólera

contra ti es cólera desplazada... es decir, que estuviese mal dirigida y procediese de otras fuentes, sobre todo de la posibilidad de perder su poder.

—Sí, sí, Friedrich. Exactamente. A Hitler le preocupa ahora una cosa y sólo una: su posición como jefe. No hay nada más, ni siquiera nuestros principios básicos, que importe tanto como eso. Después de que recibió el perdón tras trece meses en Landsberg, ha cambiado. Ahora tiene una mirada distante, como si viese lo que no ven otros, como si estuviese por encima y más allá de las cuestiones terrenales. E insiste con toda firmeza en que se le llame «Führer»...

nada más. Y muestra conmigo un distanciamiento indescriptible.

—Recuerdo que durante nuestra última reunión hablaste de que tenías la sensación de que se mantenía distante de ti, y que te entristecía mucho cuando veías que establecía relaciones más íntimas con otros... ¿no era a Göring al que te referías?

—Sí, exactamente. Pero ahora es algo mucho más amplio. En público se mantiene distante de todos. Y ese patán, Göring, es una gran parte del problema. No sólo es zalamero, conflictivo y ofensivo conmigo sino que su drogadicción descarada es una

desgracia. Me han dicho que en actos públicos saca su frasco de píldoras a cada hora y se zampa un puñado. Yo intenté expulsarle del partido pero no pude obtener el consentimiento de Hitler. En realidad, Göring es la otra razón principal de que yo esté aquí. Aunque se encuentra aún fuera del país, me he enterado por buenas fuentes de que está difundiendo el rumor malicioso de que Hitler me eligió deliberadamente para dirigir el partido en su ausencia porque sabía que era el candidato más inadecuado posible. En otras palabras, yo era tan inepto que la posición y el poder del propio Hitler no estarían así

amenazados. No sé qué hacer. No aguanto la tensión. —Alfred se hundió en su asiento tapándose los ojos con las manos—. Necesito tu ayuda. No hago más que pensar en hablar contigo.

—¿Qué crees que yo puedo decir o hacer?

—En eso estoy en blanco. Nunca llegué tan lejos...

—Intenta imaginar que yo hablase contigo de una manera que aliviase tu dolor. Dime, ¿qué cosa que yo dijese sería la perfecta?

Ésta era una de las tretas favoritas de Friedrich, pues conducía siempre a un análisis más profundo de la relación

terapeuta-paciente. Pero aquel día no.

—No puedo, no puedo hacerlo. Necesito oírtelo decir a ti.

Al ver que Alfred estaba tan nervioso que no era capaz de mucha reflexión, Friedrich ofreció apoyo lo mejor que pudo:

—Alfred, esto es lo que he estado pensando mientras tú hablabas. Primero, siento el peso de tu carga. Es una historia horrible. Es como si estuvieses en un nido de víboras y todo el mundo te tratase de una forma injusta y pérfida. Y aunque escuchó con mucha atención, no he oído que haya ningún apoyo, de ninguna fuente.

Alfred exhaló ruidosamente.

—Veo que lo entiendes. Sabía que lo entenderías. Nadie más considera válido algo que haga yo. Tomé la decisión correcta en lo de las elecciones, y el Führer sigue ahora el mismo camino que yo propuse. Pero nunca, nunca oigo que se me alabe.

—¿No hay nadie en tu vida que lo haga?

—Lo hace mi esposa, Hedwig... he vuelto a casarme recientemente... pero sus alabanzas no son importantes. Sólo cuentan las palabras de Hitler.

—Déjame que te pregunte una cosa, Alfred. Esas ofensas que te hace, esos

rumores malintencionados, esa filípica humillante de Hitler, la falta total de aprecio... ¿por qué lo soportas? ¿Por qué sigues atrapado, pidiendo más? ¿Por qué no te cuidas más de ti mismo?

Alfred movió la cabeza como si hubiese estado esperando esa pregunta.

—Lamentó parecer banal pero tengo que vivir. Necesito el dinero. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Soy bien conocido como periodista radical, y no tengo ninguna otra oportunidad de trabajo. Mi formación profesional como arquitecto no me proporcionará trabajo. ¿Te he explicado alguna vez que mi proyecto de fin de carrera fueron los planos de un

crematorio?

Cuando Friedrich negó con la cabeza, Alfred continuó:

—En fin, me temo que en la católica Baviera nadie está pidiendo a gritos que se construyan crematorios. No, no tengo más opciones de trabajo.

—Pero vincularte a Hitler y soportar esas ofensas y permitir que toda tu autoestima suba o baje según su humor no es una buena receta para la estabilidad y el bienestar. ¿Por qué significa tanto que él te estime?

—Así no es como lo enfoco yo. No es sólo su amor lo que yo busco. Es su apoyo. Mi razón de ser es la

purificación racial. Sé en el fondo de mi corazón que ésa es la obra de mi vida. Si quiero que Alemania se levante de nuevo, si quiero una Alemania libre de judíos y una Europa libre de judíos, debo permanecer con Hitler. Sólo a través de él puedo conseguir que pasen esas cosas.

Friedrich miró el reloj. Aún había tiempo de sobra, porque habían programado una sesión doble y otra también doble al día siguiente.

—Alfred, he pensado en el cambio de conducta de Hitler hacia ti. Creo que está relacionado con su cambio de comportamiento, con el hecho de que

haya asumido una actitud visionaria. Da la impresión de que está intentando remodelarse a sí mismo, desbordar los límites de lo real. Y creo que quiere distanciarse de todos aquellos que lo conocieron cuando aún no era más que un ser humano ordinario. Tal vez sea eso lo que explica su distanciamiento de ti.

Alfred consideró esta idea.

—No me lo había planteado de ese modo. Pero creo que hay mucho de verdad en lo que estás diciendo. Tiene un nuevo grupo de confianza, y todos los que estamos fuera de él tenemos que trabajar duro para conseguir que nos escuche. Ha excluido a toda la vieja

guardia, con la excepción de Göring. Hay un recién llegado particularmente malévolo, Joseph Goebbels, que yo creo que será el Mefisto de nuestro movimiento, honrado en otros tiempos. No puedo soportarle, y el sentimiento es absolutamente recíproco. En este momento, Goebbels es el director de un diario nazi de Berlín, y no tardará en estar controlando todas nuestras campañas. Y hay otro de su círculo íntimo: Rudolf Hess. Lleva tiempo en el partido y estuvo al mando de una división de la SA en el golpe. Pero de todos modos entró en la vida de Hitler mucho más tarde que yo. Estaba en una

celda próxima en Landsberg y visitaba a Hitler a diario. Como tenía previsto incorporarse al negocio de su padre, había aprendido taquigrafía y Hitler empezó a dictarle *Mi lucha*. Confieso que le envidié. Me habría gustado ir a la cárcel si pudiese haberme encontrado allí con Hitler a diario. Terminaron el primer volumen en la cárcel, yo creo que Hess hizo muchas correcciones, y muchas de ellas muy malas. Aquí estoy yo, el primer intelectual del partido y el mejor escritor con mucho... lo lógico sería que me hubiese pedido a mí que lo corrigiese. Podría haberlo mejorado tanto... Desde luego habría cortado

varios pasajes que él ahora lamenta abiertamente haber escrito... por supuesto toda la sección demencial sobre la sífilis. Pero ni una vez lo pidió.

—¿Por qué no lo pidió?

—Tengo algunas buenas suposiciones que no puedo compartir con nadie más que contigo. Por una parte, creo que sabía que yo no habría sido un corrector imparcial debido a todas las ideas que me robó. Mira, antes de que él fuese a la cárcel, yo era el filósofo oficial del partido. De hecho, algunos de los periódicos izquierdistas publicaban regularmente comentarios como «Hitler es el portavoz de

Rosenberg» o «Hitler ordena lo que Rosenberg quiere». Esto le fastidió muchísimo, y ahora quiere dejar claro como el cristal que él es el único autor de la ideología del partido y que yo no tengo ningún papel en esa tarea. En *Mi lucha* es muy explícito al respecto. Yo he memorizado este comentario: «Dentro de largos periodos del progreso humano puede suceder esporádicamente que el político práctico y el filósofo político sean uno». Él quiere que se le considere como ese tipo excepcional de dirigente.

Alfred se retrepó en la silla y cerró los ojos un momento.

—Pareces más relajado, Alfred.

—Ayuda hablar contigo...

—Vamos a explorar eso. ¿Cómo ayudo yo?

—Me descubres nuevas formas de mirar lo que me ha sucedido. Es un alivio hablar con una persona inteligente. Estoy rodeado de tanta mediocridad.

—Es como si este lugar, esta forma de hablar brindase cierto alivio a tu aislamiento. ¿Es así?

Alfred asintió.

—Sí —continuó Friedrich—, y me alegro de poderte ofrecer eso. Pero no es suficiente. Me pregunto si hay algún

medio de que pueda ofrecerte algo más sustancial que alivio. Algo más profundo y más duradero.

—Me gustaría mucho. Pero ¿cómo?

—Déjame intentarlo. Empezaré con una pregunta. Hay muchísimos sentimientos negativos procedentes de Hitler y de muchos otros. Mi pregunta es: ¿qué papel juegas tú en ello?

—Ya he contestado a eso. Provocó resentimiento una y otra vez debido a mi inteligencia superior. Tengo una mente compleja, y la mayoría de la gente no puede seguir las complejidades de mi pensamiento. No es culpa mía, pero la gente se siente intimidada por mí. Y al

no ser capaces de comprender del todo mis ideas, muchos se sienten estúpidos y entonces me fustigan como si la culpa fuese mía.

—No, eso no es exactamente lo que yo busco. La cuestión a la que yo estoy intentando llegar es la de «¿qué quieres cambiar en ti mismo?». Porque eso es lo que yo intento hacer... ayudar a mis pacientes a cambiar. Tu respuesta de que el problema se debe a tu mente superior nos lleva a un callejón sin salida porque naturalmente tú no quieres sacrificar nada de tu mente superior. Nadie querría eso.

—No me aclaro, Friedrich.

—Lo que quiero decir es que la terapia consiste en cambiar, y estoy intentando ayudarte a determinar qué quieres cambiar en ti mismo. Si dices que tus problemas se deben exclusivamente a los demás, entonces no tengo ningún instrumento terapéutico más que simplemente tranquilizarte y ayudarte a tolerar las ofensas o sugerir que busques otras relaciones. —Friedrich intentó otra táctica que casi siempre era fructífera—. Mira, déjame que lo plantee así: ¿Qué porcentaje de los problemas a los que te enfrentas se debe a los demás? ¿Es el 20 o el 50 o el 70 o el 90 por ciento?

—No hay manera de medir eso.

—Por supuesto, pero no espero exactitud. Sólo quiero que hagas un cálculo a ojo. Sígueme la corriente, Alfred.

—Está bien, digamos un 90 por ciento.

—Bien. Y eso significa que el 10 por ciento de esos acontecimientos ofensivos que tanto te alteran son responsabilidad tuya. Eso puede darnos cierta orientación. Tú y yo necesitamos explorar ese 10 por ciento y ver si podemos comprenderlo y cambiarlo. ¿Estás de acuerdo, Alfred?

—Estoy empezando a sentir esa

extraña sensación de mareo que he sentido cada vez que he hablado contigo.

—Eso no es necesariamente algo malo. El proceso de cambio resulta a menudo desestabilizador. Así que volvamos al trabajo. Examinemos ese 10 por ciento. Quiero saber más sobre el papel que juegas tú en que otros te traten tan mal.

—Eso ya lo he explicado. Te dije que era la envidia del hombre ordinario hacia aquel que tiene una inteligencia y una imaginación elevadas.

—La gente que te trata mal debido a tu superioridad entra en ese 90 por ciento. Centrémonos en el 10 por

ciento... tu parte de ello. Dices que te excluyen, que te detestan, que eres víctima de rumores. ¿Qué haces tú para que suceda eso?

—Yo he hecho todo lo posible por convencer a Hitler de que se librase de la escoria, de la gente de mente estrecha, los Göring, los Streicher, los Himmler, los Röhms, pero sin resultado.

—Pero Alfred, tú hablas de la superioridad de la raza aria y sin embargo esos mismos hombres se convertirán, si Hitler triunfa, en los gobernantes arios. ¿Cómo puede ser así si ellos son parte de la raza aria? Han de tener sin duda ciertas dotes, ciertas

virtudes, ¿no?

—Ellos necesitan educación e ilustración. El libro en el que estoy trabajando proporcionará la educación que nuestros futuros dirigentes arios necesitarán. Si Hitler me respalda, yo puedo elevar y purificar su pensamiento.

Friedrich se sintió aturdido. ¿Cómo podía haber subestimado tanto la fuerza de resistencia de Alfred? Hizo otro intento.

—La última vez que nos vimos, Alfred, hablaste de que había otros en tu trabajo que se referían a ti como la Esfinge y también de que la crítica de Dietrich Eckart te había convencido de

que deberías hacer cambios significativos en ti mismo. ¿Te acuerdas?

—Eso es historia pasada. Esa saga y la influencia de Dietrich Eckart han terminado. Murió hace varios meses.

—Siento oír eso. ¿Una gran pérdida para ti?

—Sí y no. Le debo mucho, pero nuestra relación se deterioró cuando Hitler decidió que Eckart estaba demasiado enfermo y era demasiado débil para seguir siendo el director del *VB*, y me nombró a mí en su lugar. No fue culpa mía, pero Eckart me acuso a mí. Aunque procuré convencerle por

todos los medios de que yo no había conspirado contra él no hubo manera. Sólo cuando estaba ya próximo a la muerte se aplacó su rencor hacia mí. En mi última visita me indicó que me acercarse más a su cama y me susurró al oído: «Siga a Hitler. Él será el bailarín. Pero recuerde que fui yo el que llevó la batuta». Después de su muerte Hitler le llamó la «estrella polar» del movimiento nazi. Pero Hitler, lo mismo que en mi caso, nunca reconoció que le hubiese enseñado nada en concreto.

A Friedrich le flaqueaban ya las fuerzas, pero siguió intentando.

—Volvamos a la cuestión que yo

estaba intentando aclarar. Cuando tú trabajabas para Eckart, me dijiste que querías hacer cambios en ti mismo, ser menos una esfinge, charlar...

—Eso era entonces. Ahora no tengo ninguna intención de debilitarme para ganarme el favor de mentes mediocres. De hecho ahora esa idea me resulta repugnante. Esa misma idea es un microcosmos del gran problema al que debemos enfrentarnos como Nación: los débiles no son igual que los fuertes. Si los fuertes reducen su voluntad y su poder, si olvidan su destino como seres superiores, o contaminan su sangre a través del mestizaje, socavarán la

verdadera grandeza del *Volk*.

—Alfred, tu ves el mundo sólo en términos de fuertes o débiles. Debe haber sin duda otras formas de mirarlo...

—Toda la historia —lo interrumpió Alfred elevando la voz— es una saga de los fuertes y los débiles. Hablemos con franqueza. La tarea de los fuertes como Hitler, como yo, y como tú, Friedrich, es fomentar el florecimiento de la raza aria superior. Tú propones enfocar la historia de «otras formas». Te estás refiriendo sin duda a como lo hace la Iglesia, que intenta librarnos de los vínculos de sangre y crear un individuo soberano que no es nada más que una

abstracción que carece de polaridad o de potencia. Todas las ideas de igualdad son fantasías y contrarias a la naturaleza.

Friedrich estaba viendo aquel día a un Alfred diferente: Alfred Rosenberg, el ideólogo nazi, el propagandista, el orador de los actos públicos nazis. No le gustaba lo que veía pero, como en un acto reflejo, perseveró en su papel.

—Recuerdo que la primera vez que hablamos como adultos, me dijiste que te gustaban mucho las conversaciones filosóficas. Y me dijiste que hacía años que no tenías ninguna.

—Eso es verdad, ciertamente. Y sigue siéndolo.

—Entonces, ¿puedo plantear algunas cuestiones filosóficas sobre tus comentarios?

—Será un placer.

—Todo lo que tú has estado arguyendo esta mañana se apoya en un supuesto básico: que la raza aria es superior y que deberían hacerse grandes y drásticos esfuerzos para aumentar la pureza de esa raza. ¿De acuerdo?

—Continúa.

—Mi pregunta es, simplemente, ¿qué pruebas tienes de ello? Yo estoy seguro de que cualquier otra raza, si se le preguntase, proclamaría su propia superioridad.

—¿Pruebas? Mira a tu alrededor, a los grandes alemanes. Utiliza los ojos, los oídos. Escucha a Beethoven, Bach, Brahms, Wagner. Lee a Goethe, Schiller, Schopenhauer, Nietzsche. Mira nuestras ciudades, nuestra arquitectura, y mira las grandes civilizaciones que nuestros antepasados arios pusieron en marcha y que acabaron desmoronándose al contaminarse con sangre semita, sangre inferior.

—Yo creo que estás citando a Houston Stewart Chamberlain. He leído una parte de su obra y, francamente, no me impresionaron las pruebas que aporta, que consisten en poco más que

proclamar que de cuando en cuando se ven arios rubios y de ojos azules en pinturas de personajes de la corte de Egipto o la India o Roma. Eso no son pruebas. Los historiadores a los que he consultado dicen que Chamberlain simplemente se inventa la historia que podía apoyar sus pretensiones originales. Por favor, Alfred, dame alguna prueba sustancial para tus premisas. Dame una prueba que respetasen Kant o Hegel o Schopenhauer.

—¿Prueba, dices? Los sentimientos de mi sangre son mi prueba. Nosotros, los verdaderos arios, confiamos en

nuestras pasiones y sabemos cómo utilizarlas para recuperar el puesto al que tenemos derecho como soberanos.

—Oigo pasión, pero no oigo aún ninguna prueba. En mi campo investigamos las causas de las pasiones fuertes. Déjame que te hable de una teoría de la psiquiatría que parece muy relevante en nuestra discusión. Alfred Adler, un médico vienés, ha escrito mucho sobre los sentimientos universales de inferioridad que se acumulan simplemente como consecuencia de crecer como un ser humano, y de experimentar un periodo prolongado en el cual nos sentimos

desvalidos, débiles y dependientes. Hay muchos a los que este sentimiento de inferioridad les resulta insoportable y lo compensan desarrollando un complejo de superioridad, que no es más que la otra cara de la misma moneda. Alfred, creo que esa dinámica puede estar actuando en ti. Hablamos sobre lo desgraciado que te sentías de niño, de que no te sentías en casa en ningún lugar, de que los demás te rechazaban y que te esforzabas por triunfar para «demostrarles»... ¿te acuerdas?

Ninguna respuesta de Alfred, que le miraba fijamente. Friedrich continuó:

—Yo creo que tú estás cometiendo

el mismo error que los judíos, que durante dos milenios se han considerado un pueblo superior, el pueblo elegido por Dios. Tú y yo coincidimos en que Spinoza echó abajo ese argumento y no tengo la menor duda de que, si estuviese vivo, el poder de su lógica echaría abajo también tu argumento ario.

—Te advertí que no entrarás en este campo judío. ¿Qué saben los psicoanalistas sobre la raza, la sangre y el alma? Te lo advertí y ahora temo que hayas sido ya corrompido.

—Y yo te dije que este conocimiento y este método son demasiado buenos y demasiado poderosos para ser

propiedad exclusiva de los judíos. Mis colegas y yo hemos utilizado los principios de este campo para prestar una enorme ayuda a legiones de arios heridos. Y tú también estás herido, Alfred, pero, a pesar de tus propios deseos, no me dejas ayudarte.

—Y yo que creí que estaba tratando con un *Übermensch*. ¡Qué equivocado estaba!

Alfred se levantó, extrajo un sobre con marcos del bolsillo, lo colocó con gran precisión en una esquina del escritorio de Friedrich y se dirigió hacia la puerta.

—Te veré mañana a la misma hora

—dijo Friedrich desde su asiento del escritorio.

—¡Ni mañana —dijo Alfred desde el vestíbulo— ni nunca! Y me aseguraré de que esas ideas judías abandonen Europa junto con los judíos.

29. Rijnsburg y Ámsterdam-1662

Bento, mientras caminaba hacia Ámsterdam, apartaba activamente sus pensamientos del pasado, de las imágenes nostálgicas del *Ros Hashaná* compartido con su familia que le habían evocado los judíos asquenazíes que celebraban el *Tashlij*, y los dirigía hacia lo que le aguardaba. En aproximadamente una hora vería de nuevo a Simon, el querido y generoso

Simon, su partidario más ferviente. Era bueno que Simon viviese lo suficientemente cerca para hacerle esporádicas visitas, pero también lo era que no viviese más cerca, porque en varias ocasiones había mostrado indicios de querer aproximarse demasiado. A su mente vino una escena de la última visita de Simon a Rijnsburg.

—Bento —dice Simon—, aunque estemos próximos, veo que me eludes. Compláceme, amigo mío, y cuéntame cómo pasas exactamente los días. Ayer, por ejemplo.

—Ayer fue como todos los días. Inicié la jornada recogiendo y

escribiendo pensamientos que mi mente había acumulado durante la noche, y luego, durante las cuatro horas siguientes, me entregué a mi trabajo de pulir lentes.

—¿Qué haces exactamente? Háblame del proceso paso a paso.

—Mejor que contártelo, te lo mostraré. Pero llevará tiempo.

—No deseo otra cosa que compartir tu vida.

—Ven conmigo a la otra habitación.

Bento señala en el taller una placa grande de cristal.

—Aquí es donde empiezo. Recogí esto ayer en la fábrica de cristal que

queda a un kilómetro de aquí. —Coge una sierra—. Esto es fino pero no lo suficiente. Ahora lo limpio aplicando aceite y arena de polvo de diamante con un paño.

Bento corta un trozo circular de unos tres centímetros.

—El paso siguiente es pulir este círculo de cristal para darle la curva y el ángulo adecuados. Primero lo fijaré en la placa... así.

Bento aplica betún negro con gran cuidado para fijar la pieza en su sitio.

—Y ahora hay que utilizar el torno para el pulido áspero, con feldespato y cuarzo.

Después de diez minutos de pulido, Bento coloca el cristal en un molde sobre un disco de madera que gira rápidamente.

—Y por último pasamos ya al pulido fino. Utilizo una mezcla de corindón y óxido de estaño. Es sólo el principio, no te aburriré con el largo y tedioso proceso de pulido.

Se vuelve hacia Simon.

—Así que ahora ya sabes cómo paso las mañanas y también sabes de dónde vienen los cristales de los anteojos.

—Cuando te observo, Bento —responde Simon—, me siento indeciso. Por un lado, has de saber que admiro

muchísimo tus habilidades y tu excelente técnica pero, por otro, la mayor parte de mi mente, clama a grandes voces: «Deja eso a los artesanos. Toda Europa tiene sus artesanos. Y cantidades ingentes de artesanos, pero ¿en qué otra parte del mundo hay otro Bento Spinoza?». Haz lo que sólo tú puedes hacer, Bento. Termina el proyecto filosófico que todo el mundo espera. Todo este ruido, este polvo, este aire insano, estos olores, todo este tiempo precioso consumido... Por favor, te lo suplico una vez más, déjame liberarte de la carga de este trabajo. Deja que te proporcione un estipendio anual para toda la vida, la

cantidad que tú desees, de modo que puedas utilizar así todas tus horas para filosofar. Tengo medios suficientes para ello, y me produciría una alegría inconcebible proporcionarte esa ayuda.

—Simon, eres un hombre generoso. Y has de saber que te estimo por tu generosidad. Pero yo tengo pocas necesidades y son fáciles de satisfacer, y un exceso de dinero distraerá mi concentración en vez de ayudarme. Además (y, Simon, tal vez te parezca increíble, pero has de creerme) pulir lentes es bueno para pensar. Sí, me concentro firmemente en el torno, el ángulo y el radio del cristal, el delicado

pulido, pero mientras hago eso, mi pensamiento germina al fondo a un ritmo tan rápido que a menudo acabo una lente y descubro que, mirabile dictu, tengo nuevas soluciones a difíciles argumentos filosóficos. Mi yo atento no parece ser necesario. No es inverosímil el fenómeno de que se resuelvan problemas en sueños, un hecho que muchos de los antiguos han testimoniado. Por otra parte, la ciencia de la óptica me fascina. Actualmente, estoy desarrollando un método completamente distinto para pulir las finas lentes de los telescopios que creo que será un avance importante.

La conversación había concluido con Simon apretando la mano de Bento con sus dos manos durante largo rato mientras decía:

—No te me escaparás. No cejaré en mis propósitos de facilitar tu tarea. No olvides, por favor, que mi oferta se mantendrá firme mientras yo viva.

Ése fue el momento en que Bento pensó que era bueno que Simon no viviese demasiado cerca.

En Ámsterdam, en un banco junto al Singel, Simon Joosten de Vries esperaba la visita de su amigo. Hijo de ricos

comerciantes, Simon vivía a unas cuantas manzanas de los Van den Enden, en una sólida casa de cuatro pisos que duplicaba la anchura de las otras casas adyacentes que daban al canal. Simon no sólo adoraba a Bento sino que se parecía a él físicamente: frágil, de huesos pequeños, rasgos faciales bellos y delicados, y un porte de gran dignidad.

Mientras el sol se ponía y el brillante cielo anaranjado se iba volviendo de un gris carbón, Simon paseaba impaciente delante de su casa cada vez más nervioso, pensando qué sería de su amigo. El *trekschuit* debería haber llegado hacia ya una hora. De

pronto, al localizar a Bento caminando por el Singel a dos manzanas de distancia, Simon le hizo señas con los brazos, corrió a recibirle e insistió en llevar él la pesada bolsa que portaba al hombro, que contenía cuadernos y lentes recién pulidas. Una vez dentro de la casa, Simon condujo a su invitado a la mesa, puesta con pan de centeno y queso, y una *Oudewijvenkoek* recién hecha, una tarta anisada del norte de Holanda.

Simon, mientras preparaba café, le explicó los planes para el día siguiente.

—El club filosófico se reunirá aquí sobre las siete. Espero a doce

miembros, todos los cuales habrán leído las diez páginas que tú me enviaste. Hice dos copias y les pedí que lo leyeran en un día y se lo fueran pasando a los demás. Y por la tarde tendré un regalo para ti del club filosófico, que estoy seguro de que no rechazarás. He encontrado unos interesantes volúmenes en dos librerías (los establecimientos de Abraham de Wees y Lubbert Meyndertsz) y te acompañaré hasta allí para elegir uno de tu gusto de un sabroso menú de Virgilio, Hobbes, Euclides y Cicerón.

Bento no rechazó la oferta. En vez de eso se le iluminaron los ojos.

—Simon, te doy las gracias. Eres demasiado generoso.

Sí, Bento tenía un punto flaco, y Simon lo había descubierto. Estaba enamorado de los libros, no sólo de su lectura sino de su posesión. Aunque coherente y cortésmente rechazaba todos los demás regalos, nunca podía rechazar un libro de mérito, y Simon y muchos de los otros colegiantes estaban proporcionándole gradualmente una excelente biblioteca, que ocupaba ya casi toda la larga librería de su cuarto de estar de Rijnsburg. A veces durante la noche, tarde, cuando no conseguía dormir, Bento acudía allí y contemplaba

sonriente los volúmenes. A veces los reordenaba, en ocasiones por tamaño o por tema o simplemente por orden alfabético, y a veces aspiraba el aroma de los libros o los acariciaba, recreándose en el peso o en el tacto de las variopintas encuadernaciones.

—Pero antes de comprar el libro —continuó Simon— habrá una sorpresa. ¡Un visitante! Tengo la esperanza de que te alegrará. Toma, lee esta carta que llegó la semana pasada.

Bento abrió la carta que había estado firmemente enrollada y atada con bramante. La primera línea estaba escrita en portugués y Bento reconoció

inmediatamente la letra de Franco. «Mi querido amigo, ha sido una espera demasiado larga.» En este punto, para no poca sorpresa de Bento, la carta pasaba a un hebreo excelente. «Tengo muchas cosas que contarte. La primera de todas es que ahora soy un serio estudiante y además padre. Me da miedo escribir demasiado y sólo espero que tu amigo pueda facilitar algún medio para que podamos vernos.»

—¿Cuándo llegó esto, Simon?

—Hace una semana. El mensajero era una caricatura del sigilo, porque se deslizó dentro de casa en cuanto abrí la puerta. Me entregó inmediatamente la

carta y luego, abrió la puerta un poco y examinó cuidadosamente la calle arriba y abajo para asegurarse de que no lo veía nadie y salió rápidamente. No dijo su nombre pero sí que tú le habías dicho que me utilizase como contacto. Supuse que se trata del hombre que te prestó tanta ayuda después del intento de asesinato...

—Sí, se llama Franco, pero hasta eso debería mantenerse en secreto. Corre un gran peligro... recuerda que la excomunión prohibe expresamente a todo judío hablar conmigo. Es mi único vínculo con el pasado, y tú eres mi único vínculo con él. Tengo muchas

ganas de verle.

—Bueno. Me tomé la libertad de explicarle que estarías hoy en Ámsterdam y se le iluminaron los ojos tanto que le sugerí que viniese aquí, a verte, mañana por la mañana.

—¿Y qué respondió?

—Dijo que existían obstáculos, pero que haría todo lo humanamente posible por estar aquí en algún momento antes del mediodía.

—Gracias, Simon.

A la mañana siguiente, resonó en toda la casa una sonora llamada en la puerta.

Cuando Simon abrió, Franco, que llevaba una capa con capucha que le tapaba la cabeza y gran parte de la cara, entró rápida y furtivamente. Simon le condujo hasta Bento, que estaba esperando en el salón que daba al canal, y luego discretamente los dejó solos. Franco, con una sonrisa radiante, cogió a Bento por los hombros con ambas manos.

—Oh, Bento, es una bendición verte.

—También lo es para mí verte a ti. Quítate la capa y déjame verte bien, Franco —dijo Bento dando una vuelta alrededor de él—. Bien, bien, bien. Has cambiado, has engordado. Tienes la cara

más llena, más saludable. Pero esa barba y esa ropa negra... pareces un estudiante talmúdico. Y dime, ¿es muy peligroso para ti estar aquí? Y ¿cómo es lo de estar casado? ¿Y lo de ser padre? ¿Estás contento?

—¡Cuántas preguntas! —dijo Franco riendo—. ¿A cuál de ellas contestó primero? Creo que a la última. ¿No habría considerado tu amigo Epicuro que ésa era la cuestión principal? Sí, estoy muy contento. Mi vida ha cambiado mucho para mejor. ¿Y tú, Bento? ¿Estás contento tú?

—Yo también lo estoy, más contento que nunca. Como tal vez te haya dicho

Simon, vivo en Rijnsburg, una aldea tranquila, y vivo exactamente como deseo: sólo y con pocas distracciones. Pienso, escribo y nadie intenta apuñalarme. ¿Podría pretender más? Pero ¿qué me dices de mis otras preguntas?

—Mi esposa y mis hijos son una auténtica bendición. Ella es el alma gemela que tenía la esperanza de encontrar... y evoluciona ya para convertirse en un alma gemela ilustrada. He estado enseñándole a leer en portugués y en hebreo, y aprendemos juntos holandés. ¿Qué más preguntaste? Oh, sí, mi ropa y este matorral. —

Franco se acarició la barba—. Puede que te parezca asombroso, pero soy un alumno de tu antiguo escuela, la *yeshiva* Pereira. Rabí Morteira me ha concedido un estipendio tan generoso de la sinagoga que no necesito ir a trabajar para mi tío ni para ningún otro.

—Eso es extraño.

—He oído el rumor de que se te ofreció a ti una vez ese estipendio. Tal vez haya sido redirigido a mí por algún capricho del destino. Tal vez se me recompense así por traicionarte.

—¿Qué razón te dio Rabí Morteira?

—Cuando le pregunté «¿por qué se me considera digno?», me sorprendió.

Dijo que el estipendio es la manera que tiene la comunidad judía de honrar a mi padre, cuya reputación, y la reputación de su larga estirpe de antecesores rabínicos, es mucho mayor de lo que yo nunca había imaginado. Pero añadió también que yo era un estudiante prometedor que podría seguir un día los pasos de mi padre.

—Y... —Bento hizo una profunda inspiración—. ¿Tu respuesta al rabino?

—Gratitud. Bento Spinoza, tú has despertado en mí la sed del conocimiento y, para satisfacción del rabino, me he zambullido en un gozoso estudio del Talmud y la Torá.

—Comprendo. Bueno... en fin... has progresado mucho. El hebreo de tu nota es magnífico.

—Sí, estoy satisfecho de mí mismo y mi alegría por aprender aumenta día tras día.

Siguió un breve silencio. Los dos abrieron la boca para hablar al mismo tiempo y luego no lo hicieron. Tras otro breve silencio, Franco preguntó:

—Bento, estabas muy angustiado cuando te vi la última vez después del ataque. ¿Te recuperaste pronto?

Bento asintió.

—Sí, y en gran parte gracias a ti. Has de saber que, incluso ahora en

Rijnsburg, sigo teniendo mi viejo abrigo acuchillado colgando a la vista. Fue un consejo excelente.

—Cuéntame más de tu vida.

—Bueno, ¿qué voy a decirte? Pulo cristal la mitad del día y pienso, leo y escribo el resto del tiempo. Tengo poco que contar sobre el exterior. Vivo completamente en mi mente.

—¿Y aquella joven que me acompañó a tu habitación? ¿La que te causaba tanto dolor?

—Ella y mi amigo Dirk tienen planeado casarse.

Un breve silencio. Franco preguntó:

—¿Y? Cuéntame más.

—Seguimos siendo amigos, pero ella es una católica devota y él se está convirtiendo al catolicismo. Supongo que nuestra amistad sufrirá en cuanto yo publiqué mis opiniones sobre la religión.

—¿Y tu interés por la fuerza de tus pasiones?

—Ah... —Bento vaciló—. Bueno, desde que te vi la última vez, he disfrutado de tranquilidad.

Siguió de nuevo un silencio, que finalmente rompió Franco.

—¿Notas que hay algo diferente entre nosotros hoy?

Bento se encogió de hombros,

desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a los silencios. Antes nunca teníamos silencios. Había siempre demasiado que decir... charlábamos sin parar. No había ni un sólo instante de silencio, nunca.

Bento asintió.

—Mi padre, bendito sea su nombre —continuó Franco—, siempre decía que cuando no se habla de algo grande, no se puede decir nada de importancia. ¿Estás de acuerdo, Bento?

—Tu padre era un hombre sabio. ¿Algo grande? ¿En qué piensas?

—Está relacionado sin duda con mi

apariencia y mi entusiasmo por mi educación judía. Yo creo que eso te ha sorprendido y que no sabes qué decir.

—Sí, hay algo de verdad en lo que dices. Pero... bueno... no estoy seguro de que...

—Bento, no estoy acostumbrado a oírte titubear con las palabras. Si me permites hablar por ti, creo que ese «algo grande» es que desapruebas los estudios que estoy haciendo, y sin embargo, al mismo tiempo, tu corazón se interesa por mí, y quieres respetar mi decisión y no decir nada que me incomode.

—Bien dicho, Franco. Yo no podía

encontrar las palabras justas. Sabes que eres excepcionalmente bueno en esto.

—¿En qué?

—En comprender los matices de lo que se dice y lo que no se dice entre la gente. Me asombras con tu agudeza.

Franco inclinó la cabeza.

—Gracias, Bento. Es un don de mi bendito padre. Aprendí en sus rodillas.

De nuevo un silencio.

—Por favor, Bento, intenta compartir tus pensamientos sobre nuestro encuentro de hoy hasta ahora...

—Lo intentaré. Estoy de acuerdo, hoy hay algo distinto. Hemos cambiado, y me resulta extrañamente embarazoso

enfrentarme a ello. Tienes que ayudarme a hacerlo.

—Lo mejor es que nos limitemos a hablar sobre cómo hemos cambiado. Desde tu perspectiva, me refiero.

—Antes, yo era el maestro y tú el alumno que estaba de acuerdo con mis ideas y quería pasar su vida conmigo en el destierro. Ahora todo ha cambiado.

—¿Porque yo he iniciado el estudio de la Torá y el Talmud?

Bento negó con la cabeza.

—Es más que un estudio: tus palabras han sido «gozoso estudio». Y acertaste en tu diagnóstico sobre mi corazón. Temí ofenderte o aguar tu

alegría.

—¿Crees que nuestros caminos se separan?

—¿No es así? Desde luego, ahora, aunque la familia no te lo impidiese, ¿continuarías eligiendo seguir mi camino a mi lado?

Franco vaciló y lo consideró unos instantes antes de contestar:

—Mi respuesta, Bento, es sí y no. Creo que no seguiría tu camino la vida. Sin embargo, a pesar de eso, nuestros caminos no se han separado.

—¿Cómo puede ser eso? Explica.

—Aún sigo apoyando todas las críticas de la superstición religiosa que

expusiste en aquellas conversaciones con Jacob y conmigo. En eso estamos de acuerdo.

—Pero ahora a ti te proporciona un gran gozo el estudio de unos textos supersticiosos, ¿no?

—No, eso no es correcto. Experimento gozo en el proceso de estudiar, pero no siempre en el contenido de lo que estudio. Como tú sabes, maestro, hay una diferencia entre esas dos cosas.

—Por favor, maestro, explícame eso. —Bento, muy aliviado ya, esbozó una amplia sonrisa y extendió la mano para acariciar el cabello de Franco.

Franco sonrió a su vez, hizo una pequeña pausa para disfrutar de la caricia de Bento y continuó:

—Con lo de «proceso» quiero decir que me complace en extremo entregarme al estudio intelectual. Gozo con el estudio del hebreo y disfruto viendo cómo se abre ante mí todo el mundo antiguo. Mi clase de estudio del Talmud es mucho más interesante de lo que yo había imaginado. El otro día sin ir más lejos analizamos la historia de Rabí Yohanán...

—¿Cuál de ellas?

—La de cuando cura a otro rabino dándole la mano, y luego cuando cae

enfermo él y le visita otro rabino y le pregunta: «¿Son aceptables para ti esos sufrimientos?» y él contesta: «No, no lo son, ni tampoco su recompensa». Y el otro rabino le cura entonces dándole la mano.

—Sí, conozco esa historia. ¿Y en qué sentido te pareció interesante?

—En nuestro análisis planteamos muchas preguntas. Por ejemplo, ¿por qué Rabí Yohanán no se curó simplemente él mismo?

—Y, por supuesto, la clase abordó el tema de que el prisionero no puede liberarse él mismo y que la recompensa del sufrimiento se encuentra en el otro

mundo.

—Sí, sé que es algo muy conocido, tal vez tedioso para ti, pero para alguien como yo, esas discusiones son emocionantes. ¿Dónde iba a tener yo, si no, la oportunidad de mantener conversaciones espirituales como ésa? Una parte de la clase decía una cosa, la otra discrepaba, otros se preguntaban por qué se utilizaban determinadas palabras cuando otra palabra podría haber proporcionado mayor claridad. Nuestro maestro nos anima a considerar cada pequeño fragmento de información del texto.

»Y, por dar otro ejemplo —continuó

Franco—, la semana pasada estudiamos la historia de un rabino famoso que se hallaba paralizado al borde de la muerte, padeciendo una dolorosa agonía, y al que mantenían vivo las oraciones de sus alumnos y de sus compañeros, los otros rabinos. Su criada se apiadó de él y tiró una jarra desde el tejado que se hizo pedazos con tal estruendo que se sobresaltaron todos y dejaron de rezar. En ese mismo instante, el rabino murió.

—Ah, sí, Rabí Yehudá haNasi. Y estoy seguro de que discutisteis cosas como si la criada obró correctamente o si fue culpable de homicidio y también si los otros rabinos no tuvieron piedad

al mantenerlo vivo y retrasar su llegada a la dicha del otro mundo.

—Puedo imaginar tu respuesta a eso, Bento. Recuerdo demasiado bien tu actitud hacia la fe en la otra vida.

—Exactamente. La premisa fundamental de ese otro mundo carece de base. Sin embargo, en tu clase no se podría poner en duda esa premisa.

—Sí, estoy de acuerdo, hay limitaciones. Pero aun así, es un privilegio, un gozo, sentarse con otros durante horas y debatir sobre esos serios asuntos. Y nuestro maestro nos instruye sobre cómo hay que argumentar. Si algo nos parece claramente obvio, debemos

plantearnos por qué el escritor llegó a incluirlo... quizá hubiese una cuestión más profunda, oculta por detrás de las palabras. Cuando nos mostramos demasiado satisfechos con nuestra interpretación, se nos enseña a descubrir el principio general subyacente. Si alguna cuestión es irrelevante, aprendemos a investigar por qué la planteó el autor. En suma, Bento, el estudio talmúdico me está enseñando a pensar, y creo que eso puede haber sucedido también en tu caso. Tal vez fue tu estudio talmúdico el que aguzó tanto tu mente.

Bento asintió.

—No puedo negar que haya mérito en eso, Franco. Considerando la cuestión retrospectivamente habría preferido una ruta más racional y menos tortuosa. Euclides, por ejemplo, va directamente al asunto y no enturbia las aguas con historias enigmáticas y a menudo contradictorias.

—¿Euclides? ¿El inventor de la geometría?

Bento asintió.

—Euclides es mi asignatura siguiente en mi educación mundana. Pero por ahora el Talmud está cumpliendo su misión. Por una parte, a mí me gustan las historias. Añaden vida

y profundidad a las lecciones. A todo mundo le encantan las historias.

—¡No, Franco, a todo el mundo no! Considera las pruebas que tienes para afirmar eso. Es una conclusión sin base que yo sé que es falsa.

—Ah, a ti no te gustan las historias. ¿Ni siquiera te gustaban cuando eras niño?

Bento cerró los ojos y recitó:

—«Cuando yo era niño, hablaba como un niño, pensaba como un niño, razonaba como un niño...».

Franco le interrumpió y continuó en el mismo tono:

—«Cuando me hice hombre, dejé

atrás los hábitos de niño». Pablo, Corintios I.

—¡Asombroso! Eres tan rápido ahora, Franco, tienes tanta seguridad... Qué diferencia con aquel joven ignorante y desgreñado que acababa de bajar del barco, recién llegado de Portugal.

—Ignorante de las tradiciones judías. Pero no olvides que nosotros, los conversos, tuvimos una educación católica, forzada pero plena. Conozco el Nuevo Testamento palabra por palabra.

—Eso lo había olvidado. Y ya veo que has iniciado parte de tu segunda educación. Eso está bien. Hay mucha

sabiduría tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Sobre todo en Pablo, precisamente en el versículo anterior expresa exactamente mi punto de vista sobre las historias: «Cuando llegue lo perfecto, lo imperfecto desaparecerá».

Franco hizo una pausa, repitiendo para sí:

— ¿Imperfecto? ¿Perfecto?

—Lo perfecto —dijo Bento— es la verdad moral. Lo imperfecto es el envoltorio... en este caso la historia, que ya no es necesaria una vez que se ha alcanzado la verdad.

—No estoy seguro de que deba aceptar a Pablo como un modelo de

vida. La suya, tal como se nos enseña, parece desequilibrada. Tan severo, tan fanático, tan triste, condenando tanto todos los placeres mundanos. Eres tan duro contigo mismo, Bento... ¿Por qué rechazar el placer de una buena historia, un placer que parece tan benigno, tan universal? ¿En qué cultura no hay historias?

—Recuerdo un joven que clamaba contra las historias de milagros y profecías. Recuerdo un joven agitado, inquieto y rebelde que arremetía contra la ortodoxia de Jacob. Recuerdo sus reacciones ante el servicio religioso en la sinagoga. Aunque no sabía nada de

hebreo, seguía la traducción portuguesa de la Torá y estaba escandalizado por las historias que leía y hablaba de la locura y la insensatez tanto del culto católico como del judío. Recuerdo que preguntaba: «¿Por qué se ha acabado el periodo de los milagros? ¿Por qué no hizo Dios un milagro y salvó a mi padre?». Y aquel mismo joven se sentía torturado por el hecho de que su padre hubiese entregado su vida por una Torá llena de creencias supersticiosas en milagros y profecías.

—Sí, todo eso es así. Lo recuerdo.

—Y entonces, ¿dónde están esos sentimientos ahora, Franco? Sólo hablas

ya del gozo que te proporcionan tus estudios de la Torá y el Talmud. Y sin embargo dices que sigues estando de acuerdo con mi crítica de la superstición. ¿Cómo puede ser eso?

—Bento, es la misma respuesta... lo que me causa gozo es el proceso del estudio. No me tomo muy en serio el contenido. Me gustan las historias, pero no las considero verdades históricas. Me atengo a la moral, a los mensajes de las Escrituras sobre el amor y la caridad, la bondad y la conducta ética. Y prescindo del resto. Además, hay historias e historias. Algunas historias de milagros son, como dices tú, el

enemigo de la razón. Pero otras historias despiertan la atención del estudiante y eso me parece útil para mis estudios y para la práctica de la enseñanza en la que estoy iniciándome. Hay una cosa segura: a los estudiantes siempre les interesan las historias, mientras que nunca habrá una larga fila de estudiantes ansiosos por estudiar a Euclides y su geometría. Y, por cierto, lo de mencionar mi tarea de magisterio me hace recordar algo que he estado deseando contarte! Estoy empezando a dar clases elementales de hebreo y creo que uno de mis alumnos es... prepárate para una sorpresa: ¡tu presunto asesino!

—¡Oh! ¡Mi asesino! ¡Una sorpresa ciertamente! ¡Tú el maestro de mi asesino! ¿Qué puedes contarme?

—Se llama Isaac Ramírez y tus suposiciones sobre sus circunstancias eran absolutamente correctas. Su familia estaba aterrorizada por la Inquisición, sus padres fueron quemados y él estaba enloquecido de dolor. El hecho de que su historia fuese tan similar a la mía me impulsó a ofrecerme voluntariamente para enseñarle, y hasta el momento la cosa va funcionando bien. Tú me diste consejos firmes que no he olvidado sobre cómo debería juzgarle. ¿Te acuerdas?

—Recuerdo que te dije que no revelases a la justicia dónde estaba.

—Sí, pero luego dijiste algo más. Dijiste: «Sigue un camino religioso». ¿Te acuerdas? Eso me desconcertó.

—Tal vez no haya sido claro. Amo la religión, pero odio la superstición.

Franco asintió.

—Si, eso fue lo que yo entendí... que debía mostrar comprensión y compasión y perdón. ¿Es así?

Bento asintió.

—También eso, un código moral de conducta, está en la Torá, no sólo historias de milagros.

—Por supuesto que sí, Franco. Mi

historia favorita del Talmud es aquella de un pagano que se dirige a Rabí Hillel y le ofrece convertirse al judaísmo si es capaz de enseñarle toda la Torá mientras él se mantiene apoyado sólo en un pie. Hillel contestó: «Lo que es odioso para ti, no se lo hagas a tu prójimo. Eso es en esencia la Torá... el resto son comentarios. Ve y estúdialo».

—Veo que te gustan las historias...

Bento empezó a responder, pero Franco se corrigió rápidamente:

—... o al menos una historia. Las historias pueden obrar como un instrumento de la memoria. Para muchos, con más eficacia que la pura

geometría.

—Entiendo lo que quieres decir, Franco, y no dudo de que tus estudios están aguzando tu mente. Estás convirtiéndote en un adversario formidable en un debate. Está claro por qué te eligió Rabí Morteira. Esta noche voy a analizar algunos de mis escritos con los miembros de un club filosófico, y ojalá el mundo fuese de otro modo y tú pudieses estar allí. Atendería más a tus críticas que a las de ningún otro.

—Me sentiría muy honrado si pudiese leer algo tuyo. ¿En qué idioma escribes? Mi holandés está mejorando.

—En latín, desgraciadamente.

Esperemos que forme parte de tu segunda educación, pues dudo que lo que escribo vaya a tener una traducción al holandés.

—En mi formación católica aprendí los rudimentos del latín.

—Procura tener una educación latina completa. Rabí Morteira y Rabí Menassé tienen una buena formación latina y deben permitírtelo, tal vez hasta te animen a hacerlo.

—Rabí Menassé murió el año pasado, y me temo que Rabí Morteira no tarde también en faltar.

—Vaya, tristes noticias. Pero aun así encontrarás otros que te animen. Tal vez

haya un medio de que puedas pasar un año en la *yeshiva* veneciana. Es importante: el latín abre todo un nuevo...

Franco se levantó de pronto y corrió a la ventana para mirar más detenidamente las figuras de tres hombres que se alejaban. Se volvió.

—Perdona, Bento... creí ver a alguien de la congregación. Me pone un poco nervioso que puedan verme aquí.

—Sí, no has respondido a mi pregunta sobre el peligro que corres. Dime, Franco ¿hasta qué punto corres peligro?

Franco inclinó la cabeza.

—El peligro es muy grande... tan

grande que es la única cosa que no puedo compartir con mi mujer. No puedo contarle que estoy arriesgando todo aquello que hemos luchado por construir en este nuevo mundo. Es un riesgo que corro sólo por ti, y que no correría por ningún otro. Y tendré que irme pronto. No tengo ninguna explicación que darle a mi esposa ni a los rabinos por mi ausencia. He estado pensando que, si me viesen, podrían mentir explicando que me había abordado Simon para proponerme que le diese clases de hebreo.

—Sí, yo pensé en eso, también. Pero no utilices el nombre de Simon. Mi

relación con él es algo conocido, al menos en el mundo gentil. Mejor dar el nombre de algún otro que podrías haber conocido aquí, por ejemplo Peter Dyke, un miembro del club filosófico.

Franco suspiró.

—Es triste tener que entrar en el país de las mentiras. Es un territorio que no he pisado desde que te traicioné a ti, Bento. Pero antes de irme, por favor, comparte algo de tus progresos filosóficos. En cuanto aprenda latín, tal vez Simon pueda proporcionarme tu obra. Pero de momento, hoy, todo lo que tendré será lo que me cuentes. Tus ideas me intrigan. Aún estoy desconcertado

por cosas que nos dijiste a Jacob y a mí.

Bento alzó la barbilla enigmáticamente.

—Cuando nos conocimos dijiste que Dios era pleno, perfecto, sin insuficiencias y que no tenía necesidad alguna de que nosotros lo glorificáramos.

—Sí, eso es lo que pienso y ésas fueron mis palabras.

—Y luego recuerdo el comentario que le hiciste a Jacob y que fue una afirmación que me hizo estimarte. Dijiste: «Por favor, permíteme amar a Dios a mi manera».

—Sí, ¿y tu desconcierto?

—Sé, gracias a ti, que Dios no es un ser como nosotros. No es como ningún otro ser. Tú dijiste enfáticamente (y ese fue el golpe final para Jacob) que Dios era la Naturaleza. Pero explícame, enséñame. ¿Cómo puedes estar enamorado de la Naturaleza? ¿Cómo puedes amar algo que no es un ser?

—Primero, Franco, yo utilizo el término «Naturaleza» de un modo especial. No me refiero a los árboles o los bosques o la hierba o el mar o cualquier cosa que no esté hecha por el hombre. Me refiero a todo lo que existe: la unidad absoluta, necesaria, perfecta y lógica. Es la causa inmanente de todas

las cosas. Y todo lo que existe, sin excepción, trabaja de acuerdo con las leyes de la Naturaleza. De tal modo que, cuando habló sobre el amor a la Naturaleza, no me refiero al amor que se tiene por la esposa o el hijo. Estoy hablando de un género de amor completamente distinto, un amor intelectual. En latín lo llamo *«amor Dei intellectualis»*.

—¿Un amor intelectual a Dios?

—Sí, el amor a la comprensión más plena posible de la Naturaleza, o Dios. Captar el lugar de cada cosa finita en su relación con causas infinitas. Es la comprensión, en la medida que es

posible, de las leyes universales de la Naturaleza.

—Así que cuando hablas de amar a Dios, a lo que te refieres es a la comprensión de las leyes de la Naturaleza.

—Sí, las leyes de la Naturaleza son sólo otro nombre más racional para los decretos eternos de Dios.

—¿Y difiere del amor humano ordinario en que incluye sólo a una persona?

—Exactamente. Y amar a alguien que es invariable y eterno significa que no estás sometido a los cambios de estado de ánimo caprichosos de la

persona amada ni a la inconstancia ni a la finitud. Significa, también, que no hay que intentar completarse a uno mismo a través de otra persona.

—Bento, si te comprendo bien, debe significar también que no debes esperar ningún amor a cambio.

—Exactamente, de nuevo. No podemos esperar nada a cambio. Obtenemos el sobrecogimiento gozoso de una visión, una comprensión privilegiada del plan vasto, infinitamente complejo de la Naturaleza.

—¿Otro proyecto de toda una vida?

—Sí, Dios o la Naturaleza tiene un número infinito de atributos que eludirán

eternamente mi comprensión plena. Pero una comprensión limitada me proporciona ya un gozo y un sobrecogimiento grandes, y a veces hasta una alegría extasiada.

—Una religión extraña, si es que se le puede llamar religión. —Franco se levantó—. Debo dejarte, perplejo aún. Pero una última pregunta: dime, ¿deificas a la Naturaleza o naturalizas a Dios?

—Una frase brillante, Franco. Necesito tiempo, mucho tiempo para elaborar mi respuesta a esa pregunta.

30. Berlín-1936

El mito del siglo XX, esa cosa que nadie puede entender escrita por un báltico estrecho de miras que piensa de un modo terriblemente complicado.

ADOLF HITLER

Pocos de los miembros más viejos del partido figuran entre los lectores del libro de Rosenberg. Yo mismo no he hecho más que echarle un vistazo por encima. En cualquier caso, esta escrito

en mi opinión con un estilo demasiado abstruso.

ADOLF HITLER

SIGMUND FREUD RECIBE EL PREMIO GOETHE

El Premio Goethe, el premio científico y literario más importante de Alemania, se otorgó a Freud el 28 de agosto de 1930, aniversario del nacimiento de Goethe, en Fráncfort, en el marco de grandes celebraciones. El *Isrealitische Geneindezetng* se regocijó con címbalos y trompetas. La cuantía monetaria del premio fue de diez mil

marcos... Es sabido que destacados intelectuales han rechazado el psicoanálisis del judío Sigmund Freud en su totalidad. El gran antisemita Goethe se revolvería en su tumba si descubriese que un judío había recibido un premio que lleva su nombre.

ALFRED ROSENBERG en 'Völkischer Beobachter'

—Mi Führer, lea por favor esta carta sobre el *Reichsleiter* Rosenberg del doctor Gebhardt, el médico jefe de la clínica Hohenlychen.

Hitler cogió la carta de la mano de Rudolf Hess y la leyó, prestando particular atención a las partes que Hess había subrayado.

Me ha resultado notablemente difícil establecer contacto con el Reichsleiter Rosenberg... Como médico, tengo, sobre todo, la impresión de que su dilatada recuperación... es atribuible en gran medida a su aislamiento psíquico... A pesar de mis, si puedo decirlo así, discretos esfuerzos por tender un puente, no lo he conseguido... debido a la forma en que el Reichsleiter está espiritualmente constituido y a su

posición especial en la vida política... Sólo podría verse liberado de su inhibición si pudiese abrir su mente a los que están facultados al menos a hablarle en términos equiparables y de una capacidad intelectual similar, para que pueda encontrar de nuevo la calma y la resolución necesarias para la acción y, en realidad, para la vida cotidiana.

La semana pasada le pregunté si había compartido plenamente alguna vez sus pensamientos más íntimos con alguien. De una forma completamente inesperada, contestó, dando el nombre de un tal Friedrich Pfister, un amigo de infancia de Estonia. Me he enterado

después de que este Friedrich Pfister es ahora el Oberleutnant Pfister, un médico de la Wehrmacht destinado en Berlín. ¿Puedo pedir que se le dé orden inmediata de que asuma el puesto de médico del Reichsleiter Rosenberg?

Hitler devolvió la carta a Hess.

—No hay nada en esta carta que nos sorprenda, pero cuídese de que nadie la lea. Y dé orden de trasladar inmediatamente al *Oberleutnant* Pfister. Rosenberg es insufrible. Siempre lo ha sido. Todos sabemos eso. Pero es leal, y el partido aún puede utilizar su talento.

La clínica Hohenlychen, a un

centenar de kilómetros al norte de Berlín, había sido destinada por Himmler al cuidado de dirigentes nazis enfermos y oficiales de las SS de alta graduación. Alfred había pasado ya tres meses allí por una depresión agitada en 1935. Entonces, en 1936, estaba experimentando los mismos síntomas incapacitantes: fatiga, agitación y depresión. Incapaz de concentrarse en su tarea editorial en el *Beobachter*, llevaba varias semanas totalmente encerrado en sí mismo, sin hablar apenas con su mujer y su hija.

Una vez hospitalizado, se sometió a los exámenes físicos del doctor

Gebbardt pero se negó persistentemente a responder a preguntas sobre su estado mental o su vida personal. Karl Gebbardt era el médico personal de Himmler y buen amigo suyo, y trataba también a los otros dirigentes nazis (aparte de Hitler, que siempre tenía a mano a su médico personal, Theodor Morell). Alfred estaba seguro de que cualquier cosa que le dijese a Gebbardt pronto sería transmitida a toda la camada de sus enemigos nazis. No quería hablar con ningún psiquiatra por la misma razón. Bloqueado y harto de sentarse en silencio a enfrentar la mirada despectiva de Alfred, el doctor

Gebbardt ansiaba transferir a su irritante paciente a otro médico y se tomó mucho trabajo en la composición de su carta a Hitler, que, por razones que nadie comprendía, valoraba a Rosenberg y de cuando en cuando preguntaba por su estado.

El doctor Gebbardt no tenía ninguna formación psicológica, ni tenía una mentalidad psicológica, pero reconoció fácilmente indicios de una gran discordia entre los dirigentes, la rivalidad incesante, el desprecio mutuo, la conspiración constante, la lucha por el poder y por la aprobación de Hitler. Discrepaban en todo, pero Gebbardt

descubrió una cosa que tenían todos en común: todos odiaban a Alfred Rosenberg. Después de pasar unas cuantas semanas visitando a diario a Alfred, veía ya por qué.

Aunque Alfred debía haber percibido eso, mantenía su silencio y pasó una semana tras otra en la clínica Hohenlychen leyendo clásicos alemanes y rusos, y negándose a entablar conversación con el personal o con cualquier otro de los pacientes nazis. Una mañana, durante su quinta semana de internamiento, se sintió extremadamente agitado y decidió dar un breve paseo por los terrenos de la

clínica. Cuando descubrió que estaba demasiado fatigado para atarse él mismo los zapatos, se maldijo y se abofeteó con fuerza en las mejillas para despertarse. Tenía que hacer algo para detener aquel hundimiento irreversible en la desesperación.

En su desesperanza, convocó mentalmente el rostro de Friedrich. Frederich habría sabido qué hacer. ¿Qué habría sugerido él? Habría intentado sin duda comprender la causa de aquella maldita depresión. Alfred imaginó las palabras de Friedrich: «¿Cuándo empezó todo? Deja libre tu mente y vuelve al principio de tu abatimiento.

Observa simplemente todas las ideas, todas las imágenes que afluyen a tu mente. Toma nota de ellas. Haz una lista de todas si puedes».

Alfred lo intentó. Cerró los ojos y observó lo que iba desfilando por su mente. Retrocedió en el tiempo y observó cómo se materializaba una escena.

Hace varios años, en la oficina del *VB*, sentado en el escritorio que le compró Hitler. Está haciendo la revisión final de la última página de su obra maestra, *El mito del siglo XX*, deja el lápiz rojo, sonríe triunfalmente, ordena

las setecientas páginas del manuscrito en un pulcro mazo, lo sujeta con dos gruesas gomas y lo estrecha amorosamente contra su pecho.

Sí, el recuerdo de su mejor momento le provoca una lágrima, tal vez dos, que descienden por su rostro. A Alfred le inspiraba simpatía aquel yo más joven, el joven que sabía que *El mito* asombraría al mundo. Había tenido una gestación larga y laboriosa (diez años de domingos, más cada hora de la semana que conseguía, pero había merecido la pena). Sí, sí, sabía que había desatendido a su mujer y a su hija,

pero cómo podía importar eso, comparado con lo que era crear un libro que agitaría el mundo, un libro que ofrecería una nueva filosofía de la historia basada en la sangre, la raza y el alma, una nueva valoración del *Volk*, del arte *völkisch*, y la literatura, la arquitectura y la música y, lo más importante de todo, una nueva infraestructura de valores para el futuro Reich.

Alfred cogió de la mesita de noche su ejemplar personal de *El mito* y pasó páginas al azar. Determinados pasajes le evocaron instantáneamente el lugar físico de su inspiración. Había sido en

su visita a la catedral de Colonia, al ver las vidrieras de las crucifixiones de Cristo y las huestes de mártires debilitados y enflaquecidos, lo asaltó una idea inspirada: la Iglesia católica romana no se oponía al judaísmo. Aunque la Iglesia afirmase ser antijudía, era en realidad el canal principal a través del cual las ideas judías habían infestado el cuerpo sano del pensamiento alemán. Leyó con gran placer sus propias palabras:

Los grandes alemanes vivían de acuerdo con la naturaleza y estimaban sus excelentes constituciones físicas y

su belleza varonil. Pero eso se ha visto socavado por el antagonismo cristiano con la carne, por ideas sentimentales sobre preservar las vidas de niños defectuosos y por permitir que los criminales y los que tienen enfermedades hereditarias propaguen sus defectos a la generación siguiente. La contaminación de la pureza racial produce así fragmentación de carácter, pérdida del sentido de la dirección y del pensamiento, e inseguridad interior. El pueblo alemán no nació en pecado sino en nobleza... El Antiguo Testamento como libro de instrucción religiosa debe eliminarse de una vez

por todas. Con ello se pondrá fin al intento fallido del último milenio y medio de hacernos a todos judíos espirituales... El espíritu del fuego, lo heroico, debe ocupar el lugar de la crucifixión.

Sí, pensó, pasajes como aquél habían tenido como consecuencia que *El mito* hubiese sido incluido en el índice católico de libros prohibidos en 1934. Pero eso no fue una desgracia sino una bendición que incrementó sus ventas. Se vendieron 300.000 ejemplares, un éxito de ventas sólo superado por *Mi lucha*, «y sin embargo aquí estoy...

emocionalmente en quiebra».

Alfred dejó el libro, apoyo la cabeza en la almohada y se entregó a sus meditaciones. «¡Este libro me ha causado tanta alegría pero también tanto sufrimiento! Esos críticos literarios imbéciles... todos ellos utilizaron el término “incomprensible”. ¿Por qué no les contesté? ¿Por qué no les pregunté en letra impresa si se les había ocurrido alguna vez que mis escritos podrían ser demasiado sutiles y complejos para cerebros de insectos? ¿Por qué no les recordé las consecuencias de las colisiones entre las mentes vulgares y los grandes obras: los pensadores

inferiores atacan invariablemente a los superiores. ¿Qué es lo que quiere el público? Pide a voces la vulgaridad estúpida de Julius Streicher. Hasta Hitler prefiere la prosa de Streicher. Escarba en la herida vez que me recuerda que esa basura de Streicher, *Der Stürmer*, vende regularmente más que mi *Beobachter*.

»¡Y pensar que ni uno sólo de los dirigentes nazis ha leído mi libro! Sólo Hess ha sido franco y me ha dicho, disculpándose, que, aunque se había esforzado no había podido con una prosa tan difícil. Los otros ni siquiera me mencionaron el libro. Es increíble...

un éxito de ventas inmenso y esos cabrones envidiosos me ignoran. Pero ¿por qué deberían atribularme ésos? ¿Qué se podía esperar de esa pandilla? El problema es Hitler, siempre Hitler. Cuanto más pienso en el asunto, más seguro estoy de que mi caída empezó el día que oí que Goebbels empezó a contarle a todo el mundo que Hitler había tirado *El mito* después de sólo unas páginas y había exclamado: "¿Quién puede entender esto?". Sí, ése fue el momento de la herida mortal. Al final es sólo el juicio de Hitler lo que importa. Pero si a él no le gustó, ¿por qué ordenó que estuviera en todas las

bibliotecas, por qué lo incluyó como lectura básica en el programa oficial del partido? Hasta las Juventudes Hitlerianas tienen que leerlo. ¿Por qué hace eso y al mismo tiempo se niega en redondo a asociarse a mi libro?

»Puedo comprender su postura pública. Sé que el apoyo católico aún es vital para su posición como Führer, y, por supuesto, no puede apoyar públicamente una obra tan abiertamente anticristiana. Cuando éramos jóvenes, en los años veinte, Hitler estaba completamente de acuerdo con mi postura antirreligiosa. Sé que aún sigue estándolo. En privado va más allá que

yo... ¿cuántas veces le he oído decir que ahorcaría a los sacerdotes junto con los rabinos? Comprendo su posición pública. Pero, ¿por qué no me dice algo positivo, cualquier cosa, a mí en privado? ¿Por qué no me invita ni una sola vez a comer y a una charla en privado? Hess me contó que cuando el arzobispo de Colonia se quejó a Hitler por *El mito*, Hitler contestó: "A mi no me interesa el libro. Rosenberg lo sabe. Se lo dije. No quiero saber nada de cosas paganas como el culto a Wotan y cosas parecidas". Cuando el arzobispo insistió, Hitler proclamó: "Rosenberg representa el aspecto dogmático de

nuestro partido” y luego regañó al arzobispo por incrementar las ventas de *El mito* al atacarlo tan vehementemente. Y cuando presenté mi dimisión del partido si mi libro le causaba embarazo, él se limitó a rechazar la idea... de nuevo sin proponerme una reunión en privado. Y sin embargo recibe en privado constantemente a Himmler, y Himmler es más descarada y agresivamente anticatólico que yo.

»Sé que debe tenerme cierto respeto. Me asignó una tarea importante tras otra: misiones diplomáticas en Londres, luego en Noruega, luego la formación ideológica del partido y del Frente

Alemán del Trabajo y de todas las organizaciones relacionadas. Cargos importantes. Pero ¿por qué sólo me entero de mis nombramientos por correo? ¿Por qué no me llama a su despacho, me estrecha la mano y me dice: “Siéntese y hablemos”? ¿Tan repugnante soy?

»Sí, no hay duda alguna: el problema es Hitler. Deseo su atención más que nada en el mundo. Temo que él me veje más que nada en el mundo. Dirijo el periódico más influyente de Alemania; estoy al cargo de la educación espiritual y filosófica de todos los nazis. Pero ¿estoy escribiendo los artículos

necesarios? ¿Dando las conferencias necesarias? ¿Planeando programas de estudios? ¿Supervisando la educación de todos los jóvenes alemanes? No, el *Reichsleiter* Rosenberg está demasiado ocupado cavilando por qué no ha recibido una sonrisa o un asentimiento cariñoso, válgame Dios, o una invitación a comer, de Adolf Hitler!

»Me doy asco. ¡Esto se tiene que acabar!»

Alfred se levantó y se acercó al escritorio de su habitación. Buscó en la cartera y extrajo su carpeta «No». (Tenía dos carpetas, una carpeta «Sí», que contenía críticas positivas, cartas de

admiradores y artículos de prensa y una carpeta «No», que contenía todas las opiniones contrarias.) La carpeta «Sí» estaba muy gastada. Alfred releía varias veces por semana las críticas favorables y las cartas de los admiradores, que eran como un tónico diario, como tomar vitaminas por la mañana. Pero el tónico estaba perdiendo ya potencia. Ahora los comentarios «Sí» apenas penetraban en su ánimo, un milímetro como máximo, y se evaporaban rápidamente. La carpeta «No», por otra parte, era territorio casi desconocido... una caverna raras veces visitada. ¡Hoy! ¡Hoy sería el momento decisivo! Se enfrentaría a sus demonios.

Mientras examinaba la carpeta apenas abierta, se imaginó que los artículos y cartas se escondían, sorprendidos, buscando refugio. Apareció en sus labios una sonrisa, la primera en muchas semanas, mientras consideraba su ridículo sentido del humor. Extrajo un elemento al azar... era hora de superar aquella necedad. Un hombre valiente se obliga a leer cosas dolorosas todos los días hasta que ya no le duelan. Vio lo que había cogido... una carta de Hitler con fecha de 24 de agosto de 1931:

Mi querido Rosenberg:

Acabo de leer en el *Völkischer*

Beobachter, edición 235/236, página 1, un artículo titulado «¿Se propone venir Wirth?». La idea del artículo es impedir que se desmorone la forma actual de gobierno. Yo, personalmente, estoy recorriendo toda Alemania para conseguir exactamente lo contrario. ¿Puedo, por tanto, pedir que mi propio periódico no me apuñale por la espalda con artículos tácticamente necios?

Con saludos alemanes,

ADOLF HITLER

Le envolvió una ola de desesperación. La carta tenía ya cinco años de antigüedad pero aún seguía

siendo potente, aún seguía doliendo. Las heridas sobre el papel infligidas por Hitler nunca curaban. Alfred meneó vigorosamente la cabeza para despejarla. «Piensa en ese hombre llamado Hitler —se dijo—. Es, después de todo, sólo un hombre.» Cerró los ojos y dejó vagar sus pensamientos.

«Yo mostré a Hitler la extensión y la profundidad de la cultura alemana. Yo le mostré la inmensidad del flagelo judío. Yo pulí sus ideas sobre la raza y la sangre. Él y yo caminamos por las mismas calles, nos sentamos en los

mismos cafés, hablamos incesantemente, trabajamos juntos en artículos del *Beobachter*, una vez hasta dibujamos juntos. Pero ya no. Ahora sólo puedo observarle con asombro, como una gallina que alza la vista hacia un halcón. Fui testigo de cómo agrupó a los miembros del partido dispersos cuando salió de la prisión, de cómo empezó a participar en las elecciones parlamentarias, de cómo construyó una máquina de propaganda como jamás se había visto en el mundo, una máquina que inventó el correo directo y la campaña continua, incluso aunque no hubiese elecciones. Y presencié cómo

quitaba importancia a los pobres resultados de menos del 5 por ciento los primeros años y cómo seguía progresando, hasta que en 1930, su partido se convirtió en el segundo de Alemania, con el 18 por ciento de los votos, y en 1932 publiqué grandes titulares proclamando que los nazis se habían convertido en el partido más grande con el 38 por ciento de los votos. Algunos dicen que fue de Goebbels el autor intelectual del triunfo, pero yo sé que fue Hitler. Hitler estaba detrás de todo. Yo cubrí cada etapa del camino para el *Beobachte*r. Le vi volar de ciudad en ciudad haciendo apariciones

en todo el país el mismo día y convenciendo al pueblo de que él era un *Übermensch*, capaz de estar en todas partes al mismo tiempo. Admiré su intrepidez cuando programó actos en el centro de barriadas peligrosas controladas por los comunistas y dirigió a sus guardias de asalto en los combates en las calles contra los bolcheviques. Vi cómo rechazaba mi consejo y se presentaba contra Hindenburg en 1932. Obtuvo sólo el 37 por ciento de los votos, pero me demostró que tenía razón al presentarse: sabía que nadie podría haber derrotado a Hindenburg, pero las elecciones lo convirtieron en una

persona muy conocida. Pocos meses después accedió a un gobierno de coalición Hitler-Papen y luego no tardó en convertirse en canciller. Seguí cada uno de sus pasos políticos y aún no sé cómo lo hizo.

»Y el incendio del Reichstag. Recuerdo cómo apareció con ojos extraviados en mi despacho a las cinco, gritando: “¿Dónde está todo el mundo?”. Y exigió una cobertura inmensa de los comunistas quemando el Reichstag. Aún no creo que los comunistas tuviesen algo que ver con el incendio, pero da igual... en un golpe de genio utilizó el incendio para ilegalizar el Partido Comunista y

asumir un poder personal absoluto. Nunca llegó a obtener un voto mayoritario, nunca llegó a pasar del 38 por ciento, y allí estaba: ¡un soberano absoluto! ¿Cómo lo consiguió? ¡Aún no lo sé!»

El ensueño de Alfred se vio interrumpido por una llamada en la puerta y por la entrada del doctor Gebbardt, seguido por Friedrich Pfister.

—Tengo una sorpresa para usted, *Reichsleiter* Rosenberg. Traigo a un viejo amigo que puede ser útil en su tratamiento. Les dejaré hablar a solas a

los dos.

Alfred miró furioso a Friedrich largo rato y por fin dijo:

—Me traicionaste. Rompiste el voto de secreto que me hiciste. Cómo podría haber sabido él, si no, que tú y yo...

Friedrich se giró instantáneamente y, sin una palabra ni una mirada a Alfred, salió de la habitación.

Alfred se derrumbó de nuevo en la cama, presa del pánico, los ojos cerrados, e intentó aminorar su respiración acelerada.

Pocos minutos después volvió a Friedrich con el doctor Gebbardt, que dijo:

—El doctor Pfister me ha pedido que le explique cómo lo elegí. ¿No recuerda usted, *Reichsleiter* Rosenberg, la conversación que sostuvimos hace tres o cuatro semanas, en la que le pregunté si se había sincerado completamente con alguien? Sus palabras exactas fueron: «Un amigo de Estonia, que ahora vive aquí, el doctor Friedrich Pfister».

Alfred movió la cabeza lentamente.

—Tengo un vago recuerdo de nuestra conversación pero no recuerdo que dijese su nombre.

—Lo hizo. ¿Cómo iba yo a saberlo, si no? ¿O a saber que estaba en

Alemania? La semana pasada, cuando se agudizó su depresión y se negó a hablar conmigo, decidí intentar localizar a su amigo, pensando que una visita suya podría ser saludable. Cuando me enteré de que estaba en la Wehrmacht, pedí al Führer que ordenase su traslado a la clínica Hohenlychen.

—¿Le importaría —preguntó Friedrich— decirle al *Reichsleiter* Rosenberg cuál fue mi respuesta?

—Sólo que lo conoció cuando era un niño en Estonia.

—Y... —insistió Friedrich.

—No hubo nada más... salvo que lamentó usted tener que abandonar a los

muchos pacientes a su cargo, pero que las órdenes del Führer estaban por encima de todo y había que cumplirlas.

—¿Puedo tener una breve conversación en privado con el *Reichsleiter* Rosenberg?

—Por supuesto. Le esperaré en la sección de enfermería.

Cuando se cerró la puerta, Friedrich dijo:

—¿Alguna otra pregunta, *Reichsleiter* Rosenberg?

—Alfred, por favor, Friedrich. Soy Alfred. Llámame Alfred.

—De acuerdo. ¿Alguna otra pregunta, Alfred? Él está esperando.

—¿Vas a ser mi médico? Te aseguro que, en las viejas condiciones, lo aceptaría con mucho gusto. Pero ahora, ¿cómo voy a poder hablar contigo? Estás en la Wehrmacht y bajo órdenes de informarle a él.

—Sí, comprendo tu dilema. Yo me sentiría igual si estuviese en tu posición.

Friedrich se sentó en la silla de al lado de la cama y se quedó pensando unos instantes. Luego se levantó y salió de la habitación, diciendo: «Volveré dentro de un momento» y no tardó en hacerlo con el doctor Gebbardt.

—Señor —dijo, dirigiéndose al doctor Gebbardt—, mis órdenes son

atender al *Reichsleiter* Rosenberg, y, por supuesto, seguiré esas órdenes con toda mi capacidad. Pero hay un impedimento. Él y yo somos viejos conocidos, y hemos compartido durante mucho tiempo preocupaciones íntimas. Así que, para que pueda ayudarle, es esencial que tengamos los dos una intimidad total. Debo poder prometerle confidencialidad absoluta. Sé que las notas diarias del tratamiento médico son obligatorias, y pido que se me permita entregar notas que describan sólo su condición médica.

—Yo no soy psiquiatra, doctor Pfister, pero puedo entender que en este

caso sea necesaria la confidencialidad. No es el procedimiento regular, pero lo más importante es que el *Reichsleiter* Rosenberg se recupere y reanude su importante tarea. Accedo a su petición.

Y tras decir esto los saludó a los dos y se fue.

—¿Te tranquiliza esto, Alfred?

Alfred asintió.

—Sí, me tranquiliza.

—¿Y no hay ninguna otra pregunta?

—Me doy por satisfecho. A pesar del problemático final de nuestro último encuentro sigo teniendo una extraña confianza en ti. Digo «extraña» porque la verdad es que no confío

prácticamente en nadie. Y necesito tu ayuda. El año pasado fui hospitalizado aquí tres meses en un estado similar... un profundo agujero negro. No podía salir de él. Me sentía acabado. No podía dormir. Estaba agotado pero no podía estarme quieto, no podía descansar.

—Tu trastorno (nosotros lo llamamos «depresión agitada») casi siempre se resuelve en un periodo de tres a seis meses. Yo puedo ayudar a acortar eso.

—Te estaré eternamente agradecido. Todo está amenazado, mi vida entera.

—Vamos a trabajar. Conoces mi enfoque y probablemente no te

sorprenda oírme decir que nuestra primera tarea es apartar todos los obstáculos que puedan impedirnos trabajar juntos. Yo, como tú, tengo preocupaciones. Déjame ordenar mis pensamientos.

Friedrich cerró los ojos unos instantes y empezó.

—Lo mejor es que despeje la atmósfera y me limité a decir lo que me venga al pensamiento. Tengo dudas sobre el hecho de que trabajemos juntos. Somos demasiado distintos. Yo tiendo a comprender, a destapar las raíces ocultas de los problemas... ése es el elemento básico del método

psicoanalítico. El conocimiento pleno elimina los conflictos y fomenta la curación. Sin embargo, en tu caso, me temo que no puedo seguir ese camino. La última vez, cuando intenté explorar las fuentes de tus problemas, te enfureciste y te pusiste a la defensiva, y arremetiste contra mi trabajo. Así que temo que yo tal vez no pueda serte útil, o que al menos no pueda serlo ese enfoque.

Alfred se levantó y se puso a pasear por la habitación.

—¿Te estoy inquietando con mi franqueza?

—No, son sólo mis nervios. No

puedo estar mucho tiempo sentado. Aprecio tu sinceridad. Nadie me habla con esa franqueza. Eres mi único amigo, Friedrich.

Friedrich intentó asimilar esas palabras. Se sentía conmovido a pesar de sí mismo. Y se sentía furioso porque lo hubiesen trasladado sin ningún aviso previo a la clínica Hohenlychen. Aquel súbito traslado significaba abandonar a un gran número de pacientes en mitad de su tratamiento sin poder proporcionarles una fecha definida para su regreso. Y no le satisfacía ver de nuevo a Alfred Rosenberg. Seis años atrás, había contemplado su espalda cuando había

salido bruscamente de su despacho murmurando amenazas siniestras sobre las raíces judías de su profesión, y había sentido alivio pensando que iba a ser la última vez que lo viese. Además, había intentado leer *El mito del siglo XX* y, como a todos los demás, le había parecido incomprensible. Era uno de esos éxitos de ventas que todo el mundo compraba pero nadie leía. Lo poco que leyó le alarmó. «Alfred debe estar sufriendo, dice quejumbrosamente que soy su único amigo, pero es un hombre peligroso... peligroso para Alemania, para todos.»

Había un paralelismo entre las ideas

de *El mito del siglo XX* y las de *Mi lucha*, Friedrich recordaba que Alfred le había dicho que Hitler le había robado sus ideas. Los dos libros le repugnaban, le parecían tan viles, tan ruines. Y tan amenazadores que había empezado a pensar en emigrar y había escrito ya a Carl Jung y a Eugen Bleuler para ver si podía conseguir un puesto en el hospital de Zúrich donde se había formado. Pero luego llegó la maldita carta de reclutamiento, felicitándolo por su nombramiento como *Oberleutnant* en la Wehrmacht. Debería haber actuado antes. Ya le había avisado su analista, Hans Meyer, que varios años atrás había

leído *Mi lucha* en un fin de semana, del cataclismo que se avecinaba. Meyer había empezado a aconsejar a sus pacientes judíos que abandonasen el país inmediatamente. Él mismo había emigrado al cabo de un mes a Londres.

¿Qué hacer, pues? Friedrich había dejado a un lado la idea ingenua de que podría ayudar a Alfred a convertirse en una persona mejor, eso parecía sólo una necedad juvenil. Por el bien de su propia carrera (y el bienestar de su esposa y de sus dos hijos), sólo había una opción viable: cumplir las órdenes y hacer todo lo posible por conseguir que Alfred saliese del hospital con la mayor

rapidez posible y él pudiese volver con su familia y con sus pacientes a Berlín. Tenía que sepultar el desdén que le inspiraba su paciente y actuar de un modo profesional. Su primer paso era construir una estructura clara para la terapia.

—Estoy conmovido por tu comentario sobre nuestra amistad —dijo —. Pero tu afirmación de que soy tu único amigo me preocupa. Todo el mundo necesita amigos y confidentes. Deberías intentar abordar tu aislamiento: no hay duda de que constituye un factor importante de tu enfermedad. En cuanto a nuestro trabajo

juntos, permíteme que comparta contigo algunas preocupaciones más. Son más difíciles de expresar, pero es esencial que lo haga. También yo tengo problemas de confidencialidad. Como sabes, ahora constituye un delito poner en entredicho cualquier posición del partido. Lo que hablamos está controlado, y es indudable que el control será aún más intenso con el paso del tiempo. Siempre ha sido así en los regímenes autoritarios. Yo, como la mayoría de los alemanes, no estoy de acuerdo con todos los principios del partido. Tú, por supuesto, sabes muy bien que Hitler nunca recibió un voto

mayoritario. La última vez que nos vimos, hace ya muchos años, seis, creo, saliste bruscamente de mi despacho, permítame que lo diga, en un estado de descontrol y furia. En ese estado yo no podía estar seguro de que respetases mi intimidad. Y eso hará que me sienta constreñido y que sea menos eficaz en mi trabajo contigo. Estoy siendo prolijo en esto, pero creo que entiendes lo que quiero decir: la confidencialidad debe ser por ambas partes. Tú tienes mi promesa profesional y personal de que lo que digas aquí no saldrá de aquí. Yo necesito la misma seguridad.

Permanecieron los sentados en

silencio un rato hasta que Alfred dijo:

—Sí, comprendo. Te doy mi palabra de que tus comentarios no saldrán de aquí. Y puedo entender que no te sientas seguro si yo me pongo en un estado en que pierda el control.

—Muy bien. ¿Procuraremos, pues, trabajar con más seguridad y esforzarnos por hacer que nos sintamos seguros los dos?

Friedrich miró más detenidamente a su paciente. Alfred estaba sin afeitar. Sus obscuras ojeras, que daban testimonio de noches sin dormir, y su triste semblante estimulaban los instintos médicos de Friedrich. Desconectó su

antipatía y empezó a trabajar.

—Dime, Alfred, ¿cuál es nuestro objetivo? Yo quiero ayudarte. ¿Qué te gustaría conseguir de mí?

Alfred vaciló durante unos instantes y luego dijo:

—Prueba con esta idea. He estado leyendo mucho las últimas semanas —señaló los numerosos libros que había en la habitación—. Estoy volviendo a los clásicos, sobre todo a Goethe. ¿Recuerdas que te hablé de mis problemas con el rector Epstein justo antes graduarme como bachiller?

—Refresca mi memoria.

—Debido a un discurso antisemita

que había pronunciado en las elecciones a delegado de la clase, se me obligó a aprender de memoria unos pasajes de la autobiografía de Goethe.

—Ah sí, sí... empiezo a recordarlo todo. Unos pasajes sobre Spinoza. Te hicieron memorizarlos porque Goethe admiraba mucho a Spinoza.

—Y tenía tanto miedo a que no me dejasen graduarme que los memoricé muy bien. Podría repetirlos ahora incluso pero, en aras de la brevedad, déjame que resuma los puntos importantes: Goethe escribió que estaba en un estado de desasosiego, y que leer a Spinoza le proporcionó un notable

sedante para sus pasiones. El enfoque matemático de Spinoza aportó un maravilloso equilibrio a sus perturbadoras ideas y le condujo a la calma y a una forma más disciplinada de pensar que le permitió conciliar sus propias conclusiones y sentirse libre de la influencia de los demás.

—Muy exacto, Alfred. Pero por lo que se refiere a ti y a mí

—Bueno, eso es lo que quiero de ti. Quiero lo que Goethe obtuvo de Spinoza. Necesito todas esas cosas. Quiero un sedante para mis pasiones. Quiero...

—Eso esta bien. Muy bien. Espera

un momento. Déjame anotar eso. —Friedrich sacó una pluma estilográfica, un regalo de su supervisor, y escribió «sedante para pasiones». Alfred continuó mientras Friedrich iba tomando notas: «Liberarse de la influencia de otros. Equilibrio. Calma, un modo disciplinado de pensar».

—Bien, Alfred. Sería bueno para los dos volver a Spinoza. Y, lo que es más, intentar poner en práctica sus ideas puede ser muy adecuado para una mentalidad con inclinaciones filosóficas como la tuya. Además, puede que eso nos mantenga alejados de zonas polémicas. Veámonos mañana a la

misma hora y entre tanto yo me pondré a trabajar y haré algunas lecturas. ¿Puedes prestarme tu autobiografía de Goethe? ¿Y conservas aún tu ejemplar de la *Ética*?

—El mismo ejemplar que compré cuando tenía veinte años. Dicen que Goethe llevó la *Ética* en el bolsillo un año entero. Yo no la he llevado en el bolsillo. En realidad hacia años que no la cogía. Pero no fui capaz de desprenderme de ella.

Aunque sólo unos minutos antes había estado deseando marcharse, Friedrich volvió a sentarse.

—Ya veo cual va a ser mi tarea.

Intentaré localizar los pasajes y las ideas que ayudaron a Goethe y que tal vez puedan ayudarte a ti también. Pero creo que necesito saber más sobre lo que precipitó tu episodio actual de desesperación.

Alfred describió el autoanálisis que había estado realizando antes, aquel mismo día. Explicó a Friedrich que su éxito no le había proporcionado ninguna satisfacción y que *El mito*, su gran logro, le había atormentado mucho. Lo explicó todo, en especial cómo todo conducía de nuevo inexorablemente a Hitler. Y terminó diciendo:

—Veo ahora, más que nunca, que

todo mi sentido de yo depende de la opinión que tenga Hitler de mí. Tengo que superar eso. Soy esclavo del deseo de su aprobación.

—Te recuerdo luchando con ese mismo problema la última vez que nos vimos. Me explicaste que Hitler prefería siempre la compañía de otros y que no te incluía nunca a ti en su círculo íntimo.

—Ahora coge la sensación que tuve entonces y multiplícala por diez, por cien. Es una maldición. Ha penetrado en todos los rincones de mi mente. Necesito exorcizarla.

—Haré todo lo que pueda. Veremos lo que puede ofrecernos Benedictus

Spinoza.

La tarde siguiente, Friedrich entró en la habitación de Alfred y fue recibido por un paciente mejor afeitado y mejor vestido que se puso de pie con vivacidad y dijo:

—Oh, Friedrich, estoy deseando empezar. Casi no he pensado en las últimas veinticuatro horas en otra cosa que en nuestra reunión de hoy.

—Pareces más animado.

—Y me siento. Hacía semanas que no me sentía tan bien. ¿Cómo es posible eso? A pesar de que nuestras reuniones acabaron mal dos veces, sigue sentándome bien verte. ¿Cómo lo haces,

Friedrich?

—¿Quizá te proporciono esperanza?

—Eso es una parte del asunto. Pero hay algo más.

—Yo creo que tiene mucho que ver con tu necesidad muy humana de atención y conexión. Incluyamos eso en la agenda... es importante. Pero por ahora mantengámonos centrados en nuestro plan de acción. He entresacado unos cuantos pasajes de Spinoza que parecen relevantes. Empecemos con estas dos frases.

Abrió su ejemplar de la *Ética* y leyó:

Hombres diferentes pueden resultar afectados diferentemente por el mismo objeto.

El mismo hombre puede resultar afectado diferentemente en momentos diferentes por el mismo objeto.

Friedrich, al ver la expresión de desconcierto de Alfred, explicó:

—Cito esto sólo como un punto de partida para empezar a trabajar. Lo que dice Spinoza es simplemente que cada uno de nosotros puede resultar afectado diferentemente por él mismo objeto externo. Tu reacción ante Hitler puede ser completamente distinta de la de

otros. Esos otros pueden estimarle y honrarle como haces tú, pero tal vez todo su bienestar y su autoestima pueden no depender tan exclusivamente de su relación con él como sucede en tu caso. ¿No es así?

—Es posible. Pero yo no tengo ningún medio de conocer las experiencias internas de los demás.

—Yo paso gran parte de mi vida explorando ese territorio y veo muchas pruebas que apoyan el postulado de Spinoza. Por ejemplo, mis pacientes tienen reacciones diversas conmigo, incluso en sus primeras visitas. Algunos desconfían de mí, mientras que otros

pueden tener una confianza inmediata en mí y otros más pueden creer que me propongo hacerles daño. Y yo creo, en todos los casos, que estoy relacionándome con ellos del mismo modo. ¿Cómo puede explicarse eso? Sólo considerando que hay mundos internos diferentes percibiendo el mismo acontecimiento.

Alfred asintió.

—Pero ¿qué importancia tiene eso para mi situación?

—Bien. No me dejes divagar. Lo único que yo quiero decir es que tu relación con Hitler es, en cierto grado, una función de tu propia mente. Lo que

pretendo decir es sencillo. Debemos empezar con el objetivo de cambiarte a ti, en vez de intentar cambiar la conducta de Hitler.

—Acepto eso, pero me alegra que añadieses «en cierto grado», porque Hitler es una personalidad dominante para todos. Hasta Göring, en un momento de sinceridad raro en él, me dijo que «Todos los que rodean a Hitler han de decir sí porque todos los que dicen no están dos metros por debajo».

Friedrich asintió.

—Pero tú me has convencido de que él resulta excesivamente grande para mí —continuó Alfred— y quiero que me

ayudes a cambiar eso. ¿Propone Spinoza algún procedimiento?

—Echemos un vistazo a lo que dice sobre liberarse de la influencia de los demás —dijo Friedrich, buscando en sus notas—. Ésa es una de las cosas que Goethe aprendió de Spinoza. Aquí hay un pasaje relevante de la parte cuarta, una sección titulada «De la servidumbre humana»: «Cuando un hombre es presa de sus emociones, no es su propio amo, sino que se halla a merced de la fortuna». Eso describe lo que te está pasando a ti, Alfred. Eres presa de tus emociones, te zarandean oleadas de angustia, miedo y autodesprecio. ¿Te

parece correcto?

Alfred asintió.

—Spinoza continúa diciendo que si tu autoestima se basa en el amor de la multitud, siempre estarás inquieto y angustiado porque ese amor es veleidoso. Él llama a esto «autoestima vacía».

—¿En contraste con? ¿Qué es «autoestima plena»?

—Goethe y Spinoza insistían ambos en que nunca deberíamos vincular nuestro destino a algo corruptible o mudable. Spinoza nos insta, en vez de eso, a que amemos algo incorruptible y eterno.

—¿Que es?

—Que es Dios o la versión de Dios de Spinoza, que es equivalente en todo a la Naturaleza. Recuerda la frase de Spinoza que influyó tanto en Goethe: «Todo aquel que ama verdaderamente a Dios no ha de desear que, a cambio Dios, lo ame a él». Lo que quiere decir es que somos unos necios si amamos a Dios con la esperanza de recibir, a cambio, el amor de Dios. El Dios de Spinoza no es un ser sensible. Si amamos a Dios no podemos recibir a cambio amor, sino que recibimos algún otro bien.

—¿Qué otro bien?

—Algo a lo que Spinoza llama el estado de beatitud más elevado: *amor Dei Intellectualis*. Mira, escucha estas líneas de la *Ética*:

Así, en la vida es importante por encima de todas las cosas perfeccionar el entendimiento, o razón... En esto consiste la más elevada felicidad del hombre; de hecho la beatitud no es nada más que la satisfacción del espíritu que nace del conocimiento intuitivo de Dios.

—Ves —continuó Friedrich—, el sentimiento religioso de Spinoza parece

ser un estado de sobrecogimiento que se experimenta cuando uno aprecia el esquema grandioso de las leyes de la Naturaleza. Goethe abrazó plenamente esa idea.

—Estoy intentando seguirte, Friedrich, pero necesito algo tangible, algo que pueda utilizar.

—No creo que esté siendo un buen guía. Volvamos a tu petición original: «Yo quiero lo que Goethe consiguió de Spinoza».

Friedrich examinó sus notas.

—Aquí está lo que tú dijiste que querías: «paz mental, equilibrio, independencia de la influencia de los

demás y una forma de pensar tranquila y disciplinada que conduce a una visión clara del mundo». Tu memoria es excelente, por cierto. Anoche releí los comentarios de Goethe sobre Spinoza en la autobiografía, y lo citaste con mucha exactitud. Aunque él considera a Spinoza un alma noble y notable que vivió una vida ejemplar y le atribuye el cambio que experimentó en su vida, no nos dice, por desgracia, nada detallado y concreto sobre cómo Spinoza le ayudó que nos sirva para nuestros propósitos.

—¿Dónde nos deja eso, pues?

—Esto es lo que yo sugiero. Hagamos algunas conjeturas razonables

sobre cómo Spinoza influyó en él. Primero, ten en cuenta que Goethe había elaborado ya ciertas ideas similares a las de Spinoza antes de leerlo... que todo está conectado en la Naturaleza, la idea de que la Naturaleza se autorregula, que no hay nada más allá de ella o por encima de ella. Por tanto, Goethe se sintió muy fortalecido en sus ideas al leer a Spinoza. A los dos los elevaba a un estado de gozo extremo captar las conexiones de todas las cosas en la Naturaleza. Y recuerda esto, para Spinoza, Dios era equivalente a la Naturaleza. Él no se refiere al Dios judío o cristiano, sino a una religión

universal de la razón en la que ya no habría nada cristiano, judío, musulmán o hindú.

—Bueno, yo no me había dado cuenta de que Spinoza quería eliminar todas las religiones. Interesante.

—Era un universalista. Esperaba que las religiones convencionales desaparecieran a medida que un número cada vez mayor de hombres se dedicarán a buscar una comprensión más plena del cosmos. Hablamos sobre algo de esto hace años. Spinoza fue el supremo racionalista. Veía una corriente interminable de causalidades en el mundo. Para él no existen la voluntad o

la fuerza de voluntad. Nada sucede caprichosamente. Todo está causado por algo previo, y cuanto más nos consagramos a aclarar esta red causal, más libres nos hacemos. Fue esta visión de un universo ordenado con leyes predecibles deducidas matemáticamente, un mundo con una infinita capacidad explicativa, lo que proporcionó a Goethe un sentimiento de serenidad.

—Basta, Friedrich, me da vueltas la cabeza. Ese orden natural sólo me produce pánico. Es tan abstruso todo eso.

—Sólo intento ayudarte en tu propósito de llegar a saber cómo

Spinoza ayudó a Goethe y de conseguir esos mismos beneficios. No hay una técnica única en la obra de Spinoza. No ofrece un ejercicio único como una confesión o una catarsis o un psicoanálisis. Hay que seguirle paso a paso para llegar a su visión total del mundo, la conducta y la moral.

—Yo estoy atormentado por Hitler. ¿Cómo propondría él que me librase de eso?

—Spinoza adoptó la posición de que podemos superar lo que nos atormenta y todas las pasiones humanas si llegamos a entender el mundo como un tejido lógico. Su fe en esto es tan fuerte que

dice —Friedrich buscó en las páginas —: «Consideraré las acciones y los sentimientos humanos como si fuesen simplemente una cuestión de líneas, planos y cuerpos».

—¿Y Hitler y yo?

—Estoy seguro de que él habría dicho que estás sometido a pasiones dirigidas por ideas inadecuadas y no por las ideas que surgen de un propósito verdadero de comprender la naturaleza de la realidad.

—¿Y cómo se libra uno de esas ideas inadecuadas?

—Él afirma explícitamente que una pasión deja de ser una pasión en cuanto

nos formamos una idea más clara y definida de ella... es decir, cuando captamos el nexo causal que subyace a ella.

Alfred se quedó callado y se agitó en su silla con una expresión de repugnancia como si hubiese probado leche agria.

—Hay algo inquietante en esto. Sumamente inquietante. Creo que estoy empezando a ver al judío en Spinoza... algo fláccido, pálido, débil y antialemán. Niega la voluntad y etiqueta las pasiones como inferiores, mientras que nosotros, los alemanes modernos, adoptamos el punto de vista opuesto.

Pasión y voluntad son cosas que no deben eliminarse. La pasión es el alma y el corazón del *Volk*, cuya trinidad es la valentía, la lealtad y la fuerza física. Sí, no hay ninguna duda: hay algo antialemán en Spinoza.

—Alfred, estás saltando a conclusiones con demasiada rapidez. ¿Recuerdas cómo tiraste la *Ética* porque las primeras páginas estaban llenas de definiciones y axiomas abstrusos? Para entender a Spinoza, como lo entendió Goethe, tenemos que familiarizarnos con su lenguaje y comprender paso a paso, teorema a teorema, cómo construye su visión del mundo. Tú eres un intelectual.

Estoy seguro de que para escribir *El mito* pasaste años consagrado a la investigación histórica. Y sin embargo te niegas a dedicar a Spinoza, una de las mentes más grandes de la historia, algo más que una visión de pasada de los títulos de sus capítulos. Los grandes intelectuales alemanes ahondaron profundamente en su obra. Otórgale el tiempo que merece.

—Tú siempre defiendes a los judíos.

—Él no representa a los judíos. Él aboga por la razón pura. Los judíos lo expulsaron.

—Te advertí hace mucho que no debías estudiar con judíos. Te advertí de

que no entrases en ese mundo judío. Te advertí del gran peligro que correrías.

—Puedes estar tranquilo. El peligro ha pasado. Todos los judíos La Sociedad Psicoanalítica se han ido del país. Lo mismo que Albert Einstein. Lo mismo que los otros grandes científicos alemanes judíos. Y los grandes escritores alemanes no judíos... como Thomas Mann y doscientos cincuenta de nuestros mejores escritores. ¿Crees realmente que eso fortalece a nuestro país?

—Alemania se hace más fuerte y más pura cada vez que un judío o un amante de los judíos abandona el país.

—Crees que ese odio...

—No es cuestión de odio. Es cuestión de preservar la raza. Para Alemania, la cuestión judía sólo se habrá resuelto cuando el último judío haya abandonado el espacio de la Gran Alemania. No les deseo ningún mal. Sólo quiero que vivan en otra parte.

Friedrich había albergado la esperanza de forzar a Alfred a examinar las consecuencias de sus objetivos. Se dio cuenta de que era inútil continuar por aquel camino, pero no pudo controlarse.

—¿No ves que haya nada malo en desarraigar a millones de personas y

hacer... qué con ellos?

—Deben irse a otra parte... Rusia, Madagascar, a donde sea.

—¡Utiliza la razón! Te consideras un filósofo...

—Hay cosas más elevadas que la razón: el honor, la sangre, el valor.

—Considera las consecuencias de lo que estás proponiendo, Alfred. Te insto a que reúnas el valor necesario para considerar, para considerar realmente, las consecuencias humanas de tus propuestas. Pero es posible que tú lo sepas a cierto nivel. Es posible que esa gran agitación que sientes proceda de la parte de tu mente que sabe el horror

que...

Una llamada a la puerta. Alfred se levantó, fue hasta la puerta, la abrió y se quedó asombrado al ver a Rudolf Hess.

—Buenos días, *Reichsleiter* Rosenberg. El Führer está aquí para visitarlo. Tiene noticias para usted y aguarda su presencia en la sala de conferencias. Esperaré fuera y lo escoltaré.

Alfred se quedó paralizado un momento. Luego se irguió más; se dirigió a su armario, del que sacó su uniforme nazi; se volvió hacia Friedrich... y pareció casi sorprendido de verlo aún allí.

—*Herr Oberleutnant* Pfister, vaya a su habitación. Espéreme allí.

Luego se puso rápidamente el uniforme y las botas, se unió a Hess y se dirigieron los dos en silencio a la sala donde esperaba Hitler.

Hitler se levantó para recibir a Alfred, le devolvió el saludo, le indicó que se sentara y le dijo a Hess que esperase fuera.

—Tiene usted muy buen aspecto, Rosenberg. No parece en absoluto un paciente hospitalizado. Es un alivio para mí.

Alfred, halagado por la afabilidad de Hitler, le dio las gracias en un murmullo.

—Acabo de releer el artículo del *Völkischer Beobachter* del año pasado sobre la concesión del Premio Nobel de la Paz a Carl von Ossietzky. Una pieza excelente de periodismo, Rosenberg. Muy superior al material insulso publicado en nuestro periódico durante su ausencia. Tiene el tono justo de dignidad y ultraje ante el hecho de que el Comité del Nobel otorgue el premio de la paz a un ciudadano encarcelado por traición en su propio país. Estoy totalmente de acuerdo con su posición.

Es realmente un insulto y un ataque frontal a la soberanía del Reich. Por favor, prepare el obituario de Ossietzky. No está aguantando muy bien el campo de concentración y puede que tengamos la buena suerte de poder informar en breve de su muerte.

»Pero hoy lo visito no sólo para interesarme por su salud y para saludarlo sino también para darle noticias. Me gustó muchísimo lo que sugiere usted en el artículo de que Alemania no debería tolerar más la arrogancia de Estocolmo y que deberíamos tener nuestro propio equivalente alemán del ya maloliente

Premio Nobel. He tomado la iniciativa de crear un comité de selección que debe considerar candidatos para el Premio Nacional Alemán del Arte y la Ciencia, y he encargado a Müller-Erfurt que dibuje un bello colgante tachonado de diamantes. Habrá un premio de cien mil marcos. Quiero que sea usted el primero en saber que lo he elegido para el primer Premio Nacional Alemán. Aquí está una copia de la declaración pública que emitiré en breve.

Alfred cogió la hoja y leyó ávidamente:

Es una gran satisfacción para

el Movimiento Nacional Socialista, y para todo el pueblo alemán, que el Führer haya distinguido a Alfred Rosenberg como uno de sus más antiguos y fieles camaradas de lucha concediéndole el Premio Nacional Alemán.

—Gracias. Gracias, mi Führer. Gracias por el momento de mayor orgullo de toda mi vida.

—¿Y cuándo volverá al trabajo? El *Völkischer Beobachter* le necesita.

—Mañana. Estoy ya bien del todo.

—El nuevo doctor, ese amigo suyo,

debe ser un profesional milagroso. Deberíamos recomendarle y ascenderle.

—No, no... me recuperé antes de que llegase él. No merece ningún crédito. En realidad, se formó en esa Sociedad Psicoanálitica de Berlín dirigida por judíos, y derrama lágrimas por el hecho de que los psiquiatras judíos hayan abandonado todos el país. Aunque lo he intentado, no creo que sea capaz de sacarle el judío que tiene dentro. Habría que vigilarle. Puede que necesite cierta rehabilitación. Y ahora voy a ponerme trabajar. *Heil*, *Führer*!

Alfred se dirigió rápidamente a su habitación y empezó a hacer el equipaje allí a toda prisa. Unos minutos más tarde llamó a la puerta Friedrich.

—Alfred, ¿te vas?

—Sí, me voy.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que ha pasado es que no necesito ya sus servicios, Herr *Oberleutnant* Pfister. Vuelva inmediatamente a su puesto de Berlín.

31. Voorburg-diciembre de 1666

Mi querido Bento:

Simon promete entregar esta carta dentro de una semana y, salvo que tú me indiques otra cosa, te visitaré en Voorburg al final de la mañana del 20 de diciembre. Tengo mucho que compartir contigo y mucho que aprender de tu vida. ¡Cómo te he echado de menos! Me he visto sometido a una vigilancia tan agobiante que no me he atrevido

siquiera a visitar a Simon para darle una carta. No dudes, por favor, de que aunque no nos hayamos visto en todos estos años has estado cerca de mi corazón. No pasa un día en que no vea en mi mente tu rostro radiante y no oiga tu voz.

Lo más probable es que sepas que Rabí Morteira murió no mucho después de la última vez que nos vimos y que tu cuñado, Rabí Samuel Casseres, que pronunció la oración fúnebre, murió pocas semanas después. Tu hermana Rebeca vive con su hijo Daniel, que tiene ya dieciséis años y está destinado al rabinato. Tu hermano Gabriel, al que

se conoce ahora como Abraham, se ha convertido en un próspero comerciante y viaja a menudo a Barbados por negocios.

¡Y yo soy ahora un rabino! ¡Sí, un rabino! Y hasta fecha reciente fui el ayudante de Rabí Aboab, que es ahora el rabino jefe. Ámsterdam está en estos momentos enloquecida y nadie habla de otra cosa que de la llegada del Mesías, Sabbatai Zevi. Extrañamente, y ya te explicaré más tarde, es esta locura provocada por él lo que me permite visitarte. Aunque Rabí Aboab sigue vigilando todos mis movimientos, no importa ya. Te abraz0 y pronto lo sabrás

todo.

FRANCO (también conocido como«Rabí Benítez»)

Bento leyó la carta de Franco por segunda vez y luego por tercera. Frunció el ceño ante la aciaga frase «no importa ya»... ¿qué significaba eso? Volvió a hacerlo ante la mención del nuevo Mesías. Sabbatai Zevi estaba presente en todas partes. Sólo un día antes había recibido una carta sobre la llegada del Mesías de uno de sus corresponsales regulares, Henry Oldenburg, secretario

correspondiente de la Sociedad Real Británica de la Ciencia. Bento sacó la carta de Oldenburg y releyó el pasaje:

> Se ha propagado aquí el rumor de que los israelitas, que han permanecido dispersos durante más de dos mil años, están volviendo a su patria. Pocos lo creen aquí, pero muchos lo desean... Tengo muchas ganas de saber qué saben los judíos de Ámsterdam de este asunto y cómo les afecta una noticia tan trascendental.

Bento paseaba mientras reflexionaba. Su actual habitación, con el suelo de mosaico, era más espaciosa que la de Rijnsburg. Sus dos librerías, llenas ahora con sesenta grandes volúmenes, ocupaban una de sus cuatro paredes; su abrigo acuchillado colgaba junto a las dos pequeñas ventanas de una segunda pared; y las dos paredes restantes estaban adornadas con zócalos de molinos de viento de cerámica de Delft y una docena de excelentes paisajes de pintores holandeses pertenecientes a Daniel Tydeman, su casero, comerciante y admirador de su filosofía. Había sido por insistencia de

Daniel por lo que Bento había dejado Rijnsburg tres años atrás para alquilar una habitación en su casa de Voorburg, una aldea encantadora, a poco más de tres kilómetros de la sede del gobierno, en La Haya. Además, Voorburg era también el hogar de un apreciado conocido, Christiaan Huygens, el eminente astrónomo, que solía alabar las lentes de Bento.

Bento se dio una palmada en la frente mientras murmuraba: «¡Sabbatai Zevi! ¡La llegada del Mesías! ¡Qué locura! ¿Llegará algún día el final de esta necia credulidad?». Pocas cosas irritaban más a Bento que las

irracionales creencias numerológicas, y 1666 estaba plagado de predicciones fantásticas. Muchos cristianos supersticiosos llevaban tiempo afirmando que el diluvio universal había ocurrido 1.656 años después de la Creación y que en 1656 iba a producirse un segundo advenimiento o algún otro acontecimiento capaz de cambiar el mundo. Cuando pasó ese año sin que se produjera ningún acontecimiento, se limitaron a transferir las expectativas a 1666, un año al que se dotaba de significación por una afirmación del Apocalipsis en que se decía que el número de la bestia era el 666

(«seiscientos sesenta y seis», Apocalipsis 13, 18). Así que muchos habían predicho la llegada del Anticristo en el 666. Al fracasar esa predicción, profetas posteriores habían situado la fecha amenazadora un milenio más tarde, en el 1666... una creencia a la que aportó una mayor credibilidad el gran incendio de Londres de sólo tres meses antes.

Los judíos no eran menos crédulos. Los mesianistas, y especialmente entre los marranos, estaban esperando la llegada inminente del Mesías, que reuniría a todos los judíos dispersos y los llevaría de nuevo a la Tierra Santa.

Para muchos la llegada de Sabbatai Zevi era la respuesta a sus oraciones.

El viernes, la fecha elegida para la llegada de Franco, Bento estaba insólitamente distraído por los sonidos de la bulliciosa plaza del mercado de Voorburg, a sólo treinta metros de su habitación. Era algo extraño en él (normalmente se concentraba en su trabajo intelectual a pesar de todos los ruidos y sucesos exteriores) pero la cara de Franco bailaba sin cesar por su mente. Tras media hora de releer la misma página de Epicteto, renunció, cerró el libro y lo devolvió a la estantería. Aquella mañana se permitió

ensoñar.

Ordenó la habitación, colocó bien los cojines y alisó las mantas de la cama de cuatro postes. Retrocedió para admirar su obra y pensó: «Algún día moriré en esa cama». Ansiaba la llegada de Franco y se preguntó si la habitación estaría lo suficientemente templada. Aunque él era indiferente a la temperatura, supuso que Franco estaría helado después de su viaje. Así que fue a coger dos brazadas de leña de la que había apilada detrás de la casa, pero tropezó cuando entraba de nuevo, esparciendo la leña por el suelo. La recogió, la llevó a su habitación y se

inclinó para encender un fuego en la chimenea. Daniel Tydeman, que había oído el ruido de la leña al caer, llamó suavemente a la puerta.

—Buenos días. ¿Vas a encender la chimenea? ¿No te encuentras bien?

—No la enciendo por mí, Daniel. Estoy esperando una visita de Ámsterdam.

—¿De Ámsterdam? Tendrá hambre. Le diré a la *huishoudster* que prepare café y algo de comida extra.

Bento pasó gran parte de la mañana mirando por la ventana. A mediodía, al localizar a Franco, corrió gozoso a abrazarlo y lo condujo a su habitación.

Una vez dentro, retrocedió para admirarlo: ahora vestía como cualquier ciudadano holandés, con un sombrero alto de ala ancha, abrigo largo, una chaqueta abotonada hasta arriba, con cuello blanco cuadrado, y calzón corto y medias. Llevaba el pelo cepillado y la barba pulcramente recortada. Se sentaron los dos en silencio en la cama de Bento. Se miraron radiantes uno a otro.

—Qué silencio hoy... —dijo Bento en el portugués familiar de años atrás—, pero esta vez sé por qué. Es sólo que hay demasiado que decir.

—Y también que a menudo la mucha

alegría paraliza las palabras —añadió Franco.

Rompió el dulce silencio un breve ataque de tos de Bento. La flema que escupió en el pañuelo estaba salpicada de marrón y amarillo.

—Otra vez esa tos, Bento. ¿Estás enfermo?

Él hizo gesto con la mano, desechando la preocupación de su amigo.

—La tos y el constipado se han instalado en mi pecho y nunca se alejan demasiado de la que ahora es su casa. Pero, por lo demás, llevo una buena vida. El exilio me sienta bien y, salvo

hoy, por supuesto, agradezco mi soledad. Y tú, Franco, o debería decir «Rabí Franco Benítez», pareces tan distinto, tan peinado... tan... tan holandés.

—Sí, Rabí Aboab, por muy entregado que esté a la cábala y a la otra vida, quiere sin embargo que yo me vista como un holandés e incluso insiste en que me recorte la barba. Creo que lo que quiere es ser el único judío con barba completa de la comunidad.

—¿Y cómo has podido arreglártelas para llegar aquí, tan temprano, desde Ámsterdam?

—Llegué ayer en el *trekschuit* que

va de Ámsterdam a La Haya y pasé la noche allí con una familia judía.

—¿Tienes sed? ¿Quieres café?

—Quizá más tarde, pero ahora estoy hambriento sólo de otra cosa: de conversar contigo. Quiero saber de tus nuevos escritos y tus nuevas ideas.

—Conversaré más fácilmente si primero me tranquilizo. Hay una cosa en tu carta que me preocupó mucho. —Bento se acercó al escritorio, cogió la carta de Franco y la miró—. Aquí está: «Aunque Rabí Aboab sigue pendiente de todos mis movimientos, ahora ya no importa». ¿Qué ha pasado, Franco?

—Pasó lo que necesariamente tenía

que pasar... y hago un uso correcto del término «necesariamente», porque las cosas no habrían podido suceder de otro modo.

—Pero ¿qué cosas?

—No te alarmes, Bento. Por una vez no hay prisa. Tengo hasta las dos de la tarde, en que debo coger el *trekschuit* hasta Leiden, donde visitaré a algunas familias judías. Tenemos tiempo de sobra para repasar la historia de mi vida y de la tuya. Se explicará todo, y todo irá bien, pero las historias es mejor contarlas desde el principio en vez desde el final. Ya ves que aún me encantan las historias e insisto en mi

campaña de aumentar tu respeto por ellas.

—Sí. Recuerdo tu extraña idea de que a mí, en el fondo, me gustan las historias. En fin, no encontrarás muchas allí. —Bento señaló con la mano sus libros.

Franco se acercó para echar un vistazo a la biblioteca de Bento y examinó los títulos de las cuatro estanterías de libros.

—Oh, son magníficos, Bento. Ojalá pudiese yo pasar meses aquí leyendo tus libros y hablando sobre ellos. ¡Pero qué es esto! —Franco señaló una estantería —. ¿Qué es lo que ven mis ojos?

¿Ovidio, Homero, Virgilio? Los oigo, me susurran. —Franco inclinó el oído hacia ellos—. Están suplicando: «Por favor, por favor léenos... tenemos sabiduría, pero nuestro serio amo nos ignora».

Bento rompió a reír, se levantó y abrazó a su amigo.

—Ay, Franco, cuánto te echo de menos. Sólo tú hablas conmigo así. Todos los demás son tan respetuosos con el Sabio de Voorburg...

—Oh, sí. Y, Bento, tú y yo sabemos que el sabio no tiene absolutamente nada que ver con esa actitud respetuosa con que lo tratan.

Otra gran carcajada de Bento.

—¿Cómo te atreves a hacer esperar al sabio? Cuenta tu historia.

Franco tomó asiento al lado de Bento y empezó:

—Cuando nos vimos por última vez en casa de Simon, yo estaba empezando mi estudio del Talmud y la Torá, y entusiasmado con el proceso de mi educación.

—«Gozoso estudio» fueron las palabras que usaste.

Franco sonrió.

—Exactamente la frase que utilicé... pero no esperaba menos de ti. Hace tres años, pedí al viejo encargado de la

sinagoga, Abrihim, que estaba enfermo y próximo a la muerte, que me contase los recuerdos que tenía de ti, y él contestó: «Baruch de Spinoza no olvida nada. Tiene una retención total». Sí, era muy gozoso para mí aprender, y mi apetito y mis aptitudes eran tan evidentes que Rabí Aboab pronto me consideró su mejor alumno y aumentó mi estipendio para que pudiese continuar con los estudios rabínicos. Te escribí sobre eso. ¿Recibiste mi carta?

Bento asintió.

—La recibí pero estaba desconcertado. En realidad, asombrado. No por tu amor al estudio, eso lo

entiendo, es algo que compartimos. Pero, teniendo en cuenta la fuerza de tus sentimientos respecto a los peligros, las restricciones, la irracionalidad de la religión, ¿por qué elegiste convertirte en un rabino? ¿Por qué unirse a los enemigos de la razón?

—Me uní a ellos por la misma razón que tú los dejaste.

Bento enarcó las cejas y luego sonrió levemente, indicando comprensión.

—Creo que entiendes, Bento. Tú y yo queremos cambiar el judaísmo: ¡tú desde fuera y yo desde dentro!

—No, no, tengo que discrepar. Mi

objetivo no es cambiar el judaísmo. Mi objetivo de un universalismo radical erradicaría todas las religiones e instituiría una religión universal en la que todos los hombres buscasen alcanzar la beatitud a través de la plena comprensión de la Naturaleza. Pero volveremos a esto más tarde. Explorar demasiados temas impedirá que expliques por qué la vigilancia de Rabí Aboab ya no importa.

—Bien, después de mis estudios —continuó Franco—, Rabí Aboab me ordenó y me bendijo, y me nombró ayudante suyo. Las cosas fueron bien durante los tres primeros años. Participé

a su lado en todos los servicios diarios y alivié su carga sustituyéndolo en muchas ceremonias de matrimonio y de *bar mitsvás*. Pronto tuvo tanta fe en mí que empezó a enviarme más y más miembros de la congregación que solicitaban orientación y consejo. Pero la época dorada, la época en que entrábamos cogidos del brazo en la sinagoga, como padre e hijo, se acababa. Aparecieron en el horizonte nubes obscuras.

—¿Por la llegada de Sabbatai Zevi? Recuerdo que Rabí Aboab era un mesianista fervoroso.

—Aún más que eso. Las cosas

empezaron a ponerse feas cuando Rabí Aboab empezó a instruirme en la cábala.

—Ah sí, por supuesto. Y supongo que fue entonces cuando dejaste de ser un estudiante gozoso.

—Exactamente. Me esforcé todo lo que pude, pero mi credulidad se vio forzada hasta el punto de la ruptura. Intenté convencerme de que el texto era un documento histórico importante, que yo debería estudiar cuidadosamente. ¿No debería un intelectual conocer la mitología de su propia cultura? Pero, Bento, tu voz, clara como el cristal, y tu método incisivo de crítica de la Torá resonaban en mis oídos y percibía por

ello detalladamente las incoherencias, las premisas sin una base sustancial sobre las que se apoyaba la cábala. Y por supuesto Rabí Aboab insistía en que no estaba enseñándome mitología, estaba enseñándome historia, hechos, la verdad viviente, la palabra de Dios. Por mucho que me esforzase en disimular, mi falta de entusiasmo resultaba manifiesta. Lentamente, día a día, fue desapareciendo su sonrisa amorosa; ya no me cogía del brazo cuando íbamos caminando; se distanció de mí, le decepcionaba. Luego, cuando uno de los estudiantes le informó de que yo había utilizado el término «metáfora» para

referirme a la descripción de Luria de la creación cósmica cabalística, me reprendió públicamente y redujo mis tareas. Creo que luego introdujo espías en todas mis clases y reclutó observadores que le informasen de todas mis actividades.

—Ahora comprendo por qué no podías establecer contacto con Simon para mantener correspondencia conmigo.

—Sí, aunque recientemente mi mujer recogió una traducción al holandés de doce páginas de Simon de algunos pensamientos tuyos sobre el dominio de las pasiones.

—¿Tu mujer? Creí que no podías compartir con ella...

—Pon un marcador en ese asunto. Paciencia. Volveremos a ello en breve, pero, continuando con mi cronología personal, mis problemas con la cábala fueron bastante fastidiosos, pero la verdadera crisis con Rabí Aboab se debió al supuesto Mesías, Sabbatai Zevi.

—¿Qué puedes contarme de él?

—Supongo que hace mucho tiempo ya que leíste el Zohar, pero recordarás sin duda las predicciones sobre la venida del Mesías.

—Sí, recuerdo mi última charla con

Rabí Morteira, que creía que los textos sagrados predecían la llegada del Mesías cuando los judíos estuviesen en su punto más bajo. Tuvimos una discusión desagradable sobre eso cuando yo le pregunté: «Si somos realmente los elegidos, ¿por qué es necesario que estemos hundidos en la mayor desesperación antes de que llegue el Mesías?». Cuando sugerí que parecía probable que la idea de un Mesías fuese ideada por los hombres para combatir su desesperanza, se ofendió por mi osadía al dudar de la palabra divina.

—Bento, ¿puedes creer que yo eché de menos en realidad los buenos

tiempos de Rabí Morteira? Rabí Aboab es tan extremado en sus creencias mesiánicas que Rabí Morteira parece un ilustrado en comparación. Además, algunas coincidencias han incrementado el fervor de Rabí Aboab. ¿Recuerdas la predicción del Zohar de la fecha de nacimiento del Mesías?

—El noveno día del quinto mes...

—Y, fíjate, se dice que Sabbatai Zevi nació el 9 de *Av* en Esmirna, en Turquía, en 1626, y el año pasado un cabalista de Gaza, Natán, que se ha convertido en su patrocinador, proclamó que era el Mesías. Abundan rumores de milagros. Se dice que Zevi es

carismático, alto como un cedro, bello, piadoso y ascético. Se dice que ayuna durante largos periodos mientras canta salmos con una voz melodiosa durante toda la noche. Parece esforzarse en ofender y amenazar a las autoridades rabínicas establecidas en todas partes por las que viaja. Los rabinos de Esmirna le expulsaron por osar pronunciar el nombre de Dios desde la *bimá* de la sinagoga y los rabinos de Salónica por celebrar una ceremonia de matrimonio entre él como novio y la Torá como esposa. Pero parece que no le preocupó gran cosa que se enfadasen los rabinos, y continuó vagando por

Tierra Santa, consiguiendo un número cada vez mayor de seguidores. La noticia de la llegada del Mesías pronto barrió como un huracán todo el mundo judío. Vi con mis propios ojos a los judíos de Ámsterdam bailar en la calle cuando llegó la noticia y muchos han vendido o cedido todos sus bienes terrenales y han zarpado para unirse a él en Tierra Santa. Y no sólo han caído bajo su hechizo los ignorantes sino muchos de nuestros ciudadanos eminentes... hasta el siempre cauto Isaac Pereira se ha deshecho de toda su fortuna y ha ido a unirse con él. Y en vez de restaurar la cordura, Rabí Aboab

celebra y estimula el entusiasmo por ese hombre de un modo febril. Esto a pesar del hecho de que muchos rabinos de Tierra Santa amenazaron a Sabbatai Zevi con un *hérem*.

Bento, con los ojos cerrados, se llevó las manos a la cabeza y gimió:

—Qué necios, qué necios.

—Espera. Ahora viene lo peor. Hace unas tres semanas llegó un viajero de Oriente e informó de que el sultán otomano estaba tan disgustado por las hordas de judíos que llegaban a Oriente para unirse al Mesías que llamó a Sabbatai Zevi a su palacio y le dio a elegir entre el martirio o la conversión

al islamismo. ¿La decisión de Sabbatai Zevi? ¡El mesías eligió hacerse musulmán!

—¡Se convirtió al islamismo! ¿Cómo es posible? —La cara de Bento reflejaba sorpresa—. Así, sin más. Entonces, ¿la locura del Mesías se acabó?

—¡Eso pensaría uno! Uno pensaría que todos los seguidores del Mesías comprenderían que les habían engañado. Pero nada de eso... Natán y otros han convencido a sus seguidores de que la conversión forma parte del plan divino, y centenares, quizá miles, de judíos lo han seguido y se han convertido al

islamismo.

—¿Y qué pasó entonces entre Rabí Aboab y tú?

—Yo no pude contenerme más e insté públicamente a la congregación a recuperar el sentido, a dejar de vender sus casas y sus posesiones y a esperar, a esperar por lo menos un año, antes de emigrar a Tierra Santa. Rabí Aboab se enfureció y ahora me ha suspendido y me amenaza con un *hérem*.

—¿Un *hérem*?¿Un *hérem*? Franco, he de hacer una observación franca... algo que aprendí de ti.

—¿Y cuál es? —Franco miró a Bento con gran interés.

—Tus palabras y tu melodía no concuerdan.

—¿Mis palabras y mi melodía?

—Describes acontecimientos verdaderamente aciagos: Rabí Aboab reprendiéndote públicamente, retirándote su estima, enviando observadores, limitando tu libertad, y ahora un *hérem*. Y sin embargo, aunque estabas horrorizado presenciando mi *hérem*, no veo ninguna desesperación en tu rostro, ningún miedo en tus palabras. De hecho pareces... ¿qué? Casi feliz. ¿De dónde viene tu optimismo?

—Eres un agudo observador, Bento, sin embargo, si hubiésemos hablado

hace un mes, no habría estado yo tan optimista. Pero hace muy poco se me ocurrió una solución. ¡He decidido emigrar! Al menos veinticinco familias judías que creen en mi forma de ser judío zarparán conmigo, en el plazo de tres semanas, hacia el Nuevo Mundo, hacia la isla holandesa de Curazao, donde instalaremos nuestra propia sinagoga y nuestra propia forma de vida religiosa. Ayer visité a dos familias de La Haya que habían abandonado la congregación de Rabí Aboab hace dos años y que muy probablemente se unan también a nosotros. Esta noche tengo la esperanza de alistar a otras dos familias.

—¿Curazao? ¿A medio mundo de distancia?

—Créeme, Bento, aunque estoy lleno de esperanza sobre nuestro futuro en el Nuevo Mundo, estoy también muy triste al pensar que tú y yo tal vez no volvamos a vernos. Ayer, en el viaje en el *trekschuit,* tuve un ensueño en el que, y no es la primera vez, tú venías a visitarnos al Nuevo Mundo y luego decidías quedarte con nosotros como nuestro sabio y maestro. Pero sé que es un sueño. Tu tos y tu catarro me dicen que no puedes hacer el viaje, y tu satisfacción con la vida que llevas me dice que no lo harás.

Bento se levantó y paseó por la habitación.

—Estoy demasiado afligido hasta para quedarme sentado ahí. Aunque nuestros encuentros sean por fuerza infrecuentes, su presencia en mi vida es vital para mí. La idea de un adiós definitivo es una conmoción tal, una pérdida tal, que no puedo encontrar palabras para hablar de ella. Y al mismo tiempo mi amor por ti provoca otros pensamientos. ¡Los peligros! ¿Cómo vivirás? ¿No hay ya judíos y una sinagoga en Curazao? ¿Cómo te recibirán?

—El peligro siempre está presente

para los judíos. Siempre hemos sido oprimidos... si no por los cristianos o los musulmanes, por nuestros propios ancianos. Ámsterdam es el único lugar del Viejo Mundo que nos ofrece cierto grado de libertad, pero muchos prevén el final de esa libertad. Hay muchos enemigos que están fortaleciéndose: la guerra con los ingleses ha cesado pero lo más probable es que sólo brevemente, Luis XIV nos amenaza y nuestro propio gobierno liberal puede que no sea capaz de contener durante mucho tiempo a los orangistas, que quieren crear una monarquía. ¿No compartes tú esas preocupaciones, Bento?

—¡Sí! Hasta tal punto que he dejado a un lado mi trabajo sobre la *Ética* y estoy escribiendo un libro sobre mis ideas teológicas y políticas. Las autoridades religiosas tienen influencia sobre los órganos de gobierno y están inmiscuyéndose ahora tanto en la política que es necesario pararles. Debemos mantener separadas la religión y la política.

—Háblame más sobre tu nuevo proyecto, Bento.

—Mucho de él es un viejo proyecto. ¿Recuerdas la crítica bíblica que os expuse a Jacob y a ti?

—Palabra por palabra.

—Estoy poniendo sobre el papel todos aquellos argumentos y muchísimo más de manera que cualquier persona razonable vendrá a dudar de las fuentes divinas de las Escrituras y acabará en último término aceptando que todo sucede de acuerdo con las leyes universales de la Naturaleza.

—¿Así que vas a publicar las mismas ideas que provocaron tu *hérem*?

—Discutamos eso más tarde. De momento, Franco, volvamos a tus planes. Eso es más urgente.

—Nuestro grupo ha ido convenciéndose cada vez más de que nuestra única esperanza está en el Nuevo

Mundo. Uno de nuestros miembros, que es comerciante, ha visitado ya y seleccionado una tierra que hemos comprado a la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. Y sí, tienes razón: hay ya una comunidad judía establecida en Curazao. Pero nosotros estaremos en el lado opuesto de la isla, en una tierra propiedad muestra, aprenderemos a cultivar la tierra y a crear un tipo diferente de comunidad judía.

—¿Y tu familia? ¿Cómo ven ese traslado?

—Mi mujer, Sara, está de acuerdo en ir pero sólo con ciertas condiciones.

—¿Ciertas condiciones? ¿Puede una esposa judía establecer condiciones? ¿Qué condiciones?

—Sara es una mujer de carácter fuerte. Está de acuerdo en ir sólo si yo acepto en serio sus ideas de modificar la forma que tiene el judaísmo de considerar y tratar a las mujeres.

—No puedo creer lo que oigo. ¿Cómo consideramos a las mujeres? Nunca he oído un disparate igual.

—Ella misma me pidió que discutiese contigo precisamente este asunto.

—¿Le hablaste de mí? Creí que tenías que mantener en secreto tu

contacto conmigo incluso con ella.

—Ella ha cambiado. Hemos cambiado los dos. No tenemos secretos el uno para el otro. ¿Puedo transmitirte sus palabras?

Bento asiente receloso.

Franco carraspeó y habló alzando un poco la voz:

—Señor Spinoza, ¿está usted de acuerdo en que es justo tratar a las mujeres como criaturas inferiores en todos los sentidos? En la sinagoga debemos sentarnos separadas de los hombres y en unos asientos más pobres y...

—Sara —interrumpió Bento,

asumiendo inmediatamente el papel—, por supuesto que vosotras, las mujeres, y vuestras miradas curiosas debéis estar separadas. ¿Es justo que se distraiga a los hombres apartándolos de Dios?

—Conozco exactamente su respuesta —dijo Franco y continuó—: Lo que quieres decir es que los hombres son como animales continuamente en celo a los que aparta de sus mentes racionales la mera presencia de una mujer... esa misma mujer que duerme a su lado todas las noches. Y la mera visión de nuestras caras ahuyenta a su amor a Dios. ¿Puede imaginarse cómo nos hace sentirnos eso?

—Oh mujer necia... ¡por supuesto que debéis estar apartadas de nuestra vista! La presencia de vuestros ojos tentadores y vuestros abanicos aleteantes y vuestros comentarios superficiales es enemiga de la contemplación religiosa.

—¿Así que, porque los hombres son débiles y no pueden mantener la atención centrada, es culpa de las mujeres, no de ellos? Mi marido me cuenta que usted ha dicho que nada es bueno o malo sino que es la mente lo que lo hace así. ¿No es cierto?

Bento asintió a regañadientes.

—Así que tal vez sea la mente del

hombre la que necesita educarse. ¡Tal vez los hombres deberían llevar anteojeras en vez de exigir a las mujeres que lleven velos! ¿Está claro, o debo continuar?

Bento empezó a contestar detalladamente pero se detuvo y, moviendo la cabeza, dijo:

—Continúa.

—A nosotras, las mujeres, se nos mantiene prisioneras en la casa y no se nos enseña nunca holandés, por lo que nos vemos limitadas para comprar y para conversar con los demás. Llevamos la carga de una cuantía desigual de trabajo en la familia, mientras los

hombres se sientan durante gran parte del día y debaten cuestiones del Talmud. Los rabinos se oponen abiertamente a educarnos porque dicen que somos de una inteligencia inferior y que si nos enseñasen la Torá, sería una tarea inútil, porque nosotras, las mujeres, no podríamos nunca entender su complejidad.

—En este único caso estoy de acuerdo con el rabino. ¿Tú crees realmente que las mujeres y los hombres tienen una inteligencia igual?

—Pregunte a mi marido. Está justo a su lado. Pregúntele si no aprendo tan deprisa y no comprendo tan

profundamente como él.

Bento alzó la barbilla en un gesto a Franco, que sonrió y dijo:

—Ella dice la verdad, Bento. Aprende y comprende tan rápido, quizá más rápido, que yo. Y tú conociste una mujer como ella. ¿Recuerdas aquella joven que te enseñó latín, de la que tú mismo decías que era un prodigio? Sara cree incluso que las mujeres deberían ser contadas lo mismo que los hombres en el *minián* y que se las debería llamar para leer desde la *bimá* e incluso deberían poder ser rabinas.

—¿Leer desde la *bimá*? ¿Convertirse en rabinas? ¡Eso es

increíble! Si las mujeres fuesen capaces de compartir el poder, podríamos encontrar casos en la historia que lo demostrasen. Pero no se puede encontrar ninguno, no hay ningún caso de mujeres que gobernasen igual que los hombres, y ningún caso de mujeres que gobernasen a hombres. La única conclusión que podemos extraer es que las mujeres tienen una debilidad intrínseca.

Franco negó con la cabeza.

—Sara diría, y en esto yo estaría de acuerdo con ella, que tu prueba no es ninguna prueba. La razón de que no haya ningún poder compartido es...

Una llamada a la puerta interrumpió

su discusión y entró la casera, con una bandeja llena de comida.

—Señor Spinoza, ¿puedo servirles?

Bento asintió y ella empezó a colocar platos con comida humeante en la mesa de Bento. Él se volvió hacia Franco.

—Pregunta si nos apetece comer algo. Podemos comer aquí.

Franco, sorprendido, miró a Bento y contestó en portugués:

—Bento, ¿cómo puedes pensar que yo voy a poder comer esa comida contigo? ¿Es que lo has olvidado? ¡Soy un rabino!

32. Berlín, Países Bajos-1939-1945

Él es «casi Alfred». Rosenberg casi consiguió convertirse en un intelectual, un periodista, un político... pero sólo casi.

JOSEPH GOEBBELS

¿Por qué derrama el mundo lágrimas de cocodrilo por el destino muy merecido de una pequeña minoría judía?... Yo pregunto a Roosevelt,

pregunto al pueblo estadounidense: ¿Estáis dispuestos a acoger entre vosotros a estos envenenadores de pozos del pueblo alemán y del espíritu universal del cristianismo? Nosotros daríamos de muy buena voluntad a cada uno de ellos un billete gratis en un barco y un billete de mil marcos para gastos de viaje, si pudiésemos conseguir así librarnos de ellos.

ADOLF HITLER

Aunque Alfred no sufrió otra depresión debilitante, no volvió a sentirse cómodo nunca dentro de su propia piel, y su

autoestima experimentó variaciones extremas durante el resto de su vida: estaba o inflamada o por los suelos, en función de la idea que tuviese de su proximidad a Hitler.

Hitler nunca le tuvo aprecio pero, convencido de que las dotes de Alfred eran útiles para el partido, siguió confiándole responsabilidades. Estas misiones eran siempre un añadido a su tarea principal como redactor jefe del periódico del partido. El *Völkischer Beobachter*, «el periódico de combate del partido nazi», floreció bajo la dirección de Alfred: en la década de los cuarenta tenía una circulación diaria de

bastante más de un millón de ejemplares. Hitler prefería personalmente las caricaturas vulgares y antisemitas de *Der Stürmer* de Streicher, pero el *Beobachter* era el periódico oficial del partido y Hitler o su ayudante, Rudolf Hess, nunca dejaban de leerlo a diario.

Alfred tenía una relación cordial con Hess y a través de él, obtenía acceso a Hitler. Pero eso concluyó precipitadamente el 10 de mayo de 1941 cuando, tras un largo y pausado desayuno con Rosenberg, Hess se dirigió al aeropuerto y por razones que aún dejan perplejos a los historiadores,

cogió un Messerschmitt BF 110 y voló en él hasta Escocia, donde se lanzó en paracaídas, sólo para ser capturado inmediatamente por los británicos y encarcelado para el resto de su vida. Martin Bormann asumió entonces el puesto de Hess y, como Alfred decía, se convirtió en «el dictador de la antecámara de Hitler». Sólo raras veces otorgaba acceso al Führer a los que no fuesen miembros del círculo íntimo... en el que nunca llegó a figurar Alfred Rosenberg.

Nadie podía negarle a Alfred, sin embargo, el éxito asombroso de su libro *El mito del siglo XX*. En 1940 había

vendido en Alemania un millón de ejemplares y sólo lo superaba en ventas en Alemania *Mi lucha*. Tenía muchos deberes más: su papel como encargado de la educación ideológica de todo el partido exigía reuniones frecuentes y alocuciones públicas. Sus discursos nunca se apartaban demasiado del catecismo delineado en su libro: superioridad de la raza aria, la amenaza judía, la pureza de sangre, los peligros del impuro mestizaje, la necesidad del *Lebensraum* y los peligros que planteaba la religión. Insistía machaconamente en las amenazas que planteaban los judíos contra el Reich y

no se cansaba de repetir que la cuestión judía tenía que resolverse mediante la expulsión de todos los judíos de Europa. Cuando se hizo evidente, en 1939, que ningún país aceptaría a los judíos alemanes, polacos y checos, defendió la reubicación de los judíos europeos en una reserva (significativamente no un Estado) fuera de Europa... por ejemplo en Madagascar o en Guyana. Durante un tiempo pensó en Alaska, pero luego decidió que su clima riguroso sería demasiado severo para los judíos.

En 1939 Hitler convocó a Rosenberg para una entrevista.

—Rosenberg, tengo en mi mano mi

anuncio oficial de su Premio Nacional Alemán. Estoy seguro de que recuerda nuestra conversación en la que le dije que le había seleccionado... dijo usted que no se había sentido tan orgullo en toda tu vida. Yo aprobé personalmente estas líneas. «La lucha infatigable de Rosenberg por mantener la filosofía nacionalsocialista limpia ha sido especialmente meritoria. Sólo los tiempos futuros podrán valorar plenamente la profundidad de la influencia de este hombre sobre los fundamentos filosóficos del Reich nacionalsocialista.»

A Alfred se le ensancharon las

pupilas, deslumbrado por la generosidad de Hitler.

—Y hoy tengo previsto asignarle un cargo para el que es usted la persona adecuada. He decidido crear oficialmente la Hohe Schule, la Universidad de élite del partido. Y va a dirigirla usted.

—Me siento profundamente honrado, *mein* Führer. Pero no tenía noticia de que hubiese planes para crear la Hohe Schule.

—Deberá ser un centro avanzado de investigación ideológica y educativa, con emplazamiento en el norte de Baviera. Yo preveo un auditorio para

tres mil espectadores, una biblioteca de quinientos mil volúmenes y diferentes delegaciones en diversas ciudades del Reich.

Alfred sacó el cuaderno de notas.

—¿Debo escribir sobre esto en el *Beobachter*?

—Sí. Mi secretaria le proporcionará el material básico. Lo adecuado sería un anuncio breve en el *Beobachter* sobre la nueva institución y sobre el nombramiento de usted para dirigirla. Su primera tarea... y esto no es para publicarse —Hitler bajó la voz— es crear la biblioteca de la Universidad. Y hacerlo rápidamente. Inmediatamente.

Los libros están disponibles ya. Quiero que se encargue usted de requisar el contenido de todas las bibliotecas masónicas y judías de los territorios ocupados.

Alfred estaba eufórico: aquella tarea era apropiada para él. Empezó de inmediato. Sus emisarios no tardaron en iniciar el saqueo de bibliotecas judías por toda la Europa oriental y en enviar miles de libros raros a Fráncfort, donde los bibliotecarios seleccionarían los mejores para la biblioteca de la Hohe Schule. Hitler estaba planeando también un museo de los pueblos extintos, y se seleccionarían otros libros valiosos

para exhibirlos finalmente allí. La misión de Alfred pronto pasó a incluir también obras de arte. Como un cachorro deseoso de atraer la atención, escribió a Hitler el día del cincuenta cumpleaños de éste:

Heil, Führer:

De acuerdo con mi deseo de proporcionarle a usted, mi Führer, alguna alegría en el día de su cumpleaños, me tomo la libertad de enviarle fotos de algunos de los cuadros más valiosos que mi personal encargado de ese servicio concreto, cumpliendo órdenes suyas, requisó en las

colecciones judías de obras de arte sin dueño de los territorios ocupados. Esas fotos se suman a la colección de cincuenta y tres de los objetos artísticos más valiosos que se le enviaron hace un tiempo para su colección.

Le ruego, mi Führer, que me dé una oportunidad durante mi próxima audiencia de informarle oralmente sobre toda la extensión y el alcance de esta acción de requisa de obras de arte. Le ruego que acepte un breve informe escrito intermedio sobre el progreso y la amplitud de la acción de requisa de arte, que será utilizado como base para ese informe oral posterior, y que acepte

también tres ejemplares de los catálogos provisionales de cuadros, que muestran sólo una parte de la colección que usted posee. Me tomaré la libertad durante la audiencia solicitada de entregarle a usted, mi Führer, otras veinte carpetas de cuadros, con la esperanza de que este breve contacto con objetos artísticos próximos a su corazón envíe un rayo de belleza y alegría a su venerada vida.

En 1940 Hitler notificó oficialmente a todo el partido nazi la formación del ERR, el *Einsatzesitab Reichsleiter Rosenberg*, cuya misión era confiscar todos los libros y todas las obras de arte

europeas propiedad de judíos para uso del Reich. Rosenberg se encontró a la cabeza de una organización enorme que se desplazaba junto con los militares a los territorios ocupados para salvaguardar y requisar propiedades judías «sin dueño» que se considerasen valiosas para Alemania.

Alfred estaba emocionado. Se trataba de la misión más gratificante que se le había encomendado. Mientras recorría las calles de Praga y de Varsovia con miembros de su comando, pensaba: «¡Poder! ¡Poder al fin! Disponer de facultades de vida y muerte sobre las bibliotecas y galerías de arte

judías de Europa. Y también disponer de bazas contra Göring, que de pronto se ha vuelto muy amable conmigo. Sus manos codiciosas anhelan poder saquear obras de arte en todas partes. Pero ahora yo soy el primero en la cola. Soy el primero que elige obras de arte para el Führer, antes de que Göring pueda apoderarse de ellas para su colección. ¡Cuánta codicia! Göring debería haber sido eliminado hace mucho tiempo. ¿Por qué tolera el Führer esa traición a la ideología y la tradición arias?».

La requisa de las bibliotecas judías de Polonia y Checoslovaquia agudizó el apetito de Alfred por el tesoro más

grande de todos: la biblioteca del museo de Rijnsburg. Con la biblioteca de Spinoza claramente como objetivo, Alfred fue escribiendo ávidamente titular tras titular sobre el triunfal avance nazi en el Frente Occidental. «Nada puede parar nuestra *blitzkrieg*», proclamaba el *Beobachter*. Un país tras otro iba cayendo en poder de Hitler y no tardó en tocarles el turno a los Países Bajos. Aunque se trataba de un país pequeño que había permanecido neutral en la primera guerra mundial y albergaba la esperanza de hacer lo mismo en la nueva guerra, Hitler tenía ideas distintas. El 10 de mayo de 1940

tropas nazis invadieron los Países Bajos con toda su potencia. Cuatro días después, la aviación alemana efectuó un bombardeo en alfombra de la ciudad industrial de Róterdam, destruyendo más de dos kilómetros cuadrados y medio del centro de ella, y las fuerzas holandesas capitularon al día siguiente. Alfred preparó entusiasmado los titulares de primera página y el reportaje de la guerra de cinco días de los Países Bajos para el *Völkischer Beobachter* y escribió un editorial sobre la invencible *blitzkrieg* nazi. Los miembros la plantilla del *Beobachter* estaban atónitos ante su conducta, nunca le

habían visto sonreír de aquel modo. ¿Era posible que Alfred Rosenberg estuviese abriendo botellas de champán en la oficina, sirviendo a todos de beber y proponiendo sonoros brindis, primero por el Führer y luego en memoria de Dietrich Eckart?

Pocas semanas antes, Alfred se había tropezado con una cita de Albert Einstein: «El secreto de la creatividad es saber cómo ocultar tus fuentes». Al principio resopló: «Falsedad descarada, típica de hipocresía judía» y lo desechó sin más. Pero ese comentario de Einstein volvió a aflorar en su pensamiento insistentemente durante varios días.

¿Sería una clave para resolver el problema de Spinoza? Tal vez las ideas «originales» de Bento Spinoza no fuesen tan originales. Tal vez los orígenes reales de sus pensamientos estuviesen ocultos en las páginas de los 151 libros de su biblioteca personal.

El ERR, el comando de saqueo de Alfred, se hallaba listo para la acción en los Países Bajos en febrero de 1941. Alfred voló a Ámsterdam y asistió a una reunión del estado mayor organizada por Werner Schwier, el oficial alemán responsable de la liquidación de la masonería y de las organizaciones relacionadas en los Países Bajos. Los

nazis odiaban la masonería, tanto a sus miembros judíos como a los no judíos. Hitler aseguraba en *Mi lucha* que la masonería había «sucumbido» a los judíos y había contribuido muy notoriamente a que Alemania perdiese la primera guerra mundial. En la reunión del estado mayor se hallaban presentes miembros de una docena de «liquidadores provinciales» de Schwier, cada uno de ellos con un territorio asignado. Antes de la reunión Schwier había solicitado la aprobación de Alfred de las instrucciones que tenía previsto entregar a los liquidadores. Todos los artículos con emblemas masónicos

debían ser destruidos: espejos, bustos, cuadros, placas, joyas, espadas, círculos, plomadas, paletas, mazos, candelabros de siete brazos y sextantes. Todos los artículos de madera con emblemas que no se pudiesen eliminar tenían que ser destruidos o quemados. Todos los delantales de cuero masónicos debían ser cortados en cuartos y confiscados. Alfred sonreía mientras leía y sólo introdujo una corrección: los delantales de cuero debían ser cortados en dieciséis partes antes de la confiscación. Todo lo demás lo aprobó, y felicitó a Schwier por su esmero.

Luego, mirando la lista de lugares

que debían ser confiscados, pregunto:

—Herr Schwier, veo que tiene usted en esta lista la *Spinozahuis* de Rijnsburg. ¿Por qué?

—Toda la Sociedad Spinoza está llena de masones.

—¿Celebran reuniones masónicas en la *Spinozahuis*?

—No que yo sepa. Aún no hemos descubierto los lugares de Rijnsburg en que se reúnen.

—Le autorizo a detener a todos los masones sospechosos pero deje usted la *Spinozahuis* para el ERR. Yo personalmente haré una visita allí para confiscar la biblioteca, y si encuentro

algún material masónico se lo entregaré a usted.

—¿Usted personalmente, *Reichsleiter*? Por supuesto. ¿Necesita ayuda? Le asignaré con mucho gusto algunos de mis hombres.

—No, gracias. Mis hombres del ERR están sobre el terreno y perfectamente preparados.

—¿Me permite usted, *Reichsleiter*, que le pregunte por qué es tan importante ese lugar como para reclamar su atención personal?

—La biblioteca de Spinoza y sus obras en general pueden tener importancia para la Hohe Schule. Su

biblioteca exigirá mi atención personal. Es posible que acabe exhibiéndose en el museo de pueblos extintos que está planeando el Führer.

Dos días más tarde, a las once de la mañana, Rosenberg y su principal ayudante, el *Oberbereichsleiter* Schimmer, llegaron a Rijnsburg en una lujosa limusina Mercedes seguida por otra limusina y una camioneta con personal del ERR y cajas vacías. Alfred ordenó a dos soldados hacer guardia en la casa del conserje contigua al museo y a otros dos que fuesen a por el presidente de la Sociedad Spinoza, que vivía a una manzana de distancia. La

puerta del museo estaba cerrada, pero llevó poco tiempo localizar al conserje, Gerard Egmond, que la abrió. Alfred atravesó el vestíbulo camino de la estantería de los libros. No estaba como él la recordaba... estaba menos llena. Contó silenciosamente los libros. Sesenta y ocho.

—¿Dónde están los otros libros? —exigió.

El conserje, sorprendido y asustado, se encogió de hombros.

—Los otros noventa y un libros —dijo Alfred, sacando la pistola.

—Yo sólo soy el conserje. No sé nada de eso.

—¿Quién lo sabe?

Justo en ese momento entraron sus hombres con Johannes Diderik Bierens de Haan, el anciano presidente de la Sociedad Spinoza, un anciano digno y bien vestido de perilla blanca y gafas de montura metálica. Alfred se volvió hacia él, esgrimiendo la pistola y señalando con ella la librería semivacía.

—Estamos aquí por la biblioteca. Para ponerla en lugar seguro. ¿Dónde están los otros noventa y un libros? ¿Es que se creen que somos tontos?

Bierens de Haan pareció intimidado pero no dijo nada.

Alfred paseó por la habitación.

—Y, Herr presidente, ¿dónde está el poema de Einstein que había colgado aquí? —Alfred golpeó con la pistola en un punto de la pared.

Ante esto Bierens de Haan pareció totalmente desconcertado. Movió la cabeza murmurando:

—Yo sobre eso no sé nada. Nunca en mi vida he visto un poema colgado ahí.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted al cargo?

—Quince años.

—Aquel guarda, aquel miserable gordo y desgreñado, que trabajaba aquí a principios de los años veinte. Se

comportaba como si fuese el dueño del lugar. ¿Dónde está?

—Probablemente se refiere usted a Abraham. Hace mucho que murió.

—Un hombre afortunado. Qué lástima. Con lo que me gustaría a mí volver a verle. ¿Tiene usted familiar, Herr Presidente?

Bierens de Haan asintió.

—Le quedan dos opciones: o nos dice dónde están los libros y vuelve usted inmediatamente con su familia y a su cocina caliente, o no nos lo dice y pasará usted una temporada muy larga y fría sin volver a verla. Encontraremos los libros, se lo aseguro, aunque

tengamos que echar abajo el museo pieza a pieza y no dejar más que un montón de piedras y maderas. Y empezaremos a trabajar inmediatamente.

No hubo respuesta de Bierens de Haan.

—Y luego haremos lo mismo con la casa de al lado. Y luego con su propia casa. Encontraremos los libros... se lo aseguro.

Bierens de Haan lo pensó un momento y luego, inesperadamente, se giró hacia Egmond y dijo:

—Llévelos a donde están los libros.

—Y exijo también el poema —añadió Alfred.

—No hay ningún poema —respondió Bierens de Haan.

El conserje les llevó a la casa de al lado, a un cuartito escondido de la despensa, donde estaban torpemente almacenados los libros bajo una lona y tapados con piezas de loza y tarros de conservas.

Los soldados empaquetaron eficientemente la biblioteca y todas las demás cosas de valor (retratos de Spinoza, un paisaje del siglo XVII, un busto de bronce de Spinoza, una pequeña mesa de lectura) en cajas de madera que se llevaron a la camioneta. Dos horas después, los saqueadores y

los tesoros iban camino de Ámsterdam.

—He participado en muchas de estas operaciones, *Reichsleiter* Rosenberg —dijo Schimmer en el viaje de vuelta—, pero nadie las manejó nunca tan eficientemente. Fue un privilegio verle en acción. ¿Cómo sabía usted que faltaban libros?

—Sé mucho sobre esa biblioteca. Tendrá un valor incalculable para la Hohe Schule. Nos ayudará a resolver el problema de Spinoza.

—¿El problema de Spinoza?

—Es demasiado complicado para explicarlo ahora con detalle. Digamos simplemente que es una importante

falsificación judía en filosofía que ha perdurado siglos. Me propongo dedicarle mi atención personal. Envíe los libros directamente a la oficina central del ERR de Berlín.

—Y me impresionó cómo manejó usted al viejo. Con frialdad. Eficientemente. Se vino abajo enseguida.

Alfred se dio una palmadita en la frente.

—Muestra tu fuerza. Y muestra tu conocimiento superior y tu determinación. Presumen de grandes ideas pero tiemblan ante la de su casa convertida en escombros. En cuanto

digo lo de que se acabó la cocina caliente, ceden. Por eso nos impondremos sin problema en toda Europa.

—¿Y el poema?

—Tenía infinitamente menos valor que los libros. Está claro que el viejo decía la verdad: nadie que entrega esa biblioteca de valor incalculable se pondría en peligro por unos ripios escritos en un papel. Lo más probable es que no perteneciese al museo sino que lo hubiese puesto allí el guarda que había.

Los dos holandeses estaban sentados en

la cocina del conserje, muy abatidos. Bierens de Haan se lamentaba llevándose las manos a la cabeza.

—No fuimos capaces de corresponder a la confianza que habían depositado en nosotros. Éramos los guardianes de los libros.

—No había elección —dijo Egmond —. Primero habrían echado abajo el museo y luego habrían echado abajo esta casa y habrían encontrado no sólo los libros sino también a ella.

Bierens de Haan siguió lamentándose.

—¿Qué habría hecho Spinoza? —preguntó el conserje.

—Sólo puedo imaginar que habría elegido la virtud. Si se trata de una elección entre salvar bienes valiosos y salvar a una persona, nosotros debemos salvarla a ella.

—Sí, estoy de acuerdo. Bueno, se han ido. ¿Voy a decirle que ha terminado ya todo?

Bierens de Haan asintió. Egmond subió las escaleras y, utilizando un palo largo, llamó tres veces en un rincón del techo del dormitorio. Al cabo de un par de minutos se abrió la trampilla, bajó una escalera y descendió por ella una asustada judía de mediana edad, Selma de Vries-Cohen.

—Tranquilícese Selma —dijo Egmond—. Se han ido. Se han llevado todo lo de valor y ahora irán a saquear el resto de nuestro país.

—¿Por qué vinieron aquí? ¿Qué querían? —preguntó Selma.

—Toda la biblioteca de Spinoza. No tengo idea de por qué era tan importante para ellos. Es un absoluto misterio. Podrían haberse llevado fácilmente un Rembrandt de las docenas del Rijksmuseum de Ámsterdam, tendría muchísimo más valor que todos esos libros juntos. Pero tengo algo para usted. Un libro que se dejaron. Un libro de Spinoza traducido al holandés, titulado

Ética, que yo escondí en casa de mi hijo. No sabían nada de ése, y se lo traeré mañana. Podría ser interesante para usted leerlo... es su obra principal.

—¿Traducido al holandés? Yo creía que él era holandés.

—Lo era, pero en aquellos tiempos los intelectuales escribían en latín.

—¿No corro peligro ya? —preguntó Selma, que aún temblaba visiblemente —. ¿No hay problema para traer a mi madre aquí? ¿No corre peligro usted ya, usted mismo?

—Nadie está del todo seguro con estos animales sueltos. Pero está usted en la población más segura de toda

Holanda. Han sellado las puertas del museo y las ventanas con cinta, han abolido la Sociedad Spinoza, y el gobierno alemán ha tomado posesión de la casa. Pero dudo mucho que vuelvan alguna vez a este museo vacío. No hay nada más de importancia aquí. Aun así, para estar del todo seguros, me gustaría trasladarla a usted a otro sitio durante un mes. Varias familias de Rijnsburg se han ofrecido a ocultarla. Tiene usted muchos amigos aquí. En ese tiempo podré aprovechar para instalar un aseo en su habitación antes de que venga su madre.

Cuando llegaron los libros de Berlín, Alfred ordenó a sus hombres que los llevaran inmediatamente al despacho de su casa. A la mañana siguiente se llevó el café al despacho, se sentó y contempló los libros, deleitándose con la sola presencia y el aroma de aquellas obras tan valiosas: libros que Spinoza había tenido en sus manos. Los acarició durante horas y examinó los títulos. Algunos autores le eran familiares: Virgilio, Homero, Ovidio, César, Aristóteles, Tácito, Petrarca, Plinio, Cicerón, Livio, Horacio, Aristóteles,

Epicteto, Séneca y toda la obra de Maquiavelo en cinco volúmenes. «Oh —se lamentó—, si hubiese ido el Instituto podría haber leído estos libros. Pero ni latín ni griego... la tragedia de mi vida.» Luego, con una conmoción súbita, cayó en la cuenta de que no había ni un solo libro que él pudiese leer: no había ninguno en alemán o en ruso. Estaba el *Discourse de la méthode*, pero su francés era sólo elemental.

Y la mayoría eran totalmente desconocidos para él: muchos textos en hebreo, probablemente comentarios bíblicos y Antiguos Testamentos, y muchos autores de los que nunca había

oído hablar, como Nizolio, Josefo y Pagnino. Algunos, a juzgar por las ilustraciones, eran obras sobre óptica (Huygens, Longomontano), otros sobre anatomía (Riolan) o matemáticas. Alfred había esperado que pudiese haber allí claves sobre las fuentes de Spinoza, por los marcadores o las notas al margen, y se pasó el resto del día pasando páginas de todos los libros. Pero fue en vano, no había nada, ni rastro de Spinoza. Por la tarde se asentó la dura realidad: él carecía de los conocimientos necesarios para saber algo sobre Spinoza a partir de la biblioteca. Evidentemente, su próximo paso debería ser consultar a

especialistas en cultura clásica.

Hitler tenía otros planes para él. Poco después de que llegase a casa de Rosenberg la biblioteca, cuatro millones y medio de soldados nazis invadieron Rusia. Hitler nombró a Rosenberg ministro del Reich para los territorios orientales ocupados y le pidió que trazase un plan general para delimitar una gran zona de la Rusia occidental, habitada por treinta millones de rusos, que debía ser repoblada por alemanes. Había que deportar a quince millones de rusos. A los otros quince millones se les permitía quedarse pero tenían que estar «germanizados» en el plazo de treinta

años.

Alfred tenía firmes opiniones sobre Rusia. Creía que sólo podría ser derrotada por rusos y que los alemanes deberían esforzarse por balcanizar el país y crear fuerzas combatientes compuestas por ucranianos que se enfrentasen a los bolcheviques.

Este nombramiento de alto nivel, en principio un triunfo para Rosenberg, pronto se convirtió en un desastre. Sometió sus planes a Hitler, pero los jefes militares (Göring, Himmler y Erich Koch) discreparon vehementemente de todas sus propuestas, que ignoraron por completo o socavaron. Permitieron que

decenas de miles de prisioneros de guerra ucranianos murieran en los campos de concentración y millones de civiles murieran de hambre al embarcar para Alemania todo el trigo y las reservas de alimentos del país. Rosenberg continuó quejándose a Hitler, que respondió finalmente con aspereza: «Deje de inmiscuirse en cuestiones militares. Su concentración en temas ideológicos lo ha desconectado de los asuntos de la realidad inmediata».

Autor de un éxito de ventas de un millón de ejemplares. Redactor jefe de de un importante periódico. Un prestigioso cargo en el gobierno tras

otro: encargado de la ideología y la educación nazi, jefe del ERR, ministro del Reich para los territorios orientales ocupados. Pero siempre detestado y ridiculizado por el círculo de poder nazi. ¿Cómo acumuló Rosenberg tantos honores? A veces una prosa abstrusa, tortuosa e inescrutable provoca grandes alabanzas, nada realistas, a la inteligencia del autor. Tal vez por eso Hitler insistía en ofrecer a Rosenberg tantas misiones exigentes.

Por último, cuando los rusos empezaron a rechazar a las fuerzas alemanas y a recuperar su territorio, el cargo de Alfred como ministro del

Reich para los territorios orientales ocupados paso a ser irrelevante, y ofreció su dimisión. Hitler estaba demasiado ocupado para contestarle.

Su esperanza de un estudio en profundidad de la biblioteca de Spinoza nunca llegó a materializarse. Los aliados no tardaron en bombardear Berlín asiduamente. Cuando una casa situada a sólo doscientos metros de la suya resultó destruida, Alfred ordenó que la biblioteca se enviase a Fráncfort para mayor seguridad.

El *Völkischer Beobachter* de Alfred, «el periódico de combate del partido nazi» continuó combatiendo

hasta el final, y Alfred nunca dejó de honrar servilmente a Hitler en sus páginas. En una de sus últimas ediciones (20 de abril de 1945) le celebraba con ocasión de su cincuenta y seis cumpleaños ensalzándole como el «hombre del siglo». Diez días después, cuando el Ejército Rojo se encontraba ya a sólo unas cuantas manzanas del búnker subterráneo de Hitler, el Führer se casó con Eva Braun, distribuyó cápsulas de cianuro entre los asistentes a la boda, escribió su testamento y se pegó un tiro después de que su esposa tomase el cianuro. Veinticuatro horas después, en el mismo búnker, Goebbels

y su esposa mataron a sus seis hijos con morfina y cianuro,y luego se suicidaron los dos juntos. Aun así, las prensas del *Völkischer Beobachter* siguieron trabajando hasta la rendición alemana del 8 de mayo de 1945. Cuando los rusos irrumpieron en sus oficinas encontraron un par de ediciones antedatados. La última no distribuida, fechada el 11 de mayo de 1945, contenía una guía de supervivencia titulada «Subsistencia en los campos y bosques de Alemania».

Después de la muerte de Hitler, Alfred, junto con los otros dirigentes nazis supervivientes, huyó a Flensburg,

donde el almirante Doenitz, el nuevo jefe de Estado, reunió su gobierno. Alfred albergaba la esperanza de que a él, el principal *Reichsleiter* superviviente, le pedirían que formase parte del gabinete. Pero nadie reparó en su presencia. Finalmente, envió una carta de rendición cuidadosamente redactada al mariscal de campo Montgomery. Pero hasta los ingleses fueron incapaces de apreciar plenamente su importancia, y el *Reichsleiter* Rosenberg esperó impaciente en su hotel durante seis días hasta que la policía militar británica fue allí para detenerlo. Poco después fue puesto bajo control

estadounidense y se le informó de que, junto con un pequeño grupo de criminales de guerra nazis importantes, se le había escogido para ser juzgado por el tribunal internacional especial de Núremberg.

«¡Criminales de guerra nazis importantes! Ciertamente.» A los labios de Alfred asomó una sonrisa.

Mientras tanto, en Rijnsburg, el día de la victoria aliada en Europa, Selma de Vries-Cohen y su anciana madre, Sophie, bajaron la escalerilla de su pequeña habitación y, por primera vez

en varios años, salieron a la luz del sol. Pasearon alrededor de la casa hasta la entrada de la *Spinozahuis*, donde firmaron en el libro de registro de visitantes, la primera firma en cuatro años: «En recuerdo agradecido por el tiempo que se nos permitió escondernos aquí. A la Casa de Spinoza y aquellos que cuidaron tan excelentemente de nosotras y salvaron nuestra vida de la amenaza alemana».

33. Voorburg-diciembre de 1666

Bento, moviendo la cabeza con asombro, se acercó a la *huishouder* y murmuró en holandés que en realidad no iban a comer.

—¡*Kosher*! ¿Sólo comes alimentos *kosher*?

—¡Por supuesto! ¿Qué te crees, Bento? Soy un rabino.

—Y yo un filósofo desconcertado. ¿Estás de acuerdo en que no hay ningún

Dios sobrenatural que tenga deseos o haga exigencias o se sienta complacido u ofendido o tenga incluso conciencia de nuestros deseos, nuestras oraciones o nuestra propia existencia?

—Por supuesto que sí, estoy de acuerdo.

—¿Y estás de acuerdo en que toda la Torá, incluyendo el Levítico, con la Halajá y todas sus arcanas normas dietéticas, es una colección de escritos teológicos, legales, mitológicos y políticos compilada por Ezra hace dos mil años?

—Ciertamente.

—¿Y que vas a crear un nuevo

judaísmo ilustrado?

—Ésa es mi esperanza.

—Entonces, ¿por qué a causa de leyes que sabes que son pura invención no puedes comer conmigo?

—Ah, en eso no tienes razón, Bento. —Franco buscó en su bolsa y extrajo un paquete—. La familia a la que visité en La Haya me preparó comida. Compartamos una comida judía.

Mientras Franco desenvolvía arenque ahumado, pan, queso y dos manzanas, Bento continuó:

—Pero, Franco, te lo pregunto de nuevo, ¿por qué lo de comer *kosher*? ¿Cómo puedes desconectar tu mente

racional? Yo no puedo. Me duele ver a un hombre tan inteligente inclinándose sumisamente ante leyes arbitrarias como ésa. Y Franco, por favor, te lo ruego, ahórrame la respuesta habitual de que debes mantener viva una tradición de dos mil años.

Franco tragó un bocado de arenque, bebió un sorbo de agua y se quedó unos instantes pensando.

—Te aseguró una vez más que yo, como tú... como tú, Bento, desapruebo la irracionalidad de nuestra religión. Piensa cómo apelé a la razón cuando hablé a mi congregación sobre el falso mesías. Yo, como tú, quiero cambiar la

religión, pero a diferencia de ti creo que debe cambiarse desde dentro. De hecho, considerando lo que te pasó a ti, he llegado a la conclusión de que el cambio sólo es posible desde dentro. Si quiero ser eficaz en la tarea de cambiar el judaísmo y apartar a mi congregación de explicaciones sobrenaturales, debo primero ganarme su confianza. Deben verme como uno de ellos y eso incluye lo de comer *kosher*. Como rabino de mi comunidad, es necesario, es imperativo, que cualquier judío del mundo se sienta cómodo visitándome y comiendo en mi casa.

—¿Así que cumples todas las otras

leyes y los rituales del ceremonial?

—Cumplo el sabbat. Me pongo los *tefilín*. Rezo las oraciones en las comidas y, por supuesto, dirijo muchos de los servicios de la sinagoga... es decir, lo hacía hasta hace poco. Bento, tú sabes que el rabino debe integrarse plenamente en la vida religiosa de la comunidad...

—¿Y —le interrumpió Bento— haces eso sólo por ganarte la confianza de la gente?

Franco vaciló un momento.

—No sólo. No sería sincero decir eso. Muchas veces, cuando cumplo con mis deberes ceremoniales, paso por alto

el contenido de las palabras y me pierdo en el ritual y en la grata oleada de sentimientos que me inunda. Los cantos me inspiran y me transportan. Y amo la poesía de los salmos, de todos los *piyyutim*. Amo la cadencia y la aliteración, y me conmueve mucho el patetismo de lo que se dice sobre la vejez y sobre el modo de afrontar la muerte y sobre el anhelo de salvación.

»Pero hay algo aún más importante —continuó Franco—. Cuando leo y canto las melodías en hebreo junto con toda la congregación, me siento seguro; me siento en casa, casi fundido con mi pueblo. Saber que todos los demás que

hay allí comparten la misma desesperación y el mismo anhelo me llena de amor por todas las personas. ¿Nunca has tenido esas experiencias, Bento?

—Estoy seguro de que las tuve cuando era joven. Pero ahora no. No por muchas razones. A diferencia de ti, no soy capaz de apartar mi atención del significado de las palabras. Mi mente siempre está vigilante, y en cuanto me hice lo suficientemente mayor para examinar el significado real de la Torá, mis relaciones con la comunidad empezaron a debilitarse.

—Sabes —Franco cogió a Bento del

brazo—, en eso, hay una diferencia fundamental entre tú y yo. Yo no estoy de acuerdo en que todos los sentimientos deban someterse a la razón. Hay algunos sentimientos que merecen igual consideración que ella. Piensa en la nostalgia, por ejemplo. Cuando dirijo oraciones, conecto con mi pasado, con mi padre y mi abuelo, y, sí, Bento, me atrevo a decirlo, pienso en mis ancestros que, durante dos mil años, han estado entonando los mismos versículos, rezando las mismas oraciones, cantando las mismas melodías. En esos momentos pierdo mi propia importancia, mi distanciamiento y me convierto en parte,

una parte muy pequeña, de una corriente ininterrumpida de mi comunidad. Ese pensamiento me proporciona algo de un valor incalculable... ¿cómo describirlo?... una conexión, una unión con otros que es enormemente confortante. Necesito eso. Imagino que todo el mundo lo necesita.

—Pero, Franco, ¿cuál es la ventaja de esos sentimientos? ¿Cuál es la ventaja de apartarse aún más del verdadero entendimiento, apartarse aún más del conocimiento verdadero de Dios?

—¿Ventaja? ¿Qué me dices de la supervivencia? ¿No ha vivido el hombre

siempre en alguna especie de comunidad, aunque sólo sea una familia? ¿Cómo, si no, podríamos sobrevivir? ¿Es que no experimentas ninguna alegría en comunidad? ¿No tienes ninguna sensación de formar parte de un grupo?

Bento empezó a mover la cabeza para decir que no pero rápidamente se contuvo.

—Yo experimenté eso, bastante extrañamente, el día antes de nuestra entrevista anterior. Cuando iba camino de Ámsterdam vi a un grupo de judíos asquenazíes haciendo la ceremonia del Tashlij. Yo estaba en el *trekschuit* pero me bajé rápidamente, los seguí, y me

dieron la bienvenida y una anciana que se llamaba Rifke me ofreció un trozo de pan. Su nombre se me quedó grabado, no sé por qué. Observé la ceremonia, y experimenté una grata calidez, sintiéndome una extraña atracción hacia aquella comunidad. En vez de tirar el pan de Rifke al agua, me lo comí. Despacio. Y sabía extraordinariamente bien. Pero luego, al continuar mi camino, no tardó en esfumarse aquel sentimiento cálido y nostálgico. Toda aquella experiencia fue otro recordatorio de que mi *hérem* me afectaba más de lo que yo había pensado. Pero ahora el dolor de la

expulsión ha desaparecido al fin, y no siento ninguna necesidad, absolutamente ninguna, de sumergirme en una comunidad.

—Pero, Bento, explícame: ¿cómo puedes tú, cómo haces, para vivir en una soledad como ésta? No eres por naturaleza una persona fría y distante. Estoy seguro de eso porque siempre que estamos juntos, siento una conexión muy fuerte, por tu parte tanto como por la mía. Sé que hay amor entre nosotros.

—Sí, yo también siento y atesoro nuestro amor muy intensamente. —Bento miró a Franco a los ojos justo un instante y luego apartó la vista—.

Soledad... Me preguntas sobre mi soledad. Hay veces que sufro con ella. Y lamento tanto no haber podido compartir mis ideas contigo... Cuando intento aclarar mis ideas, suelo tener sueños en los que las discuto contigo.

—Quien sabe, Bento... ésta puede ser nuestra última oportunidad. Por favor, habla de ellas ahora. Al menos, cuéntame algo de las orientaciones principales que has seguido.

—Sí, quiero hacerlo, pero ¿por dónde empezar? Empezaré con mi propio punto de partida: ¿qué soy yo?, ¿cuál es mi centro, mi esencia?, ¿qué es lo que me hace lo que soy?, ¿qué es lo

que hace que yo sea *esta* persona en vez de otra? Cuando pienso en el *ser*, hay una verdad básica que parece evidente por sí misma: yo, como todos los seres vivos, me esfuerzo por perseverar en mi propio ser. Yo diría que este *conatus*, el deseo de continuar siendo para florecer, alimenta todos los esfuerzos de una persona.

—¿Así que empiezas con el individuo solitario en vez de con el polo opuesto de la comunidad, que yo considero superior?

—Pero no concibo al hombre como una criatura solitaria. Es sólo que enfoco de un modo diferente la idea de

conexión. Buscó la experiencia gozosa que nace no tanto de la conexión como de la pérdida del distanciamiento.

Franco movió la cabeza, desconcertado.

—No has hecho más que empezar y ya me siento confuso. ¿No son conexión y pérdida del distanciamiento?

—Hay una diferencia sutil pero crucial. Déjame explicar. Como sabes, en la base misma de mi pensamiento está la idea de que *sólo a través de la lógica* podemos comprender algo de la esencia de la Naturaleza o Dios. Digo «algo» porque el ser concreto de Dios es un misterio que queda por encima y más

allá del pensamiento. Dios es infinito, y puesto que nosotros somos sólo criaturas finitas, nuestra visión es limitada. ¿Estoy siendo claro?

—Hasta ahora...

—Por tanto —continuó Bento—, para aumentar nuestra comprensión, debemos intentar enfocar este mundo *sub specie aeternitatis*... en su eternidad. En otras palabras, tenemos que superar los obstáculos a nuestro conocimiento que proceden de nuestra vinculación a nuestro propio yo. —Bento hizo una pausa—. Franco, me miras de un modo muy raro.

—No entiendo nada. Ibas a explicar

lo de la pérdida del distanciamiento. ¿Qué pasa con eso?

—Paciencia, Franco. Eso viene después. Primero tengo que proporcionarte la base. Como estaba diciendo, para ver el mundo *sub specie aeternitatis* debo desprenderme de mi propia identidad (es decir, mi vinculación a mí mismo) y verlo todo desde la perspectiva absoluta, adecuada y veraz. Cuando puedo hacer eso, dejo de experimentar fronteras entre yo mismo y los demás. Una vez sucede esto, irrumpe una gran calma, y ningún acontecimiento que me afecte a mí, ni siquiera mi muerte, la altera. Y cuando

otros alcancen esa perspectiva, nos haremos amigos, querremos para otros lo que queremos para nosotros mismos, y actuaremos con altura de miras. Esa experiencia, bendita y gozosa, es por tanto consecuencia de *una pérdida del distanciamiento más que de una conexión*. Por tanto, hay una diferencia... la diferencia entre los que se agrupan todos juntos buscando calor y seguridad, y otros que se agrupan en una visión gozosa e ilustrada de la Naturaleza o Dios.

Franco, que aún parecía desconcertado, dijo:

—Estoy intentando entender, pero no

es fácil porque nunca he tenido esa experiencia, Bento. Perder tu propia identidad... eso es difícil de imaginar. Me da dolor de cabeza pensarlo. Y parece tan solitario... y tan frío.

—Es solitario y sin embargo, paradójicamente, esa idea puede unir a todos los hombres... es estar simultáneamente *aparte de* y ser al mismo tiempo *una parte de*. Yo no sugiero ni prefiero la soledad. De hecho estoy convencido de que si tú y yo pudiésemos encontrarnos para discusiones diarias, nuestros esfuerzos para comprender aumentarían notoriamente. Parece paradójico decir

que los hombres son más útiles unos a otros cuando cada uno persigue su propio beneficio. Pero cuando son hombres de razón, es así. El egoísmo ilustrado conduce a la utilidad mutua. Todos tenemos en común nuestra capacidad de razonar, y se instaurará un verdadero paraíso terrenal cuando nuestra entrega al entendimiento de la Naturaleza o Dios sustituya todas las demás afiliaciones, sean religiosas, culturales o nacionales.

—Bento, si entiendo bien lo que quieres decir, me temo que ese tipo de paraíso queda aún a mil años de distancia. Y me pregunto también si yo,

o cualquier otro que no tenga tu tipo de mentalidad y tu amplitud y profundidad de pensamiento, será capaz de captar plenamente esas ideas.

—No dudo que hace falta un esfuerzo. Las cosas excelentes son todas difíciles y escasas. Sin embargo yo tengo una comunidad de colegiantes y otros filósofos que sí comprenden mis palabras, aunque es verdad que muchos de ellos me escriben demasiadas cartas pidiendo una mayor aclaración. No espero que una mente no cultivada pueda leer y entender mis ideas. Por el contrario, muchos se sentirán confusos y turbados si leyesen mi obra, y yo les

aconsejaría que no lo hiciesen. Escribo en latín para mentes filosóficas, y sólo espero que algunas de las mentes en que influya, influirán en otras. Por ejemplo, en este momento figuran entre mis corresponsales Johan de Witt, nuestro gran estadista, y Henry Oldenburg, secretario de la Sociedad Real Británica. Pero si estás pensando que mi obra tal vez nunca se publique para el gran público, puede que tengas razón. Es muy posible que mis ideas tengan que esperar un millar de años.

Los dos hombres se quedaron callados hasta que Bento añadió:

—Así que, tras oír todo lo que he

dicho sobre mi confianza en la razón, ¿comprendes ya por qué me opongo a leer y a decir palabras y oraciones sin tener en cuenta su contenido? Esa escisión interna no puede ser buena para la salud de tu mente. No creo que el ritual pueda coexistir con una mente razonadora. Creo que son enconados adversarios.

—A mí el ritual no me parece peligroso, Bento. Recuerda que yo he sido adoctrinado en las creencias y rituales tanto del catolicismo como del judaísmo, y en los últimos dos años he estado estudiando también el islam. Cuanto más leo, más me convenzo de

que todas las religiones, sin excepción, inspiran un sentimiento de comunidad, emplean el ritual y la música, y desarrollan una mitología llena de historias de acontecimientos milagrosos. Y todas las religiones, sin excepción, prometen una vida perdurable, siempre que uno viva de acuerdo con ciertas normas prescritas. ¿No te parece notable que religiones que surgen independientemente en diferentes partes del mundo se parezcan tanto entre sí?

—¿Con lo que quieres decir que...?

—Lo que quiero decir, Bento, es que si el ritual, la ceremonia y, sí, la superstición también están tan

profundamente incorporadas a la naturaleza misma de los seres humanos, quizá sea legítimo considerar que son cosas que nosotros los seres humanos necesitamos.

—*Yo* no las necesito. Los niños necesitan cosas que no necesitan los adultos. El hombre de hace dos mil años necesitaba cosas que el hombre de hoy no necesita. Yo creo que el motivo de la superstición en todas esas culturas era que el hombre antiguo estaba aterrado por la misteriosa inestabilidad de la existencia. Carecía del conocimiento que pudiese proporcionar la única cosa que necesitaba más que ninguna otra:

explicaciones. En aquellos tiempos antiguos el hombre se aferraba a la única forma asequible de explicación, la sobrenatural, como oraciones y sacrificios y normas *kosher* y...

—¿Y? Sigue, Bento... ¿qué función tiene la explicación?

—La explicación tranquiliza. Alivia la angustia de la inseguridad. El hombre antiguo quería persistir, temía a la muerte, se sentía desvalido frente a gran parte de su entorno, y la explicación proporcionaba la sensación, o al menos la ilusión, de control. Llegó a la conclusión de que si todo lo que ocurre tiene una causa sobrenatural, entonces

quizá se pudiese hallar un medio de aplacar a lo sobrenatural.

— No es que discrepemos en eso, Bento; lo único que pasa es que nuestros métodos son diferentes. Cambiar un pensamiento ancestral es un proceso lento. No puedes hacer todas las cosas al mismo tiempo. El cambio, incluso desde dentro, debe ser lento.

—Estoy seguro de que tienes razón, pero estoy seguro también de que mucha de la lentitud nace de la tenacidad con la que viejos sacerdotes y rabinos se aferran al poder. Pasaba eso con Rabí Morteira y sigue pasando hoy con Rabí Aboab. Yo temblé cuando describiste

cómo avivaba las llamadas a la fe en Sabbatai Zevi. Viví toda mi juventud entre los supersticiosos. Me asombra sin embargo ese frenesí con Zevi. ¿Cómo pueden los judíos creer ese disparate? Parece imposible sobreestimar su capacidad para lo irracional. A cada parpadeo nace en algún lugar de este mundo un necio.

Franco dio su último bocado a la manzana, sonrió y preguntó:

—Bento, ¿puedo hacer un comentario «franco»?

—¡Ah, mi postre! Qué podría ser mejor. Déjame prepararme. —Bento se echó hacia atrás y se apoyó en el

cabezal—. Creo que estoy a punto de aprender algo sobre mí mismo.

—Has dicho que debemos liberarnos de la servidumbre de la pasión y sin embargo, hoy, tu propia pasión ha irrumpido varias veces. Aunque seas clemente con un hombre que intentó matarte, estás lleno de pasión respecto al Rabí Aboab y aquellos que eligieron aceptar el nuevo Mesías.

Bento asintió:

—Sí, eso es verdad.

—Iré más allá: fuiste casi más comprensivo con el asesino judío que con los puntos de vista de mi esposa.

¿No es así?

Bento asintió de nuevo, esta vez con más renuencia.

—Continúa, maestro.

—En una ocasión me dijiste que las emociones humanas podrían entenderse sólo como líneas, planos y cuerpos. ¿Cierto?

Otro asentimiento.

—¿Probamos entonces a aplicar ese mismo principio a tus vituperios contra Rabí Aboab y los crédulos seguidores de Sabbatai Zevi? ¿Y a tus comentarios sobre mi esposa Sara?

Bento le miró burlón.

—¿Adónde te encaminas, Franco?

—Te estoy pidiendo que dirijas tus instrumentos de comprensión hacia tus propias emociones. Recuerda lo que me dijiste cuando yo estaba tan furioso con el asesino. «Todo, todos los hechos, sin excepción —dijiste—, tienen una causa y debemos comprender que todo ocurre necesariamente.» ¿Fue eso lo que dijiste?

—Tu recuerdo es impecable, Franco.

—Gracias. Apliquemos pues hoy ese mismo enfoque razonado.

—Bueno no puedo rechazar esa invitación proclamando al mismo tiempo que la búsqueda de la razón es mi

raison d’être.

—Bien. ¿Recuerdas la moraleja de la historia talmúdica de Rabí Yohanón?

Bento asintió.

—El prisionero no puede liberarse a sí mismo. ¿Quieres decir, supongo, que yo puedo liberar a otros pero no puedo liberarme a mí mismo?

—Exactamente. Quizá yo puedo ver algunas cosas sobre Bento Spinoza que él mismo no puede ver.

Bento sonrió.

—¿Y por qué tu visión es más aguda que la suya?

—Porque, como explicaste hace unos minutos, tu propio yo se interpone

en el camino y bloquea tu visión. Considera, por ejemplo, tus duros comentarios sobre esos crédulos necios de Ámsterdam que se han dejado engañar por el falso Mesías. Tu vitriolo apasionado y su credulidad son *necesariamente* así. No podrían haber sido de otro modo. Y, Bento, tengo algunas ideas sobre las causas de su conducta y de la tuya.

—¿Y? Continúa.

—En primer lugar, es interesante que tú y yo presenciemos los mismos hechos y tengamos reacciones diferentes. Citándote a ti: «Es nuestra mente la que hace que sea así». ¿De acuerdo?

—De acuerdo, de nuevo.

—A mi personalmente no me sorprendió ni me desconcertó la credulidad de la comunidad marrana. —Franco hablaba ahora con mucha fluidez y convicción—. Ellos creen *necesariamente* en el Mesías. ¡Nosotros, los marranos, somos susceptibles al pensamiento mesiánico, por supuesto! Después de todo, en nuestro adoctrinamiento católico, ¿no se nos presentaba acaso constantemente la idea de que Jesús era más que un simple hombre, que había sido enviado a la Tierra con una misión? Y, *por supuesto,* los marranos no se indignan por la

conversión de Sabbatai Zevi bajo presión. ¿Acaso no experimentamos nosotros, los marranos, la conversión forzada? Y, más aún, muchos de nosotros hemos tenido la experiencia personal de una reconversión como judíos.

—De acuerdo, de acuerdo y de acuerdo, Franco. ¡Te das cuenta de lo mucho que voy a echar de menos hablar contigo! Estás ayudándome a identificar mis zonas no liberadas. Tienes razón: mis palabras sobre Sabbatai Zevi, Rabí Aboab y los crédulos necios no están de acuerdo con la razón. Un hombre libre no perturba su paz con esos sentimientos de menosprecio o indignación. Aún me

queda trabajo que hacer para controlar mis pasiones.

—Me dijiste una vez que la razón no puede resistir frente a la pasión y que la única forma de liberarnos de la pasión es convertir la razón en una pasión.

—Ajá, creo que sé lo que debes querer decir: que yo he transformado tanto la razón que a veces es indiferenciable de la sinrazón.

—Exactamente. Me he dado cuenta de que tus acusaciones malhumoradas y tu cólera *sólo* afloran cuando se ve amenazada la razón.

—La razón y la libertad, ambas —añadió Bento.

Franco vaciló un momento, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Pensándolo bien, hay otro caso en el que vi surgir tus pasiones: cuando discutimos el lugar y los derechos de las mujeres. Creo que tus argumentos demostrando la inteligencia inferior de las mujeres carecen de tu rigor habitual. Por ejemplo, afirmaste que las mujeres no han gobernado nunca, olvidando sin embargo la existencia de reinas poderosas, por ejemplo Cleopatra de Egipto, Isabel de Inglaterra e Isabel de España y...

—Sí, sí, pero el tiempo hoy tiene un valor incalculable, y no podemos

abarcar todos los temas. Trabajemos sobre la razón y la libertad. No me siento nada inclinado a abordar ahora el tema de las mujeres.

—¿No estarás de acuerdo al menos en que ésa es otra zona a considerar en el futuro?

—Quizá. No estoy seguro.

—Entonces permíteme sólo un comentario final, y luego pasaremos a los otros temas —sin esperar respuesta Franco se apresuró a decir—: Es evidente que tú y yo tenemos actitudes diferentes hacia las mujeres, y creo que tengo una idea sobre la red causal. ¿Te interesa?

—Debería interesarme, pero siento cierta resistencia a oírte.

—Continuaré de todos modos... sólo un momento. Yo creo que eso se debe a nuestras diferentes experiencias con las mujeres. Yo he tenido una relación de mucho amor con mi madre y ahora con mi esposa y con mi hija, y lo que yo creo es que tus actitudes hacia las mujeres son *necesariamente* negativas debido a tu contacto previo con ellas. Por lo que tú me has contado, tus experiencias han sido sombrías: tu madre murió cuando eras pequeño y tus madres siguientes (tu hermana mayor y luego tu madrastra) murieron también. Toda la comunidad

conoce el duro rechazo de que fuiste objeto por la hermana que te queda, Rebeca. He oído que puso un pleito contra el testamento de tu padre para que tú no recibieses su fortuna. Y luego está Clara María, la única mujer a la que amaste, y que te hirió eligiendo a otro. Aparte de ella, nunca te he oído mencionar una sola experiencia positiva con una mujer.

Bento se quedó callado, asintiendo durante unos instantes, asimilando lentamente las palabras de Franco, y luego dijo:

—Ahora vamos a los otros asuntos. Primero, hay algo que yo no te he

dicho... y es lo mucho que admiro tu valor al dirigirte a tu congregación instándola a la moderación. Tu oposición pública a Rabí Aboab se basaba en lo que yo llamó ideas «adecuadas», dirigidas por la razón más que por la pasión. Me gustaría también saber más sobre tu visión del nuevo judaísmo que esperas crear. Anteriormente, tal vez yo haya desviado la conversación.

Los dos sabían que se les estaba acabando el tiempo y Franco habló rápidamente:

—Tengo la esperanza de crear un tipo diferente de judaísmo basado en

nuestro amor mutuo y nuestra tradición compartida. Planeo celebrar servicios religiosos que no hagan ninguna mención de lo sobrenatural y que se basen en nuestra común humanidad, extrayendo de la Torá y el Talmud una sabiduría que conduzca a una vida moral y de amor. Y, así, seguiremos la ley judía pero al servicio de la interrelación y de la vida moral, no porque sea una orden de Dios. E impregnando todo eso estará el espíritu de mi amigo, Baruch Spinoza. Cuando hago mis planes para el futuro, te imagino a veces como un padre. Mi sueño es construir una sinagoga a la que tú enviarías a tu propio hijo.

Bento se secó una lágrima que le corría por la mejilla.

—Sí, pensamos igual si crees que deberíamos utilizar el ceremonial necesario para apelar a esa parte de nuestra naturaleza que aún lo necesita pero no tanto como para esclavizarnos.

—Ésa es en realidad mi posición. Y ¿no te parece irónico que, aunque tú intentas cambiar el judaísmo desde fuera y yo desde dentro, los dos nos enfrentamos a un *hérem*, el tuyo ya efectivo y el mío que sin duda ha de venir?

—Estoy de acuerdo con la segunda parte de tu afirmación, la ironía de que

los dos nos enfrentemos a un *hérem*, pero para que no me entiendas mal, déjame decir una vez más que mi intención no es cambiar el judaísmo. Mi esperanza es que una dedicación vital a la razón acabaría con *todas* las religiones, incluido el judaísmo. —Bento mira el reloj—. Desgraciadamente, es hora, Franco, son casi las dos, y el *trekschuit* no tardará en llegar.

Mientras caminaban hacia el embarcadero del *trekschuit*, Franco dijo:

—Tengo una última cosa que debo decirte... ¿ese libro que estás planeando

escribir sobre tu crítica de la Biblia?

—¿Sí?

—Te amo por escribirlo, pero por favor, amigo mío, sé cauto. No pongas tú nombre en ese libro. Creo lo que dices, pero no se escuchará de un modo razonable. No ahora, no en nuestra vida.

Franco subió a bordo. El barquero soltó las amarras, los caballos tiraron de las cuerdas y el *trekschuit* se puso en marcha. Bento contempló largo rato la barca. Cuanto más pequeña se hacía avanzando hacia el horizonte, más sombrío se iba haciendo también su *hérem*. Finalmente, cuando no quedó ya ningún rastro de Franco, Bento regresó


el embarcadero, de nuevo en los brazos de la soledad.

Epílogo

En 1670, Bento, con treinta y ocho años de edad, terminó su *Tratado teológico-político*. Su editor, muy acertadamente, le predijo que se consideraría incendiario. Así que se publicó anónimamente, bajo el imprimátur de impresores ficticios en ciudades ficticias. Enseguida prohibieron su venta tanto las autoridades religiosas como las civiles. Sin embargo, circularon numerosos ejemplares clandestinos.

Unos cuantos meses después Spinoza

se trasladó de Vooreburg a La Haya, donde vivió el resto de su vida, primero en una modesta habitación alquilada en una buhardilla, en la casa de la viuda de Van der Werve, y luego, unos meses después, en un alojamiento aún más barato, una sola habitación grande en la casa de Hendrik Van der Spyck, maestro pintor de interiores domésticos. Una vida de tranquilidad, eso es lo que Spinoza quería y encontró en La Haya. Pasaba allí los días leyendo las grandes obras de su biblioteca, trabajando en la *Ética* y puliendo lentes. Al final de la jornada fumaba su pipa y charlaba amigablemente con Van der Spyck, su

esposa y sus siete hijos, salvo en las ocasiones en que estaba demasiado absorto escribiendo para abandonar su habitación, a menudo durante varios días seguidos. Los domingos acompañaba a veces a la familia a oír el sermón en la cercana Nieuwe Kerk.

Padecía de una tos que nunca mejoraba y que le provocaba esputos salpicados de sangre, y su salud fue debilitándose visiblemente de año en año. Es posible que la inhalación del polvo de vidrio de su trabajo le hubiese afectado a los pulmones, pero lo más probable es que tuviese tuberculosis, como su madre y otros miembros de la

familia. El 20 de febrero de 1677 se sintió tan débil que mandó llamar a un médico, quien dio instrucciones a la señora Van der Spyck de que cocinase una gallina vieja y le diese a Spinoza su rico caldo. Ella siguió las instrucciones y el enfermo pareció encontrarse mejor a la mañana siguiente. La familia fue a la iglesia por la tarde, pero cuando regresó dos horas después, Bento Spinoza, de cuarenta y tres años, estaba muerto.

Spinoza vivió su filosofía: alcanzó el *amor Dei intellectualis*, se liberó de la servidumbre de las perturbadoras pasiones y afrontó el final de su vida con serenidad. Sin embargo, esa vida y

esa muerte tranquilas dejaron una estela de grandes turbulencias que llegan incluso hasta el presente, en el que muchos le reverencian y reivindican mientras otros lo expulsan y denigran.

Aunque no dejó ningún testamento, tuvo buen cuidado de dar instrucciones a su casero para que, si fallecía, enviara inmediatamente su escritorio con todo su contenido a su editor, Rieuwertsz, de Ámsterdam. Van der Spyck respetó los deseos de Spinoza: cerró de forma segura el escritorio y lo embarcó para Ámsterdam en un *trekschuit*. Llegó sin problema, con la *Ética* segura en sus cajones, junto con otros valiosos

manuscritos inéditos y con correspondencia.

Los amigos de Bento se pusieron a trabajar inmediatamente con los manuscritos y la correspondencia. Siguiendo instrucciones de Spinoza, eliminaron todo el material de carácter personal de las cartas, dejando sólo el contenido filosófico.

Pocos meses después de su muerte, se publicaron, en holandés y en latín, de nuevo sin nombre de autor, con un editor ficticio y un falso lugar de publicación las *Obras Póstumas* de Spinoza (que contenían la *Ética*, el inconcluso *Tratado teológico-político* y *De*

Intellectus Emendatione, una selección de la correspondencia, junto con un *Compendio de gramática hebrea* y el *Tratado del arco iris*). Tal como se esperaba, el Estado holandés proscribió rápidamente el libro mediante un edicto oficial, acusándolo de blasfemo y ateo.

Cuando se difundió la noticia de la muerte de Spinoza, su hermana Rebeca, que le había repudiado durante veintiún años, reapareció y se presentó junto con su hijo, Daniel, como los únicos herederos legales de Bento. Sin embargo, cuando Van der Spyck le enseñó la contabilidad del debe y el haber del difunto, Rebeca lo

reconsideró: las deudas de Bento por rentas atrasadas, por gastos de entierro, por el barbero y el boticario probablemente fuesen mayores que el valor de sus bienes. Ocho meses más tarde, se celebró la subasta de sus propiedades (principalmente la biblioteca y el equipo de pulir lentes), y lo que se obtuvo no dio para pagar lo que el difunto debía. Rebeca, para no heredar deudas, renunció legalmente a toda reclamación sobre sus bienes y se esfumó una vez más de la historia. De las pequeñas cuentas pendientes de Bento se hizo cargo el cuñado de su amigo Simon de Vries. (Simon, que

había muerto diez años antes, en 1667, se había ofrecido a dejar toda su fortuna a Bento. Éste había rechazado la oferta, diciendo que era injusto con la familia de Simon y que, además, el dinero no haría más que distraerle. La familia de Simon ofreció a Bento una renta anual de quinientos guilders. Spinoza rechazó también esto, insistiendo en que era más de lo que necesitaba. Aceptó finalmente una pequeña cantidad de trescientos guilders.)

La subasta de las propiedades de Spinoza la realizó W. Van den Hove, un notario concienzudo que dejó un inventario detallado de los 159 libros de

la biblioteca de Spinoza, con información precisa sobre la fecha, el editor y el formato de cada volumen. En 1900 George Rosenthal, un hombre de negocios holandés, utiliza la lista del notario para intentar reunir de nuevo la colección de libros del filósofo para la *Spinozahuis* de Rijnsburg. Se puso gran cuidado en la compra para conseguir las mismas ediciones, con las mismas fechas y ciudades pero, por supuesto, aquéllos no eran los mismos libros que Spinoza había tenido en las manos. (En el capítulo 32 yo imagino una escena en la que Alfred Rosenberg no se da cuenta de ese hecho.) Finalmente George

Rosenthal pudo reunir 110 de los 159 libros de la colección original de Spinoza. Donó también otros 35 libros anteriores al siglo XVII, así como obras sobre la vida y la filosofía de Spinoza.

Spinoza fue enterrado bajo las losas de la Nieuwe Kerk, lo que hizo suponer a muchos que se había convertido al final al cristianismo. Pero parece sumamente improbable una conversión teniendo en cuenta el sentimiento de Spinoza de que «la idea de que Dios adoptó la naturaleza de hombre parece tan contradictoria en sí misma como podría serlo la afirmación de que el círculo ha adoptado la naturaleza del

cuadrado». En la Holanda liberal del siglo XVII no era raro el entierro de no protestantes dentro de las iglesias. Eran enterrados a veces dentro de ellas hasta los católicos, que en la Holanda protestante eran mucho más detestados que los judíos. (En el siglo siguiente, cambió esta política y sólo se enterraba allí a los ciudadanos destacados y ricos.) El espacio de la sepultura de Spinoza se alquiló por un número limitado de años, como era costumbre, y cuando dejó de haber dinero disponible para su mantenimiento, probablemente al cabo de diez años, sus huesos fueron desenterrados y esparcidos por el medio

acre del cementerio anexo a la iglesia.

Con el paso de los años, los holandeses le reclamaron como suyo y tanto aumentó su prestigio que se estampó su retrato en los billetes de mil guilders hasta la introducción del euro, en 2002. El retrato de los billetes, como todos los de Spinoza, se basaba en las escasas descripciones escritas de él; no se le hizo ningún retrato durante su vida.

En 1927 se colocó una placa en el cementerio de la Nieuwe Kerk para conmemorar el doscientos cincuenta aniversario de la muerte de Spinoza. Varios judíos entusiastas establecidos en Palestina, que querían reclamar a

Baruch Spinoza como judío, participaron en la conmemoración. La inscripción en latín dice: «Esta tierra cubre los huesos de Benedictus Spinoza, que estuvo enterrado en la Nieuwe Kerk».

En Palestina, aproximadamente al mismo tiempo que se inauguraba esa placa, Joseph Klausner, el famoso historiador y más tarde candidato en las primeras elecciones presidenciales de Israel, pronunció un discurso en la Universidad Hebrea en el que proclamó que el pueblo judío había cometido un pecado terrible al excomulgar a Spinoza. Terminó diciendo: «Nos

dirigimos a Spinoza, el judío... desde lo alto del monte Scopus, desde nuestro nuevo santuario, la Universidad Hebrea de Jerusalén: ¡la proscripción queda rescindida! El crimen del judaísmo contra ti queda abolido, y cualquiera que fuese tu pecado contra él será perdonado. ¡Tú eres nuestro hermano, tú eres nuestro hermano, tú eres nuestro hermano!».

En 1956, en el trescientos aniversario de la excomunión de Spinoza, Herr H. F. K. Douglas, uno de sus admiradores holandeses, concibió la idea de construir un monumento junto a la placa de 1927. Sabiendo que Ben-

Gurión, el primer ministro de Israel, admiraba mucho a Spinoza, Herr Douglas pidió su apoyo. Ben-Gurión lo ofreció entusiásticamente, y cuando se difundió la noticia en Israel, miembros de una organización judía humanista de Haifa, que consideraban a Spinoza el padre del humanismo judío, se ofrecieron a aportar una piedra de basalto negro como parte del monumento. La inauguración oficial estuvo muy concurrida y figuraron entre los asistentes representantes oficiales tanto del gobierno de Holanda como del de Israel. Ben-Gurión no asistió a la inauguración pero visitó el monumento

en una ceremonia oficial tres años después.

La nueva placa, colocada al lado de la de 1927, contenía un relieve de la cabeza de Spinoza y la palabra «*Caute*» (cautela) hallada en el sello del difunto y, debajo de eso, la piedra de basalto negra israelí adjunta a la placa con la palabra hebrea צםד, que significa «Tu Pueblo».

Algunos israelíes se opusieron a los intentos de Ben-Gurión de reclamar a Spinoza. Miembros ortodoxos del parlamento israelí se sintieron tan ofendidos por la idea de que Israel lo honrase que pidieron un voto de censura

contra Ben-Gurión y contra la ministra de Asuntos Exteriores, Golda Meir, por dar instrucciones al embajador israelí en Holanda de que asistiese a la inauguración.

Ben-Gurión abordó el tema de la excomunión de Spinoza anteriormente, en un artículo. «Es difícil culpar a la comunidad judía del Ámsterdam del siglo XVII. Su posición era precaria... y la traumatizada comunidad judía tenía derecho a defender su cohesión. Pero hoy el pueblo judío no tiene derecho a excluir para siempre al inmortal Spinoza de la Comunidad de Israel.» Ben-Gurión insistía en que la lengua hebrea no

estaba completa sin las obras de Spinoza. Y, de hecho, poco después de la aparición de su artículo, la Universidad Hebrea publicó toda la obra de Spinoza en hebreo.

Algunos judíos querían que Ben-Gurión apelase al rabinato de Ámsterdam para que retirase la excomunión, pero él no accedió a hacerlo y escribió: «Yo no pretendo que se anule la excomunión, porque doy por supuesto que la excomunión es nula y vacía... Hay una calle en Tel Aviv que lleva el nombre de Spinoza y no hay ni una sola persona razonable en este país que crea que la excomunión esté aún en

vigor».

La biblioteca de Spinoza de Rijnsburg fue confiscada por el ERR de Rosenberg en 1942. El *Oberbereichsleiter* Schimmer, jefe ejecutivo del ERR, describió la requisa en su informe de 1942 (que se convertiría más tarde en un documento oficial en el juicio de Núremberg): «Las bibliotecas de la *Societas Spinozana* de La Haya y de la casa de Spinoza de Rijnsburg fueron también requisadas. Guardadas en dieciocho cajas, contienen también obras antiguas extremadamente valiosas de gran importancia para la investigación del problema de Spinoza.

Por algo intentó el director de la *Societas Spinozana*, con falsas explicaciones que nosotros desenmascaramos, ocultarnos la biblioteca».

La biblioteca robada de Rijnsburg se guardó en Fráncfort junto con el mayor botín fruto del pillaje de la Historia. Bajo la dirección de Rosenberg, el ERR robó unos tres millones de libros de un millar de bibliotecas. Cuando Fráncfort sufrió un fuerte bombardeo aliado en 1944, los nazis se apresuraron a trasladar su botín a lugares de almacenaje subterráneos. La biblioteca de Spinoza, junto con miles de libros

descatalogados más, fue enviada a una mina de sal de Hungen, cerca de Múnich. Al final de la guerra, todos los tesoros de Hungen fueron trasladados al depósito central estadounidense en Offenbach, donde un pequeño ejército de bibliotecarios e historiadores buscaron a sus propietarios. Finalmente Dirk Marius Graswinckel, un archivero holandés, encontró los libros de Spinoza y trasladó a Holanda toda la colección (a excepción de un puñado de volúmenes) en el *Mary Rotterdam*, un barco holandés. Llegaron a Rijnsburg en marzo de 1946 y fueron colocados una vez más en el Museo Spinoza, donde se

pueden ver hasta el día de hoy.

Durante el mes en que esperaba el juicio, Alfred permaneció en confinamiento solitario en la prisión de Núremberg, viéndose sólo con el abogado que preparaba su defensa, un médico militar estadounidense y un psicólogo. Hasta el 20 de noviembre de 1945, el primer día del juicio, no vio a los otros acusados nazis, cuando se reunieron ante el cuerpo judicial y los fiscales de Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia y Francia. Durante los once meses siguientes se reunirían todos

en el mismo lugar 218 veces.

Había 24 acusados, pero sólo 22 estaban presentes para el juicio. El número 23, Robert Ley, se había ahorcado con una toalla en su celda dos semanas antes y el número 24, Martin Bormann, «el dictador de la antecámara de Hitler», estaba siendo juzgado en ausencia, aunque era creencia general que había perecido cuando los rusos habían irrumpido en Berlín. Los acusados se sentaban en cuatro bancos de madera dispuestos en dos hileras, con una fila de soldados armados tras ellos. Alfred era el segundo en el banco de primera línea de la derecha. En el banco

de primera línea de la izquierda estaban Göring, Hess, Joachim von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores, y el mariscal de campo Wilhelm Keitel, comandante supremo del Ejército. En los meses de detención que precedieron al juicio, Göring se había visto privado de drogas, había perdido diez kilos y parecía pulcro y jovial.

A la derecha de Alfred estaba Ernst Kaltenbrunner, el oficial de las SS de más alto rango superviviente. A su izquierda estaban Hans Frank, gobernador general de la Polonia ocupada; Wilhelm Frick, protector del Reich de Bohemia-Moravia; y al final

del banco Julius Streicher, redactor jefe de *Der Strümer*. Alfred debió de sentirse aliviado por no tener que sentarse al lado de Streicher, que le resultaba particularmente repulsivo.

En la segunda fila estaban jeracas nazis como el almirante Dönitz, presidente del Reich después del suicidio de Hitler y comandante en jefe de la campaña submarina, y el mariscal de campo Alfred Jodl. Ambos mantenían una altiva postura militar. Al lado se sentaba Fritz Sauckel, jefe del programa de trabajo esclavo nazi; Arthur Seyss-Inquart, comisario del Reich para Holanda; y luego Albert Speer,

arquitecto e íntimo amigo de Hitler... un hombre al que Alfred odiaba casi tanto como a Goebbels. Al lado estaba Walther Funk, que convirtió el Reichsbank en depositario de dientes de oro y otros objetos de valor requisados a las víctimas de los campos de concentración, y Baldur von Schirach, jefe del programa de la juventud nazi. Los otros dos acusados de la fila de atrás eran hombres de negocios nazis menos conocidos.

La selección de los criminales de guerra nazis importantes había llevado meses. No eran, por supuesto, el círculo de poder original, pero con los suicidios

de Hitler, Goebbels y Himmler, esos hombres eran los nazis más conocidos. Por fin, Alfred Rosenberg había entrado en el círculo íntimo del Führer. Fiel a su carácter, Göring, segundo de Hitler, intentó hacerse con el control del grupo, utilizando un guiño seductor o una mirada amenazadora, y pronto muchos delegaron en él. El equipo acusador, preocupado por la perspectiva de que Göring influyese en el testimonio de los otros acusados, tomó medidas rápidamente para separarlo de ellos. Primero, dieron la orden de que Göring comiese solo durante los descansos para almorzar los días de juicio, mientras que

los otros acusados se sentaban en mesas de tres. Posteriormente, para reducir la influencia de Göring más aún, impusieron a todos los acusados un confinamiento en solitario más estricto. Alfred, como siempre, no quiso participar en las escasas oportunidades disponibles para socializar, es decir, durante las comidas o en los paseos por el patio, ni en los comentarios murmurados durante las sesiones del juicio. Los otros no ocultaban la antipatía que les inspiraba, y él les correspondía plenamente: aquéllos eran los hombres a los que él consideraba responsables del fracaso de la noble

base ideológica que él y el Führer habían elaborado tan cuidadosamente.

Durante el juicio, durante unos cuantos días, todos los presentes vieron una impresionante película filmada por las tropas estadounidenses cuando había liberado los campos de concentración. No se omitió nada, ni un solo detalle macabro: todos los presentes se quedaron sobrecogidos y asqueados por las imágenes que veían en pantalla de las cámaras de gas, de los hornos crematorios atestados de cuerpos a medio quemar, de las montañas de cadáveres en descomposición, de los montones inmensos de artículos

arrebatados a los muertos (gafas, zapatos de bebés, cabello humano). Un cámara estadounidense enfocó sus lentes hacia las caras de los acusados mientras veían la filmación. El blanco rostro de Rosenberg mostró horror, y apartó la vista inmediatamente. Después de la película insistió, lo mismo que todos los demás acusados nazis, en que no había tenido la menor idea de que ocurriesen tales cosas.

¿Era verdad eso? ¿Cuánto sabía él de las ejecuciones en masa de judíos en Europa oriental? ¿Qué sabía él de los campos de concentración? Se llevó ese secreto a la tumba. No dejó ningún

rastro escrito, ninguna prueba definitiva. (Ni siquiera la firma de Hitler apareció nunca en un documento relacionado con los campos de la muerte.) Y, por supuesto, Alfred nunca escribió sobre los campos en el *Beobachter*, porque había una política nazi explícita que prohibía cualquier discusión pública sobre ellos. Rosenberg se apresuró a señalar al tribunal que él no había querido asistir a la trascendental conferencia de Wannsee de enero de 1942, a la que asistieron los principales burócratas nazis, y durante la cual Reinhard Heydrich describió muy gráficamente los planes para la Solución

Final. Rosenberg envió a su ayudante, Alfred Meyer, en su lugar. Pero Meyer fue su colaborador íntimo durante muchos años y es inconcebible que nunca hablasen los dos de Wannsee.

En el decimoséptimo día del juicio la acusación presentó como prueba una película de cuatro horas, *El plan nazi*, confeccionada a partir de diversas películas y documentales de propaganda nazi. La película comenzaba con fragmentos del filme de Leni Riefenstahl *El triunfo de la voluntad*, en la que Rosenberg, engalanado con su sofisticado uniforme del partido, aportaba una pomposa narración. Alfred

y los acusados no ocultaron su gozo ante aquel breve viaje hacia atrás, hacia su periodo de gloria.

Cuando estaban siendo interrogados otros acusados, Alfred estaba distraído. A veces dibujaba rostros de personajes de la sala; a veces conectaba sus auriculares con la traducción rusa del proceso, sonriendo y moviendo la cabeza ante la plétora de errores. Escuchó la traducción rusa y protestó públicamente por los muchos errores de interpretación incluso durante su propio interrogatorio.

Rosenberg fue tomado mucho más en serio por el tribunal a lo largo del juicio

de lo que nunca lo había sido por los propios nazis. El tribunal lo describió muchas veces como el principal ideólogo del partido nazi, el hombre que había trazado el plan de la destrucción de Europa, y ni una sola vez negó él esas acusaciones. Podemos imaginarnos las reacciones de Göring: burlándose de la presunta importancia de Rosenberg en el Tercer Reich y, por otra parte, riéndose al ver que éste no se daba cuenta de que estaba clavando los clavos de su propio ataúd.

Durante su largo testimonio de defensa, el tono pedante, evasivo y su alambicado lenguaje irritaron

notoriamente a los acusadores. A diferencia de Hitler, no se creían la supuesta profundidad de su pensamienyo, tal vez porque los abogados de Núremberg tenían la ventaja de conocer los resultados del test de inteligencia efectuado por un psicólogo estadounidense, el teniente G. M. Gilbert. El de Rosenberg (124) lo situaba dentro de la media de los veintiún acusados. (Julius Streicher, redactor jefe del periódico favorito de Hitler, ocupaba el último lugar con 106.) Aunque Rosenberg mantenía su bien practicada sonrisa de superioridad, no engañaba ya a nadie, porque nadie creía

que tuviese pensamientos más profundos de lo que pudiesen comprender los demás.

El principal asesor estadounidense, Robert J. Jackson, miembro del Tribunal Supremo de Estados Unidos, escribió: «Fue Rosenberg, el sumo sacerdote intelectual de la "raza superior", quien aportó la doctrina de odio que dio el impulso para la aniquilación de los judíos, y quien puso en práctica sus anticristianas teorías contra los Territorios Orientales Ocupados. Su confusa filosofía añadió el aburrimiento a la larga lista de atrocidades nazis».

Thomas Dodd, asesor procesal

estadounidense (y padre del senador Christopher Dodd), reveló en sus cartas publicadas sus sentimientos respecto a Rosenberg: «Han pasado dos días más. Interrogué a Alfred Rosenberg esta mañana y creo que hice un trabajo adecuado... Fue el más difícil de interrogar, un ejemplo de bribón mentiroso y evasivo como he visto pocos. La verdad es que me inspiró mucha antipatía... es tan embaucador, un hipócrita tan absoluto».

Sir David Maxwell, el fiscal jefe británico, comentó: «La única prueba presentada es la afirmación de que Rosenberg no mataría una mosca y que

los testigos no le han visto matar ninguna. Rosenberg era un maestro del eufemismo, un pedante burocrático, cuyas frases aparentemente interminables serpenteaban, se entrecruzaban y se pegaban unas a otras como espaguetis demasiado hervidos».

Y la declaración final del fiscal en jefe ruso, el general Rudenko, concluía con estas palabras: «A pesar de los esfuerzos de Rosenberg por hacer malabarismos con los datos y los hechos históricos, no puede negar que fue el ideólogo oficial del partido nazi; que hace ya un cuarto de siglo, había trazado las bases “teóricas” del Estado

hitleriano fascista y que durante todo este periodo corrompió moralmente a millones de alemanes, preparándolos “ideológicamente” para los crímenes monstruosos cometidos por los hitlerianos».

Rosenberg no tenía más que una posible defensa efectiva: que sus colegas nazis nunca lo habían tomado en serio y que todas las políticas que él había propuesto en los países del Este ocupados habían sido completamente ignoradas. Pero tenía una opinión demasiado inflada de sus méritos para admitir públicamente su insignificancia. En vez de eso, decidió divagarse

evasivamente hora tras hora. Como dijo un observador de los juicios de Núremberg: «Era tan imposible entender lo que estaba diciendo como agarrar un trozo de nube».

A diferencia de los otros acusados, Rosenberg nunca se retractó. Al final fue el único verdadero creyente en el nazismo. Nunca repudió a Hitler y a su ideología racista. «Yo nunca vi en Hitler a un tirano —explicó al tribunal—, sino que, como muchos millones de nacionalsocialistas, confié en él personalmente por la fuerza de la experiencia de una lucha de catorce años. Serví a Adolf Hitler lealmente, y

todo lo que el partido pueda haber hecho durante esos años, lo apoyo.» En una conversación con otro acusado, defendió a Hitler aún más enfáticamente: «Por mucho que reconsidere las cosas en mi mente, sigo sin poder creer que hubiese un solo fallo en el carácter de ese hombre». Y siguió insistiendo en la validez de su ideología: «Lo que me ha motivado los últimos veinticinco años ha sido la idea de querer servir no sólo al pueblo alemán sino a toda Europa... en realidad a toda la raza blanca». Y poco antes de su muerte, expresó la esperanza de que la idea del nacionalsocialismo nunca se olvidaría y

renacería «en una nueva generación templada por el sufrimiento».

El 1 de octubre de 1946 se dictó la sentencia. El tribunal se había reunido 218 veces y durante las seis semanas anteriores habían estado suspendidas las vistas mientras los juristas se entregaban a prolongadas deliberaciones. En esa mañana del 1 de octubre, los acusados conocieron, por el orden que estaban sentados, el veredicto del tribunal. Tres de ellos (Schacht, Von Papen y Fritzsch) fueron absueltos y se les otorgó libertad inmediata. El resto fueron considerados culpables de algunos o de todos los cargos.

Por la tarde cada uno de los acusados supo ya su destino. Alfred fue el sexto hombre que se enfrentó al tribunal: «Acusado Alfred Rosenberg, como consecuencia de los delitos de los que se le ha considerado culpable, el tribunal le condena a morir ahorcado».

Otros diez acusados oyeron las mismas palabras: Göring, Von Ribbentrop, Keitel, Kaltenbrunner, Jodl, Frank, Frick, Streicher, Seyss-Inquart y Sauckel. Martin Bormann fue condenado a muerte en ausencia, y los siete restantes fueron condenados a diversas penas de cárcel.

Las ejecuciones se programaron

para primera hora de la mañana del 16 de octubre de 1946. Una vez emitida la sentencia, un policía militar permaneció a la puerta de la celda de cada uno de los condenados, observándolos a través una pequeña abertura en ésta. El día antes de las ejecuciones los acusados pudieron oír el martilleo que acompañó a la instalación de tres horcas en el patio de la prisión.

A las once de la noche del 15 de octubre, la víspera del día que estaba previsto que se iniciasen las ejecuciones, el soldado que vigilaba la celda de Göring le oyó gruñir y vio que estaba retorciéndose en la cama. El

comandante de la prisión y el médico corrieron a su celda, pero cuando llegaron estaba ya muerto. Fragmentos de cristal hallados en su boca probaban que había mordido una cápsula de cianuro. Se habían distribuido entre los dirigentes nazis centenares de aquellas cápsulas para el suicidio, pero es un misterio cómo se las arregló Göring, a pesar de los múltiples y minuciosos registros de su persona y pertenencias, para ocultar la que puso fin a su vida. Los otros acusados no llegaron a enterarse de la muerte de Göring. Von Ribbentrop reemplazaría a Göring como el primero que sería llamado. Entraron

soldados en cada celda, una por una, llamaron por su nombre al condenado y lo escoltaron hasta el patio, que sólo un par de días antes había sido utilizado por los oficiales de seguridad estadounidenses para un partido de baloncesto. El 16 de octubre, había allí tres cadalsos de madera pintados de negro. Se utilizaron dos horcas alternativamente. La tercera no se utilizó, estaba de reserva. La base de los cadalsos estaba tapada con tablas para que cuando cayese el ahorcado los espectadores no pudiesen verle debatiéndose al extremo de la soga.

Rosenberg, el cuarto en la cola, fue

esposado y conducido hasta el pie de los cadalsos, donde se le preguntó su nombre. Contestó con voz suave «Rosenberg» y, con un sargento del ejército estadounidense sosteniéndole a cada lado, subió los trece escalones del cadalso. Cuando le preguntaron si quería pronunciar unas últimas palabras, sus ojos, rodeados de grandes ojeras, miraron como desconcertados unos instantes al verdugo y luego negó vigorosamente con la cabeza. Todos los otros nueve nazis hicieron una declaración final; Streicher gritó: «Los bolcheviques os ahorcarán a vosotros algún día». Pero Rosenberg fue a la

muerte en silencio. Como una esfinge.

Los cadáveres de Göring y de los nueve ahorcados se colocaron en ataúdes y se fotografiaron para eliminar cualquier duda que hubiese sobre si estaban de verdad muertos. Al amparo de la noche los diez cadáveres fueron conducidos a Dachau, donde se encendieron los hornos por última vez para incinerar a sus constructores. Veintisiete kilos de ceniza, todo lo que quedaba de los dirigentes nazis, fueron vertidos en un arroyo y pronto llegaron al río Isar, que atraviesa Múnich, donde se había iniciado la más triste y sombría de todas las historias.

¿Realidad o ficción? Una explicación aclaratoria

He intentado escribir una novela que *podría* haber sucedido. Manteniéndome lo más apegado posible a los hechos históricos, he aprovechado mi experiencia profesional como psiquiatra para imaginar los mundos interiores de mis protagonistas, Bento Spinoza y Alfred Rosenberg. He inventado dos personajes, Franco Benítez y Friedrich

Pfister, para que sirviesen como vía de acceso a la psique de mis protagonistas. Todas las escenas que se describen son, por supuesto, ficción.

Es muy poco lo que se sabe con certeza de la vida de Spinoza, tal vez debido a que eligió mantenerse invisible. La historia de los dos visitantes judíos, Franco y Jacob, se basa en un breve relato de la biografía más antigua de Spinoza, que describía a dos jóvenes, anónimos, que entablaron conversación con él para incitarle a revelar sus ideas éticas. Después de un breve periodo, Spinoza rompió su relación con ellos, y ellos lo

denunciaron a Rabí Morteira y a la comunidad judía. No se sabe nada más de esos dos hombres (algo que no es una mala noticia para un novelista) y algunos especialistas en Spinoza ponen en duda la veracidad de estos hechos. Sin embargo, *podría* haber pasado. El codicioso Duarte Rodríguez, al que retrato como un tío de esos dos personajes que quería vengarse de Spinoza, es un personaje histórico verdadero.

Las palabras de Spinoza, y las ideas, expresadas en su disputa con Jacob y Franco proceden mayoritariamente de su *Tratado teológico-político*. De hecho, a

lo largo de la novela extraje muchas de sus palabras de ese texto, de su *Ética* y de su correspondencia. Spinoza como tendero es algo imaginario; es dudoso que llegase a llevar alguna vez un negocio al por menor. Su padre, Miguel Spinoza, creó un próspero negocio de importación y exportación que, cuando Spinoza había llegado a la edad adulta, pasaba por momentos difíciles.

Franciscus Van den Enden, el maestro de Spinoza fue un librepensador notablemente atractivo y dinámico que más tarde se trasladó a París y acabó siendo ejecutado por Luis XIV por conspirar para derrocar la monarquía. A

su hija, Clara María, casi todas las biografías de Spinoza la describen como un prodigio seductor que finalmente se casó con Dirk Kerckrinck, condiscípulo de Spinoza en la academia de Van den Enden.

De los pocos hechos conocidos sobre Spinoza, el más firmemente atestiguado es su excomunión, y yo he reproducido con toda exactitud el texto oficial del decreto de expulsión. Lo más probable es que Spinoza nunca volviese a tener contacto con un judío, y por supuesto su amistad subsiguiente como el judío Franco es una absoluta invención. He imaginado a Franco como

un hombre muy por delante de su tiempo, una encarnación previa de Mordecai Kaplan, pionero del siglo XX de la modernización y secularización del judaísmo. Los dos hermanos vivos de Spinoza se adhirieron a la prohibición y cortaron todo contacto con su hermano. Rebeca, como ya he dicho, reapareció brevemente después de su muerte con la pretensión de reclamar la herencia de su hermano. Gabriel emigró a una isla del Caribe y murió allí de fiebre amarilla. Rabí Morteira fue una figura sobresaliente de la comunidad judía del siglo XVII y aún se conservan muchos de sus sermones.

No se sabe prácticamente nada sobre la reacción emotiva de Spinoza al hecho de ser expulsado de su comunidad. La descripción que yo hago de ella es pura ficción pero, en mi opinión, se trata de una reacción probable a una separación radical de todas las personas a las que había conocido. Las ciudades y casas que Spinoza habitó, su trabajo puliendo lentes, su relación con los colegiantes, su amistad con Simon de Vries, sus publicaciones anónimas, su biblioteca y, por último, las circunstancias de su muerte y su funeral están todos ellos basados en la historia.

Hay más seguridad histórica sobre la

parte de la novela que se refiere al siglo XX. Sin embargo, Friedrich Pfister es pura invención, y toda la relación entre él y Alfred Rosenberg es imaginaria. Pero, según mi interpretación de la estructura caracterológica de Rosenberg y la situación de la psicoterapia a principios del siglo XX, todas las interacciones entre Rosenberg y Pfister *podrían* haber sucedido. Después de todo, como dijo André Gide: «La historia es la ficción que sucedió; la ficción es la historia que podría haber sucedido».

Como se indicó en el prólogo, un documento (17b-PS) escrito por el

oficial del ERR (*Oberbereichsleiter* Schimmer), que confiscó la biblioteca de Spinoza, asegura que su contenido ayudaría a los nazis a investigar el «problema de Spinoza». Yo no pude hallar ninguna prueba más que vinculase a Rosenberg con Spinoza. Pero *podría* haber sucedido: Rosenberg creía ser un filósofo y es indudable que sabía que muchos grandes pensadores alemanes reverenciaban a Spinoza. Por tanto todos los pasajes que vinculan a Spinoza y a Rosenberg son ficción (incluidas las dos visitas de éste al Museo Spinoza de Rijnsburg). En todos los demás aspectos he procurado reproducir con exactitud

los datos principales de la vida de Rosenberg. Sabemos por sus memorias (escritas mientras estaba encarcelado durante los juicios de Núremberg) que cuando tenía dieciséis años el escritor antisemita Houston Stewart Chamberlain había «incendiado» su visión del mundo. Este hecho inspiró la entrevista de ficción entre el adolescente de Rosenberg y el director Epstein y Herr Schäfer.

Los datos generales de la vida posterior de Rosenberg se basan en los registros históricos: su familia, su educación, sus matrimonios, sus aspiraciones artísticas, su experiencia

en Rusia, su intento de alistarse en el Ejército alemán, su huida de Estonia hacia Berlín y luego hasta Múnich, su aprendizaje con Dietrich Eckart, su formación como redactor, su relación con Hitler, su papel en el *putsch* de Múnich, su reunión a tres bandas con Hitler y Houston Stewart Chamberlain, los diversos cargos nazis, sus escritos, su premio nacional y su juicio de Núremberg.

Tengo más seguridad respecto a mi relato de la vida interior de Rosenberg que la de la vida interior de Spinoza porque dispongo de muchos más datos extraídos de los discursos del primero,

de sus propios escritos autobiográficos y de los comentarios de otros. Estuvo realmente hospitalizado por dos veces en la clínica Hohenlychen, durante tres semanas en 1935 y durante seis en 1936, por lo que fueron, en parte al menos, razones psiquiátricas. He reproducido con exactitud la carta del psiquiatra doctor Gebbardt a Hitler describiendo los problemas de personalidad de Rosenberg (salvo por el párrafo final, que trata de Friedrich Pfister y es ficción). El doctor Gebbardt, por cierto, fue ahorcado en 1948 como criminal de guerra por sus experimentos médicos en los campos de concentración. La carta

de Chamberlain a Hitler se cita textualmente. Todos los titulares de prensa, proclamaciones oficiales y discursos se reproducen con fidelidad. Los intentos de psicoterapia de Friedrich con Alfred Rosenberg se basan en cómo yo podría haber enfocado personalmente la tarea de trabajar con un hombre como él.

Agradecimientos

He de dar las gracias a muchos por sus reflexiones y sugerencias después de leer todo este texto o parte de él a: Stephen Nadler, Van Harvey, Walter Sokel, el difunto Rudolph Binion, Rebecca Goldstein, Marianne Siroker, Alice Van Harten, y miembros del grupo de escritura Pegasus. Mi agente, Sandy Dijkstra, me ofreció un apoyo y una guía infatigables. Muchas gracias a mis ayudantes de investigación, Kate McQueen, Moira Van Dijk, Marcel

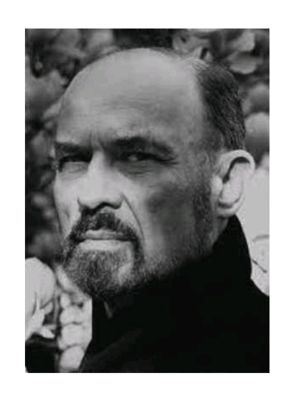
Oden; a Maureen Lilla, que revisó las primeras versiones de los capítulos; y a una serie de colegas y amigos generosos que respondieron amablemente a mis muchas consultas: Stephan Alder, Zachary Baker, Robert Berger, Daniel Edelstein, Lazar Fleishman, Dagfin Follesdal, Joseph Frank, Deborah Hayden, Lija Hirsch, Daan Jacobs, Ruthellen Josselson, Regina Kammerer, Jay Kaplan, Rabbi Patricia Karlin-Neumann, Molyn Leszcz, Pesach Lichtenberg, Miriam Van Reijen, Aron Rodrigue, Abraham W. Rosenberg, Micha de Vries, Ori Soltes, David Spiegel, Daniel Spiro, Hans Steiner,

Aivars Stranga, Carlo Strenger, Theo Van der Werf, Hans Van Wijngaarden, Simona Van Wijngaarden-Bota y Steven Zipperstein.

Tengo una deuda muy especial con los filósofos Rebecca Goldstein y Steven Nadler por su generoso asesoramiento. Mis conversaciones con Rebecca y su notable libro, *Betraying Spinoza* me ayudaron extraordinariamente en mi interpretación del personaje. La obra biográfica de Steven y otras obras suyas sobre Spinoza fueron también indispensables.

Tuve la gran buena suerte de trabajar con Daniel Menaker, un editor

extraordinario que me permitió escribir el libro que yo quería escribir. Tuve como siempre un apoyo doméstico: mi primer editor fue mi esposa, Marilyn, que es mi crítico más exigente y mi ayuda constante; mi hijo Ben Yalom, también un magnífico editor, añadió un pulido final al manuscrito.



IRVIN D. YALOM Irvin David Yalom (Washington D. C., Estados Unidos, 13 de junio de 1931) es catedrático de Psiquiatría en la Universidad de Stanford y psicoterapeuta. Ha escrito, además, numerosos libros de texto y obras de ficción.

Se hizo famoso cuando su obra *Love's Executioner and Others Tales of Psychotherapy*, publicada en 1989, alcanzó la lista de los libros más vendidos en Estados Unidos. Su primera novela de ficción fue *El día que Nietzsche lloró* (1992), la cual estuvo en el primer puesto de ventas en Israel.

Es considerado uno de los principales representantes de la psicoterapia existencial en el continente americano.